No olvidaré tu rostro

ni el tuyo
ni el tuyo...



FEDERICO CORREA GIL DE BIEDMA

No
olvidaré
tu rostro

ni el tuyo.
ni el tuyo …

FEDERICO CORREA GIL DE BIEDMA

A mis padres,
por mi primer viaje a Comillas
cuando contaba con quince días.
Hay decisiones que marcan.

A Paz e Isabel Correa
por su constante apoyo.

AGRADECIMIENTOS

Quería agradecer el apoyo de aquellos que han seguido el desarrollo del manuscrito y el diseño de la portada, dándome sus valiosas opiniones y correcciones para conseguir un mejor resultado final. Mi gratitud a Esther Pintama, a Faustino Cuadrado, Almudena García, Luis Miguel Sánchez, Isabel Correa, Paz Correa, Patricia García-Zozaya, Ignacio García-Zozaya.

A mi familia y amigos.

A Jaime Mariategui Valdés, que me ha permitido vestir con su nombre a uno de los protagonistas, el escritor Jaime Valdés.

A Mónica Menjón y Diego Municio, miembros de la Policía Nacional por el inestimable asesoramiento que he recibido en asuntos de investigación y actividad policial.

A ti lector que te dispones a leer esta novela, por tu tiempo e interés.

A Cantabria en general con un guiño muy especial a

Comillas, los comillanos y sus inseparables *papardos*.

A Amazon.

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16

17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39

40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
Epílogo
Biografía

“Si eres neutral en situaciones de injusticia,
has elegido el lado del opresor”
Desmond Tutu

(Premio Nobel de la Paz 1984)

Prólogo

Cuando me decidí a escribir novelas no tenía ni idea del oficio de escritor. Leí mucho antes de atreverme a teclear el primer renglón. Siempre había deseado ser yo el que construyera las historias en las que me zambullía perdiendo en muchas ocasiones el sentido del tiempo.

Apenas se trataba de un deseo, como el que ilumina los sueños de un niño cuando dice que de mayor quiere ser astronauta, sabiendo en su interior que no deja de ser eso, un sueño del que se despertará algún día con el paso de los años. Mi sueño de ser escritor lo he tenido siempre oculto, cubierto con innumerables capas de argumentos que en su totalidad me aconsejaban continuar con aquello que se me daba mejor; mi papel como lector.

Lo que nunca pude sospechar es que este oficio se convirtiera en mi peor pesadilla. Vivo en Santander desde hace casi un año. Me contrataron para dar clases de escritura creativa. Sí, así lo llaman, para mí no deja de ser redundante. Nos guste o no lo escrito, no por ello evita el proceso creativo mínimo necesario para plasmarse en papel. Al final, mis clases responden al enunciado de *"cómo escribir una novela"*. Me llevó tiempo decidirme a aceptar, no por la ciudad, era la mayor motivación, sino porque no soy un escritor de best seller a nivel mundial, he conseguido algún pequeño logro puntual, pero nada más. Siento que raya la prepotencia creer que sé cómo desarrollar una trama si yo mismo no he alcanzado el éxito que todo escritor persigue.

Este es otro tema.

La ansiedad me empuja a hablar de todo a la vez.

Ojalá algún día pueda poner punto y final a este diario.

Llevo mi vista al escaso dedo de agua que contiene el vaso de cristal sobre la mesa y lo apuro, paladeándolo como si descubriera un sabor diferente al de otros días.

Otra vez me ha pasado lo mismo. Desvarío.

A lo que iba. No sé cuándo ni cómo empezó a fraguarse mi fin, no sólo como

escritor sino también entre los vivos. He pensado mucho en ello, algo lógico y normal cuando ves tu vida peligrar. Lo he comentado con algún amigo, no me valía cualquiera, debería tratarse de alguien que no justificara mis temores como algo inherente al derroche de imaginación que se nos presupone a los escritores.

Hoy es el día, es posible que este texto se recuerde como las postreras palabras de mi diario, no es mi intención, confío en no haber completado la última hoja. Sí, hoy es el día en el que daré con mis huesos en la cárcel o encontrarán mi cuerpo ahogado en mi propia sangre.

Oigo ruidos en el descansillo.

Vuelvo la mirada al teclado.

"¿Es posible una tercera opción?"

Dicen que todo es posible, incluso esa tercera opción en la que llevo pensando los últimos meses, sin embargo, no la he encontrado.

"¿Huir?"

No voy a negar que no lo haya contemplado, pero lo único que conseguiría es convencer a la policía de que su absurda teoría es cierta. Me presenté en comisaría para exponer mis temores al inspector Diego Olivares y a la subinspectora María Pinta, en su descargo tengo que decir que no les aporté prueba alguna, más allá de mis sospechas, que no fueran consideradas circunstanciales.

Tampoco les pude señalar un nombre en concreto que identificara sin lugar a dudas al causante de los asesinatos. Sí, hubiese podido apuntar con mi dedo acusador a dos personas pero una de ellas sería inocente.

No me sentí capaz.

Quizá, también me lo he preguntado, mi afán por descubrir la verdad, por ayudar, sólo haya servido para ser visto como el principal, si no el único, sospechoso.

No les culpo.

Yo en su lugar hubiera llegado a la misma conclusión.

Ese derroche de imaginación me viste con un ajustado traje de culpabilidad. No, los inspectores no me han acusado formalmente, pero sé que he pasado de acusador a acusado, al menos en su mente.

Ahora sí, el ascensor se ha detenido en mi planta.

Pasos quedos, murmullos.

El familiar sonido del timbre de la puerta se apodera del silencio de mi apartamento. Dos golpes secos lo acompañan.

La pantalla de mi teléfono móvil se ilumina.

“Inspector Olivares”

Últimamente suelo tenerlo en silencio. El sonido de llamada, no sé por qué, me sobresalta, como en estos momentos, o quizá sí lo sé y lo único que mi yo interno pretende es evitar el miedo que me embarga cuando lo escucho.

“Está fuera”

Mis manos comienzan a sudar, mi corazón a patear con furia mi pecho. Si atiendo al inspector es muy posible que me espere la cadena perpetua. Pensándolo bien, tarde o temprano tendré que exponerme a la justicia.

—Justicia, bonita palabra. Qué falta de significado cuando la echas de menos.

Entregado a mi suerte me incorporo de la silla. De frente, el corto y estrecho pasillo que me conduce hasta la puerta de la calle. Recorro con ansiedad los escasos metros que me separan de ella. Me detengo, respiro con profundidad. Una mano en mi despejada cabeza, la otra abraza el pomo dispuesto a enfrentarme con lo que el destino me tenga preparado.

Esa era mi intención.

No recuerdo más.

De pronto todo se volvió oscuro.

Los ruidos no eran en el descansillo.

1

La mayoría de los libros que he publicado lo he hecho por medio de Amazon. Los he escrito, corregido, maquetado y diseñado la portada. Imagino que lo que nos gusta como escritores es que nuestro trabajo se encuentre al alcance de los lectores en cualquier librería, pero esperar a las editoriales está comenzando a ser, si no lo es ya, una mala idea. No puedo asegurar que mi experiencia sea positiva con ellas, he sido estafado por algunas y olvidado por otra. Lo que sí puedo asegurar es que la llegada de Amazon nos ha dado a muchos la calma que necesitábamos para nuestro trabajo y a los lectores la posibilidad de acceder a novelas, a un precio más reducido, y a autores que en otras circunstancias no hubiesen tenido la posibilidad de conocer.

Mi móvil vibra sobre la mesa.

En mi rostro se forma una sonrisa.

Pulso la tecla verde.

—¿Marcos? ¿Cómo estás?

En ocasiones me gusta pensar sobre lo que nos permiten las nuevas tecnologías. Recuerdo, antes de que aparecieran los móviles y antes aún de que lo hicieran los contestadores automáticos, que cuando sonaba el teléfono de casa de mis padres existía cierta incertidumbre en el ambiente al escuchar el familiar sonido de llamada. El mismo en todas las casas. No se sabía quién podía encontrarse al otro lado de la línea. ¿Será para mí?

—Acabo de terminar el último taller, por este curso ya está bien. Aunque en un par de semanas comienzo otro.

—¿No decías que acabas de terminar?— mientras me acomodo en la butaca agito la mano en el aire. Mi fiel Freddy, un labrador negro, me mira con ojos suplicantes— Lo sé, ahora salimos— susurro— aguanta unos minutos más ¿de acuerdo?

Como si comprendiera el castellano asiente y se tumba a mi lado sin dejar de mirarme con esa expresión que no deja de golpear mi maltrecha conciencia.

—Es corto, sólo una semana. Te llamaba por otro tema, seré rápido, por lo que veo te requieren para salir— apuntó mi buen amigo.

—Sí, no creo que aguante mucho más.

—Mira, Jaime, te voy a proponer algo que conociéndote me vas a decir que no, pero piénsatelo.

Un regusto amargo se agarró a mi garganta no puedo negarlo.

—¿De qué se trata?

—Te iba a decir aquello de qué quieres oír antes si la noticia buena o la mala, pero es que no hay mala.

—Ya. Suéltalo rápido que Freddy se va a mear encima.

—Un taller en Santander, tu ciudad favorita.

Quedé en silencio unos instantes, quizá esperando a que continuara o, quizá, sólo fuese por comprender por qué me propone un taller, algo que no he dado en mi vida. No me veo como profesor de nada.

Gracias a Dios continuó sin tener que decidirme.

—Está muy bien pagado. Es sobre lo que dominas, la novela policiaca.

Permanecí en silencio.

—¿Me escuchas?

—Sí y ya sabes lo que pienso.

—Lo sé, por eso mismo te lo propongo. Sé que lo harás fenomenal y agradecerás la experiencia. Si quieres te ayudaré a prepararlo Tienes tiempo para diseñar el curso.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no lo das tú?— me incorporé, miré a Freddy que había levantado la cabeza. Cogí la correa, sus ojos la observaban como si ejerciera sobre él algún poder hipnótico, le cambió la expresión por completo— Sí, sí, ya vamos.

—Porque me es imposible y además…

La línea permaneció muda unos eternos segundos.

—Además…— le animé a continuar.

—Existe la posibilidad de que dure al menos un año.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Un año? Pero yo…

—No digas nada, Jaime. Háblalo con Freddy, como siempre te gusta hacer, y pensadlo con calma. Es Santander, muy bien pagado y te servirá para tus próximas novelas. ¿Lo harás?

Asentí.

—Dime ¿Lo vas a pensar? Comenzaría en septiembre.

—¿Eh? Sí, sí, lo pensaré— aseguré nada convencido mientras salía de mi casa con un eufórico Freddy a mi lado.

Llegamos a un pequeño parque, tras hacer uso adecuado de la bolsita y dejarla en la papelera le solté. Disfruto observándole como se relaciona con sus semejantes, su alegría al descubrir a sus conocidos y su curiosidad con los nuevos. De vez en cuando vuelve la cabeza y me mira, juraría que sonríe al localizarme.

"¿Un taller?"

La propuesta de Marcos pugnaba por abrirse paso entre mis pensamientos. Mi primer impulso había sido guardarla en el cajón del olvido. Quizá no cabía y por ello requería mi atención. No podía negar que si el azar había sido el encargado de seleccionar un momento en el que mis incontables excusas perdieran fuerza era este precisamente. Acababa de terminar la segunda corrección de mi última novela y no podía negar que disponía de tiempo para preparar el taller.

Un lametazo en mi mano me hizo despertar.

—Freddy, ¿qué te parece un cambio aires?

El Labrador giró la cabeza de un lado a otro, como si lo estuviera pensando.

—Es en Santander.

Dejó caer la lengua por extremo de la boca y asintió.

"Eso es otra cosa"

De vuelta a casa sentía como algo se removía en mi interior. Se trataba de una sensación que hacía tiempo que no experimentaba. Quizá este sea el motivo por el que no termino de ubicarla, a pesar de ello no es algo desagradable. Es una mezcla de cosquilleo generalizado por todo el cuerpo, una leve presión en la boca del estómago junto con una repentina… ¿euforia?

Abrí la puerta del piso y Freddy salió corriendo rumbo a la cocina y de ahí al tendedero donde se localizan parte de sus dominios; el agua y la comida. El resto, los relativos a su propia comodidad y diversión están repartidos por toda la casa.

"¿Euforia?"

No es que me estén entrando ganas de saltar y de abrazar a todo el mundo. Pero algo se está agitando dentro de mí. A mis casi cincuenta y seis años siento que tengo toda la vida por delante, no es una forma de hablar, es una certeza. Tampoco se trata de un concepto motivador para aquellos que hemos pasado el medio siglo y nos empuje a vislumbrar el horizonte con ilusión. Se han cumplido

siete años desde que me lancé a escribir el primer renglón de mi primera novela. Más o menos me siento como un recién licenciado que se disponga a acceder a su primer trabajo o lleve poco tiempo en él. Para la comparación no me vale cualquiera, quiero decir que no es cuestión de sentirme joven, no tiene nada que ver con la edad, es simplemente saber que lo que estás haciendo es el siguiente paso lógico que tu forma de entender la vida te pide.

La motivación, la felicidad y la alegría no son más que una elección de cada uno, tardé en darme cuenta de ello, en pasar de las frases teóricas bonitas a su aplicación práctica, pero una vez aprendido procuro que sean mis fieles compañeras en el día a día.

Salgo a la terraza, a los pies, la piscina de la urbanización en la que Bernardo, el conserje, acompañado de un par de jóvenes, dan los últimos retoques para que todo esté preparado en la inminente inauguración de la temporada de verano. No es la mejor época del año para mí. No lo es en esta casa, cada año aparecen más y más niños en edad de gritar y correr desde que se abre la piscina hasta que se cierra. No tengo nada contra esos locos bajitos, al revés, pero tanto grito y tan continuo no es con lo que uno espera encontrarse al llegar a casa y menos aún cuando estoy escribiendo.

Un rítmico golpeo a mi espalda me invita a volver el rostro. La cola de Freddy choca contra el cristal una y otra vez. En su boca su juguete favorito, una zapatilla que compré un verano para bajar a la piscina y que sustituyó por el hueso mordedor que nunca le convenció. Desde entonces no la olvida. Sólo la veo cuando la transporta en la boca o la tiene a su lado. El resto del tiempo la esconde en algún lugar que sólo él conoce.

—¿Qué te pasa?

Pongo rodilla en tierra y le acaricio entre las orejas. Acerco la nariz a su hocico. De pronto suelta la zapatilla y restriega su interminable lengua por mi cara. Un lametón rápido, se me queda mirando con ese gesto que juraría que sonríe, la lengua a un lado y la boca entre abierta. Agacha la cabeza vuelve a coger la zapatilla y una vez más me mira fijamente.

Acabo de entenderlo.

Ha tomado una decisión, vota por vivir la experiencia del traslado a Santander. En su boca sostiene todo lo que le importa, su maleta, su juguete favorito, no necesita más.

Asiente, avanza hacia mí y deja caer su barbilla sobre mi pecho.

“¿Nos vamos?”

—De acuerdo, nos vamos— afirmo aún con un cierto resquemor por lo

desconocido, por aquello que te saca de la rutina, de tu zona de confort. Aunque bien pensado es en ese lugar donde se encuentra la aventura, el crecimiento, donde se experimenta todo aquello que deseas, que necesita otro espacio para manifestarse.

A pesar del rápido acuerdo con Freddy me tomé un par de días antes de dar el sí definitivo a mi amigo Marcos Alegre. Necesitaba experimentar si la extraña euforia que me embargaba se refería a algo puntual y pasajero o respondía a una firme decisión. Primero lo comenté con Nerea, una mujer que conocí cuando terminaba de escribir mi primer libro, allá por el mes de junio del 2010. No recuerdo bien como empezó todo. Intento hacer memoria, dudo entre si contactamos por medio de mi blog o directamente por *Facebook*. La cuestión es que ella leía el blog, decía que le gustaba como escribía. Confesé que me encontraba próximo a terminar mi primer libro y le pregunté, no sin cierto apuro, si le apetecería leerlo.

—¿Sí? Vaya, es un honor para mí.

—No creas, son más de seiscientas páginas de un escritor desconocido, quizá sea un ladrillo.

—No lo creo.

Desde ese momento seguimos en contacto, han transcurrido siete años en los cuales hemos pasado de comunicarnos de vez en cuando por *Messenger*, a necesitar comunicarnos a menudo. Se ha convertido en un apoyo constante para mí. Al principio, las conversaciones estaban relacionadas con mi trabajo, no hablábamos de nosotros, por eso no me dijo que estaba casada o si lo dijo no quise escucharlo. Nuestra relación no tenía maldad alguna, éramos buenos amigos. Un día me dijo que, sí, que tenía buena relación con su marido, pero que yo le había enseñado que la vida podía ser de otra manera, que hombre y mujer podían hablar, reírse, contarse cosas, confiar, algo a lo que no estaba acostumbrada.

Los meses pasaron hasta que un par de años más tarde la desgracia llegó a nuestras vidas en forma del fallecimiento de su madre y de mi padre con apenas mes y medio de distancia. Creo que eso nos acercó más y quizá también nos separó porque su entorno se volcó, a su manera, con ella.

Deseo que sea muy feliz, si algún día la vida nos junta, sonrío sólo de imaginarlo y al mismo tiempo tiemblo al pensar en la posibilidad de que algo así suceda. Si ese día llega…

Mejor no ahondar mucho en ello.

Nerea estaba feliz por mi traslado, ella vive en Alicante. Si algún día nos vemos dará igual en la ciudad que nos encontremos. Santander le encanta.

Cuando terminé de hablar con ella, llamé a mi amigo.

—Me alegro que te hayas decidido, Jaime. Estoy convencido que será una experiencia que nunca olvidarás.

En eso llevaba razón, pero en esos momentos ni él ni yo hubiésemos podido imaginar el verdadero motivo por el que esa experiencia se me iba a quedar grabada para siempre.

Escuché un ruido de papeles, como si estuviera revisando un cuaderno.

—Si quieres puedo echarte una mano para situarte en lo que es el programa y cómo lo afronto yo en mis talleres.

—Contaba con ello, de no ser así se me haría todo demasiado cuesta arriba.

—Te entiendo, a mí me pasaba igual, pero verás lo sencillo que te resulta manejarte. Se trata de aplicar la práctica que tienes a la teoría y…

—Lo sé, ese es el problema. Jamás he escrito pensando en lo que dicen los talleres, ni las normas, ni he seguido los pasos de nadie a la hora de elaborar las tramas.

—Esa es una de las cosas que admiro de ti, tu valor para lanzarte a escribir sin haber asistido a ninguna clase. Ya sabes que mi caso es lo contrario, un taller y otro y otro antes de atreverme a plasmar tanta teoría en una novela.

—Visto así es posible que nos entendamos.

Me despedí de mi amigo media hora más tarde. Corté la conversación porque Freddy se estaba cansando de tanto teléfono, me miraba y giraba la cabeza, como si rotara por un eje horizontal, derecha, izquierda, derecha, izquierda.

A primeros de septiembre del 2017 Freddy y yo llegarnos a Santander, sobre los hombros una maleta llena de ilusiones y de lo que para mí suponía una de las primeras aventuras en las que me había embarcado en la vida.

La ciudad nos recibió con buen tiempo, repleta de turistas y con algo más que en esos momentos no podía ni sospechar. Unos días antes de nuestra llegada, la policía recibió un pequeño sobre con una foto en su interior. Algo que no tenía sentido porque ese caso ya estaba resuelto y por lo tanto cerrado. *El Verdugo*, como así lo había denominado la prensa, había fallecido un par de años antes.

2

No habían dado las siete y media de la mañana cuando Diego Olivares, inspector del grupo de homicidios del departamento de la policía judicial de la Jefatura Superior de Policía de Cantabria, salía de su casa. Tres días a la semana se obligaba a correr durante cuarenta minutos, pero esa mañana lo que el cuerpo le rogaba era descanso. Cuatro horas antes ponía fin a la jornada del día anterior con la detención de un individuo que había matado al amante de su mujer, dejando el escenario del crimen preparado para que la policía concluyera que se trataba de un robo que había salido mal.

A veces la providencia echa una mano.

O quizá sólo se tratase de la propia desesperación del asesino.

En su afán por revolver el vehículo de la víctima, deshacerse de su cartera unos metros más allá, no muy lejos para asegurarse de que la policía la encontrara, y de hacer lo propio con el teléfono móvil, que no se localizó, olvidó registrar más a fondo. De haberlo hecho hubiese descubierto otro móvil de prepago con una curiosa característica; tenía un contacto, sólo uno; el de su propia esposa. Si buscaba algún indicio de su infidelidad, este era. Horas más tarde se convertiría en la pista que iba a conducir a los investigadores hasta su paradero.

La detención tuvo lugar a media noche en un bar que el sospechoso frecuentaba con asiduidad. No les llevó más de un par de horas que se derrumbara. Bastó con mostrarle el teléfono móvil de la víctima y el registro de llamadas y *sms* a su mujer. Por si eso fuera poco no supo dar una explicación coherente a los dos cortes que lucía en su antebrazo. Tras unos intentos de negarlo todo, propuso, que si tenían la certeza de que su mujer le había sido infiel con ese individuo, la investigaran a ella. Tampoco pronunció palabra alguna cuando se le aseguró que habían encontrado sangre en el vehículo, que contaban con una orden del juez para realizar una prueba de ADN y compararla con la suya, una pequeña mentira a esas horas de la noche pero que no tardaría

en llegar. El sospechoso quedó en silencio durante unos minutos, la mirada perdida sobre la mesa, sus pensamientos en la persona que sería para él o para nadie. Poco a poco comenzó a hablar, culpando a su esposa de todos sus males.

—Es una auténtica zorra. No es la primera vez que…

—Usted un asesino y un hijo de…— la subinspectora María Pinta se contuvo a tiempo antes de dejar escapar lo que su indignación le sugería. Con la boca bien cerrada abandonó la sala de interrogatorios. Su compañero aguardaba al otro lado.

—Sí, lo siento— dijo elevando la mano a modo de disculpa— no debo dejar que mis emociones aparezcan durante el interrogatorio, pero su cinismo y esa expresión de macho rancio me pueden.

—Ganas de romperle la cara no nos faltan a ninguno, pero no les debemos dar la satisfacción de que vean que nos pueden manipular emocionalmente.

—Sí, si lo entiendo. Aunque vayan a la cárcel el resto de su vida se lo tomarán como una victoria.

—Algunos sí.

Olivares observó el rostro de su compañera. Lo que tenía de mujer menuda le sobraba de policía intuitiva y perspicaz.

—Has hecho un gran trabajo, ha confesado.

El rostro de Pinta trazó una tenue sonrisa.

—No ha sido sólo cosa mía.

Después de la confesión los inspectores regresaron a sus casas para dormir un par de horas y darse una buena ducha. Por la mañana temprano irían al domicilio de la mujer del detenido para informarle de lo sucedido.

—Ha llegado esto para ti— dijo la oficial que solía estar en la recepción en el turno de mañana.

—Gracias, Paula.

Diego cogió el pequeño sobre, lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y se encaminó hacia su mesa de trabajo. Antes de tomar asiento se hizo con un café.

—¡Buenos días!— la subinspectora María Pinta entraba en la sala acondicionada para acoger los puestos de trabajo de inspectores y subinspectores.

Su habitual coleta se balanceaba de un lado a otro a cada paso. De pelo castaño, ojos grandes y vivos, de poco más de un metro sesenta, la altura mínima exigida a las mujeres, mostraba una planta que no pasaba inadvertida para nadie. Mientras se encontrase de servicio, nada de ojos pintados, apenas un poco de

colorete según se levantara, pero poco, aseguraba.

—Hola, María— dijo Olivares mientras se hacía con el sobre.

—Parece que hoy vamos a pasar calor. ¿Alguna novedad? ¿Me tomo un café o vamos a ver a la mujer del detenido?— a falta de la respuesta esperada mientras organizaba su mesa, la subinspectora levantó la vista buscando la de su compañero.

Diego mantenía la suya fija en lo que fuera que había extraído del pequeño sobre. Elevó la barbilla.

—¿No querías novedades?— con el brazo extendido le ofreció lo que parecía un trozo de cartulina.

Antes de que ella lo cogiera giró la foto.

—¿Otra? Pero… no es posible…

La inspectora se hizo con la instantánea, durante un largo minuto mantuvo silencio, buscaba algún indicio que le dijera que se trataba de una broma, o de un imitador o…

Levantó la cabeza.

—Parece original.

El inspector asintió, cogió la foto y la examinó como si fuese la primera vez. Era idéntica a las recibidas en los últimos años. La imagen de un hombre o mujer fallecidos con un cartel sobre el pecho que rezaba, *culpable*.

—*El Verdugo* murió hace un par de años. ¿Se trata de un imitador?

—No lo sé. La foto no es de ahora, tenemos que identificar a este individuo — dijo entregándosela a su compañera— cuando llegue el comisario se lo comentamos.

—De acuerdo.

Los dos policías permanecieron unos segundos como ausentes. *El Verdugo* respondía al seudónimo con el que la prensa había bautizado al asesino que al matar a sus víctimas las fotografiaba y enviaba copia a la policía. Resultó que *El Verdugo* era una mujer, pero ya era tarde para cambiarle el nombre. Por más que a algunos les guste, lo de *La Verduga* no quedaba muy bien.

—Vámonos a casa de… ¿cómo se llama?— llevó la vista al expediente camino de la calle.

—Emilia Antera— apuntó la subinspectora.

—Buena memoria, no sé por qué me sorprende.

Cruzaban frente a la recepción cuando el comisario Fausto Redondo empujaba en esos momentos la puerta de la calle.

—Buenos días— dijo a nadie en particular.

Los compañeros se miraron, la visita a la señora Antera podría esperar. Mejor dicho, enviarían a dos oficiales a comunicarle la detención de su marido.

—Jefe…— María Pinta estiró el brazo al paso del concentrado comisario, en su mano la foto recién recibida.

—¿Qué es esto? ¿No puede esperar?

Como respuesta recibió silencio y labios fruncidos.

Fausto bajó la vista a lo que fuera que le entregaban. La noche había sido larga, su querida hija les había dejado al nieto la tarde anterior y algo debió de sentarle mal al pequeño porque no paró de llorar en toda la noche. La peor parte se la llevó su mujer, Rosario.

—¿Repasando el expediente del *Verdugo* por algún motivo en concreto?— quiso saber sacudiendo la foto en el aire sin dejar de caminar rumbo a su despacho.

—Ha llegado a primera hora.

Fausto se detuvo, clavó los ojos en el inspector y volvió a mirar una vez más la fotografía. La agitó durante unos segundos y se la devolvió a Olivares.

—Buenos días, Cruz.

—Buenos días, comisario— dijo mientras se incorporaba camino de la pequeña cocina. Con un leve gesto preguntó a los inspectores si ellos también iban a tomar café.

Ambos negaron con la cabeza.

Fausto empujó la puerta del despacho. En silencio dejó el maletín sobre la mesa, la rodeó mientras se atusaba su amplio mostacho con gesto mecánico. Se desabrochó los botones de la chaqueta y tomó asiento.

Lo primero que partió de su boca fue la misma expresión que pronunció María minutos antes.

—¿Un imitador?— nada más plantear la pregunta levantó la mano a modo de disculpa— sé que no ha habido tiempo para investigar pero quiero saber su opinión ¿Olivares?

—Antes de pronunciarme prefiero conocer la identidad del fallecido.

—¿Pinta?

—Opino como mi compañero, pero me atrevería a añadir que no parece obra de un imitador, al menos en lo que se refiere a la fotografía. Es idéntica a las demás, parece original.

Un suave tamborileo de nudillos en la puerta precedió a la entrada de la secretaria con una bandeja portando una taza de humeante café.

—Gracias, Cruz. Hoy me saltaré la dosis diaria. Me pregunto si yo de

pequeño habré llorado tanto. No me hubiera extrañado que ayer los vecinos llamaran a la policía y nos acusaran de maltrato— expuso mientras removía el café. En su redondo rostro una sonrisa bonachona dedicada al recuerdo de su nieto. Por fin un descendiente suyo llevaba su nombre.

—Seguro que no fue para tanto, comisario.

—Lo sé, Cruz, lo sé, pero las nietas no dan tanta guerra.

La secretaria se dispuso a salir del despacho.

—¿El de anoche era el pequeño Fausto?

—Sí.

Comisario y secretaria se miraron unos instantes.

—No, no he querido decir que por llamarse como usted, que… que usted fuese igual a su edad. Me refería a que las chicas somos más tranquilas. Mejor me voy, que a veces por hablar y hablar…— cerró la puerta al salir y se encaminó hacia su mesa.

—Esta Cruz…— murmuró el comisario— ¿por dónde íbamos?

Los dos inspectores cortaron en seco la fina sonrisa que se había apoderado de sus rostros.

María Pinta tomó la palabra.

—La fotografía.

Redondo observó la instantánea una vez más.

—Lo que tenemos claro es que *El Verdugo*, la asesina, no ha podido ser. Habrá que identificar al fallecido y averiguar si nos consta que fuera asesinado y de ser así por quién. Si la foto es antigua como parece, podría ser obra del propio *Verdugo*. Si no encontramos nada, la teoría del imitador cobraría fuerza.

Diego cruzó las piernas.

—Eso querría decir que el muerto es de ahora, y la foto alterada con *Photoshop*. Pero si es original me pregunto quién nos la ha enviado— apuntó Olivares mientras se incorporaba— voy a enviar a dos oficiales a casa de Emilia Antera, la mujer del detenido ayer por la noche, y nos ponemos a repasar el expediente del *Verdugo*.

El comisario quedó unos instantes con la mirada en el café.

Asintió distraído.

—Vayan los dos a ver a esa mujer, aprovechen que le dan la noticia para ver si esconde algo.

—Se trata de una mujer…— María dejó el resto de la frase en el aire—…ya, infiel. ¿Vamos?

—Sí.

Los dos compañeros salieron a la calle. Como había apuntado la subinspectora, el día amenazaba con ser caluroso. La suave brisa que de repente se había levantado parecía empeñada en luchar contra tal pronóstico.

—¿Te importa conducir?

María negó con la cabeza. No sólo no le importaba sino que lo deseaba. Disfrutaba al volante del BMW X6, un todoterreno de 300 CV, caja de cambios automática de ocho velocidades, aceleración en 0 a 100 en cinco segundos, todo un placer para la inspectora que agradecía cada momento al volante, sin menospreciar a su Alfa Romeo Giulietta 2.0 Diesel de 150cv con el que se trasladaba cada día desde Comillas, lugar de nacimiento y residencia.

—Ya sabes que no, Diego.

El primer día que se subió al BMW X6, incautado a traficantes de droga, se sintió algo torpe. Se trataba del vehículo más alto, no ya de gama, si no de tamaño al que había accedido. Una vez adaptada a las medidas, restaba poner sus dotes como conductora, que no eran escasas como así lo atestiguaban los innumerables cursos que poblaban su expediente, al servicio del flamante todoterreno.

—¿En qué piensas?

El inspector miraba por la ventana como si fuera de paseo.

—Algo te preocupa.

Volvió el rostro hacia su compañera, en unas semanas se cumplirían dos años de convivencia diaria con María Pinta. Tras unos inicios complicados en los que reconoce que no puso todo de su parte, convencido de que no necesitaba un compañero, ni compañera, para realizar su trabajo, comprendió que la orden que le obligaba a aceptarla como tal era una de las mejores decisiones que el comisario tomó por él. Si a eso se unía que eran casi vecinos, él procedía de Ruiloba, pero vivía en Santander, todo comenzaba a encajar.

—Algo me dice que la foto es sólo el comienzo.

—¿Temes más muertes?

—Sí, creo que alguien necesita vengarse.

—¿Crees que aprovecha la historia del *Verdugo* para su venganza?— María negó con la cabeza— quiero decir que es evidente que no se trata de ella, está muerta— ante el silencio de su compañero prosiguió—…la mataron.

—Eso es cierto, pero siempre me he preguntado si los que mató eran todos los que tenía en su lista.

Una hora más tarde se despedían de Emilia Antera. Fue una entrevista

diferente a lo que esperaban, sobre todo María. La subinspectora estaba convencida que se iba a encontrar con una mujer, sí, infiel, pero seguro que tendría sus motivos para actuar como lo hizo, quizá no se atrevió nunca a dar el paso de separarse por sus hijos o por no saber qué hacer o a qué dedicarse. El frágil perfil mental que se había hecho de ella mientras interrogaba a su marido se desmoronó en cuanto supo que no tenía hijos.

—Esta tía es una maldita embaucadora— soltó nada más abandonar la casa — pero, ¿cómo se atrevió a negar que tuviera ninguna relación con la víctima? Le daba igual lo que le había pasado. Tiene las santas narices de decir que su marido es una persona enfermiza y celosa sin motivo alguno—la hubiese abofeteado con las dos manos a la vez— Me indignan este tipo de mentirosas.

—Si metiéramos en la cárcel a todos los que fueran parecidos…

—Lo sé, Diego, es una manipuladora, no una asesina, aunque no creo que pusiera muchos reparos si el tema le interesara. ¿Recuerdas su cara cuando le enseñé el móvil de su amante y los *sms*?

—Sí, como viste, casi siempre se cumplen las mismas etapas en los interrogatorios. Prueba nueva, declaración nueva— Olivares abrió la puerta del copiloto y accedió al interior del todoterreno— pero al menos te has quedado satisfecha con tu despedida.

La subinspectora se ajustaba el cinturón de seguridad mientras recordaba el momento, su rostro dibujaba una sonrisa ladeada, de satisfacción.

—Algo tenía que dejarle— ladeó la cabeza con una mueca similar a la de un niño al hacer una trastada. Arrancó el coche— reconozco que no habla muy bien de mi profesionalidad, pero por lo menos estará preocupada pensando que si los *sms* del teléfono la implican y no da la cara es posible que algún viejo amigo de él quiera dejar las cosas claras y…

—Tranquila no se ha quedado, seguro.

—En cuanto la he visto sé que no era trigo limpio.

—Nunca dejará de sorprenderme tu facilidad para detectar a mujeres que no son lo que parecen.

—Si me pasara lo mismo con los hombres otro gallo me cantaría.

Olivares recordaba al amigo especial, como así lo llamaba, de su compañera. A él nunca le agradó pero ella parecía feliz a su lado. Hasta que dejó de serlo.

—La próxima vez te pediré opinión y espero que me la des aunque no quiera oírla ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Los últimos minutos de regreso a la comisaría los hicieron en silencio. Sin

proponérselo, los dos policías repasaban la foto recibida y lo que recordaban del expediente en el que se zambullirían en cuanto pusieran un pie en comisaría.

Dejaron el BMW X6 en el aparcamiento de la Jefatura Superior de Policía y sin abandonar el silencio en el que se hallaban inmersos se encaminaron hacia sus mesas. Diego con la fotografía en la mano, María rumbo a los archivos para quitar el polvo a toda la documentación que guardaban sobre *El Verdugo*.

En cuanto el inspector se disponía a acceder a una de las salas que se encontraba libre en esos momentos, para meterse de lleno con el supuesto *Verdugo*, los gestos airados del comisario atrajeron su atención. Le vio taladrar con la mirada su teléfono móvil como si fuera el culpable de su mal humor, cerca estuvo de lanzarlo contra el suelo. Olivares recorrió a paso rápido la distancia que le separaba del despacho de Fausto, lo vio meterse en él y cerrar la puerta.

—¿Qué pasa, Cruz?

El regordete rostro de la eficiente secretaria mostraba dos círculos rojizos en sus mofletes. Suspiró un par de veces antes de poder pronunciar palabra alguna.

—El detenido se ha escapado.

—¿Detenido? ¿Qué detenido?

—El de ayer— bajó la vista al papel que sostenía entre las manos mientras se ajustaba las gafas que llevaba sujetas con una cadena— Evaristo Rodríguez.

El inspector negaba con la cabeza.

—¡Mierda!— sin pensarlo dos veces llamó a la puerta del despacho del comisario y entró— jefe, la mujer está en peligro, habría que…

Fausto levantó la cabeza, en su mano el móvil que dejaba sobre la mesa. Labios apretados. Gesto contrito.

—Estaba, Olivares, estaba. He mandado tres patrullas a su domicilio, no han llegado a tiempo por escasos segundos— se puso en pie visiblemente exasperado — le han cogido mientras asestaba puñalada tras puñalada a su mujer ¡¿Qué coño ha fallado?!

Si se tratara de otra persona, Diego le hubiera soltado un pequeño discurso de complacencia, de ánimo. Nada había fallado, y todo a la vez. Son cosas que pasan. Lo único diferente en relación a casos similares es que el marido en lugar de acabar con su mujer y después con el amante, lo había hecho al revés, no sólo eso, sino que se había tomado su tiempo para ejecutar la venganza. Ser detenido no entraba en sus planes, al menos no en tan corto período de tiempo. Jamás podría llevar a cabo su objetivo si no se escapaba cuanto antes.

Sí, todo esto se lo podía haber soltado al comisario y añadir que la motivación de Evaristo Rodríguez para actuar como lo había hecho superó con

creces la tensión de los policías que le trasladaban a prisión.

Pero no lo hizo.

Si alguien conocía y compartía letra a letra su callado discurso era Fausto Redondo.

—Por lo menos por nuestra parte no hemos tenido que lamentar nada grave, sólo un puñetazo y un golpe en la cabeza contra la pared de uno de los oficiales — a un par de pasos de la ventana, con la mirada en la distancia, se atusó su mostacho y volvió el rostro— hoy es uno de esos días en los que lamento haber dejado de fumar— dibujó una sonrisa amarga— me fumaría tres paquetes seguidos.

—De eso no hay que lamentarse nunca, jefe.

—Ya, lo dices tú que nunca has fumado. Por cierto ¿te puedes poner con la foto esa?

—Sí, en ello estamos— en esta ocasión fue el rostro del inspector el que se cubrió con un velo de preocupación.

—Desembuche.

—En cuanto tenga algo concreto que decir, lo haré.

—Como quiera, Olivares. Manténgame informado.

El inspector asintió y abandonó el despacho.

Fausto Redondo permaneció en pie unos minutos. De nuevo, la mirada en el horizonte. El día había comenzado de la peor manera posible, las siguientes horas no auguraban nada bueno, en cuanto la prensa se enterase de lo sucedido se lanzarían sobre él como buitres.

“Lo tengo merecido”

No quedaba otra que dar la cara por los suyos. No era la primera que vez que lo hacía y ojalá fuese la última que se viera en una situación como esta.

“Un pitillito sería suficiente”

Negó con la cabeza repetidamente.

El inspector se hizo con un café y accedió a la sala. María Pinta le aguardaba con una caja y varias carpetas desperdigadas sobre la amplia mesa.

—Tu predicción se cumplió— dijo mientras tomaba asiento— no al pie de la letra, pero cerca estuviste de acertar de pleno.

La inspectora dejó la hoja que tenía entre manos y fijó los ojos en los de su compañero. Su cabeza repasaba veloz todo lo que tuviera que ver con una predicción que hubiera hecho en las últimas horas.

Al ver su gesto de extrañeza, Diego asintió ligeramente con la cabeza.

—Emilia Antera acaba de ser asesinada.

—¡*Ostin*! Pero…— María llevó sus manos a la cabeza y se echó el pelo hacia atrás— ¿cómo…?— en su cabeza se agolpaban infinidad de preguntas.

—Su marido. A esto me refería cuando dije que cerca estuviste de acertar de pleno con tu predicción.

La subinspectora se incorporó.

—Conociéndote sé que no estás de coña, pero…

—Consiguió escapar y fue directamente a su casa para completar la venganza. Ya está detenido.

María tomó de nuevo asiento, la multitud de dudas que no terminaba de vocalizar habían quedado en su mayoría resueltas con un par de frases de su compañero.

—¿El comisario?

—Jodido, muy jodido. Le van a dar por todos los lados. Esta vez no podemos negar que como cuerpo nos lo merecemos. Sí, no me mires así, sé que son cosas que pasan, que entrarán dentro de la estadística pero precisamente por eso, aunque no sea algo habitual, la sociedad espera que este tipo de errores se reduzcan a cero.

—Ya…

3

Me instalé en un piso que mi amigo Marcos Alegre me había conseguido. Se encontraba sobre el Paseo de Pereda, desde el salón podía ver el mar, todo un lujo. Las tres habitaciones y los dos baños con los que contaba excedían mis necesidades y mi presupuesto, dos casas abiertas implicaban demasiados gastos.

—Puedes alquilar una de las habitaciones.

Al escuchar la propuesta de Marcos al otro lado del teléfono di un respingo en el asiento.

—Al menos mientras te encuentran otro apartamento. Si quieres lo hablo con el casero, no es lo habitual pero seguro que no le importa.

Nada me podía apetecer menos que compartir el piso con un desconocido.

—Déjame que lo piense, Marcos.

Salí a la calle, necesitaba sentarme en un banco a pie de playa mirando el mar. Con Freddy a mi lado nos dispusimos a pasear un rato. Al cruzar frente a un kiosco decidí comprar *El Diario Montañés*.

—Aquí tiene.

—Gracias.

Mi vista fue como hipnotizada al titular de generosa tipografía de la portada, Posiblemente mi profesión tuviera la culpa de este súbito interés.

Leí:

"¿*Un nuevo crimen del Verdugo*?"

"*La policía ha encontrado el cadáver de un hombre al que ocho años atrás se dio por desaparecido. Se da la circunstancia que el cuerpo ha sido hallado a menos de ochenta metros del lugar en el que trabajaba; el antiguo Centro de Socorro Juvenil La Esperanza"…" "… según fuentes cercanas a la investigación una foto similar a las enviadas por el tristemente famoso Verdugo, ya fallecido, puso sobre la pista a los investigadores que…*"

—Interesante…— murmuré.

Parecía sacado de una novela policíaca. Una foto enviada por un asesino ya

fallecido no podía por menos que captar mi interés. O la envió antes de morir para que la entregasen un determinado día o hay alguien por ahí que quiere que la leyenda del famoso *Verdugo* continúe. Pensar en esta posibilidad generó que un intenso cosquilleo recorriese mi cuerpo. La noticia no aportaba mucho más, la policía no había realizado declaraciones, hasta el momento. Sólo se hablaba del hallazgo del cadáver sin aclarar las causas de su fallecimiento. Resultaba evidente que la muerte no debió sorprenderle por causas naturales.

Llevé la vista al mar, a lo lejos, respiré profundamente.

A mi derecha, sentado y sin perder detalle del horizonte Freddy disfrutaba de las vistas tanto como yo. Multitud de pequeñas olas saltaban de un extremo a otro empujadas por el viento, lanzando al aire incontables chorros de espuma. Un viento que debía desplegarse con mayor intensidad mar adentro, junto a la orilla disfrutábamos de una agradable brisa. Tras unos minutos de muda contemplación volvió la cabeza mientras dejaba una pata sobre mi rodilla.

—Está bien.

Me incorporé dispuesto a dar el paseo que me pedía. Sin saber por qué mi cabeza daba vueltas a la noticia del periódico.

"¿*El Verdugo*?"

Suelo estar mínimamente informado de las crónicas de sucesos, atento a la investigación que lleven Policía y Guardia Civil con el objeto de aprender para una posterior aplicación en mi trabajo. Me era familiar el sobrenombre del *Verdugo*, pero no terminaba de encajarlo. Seguro que Marcos lo recordaba.

Nuestro paseo discurría paralelo al mar en dirección al Monumento a los Raqueros, donde termina el Paseo de Pereda junto al Club Marítimo. Sin un motivo aparente, en los pocos días que llevábamos en Santander, habíamos escogido un banco frente a estas esculturas de bronce de enorme realismo, que representan a un niño tirándose al mar y a otros sentados con la vista fija en el océano. Quizá el motivo por el que Freddy y yo nos parábamos un rato en ese banco fuese por la historia de esos niños pobres, esos *raqueros* que se lanzaban al mar en busca de las monedas que les tiraban, a modo de extraña diversión, para que bucearan y consiguieran algunas *perras* para comprar algo que llevarse a la boca.

Junto a las esculturas hay una placa que reza:

"*Los Raqueros, personajes típicos santanderinos descritos por José María de Pereda, que en los siglos XIX y XX frecuentaban las machinas y acostumbraban a darse un cole en puerto chico, buceando en las aguas de la bahía para recoger las monedas que los curiosos les lanzaban*"

Según me han comentado gentes del lugar la placa señala una versión bastante suave de la realidad. La historia de estos chicos que robaban en los barcos ingleses y que se buscaban la vida como podían me había impactado.

De nuevo nos pusimos en camino de vuelta a casa, de nuevo mi cabeza regresaba a la noticia del *Diario Montañés*.

Si en mi novela hubiera aparecido el cadáver de un trabajador de un centro de menores enterrado a menos de cincuenta metros, resultaría evidente que en dicho centro sucedía algo. Uno puede terminar con la vida de alguien en un arrebato, el problema radica, o lo que lo hace digno de consideración, es enterrarlo, con mayor énfasis, si dicho entierro tiene lugar cerca del centro donde trabaja la víctima. Sí, también podría tratarse de un intento de inculpar a alguien de ese centro de menores escondiendo el cuerpo en los alrededores, pero me suena demasiado rebuscado.

De modo instintivo saqué el móvil del bolsillo del pantalón y pulsé el nombre de mi amigo.

—Jaime, ¿cómo estás?— me dijo.

—Bien, bien, junto al Monumento de los Raqueros, ya te contaré su historia. Sé que vienes este fin de semana pero necesitaba comentarte una noticia que recoge hoy *El Diario Montañés*. ¿Te suena de algo un asesino de aquí conocido como *El Verdugo*?

—Sí, resultó ser una mujer. Fotografiaba a sus víctimas y mandaba una copia a la policía. Murió a manos de su última víctima, no creo que haya pasado mucho más de dos años ¿por qué te interesa?

—Parece que ha vuelto a actuar.

—No es posible, ya te digo que murió.

—Sí, pero se rumorea que la policía ha recibido otra de esas fotos.

—Muy interesante, Jaime.

—Lo hablaremos cuando vengas.

Apenas me quedaban cinco días para estrenarme como profesor y los nervios comenzaban a adueñarse de mi estado de ánimo. Según mi amigo Marcos Alegre, entraba dentro de lo normal, a él le seguía sucediendo en el inicio de cada curso o taller. Lamentablemente para mí no me consuela, ni me alivia lo más mínimo.

El programa lo tenía preparado gracias a su ayuda. Me di cuenta que se trataba precisamente de lo que él decía; plasmar en hojas mi experiencia como escritor. No fui consciente de ello hasta que no me paré a pensar en los tipos de

investigación con los que nos podríamos encontrar, el tipo de asesino, de víctima, a la que normalmente se le dedica poco espacio, los motivos que mueven a cometer este tipo de actos. Me gustaría dedicar una parte del temario, que apenas es un trazo dentro del programa, al asesinato perfecto. ¿Existe o es una leyenda urbana?

Tengo que reconocer que deseaba encontrarme con mis alumnos, saber qué les había llevado a apuntarse al curso, a qué se dedicaban, qué esperaban aprender y si tenían intención de escribir novelas o si lo habían hecho ya.

Los días pasaron con la visita de Marcos el fin de semana anterior a mi puesta de largo. Como no podía ser de otra manera el tema central de nuestra conversación fue *El Verdugo* y su supuesta reaparición. Tras elucubrar durante horas dibujando las más complicadas teorías llegamos al asunto que me había llevado hasta Santander. En esta ocasión sí que sus palabras me dieron cierta tranquilidad y, sobre todo, seguridad en mí mismo.

El curso comenzaba a las seis y media y duraba hasta las nueve, cuatro días a la semana. Amenazaban con añadir a mi agobio otro grupo más, pero les dije que se lo tomaran con tranquilidad, cada cosa a su tiempo.

Extrañamente me sentía relajado. En diez minutos saldría de mi casa, con las bendiciones de Freddy en forma de lametazos. Repasé una vez más mi vestuario, camisa y chinos, quería dar una imagen de alguien normal. Lo de normal en una profesión como esta no tiene cabida, lo mismo vale para los pintores, escultores, poetas, cantantes, podemos vestir como nos dé la gana. Si resulta extravagante todo se explica diciendo; es escritor, o escultor. Queda todo claro.

Entré en el aula contento, acompañado del director de la escuela. Faltaban veinte minutos para que los alumnos comenzaran a llegar. Sobre la mesa la carpeta con el programa del curso y los apuntes de esa primera clase, que lógicamente tendría como principal objetivo conocernos todos un poco. Esperaba a seis chicas y dos chicos, más que suficiente para mi primera experiencia.

—Buenas tardes ¿es aquí el taller para aprender a escribir una novela?

Una melodiosa y joven voz de mujer a mi espalda me hizo levantar la cabeza de la carpeta y volverme.

—Sí, aquí es. Puedes elegir sitio, eres la primera.

Hablé un poco ella, se llamaba Lali, contaba con veinticuatro años y trabajaba en una sucursal del Banco Santander. Nunca se había decidido a escribir una novela, mejor dicho a terminarla porque había empezado varias.

—Hola…

La segunda alumna hizo su aparición.

—Pasa, pasa, toma asiento— indiqué a una mujer de unos cuarenta años.

Poco a poco fueron llegando todos los alumnos. A primera vista parecían más nerviosos que yo, lo cual era de agradecer. El primer objetivo, siguiendo el consejo de Marcos, era romper el hielo en mil pedazos con el fin de que las clases se convirtieran en un constante cambio de opiniones. Si lo conseguía, los alumnos se sentirían más implicados, todos juntos sacaríamos un mayor partido del taller. Buscaba una forma práctica de que pudieran aplicar a la hoja en blanco lo aprendido.

El resto de los alumnos lo componían un ama de casa, un comercial de seguros, un policía local, dos amigas estudiantes de psicología, una abogada y una publicista.

—No sé qué os habrán contado, espero no decepcionaros con lo que os voy a decir. Veréis, no existe un método, una forma a prueba de fallos para escribir una novela policiaca. No hay un librillo mágico que muestre el camino al éxito— deslicé la mirada por todos y cada uno de los rostros. Me pareció advertir cierta relajación en unos y quizá una leve decepción en otro; el comercial de seguros.

No me equivoqué.

—Pensaba que íbamos a aprender a escribir una novela que tuviera éxito. Le busqué a usted en internet y no he visto que haya obtenido ningún triunfo destacado a nivel mundial— apuntó sagaz Goyo, el comercial de seguros.

“Empezamos bien”

—Cierto, no he ganado ningún premio de los considerados importantes, como la gran mayoría de los escritores— le miré a los ojos— como os decía no existe un método mágico, como podrás comprobar al leer cualquiera de esos libros de éxito mundial a lo que te refieres, poco tienen en común.

Cruzó las piernas y me dedicó una extraña mueca.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos aquí?

—A esa pregunta sólo puedes responderte, tú. Confío que estés aquí para dar el paso y escribir.

—Yo quiero aprender a escribir una novela— intervino Lali, se volvió hacia Goyo— ¿si te apuntaras a una escuela de fútbol crees que alguien te iba a poder asegurar que ibas a llegar a ser como Messi o Cristiano Ronaldo?

Goyo torció el gesto. Miró con curiosidad a la menuda chica que le había hablado y asintió levemente. Llevó el Bic a la boca y lo mordisqueó con una actitud que deduje era propia de los nervios.

—¿Alguno de vosotros ha escrito algún libro aunque no lo haya publicado? — pregunté con el ánimo de relajar la tensión— ¿algún relato? ¿O habéis comenzado alguna novela que no terminasteis?

Siete levantaron la mano.

Goyo siguió chupando el bolígrafo.

Mi teléfono vibró sobre la mesa, mientras aguardaba alguna respuesta lo eché un vistazo lo más disimulado que pude. Era un *whatsapp* de Marcos. El breve texto que aparecía en la pantalla decía: *chica de 23 años para compartir piso con…*

La primera clase no salió mal, al menos para mí. En cuanto dieron las nueve, Goyo se esfumó como si le fuera la vida en ello. Los demás se quedaron unos minutos charlando de lo que sería el curso y, lo que más me sorprendió, pidiéndome el titulo de algunas de mis novelas.

Llegué a casa feliz, satisfecho con la experiencia, pero había alguien aún más feliz que yo. Freddy me recibió entre incontables lametazos y gemidos como si hubieran transcurrido años de soledad desde la última vez que nos vimos. No deja de sorprenderme esa fidelidad que muestran los perros a sus amos. *Amo* es una palabra no me gusta en absoluto porque implica un derecho sobre el animal que no considero que tenga. Excepto por imperativos legales, no me veo como su dueño, no cuando estoy con él. Me aporta una más que grata compañía, me da un cariño incondicional y una muestra constante de alegría que me resulta contagiosa.

Cogió la correa con la boca y me la ofreció mientras movía la cola con vehemencia.

—Ya vamos, pero espera un segundo a que deje la carpeta ¿de acuerdo?

Sin soltar su presa se sentó junto a la puerta.

—Un poco interesado sí que eres con tanta alegría ¿eh?— dije mientras le acariciaba entre las orejas— ya sé que te lo estás preguntado, sí todo ha salido muy bien.

Soltó la correa un instante y me dio un lametazo en pleno rostro.

—Yo también me alegro

Enganché la correa en el collar y salimos a la calle. Hacía una noche magnífica para pasear. Llegando al Paseo de Pereda mi móvil comenzó a sonar.

—Marcos…— murmuré. Me había olvidado por completo de su mensaje.

—¿No has leído mi *whatsapp*?

—Disculpa. Estaba en clase y vi que llegaba pero no lo he abierto todavía.

Hablamos durante veinte minutos de cómo me había sentido, de los alumnos, de si ya había dado con el listillo.

—¿El listillo?

—Sí, no en todas las clases, gracias a Dios, pero en la gran mayoría siempre tengo ese personaje que cree saber más que tú y que no entiendes qué coño hace ahí. A veces, el listillo toma la forma de alumno al que nada le interesa y todo le parece mal, pero llegas a la misma conclusión ¿Para qué narices vendrá?

Me acordé de Goyo.

—Hay uno que responde a la segunda versión del listillo que apuntas.

—O le pones de tu parte o mejor que se vaya porque puede crear problemas con sus compañeros.

—Confío que se adapte.

—Por cierto, Jaime, el mensaje era para decirte que el casero tiene una chica interesada en alquilarte una habitación. Si quieres te descuenta su parte de la mensualidad o se la cobras tú.

Todavía no me había decidido a meter a nadie con Freddy y conmigo, pero tendría que empezar a considerarlo como una opción necesaria.

—Antes habrá que conocer a esa chica y que Freddy decida.

—Me parece muy bien.

—Respecto a que le pague al casero o a mí entiendo que tú ya tienes una idea al respecto ¿no?

Escuché cierto ruido al otro lado del teléfono antes de volver a oír la voz de Marcos.

—Perdona me estaba poniendo la cena en una bandeja. Sí, como sabes he vivido esa experiencia. Aunque ver reducido el alquiler alegra bastante, se convierte en un problema cuando tú, por el motivo que sea, decides que no quieres seguir viviendo con esa persona. Si te paga a ti, serás tú el que resuelva cuándo se va si es que tuvieras que pedírselo.

—Entiendo, tiene todo el sentido.

—Recuerda que no es un contrato de alquiler normal, déjale claro que estará contigo mientras tú quieras, que tendrá quince días para buscarse otro sitio llegado el momento.

Estas eran las situaciones que trataba de evitar al compartir el piso. Prefiero irme a otro más pequeño, pero la zona en la que está ubicado es fantástica y queda muy cerca de la academia.

A la mañana siguiente recibí la llamada de Mena. Abreviatura de Filomena como me confesó entre risas. Lo de Filo no le llegó nunca a convencer. Otra

posibilidad era cambiarse de nombre pero sería dar un tremendo disgusto a su abuela a quien quería mucho. Muy a su pesar dejó de ser algo a plantearse.

—Mena no queda mal ¿verdad?

Llevaba razón, incluso resultaba original. Era la primera vez en mi vida que conocía alguien con ese nombre, lo mismo me hubiese sucedió con Filomena. Llegó antes de comer. Era informática y su aspecto nada aportaba, es decir, ni especialmente arreglada ni desaliñada. Freddy la estudió durante unos minutos como si supiera que esa chica podría compartir la vida con nosotros. Tengo que reconocer que ella se lo ganó con un par de caricias. Hablamos de sus costumbres en casa, de la limpieza, de la cocina, de horarios de comidas y cenas.

—De acuerdo ¿Cuándo te instalas?

—¿Pasado mañana?

—Perfecto— dije nada convencido con el paso que iba a dar.

Intuía que la vida nos iba a cambiar a Freddy y a mí, pero jamás hubiera sido capaz de imaginar cuánto, ni de qué manera.

Todo comenzó bien, parecía que nos compenetrábamos.

Lo parecía.

4

—¿Has encontrado algo?— preguntó el inspector más por cambiar de conversación que por pretender que en los pocos minutos que su compañera había dispuesto hubiese sido capaz siquiera de poner un poco de orden en la documentación.

—¿Me dejas la foto?— pidió estirando el brazo. La situó entre las cinco que guardaba el expediente— esta de aquí…— golpeó suavemente con el índice una situada a la izquierda—…la hicimos nosotros, a ella no le dio tiempo porque, como sabes murió en el forcejeo. Estas cuatro las hizo *El Verdugo*, y esta es la de hoy— dio un par de toques con el dedo índice sobre la imagen.

—Sí, ¿ves alguna relación?

—No sabría decirte pero… ¿no te parece que esta es anterior a las demás? Hasta la letra diría que es diferente— señaló la recibida esa misma mañana.

Diego apuró el último trago de café y rodeó la mesa. Situado junto a su compañera analizaba en silencio todas las instantáneas.

—Sí, eso parece… ¿esto de aquí son iniciales?— señaló con el dedo índice el pecho de la víctima, junto al cartel de *culpable*.

María acercó la vista al punto señalado, nada convencida con lo que creía interpretar se incorporó con la instantánea entre las manos. De uno de los cajones superiores de la librería que corría a lo largo de la pared se hizo con una lupa.

—Sí, diría que son tres iniciales ¿CSJ? Debajo de lo que parece un escudo hay unas letras que no distingo bien, podría ser… *la*…*es*…

Diego recorrió veloz los no más de tres metros que les distanciaban.

A la subinspectora apenas le dio tiempo a levantar la vista de la fotografía cuando la mano de su compañero apareció frente a sus ojos tirando de la instantánea. Con la boca a medio cerrar le observó mientras cogía la lupa y examinaba con detenimiento las supuestas iniciales.

Con detenimiento y algo más.

—¿Qué sucede, Diego?

El inspector permaneció unos interminables segundos en silencio deslizando la lupa por cada centímetro de la imagen. El cuerpo se hallaba tumbado sobre lo que parecía una superficie sin pulir, quizá un sótano. La letra del cartel con mano temblorosa.

—Diego…

Lentamente, Olivares elevó la vista. Dejó la lupa sobre la mesa de la sala de reuniones y devolvió la fotografía a su compañera que con gesto ansioso esperaba un comentario por breve que fuera.

—CSJ. Centro de Socorro Juvenil…— soltó dejando una eterna distancia entre sílaba y sílaba—…La Esperanza.

Pinta cogió la imagen y llevó la vista a las iniciales.

—¿Lo conoces? ¿Conoces el centro este?— buscó los ojos de su compañero. Vio como su rostro había mudado a un color cetrino. La expresión que le devolvía le resultaba del todo desconocida.

“¿Dolor, pena?”

Diego asintió.

María dejó que se tomara su tiempo. Sin duda ese algo que se temía guardaba una relación mucho más profunda con las iniciales de lo que en un principio pudo sospechar.

—Acompáñame, por favor—cogió las llaves del coche que había dejado sobre la mesa. Abandonando la sala de reuniones se encaminó hacia el aparcamiento de la comisaría.

—Claro, ¿dónde vamos?

El inspector la observó con mirada ausente, en silencio, como si el simple recuerdo de aquello que golpeara en su cabeza le impidiera vocalizar palabra alguna.

—Ahora lo verás— dijo al fin.

María hurgaba en el bolsillo de su pantalón buscando las llaves del BMW X6. Convencida que su compañero no estaba en condiciones de conducir rodeó el todo terreno dispuesta a ponerse al volante.

—Vamos en el mío— oyó la voz de Diego a su espalda.

Pulsó de nuevo el botón del llavero para bloquear las cerraduras y siguió a su compañero. No es que fuese algo inaudito que se desplazaran en su coche pero no era lo habitual, menos aún cuando se le veía afectado por algo que sólo él conocía. Tomó asiento, se ajustó el cinturón de seguridad y apretó los labios, la incertidumbre comenzaba a afectarla.

Abandonaron la Avenida del Deporte, doblaron a la derecha por la de Vicente Trueba y a la izquierda por la calle de la Sierra. En el Audi A1 del inspector sólo se escuchaba el suave rumor del motor.

María no perdía de vista el concentrado perfil de su compañero. Cuando cruzaron la autovía S-20 y tomaron la carretera CA-231, no pudo contener su ganas de saber qué estaba ocurriendo.

Barrió el paisaje con la mirada.

—Dime algo, por favor ¿vamos a Liencres?

El inspector mantenía la mirada fija en el horizonte.

—Diego…

—Sí, disculpa. No, nos detendremos antes.

—¿No era la primera vez que veías esas iniciales, verdad?

Olivares asintió.

—No. Fue hace unos años…

Doce, concretamente.

Diego salía de la vivienda de una pareja con el rostro desencajado, el ánimo por los suelos y un niño entre los brazos. Apenas había cumplido los treinta y en los pocos que llevaba en el cuerpo había visto cosas con las que jamás pensó que se fuera a cruzar a lo largo de toda su carrera como policía. No era normal que siendo tan joven su experiencia fuese tan cruda, parecía que los peores casos llamaban a su puerta.

Quizá fuera la mejor forma de aprender el oficio.

La pareja yacía en el suelo, uno al lado del otro. Ambos con los rostros desfigurados por la tremenda paliza recibida. Una inspección preliminar apuntaba a un grueso martillo de punta roma como el arma homicida. El martillo y los cinco orificios de bala que cada uno presentaba en su cuerpo. Los dos tenían las manos y los pies atados, deberían llevar muertos un par de días, el rigor mortis y el intenso olor así lo atestiguaban, los mismos días que el hijo único de la pareja permaneció escondido en el armario de uno de los dormitorios.

Cuando Diego abandonaba el escenario del crimen, arropado de todo el disimulo que fue capaz, dispuesto a vaciar el estómago en la primera esquina que encontrara en la calle a salvo de miradas indiscretas, creyó escuchar un suave lamento. Aguantando las punzantes ganas de vomitar agudizo el oído. Sí, no había ninguna duda.

“Alguien está llorando”

Minutos más tarde aparecía en la calle con Toñín agarrado a su cuello, muerto de hambre.

Y de miedo.

—No fue fácil, ni rápido— dijo mirando a su compañera, acababa de detener el vehículo a unos metros de una vieja casona, en un desvío de la Avenida Marqués de Valdecilla— pero al final conseguí adoptarlo. Yo era joven, menos mal que él también porque la ley establece que la diferencia menor de edad entre el adoptante y el adoptado no puede ser inferior a dieciséis años.

María no había vuelto a pronunciar palabra desde que el inspector inició su relato. Sólo escuchaba, esforzándose por comprender qué era lo que había pasado, qué tenían que ver las iniciales con esa historia tan cruel que le estaba relatando.

De repente creyó entenderlo todo.

—¿El Centro de Socorro Juvenil La Esperanza?

Diego señaló la vieja casona.

—Sí, ahí estuvo Toñín durante algo más de un año hasta que una mañana me avisaron de los Servicios Sociales que había superado todos los trámites.

—¿Lo conseguiste sin estar casado?

—Sí, gracias a una buena amiga que desde los propios Servicios Sociales hizo todo lo que pudo.

El velo de tristeza que se apoderó de Diego generó un intenso cosquilleo galopando por el cuerpo de la inspectora. No sabía que tuviera hijos, en los casi dos años que llevan juntos jamás le había oído hablar de ese chico.

“Falta algo, lo más importante. No sé si quiero oírlo”

Una vez más el silencio se apoderó del inspector. Su mirada en lo que fue el Centro de Socorro Juvenil. Negaba con la cabeza. Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro.

—No sé por qué creí que seguiría funcionando. Hace muchos años que no venía por aquí— llevó la mano a la llave de contacto— creo que te he hecho perder el tiempo.

—¿Por qué no entramos? Siempre me dices que no hay que presuponerlo todo de antemano, que tenemos que estar abiertos a lo inesperado.

—Sí, pero qué tiene que ver con…— elevó ligeramente la cabeza en dirección a la casona.

—Vamos, compañero.

Esa y otras muchas cosas era lo que más le gustaba de María. Escuchaba,

tomaba notas mentales y actuaba conforme a su criterio, sobre todo cuando sospechaba que él estaba siendo poco o nada objetivo.

—Hostal El Camino…— murmuró la subinspectora— tiene aspecto de casa de putillas…

—No les quites años— sonrió— Me parece que el aspecto es debido a un defecto de decoración.

Varios coches aparcados frente a la puerta, dos con matrícula francesa, otro alemana, el resto españoles.

—Al final vas a tener razón.

Accedieron al interior. Una mujer les recibió con una amplia sonrisa.

—Buenos días.

—Buenos días— respondió María adelantándose a Olivares.

En esos momentos era el turno del que pensaba que la visita o el interrogatorio en cuestión podía ser productivo. Diego no sabía por qué se empeñaba en continuar adelante.

Pinta mostró su placa a la recepcionista. Su sonrisa no desapareció.

“No, si al final será un hostal hortera, pero un hostal. De tratarse de una casa de putillas algo hubiese cambiado su cara, digo yo”

—Soy la subinspectora Pinta y él es mi compañero, el inspector Olivares.

—¿En qué puedo ayudarles?

María tanteó en silencio a Diego por si había decidido tomar el mando de las preguntas. Parecía como si estuviera en otro lugar, miraba de un lado a otro.

“¿Está recordando?”

—¿Antes de ser un hostal era un Centro de…?

—…de Socorro Juvenil. La Esperanza, se llamaba. Mi marido compró la casa y el terreno. Yo lo he decorado— apuntó orgullosa.

María esbozó una mueca que pretendió ser una sonrisa. La recepcionista no supo cómo interpretarla.

—La señora que llevaba el Centro de Socorro…— la voz de Diego llegó hasta las mujeres. Ambas se volvieron, el inspector regresaba de su visita por el vestíbulo.

—Sí, doña Herminia. Vive aquí, la pobre no tiene familia y nos daba no sé qué dejarla en la calle aunque se llevó su buen dinerito. ¿Sabe, usted? No quiere ir a una residencia, prefiere estar rodeada de sus recuerdos, dice, pero no sé a qué recuerdos se refiere porque hemos cambiado todo y…

—¿Se encuentra en el hostal?— cortó Diego el monólogo de la feliz recepcionista.

—¿Eh? Sí, sí. Ahora mismo la pueden ver en el salón— señaló un pequeño pasillo a la izquierda de los policías— les acompaño.

La puerta del hostal se abrió dando paso a una pareja y dos niños.

—No se preocupe, atienda a esa familia— apuntó María.

Olivares y Pinta se encaminaron hacia el lugar indicado.

—No contabas con esto ¿eh? — la subinspectora satisfecha con el resultado de haber seguido a su instinto.

Diego sonrió.

—Para que veas que mis consejos tienen sentido.

—Lo tienen pero no sólo para los demás, sino también para que te los apliques a ti mismo y…

—Subinspectora….

Cuando Diego se dirigía a ella por su rango se imponía su propia categoría de inspector, una forma sutil de dejar patente una autoridad de la que sólo hacía gala en discusiones banales o en la firma de informes.

María captó al vuelo la indirecta, se ajustó la blusa, el pantalón y decidida entró en el salón seguida de su compañero. Sobre una mesa redonda, cubierta con un mantel que colgaba hasta el suelo, humeaba una taza de té. A su derecha una mujer que frisaría los ochenta años hacía punto sentada en una butaca. Frente a ella un ventanal que ofrecía unas vistas despejadas, casa salpicadas a uno y otro lado, entre medias un paisaje verde bajo un cielo de intenso color azul.

En el sofá de tres plazas, en el otro extremo del pequeño salón dos parejas que jugaban a las cartas. Al ver a los recién llegados sonrieron a modo de saludo.

Diego y María cruzaron sus miradas. Él, asintió fijando su vista en la mujer.

—¿Doña Herminia?

La aludida, sin dejar el punto, recogió la vista que recorría el horizonte sumida quizá en sus propios recuerdos y la llevó al hombre que se dirigía a ella. Antes de contestar le miró con descaro.

—A usted le conozco— afirmó sin lugar a dudas. Mantuvo su impertinente mirada unos segundos más fija en Diego que guardaba silencio a la espera de que la memoria de la mujer le hiciera más sencillo su trabajo.

—Sí, señora. Nos conocimos hace unos años.

Con pausa dejó el punto a buen recaudo en el interior de una cesta de mimbre a los pies de la butaca. Se quitó las gafas de redondos cristales y con gesto mecánico se ajustó el moño.

—Usted es o era policía ¿verdad?— señaló dos sillas en torno a la mesa—

¿por qué no se sientan?

—Gracias, señora— dijo María.

—Lo sigo siendo.

—¿Usted?— clavó sus vivos ojos en la subinspectora.

—También soy policía.

–Bien, bien…—con calma cogió la taza y sopló con delicadeza antes de dar un pequeño sorbo— ¿Qué interés pueden tener en una vieja como yo?

Diego cogió la fotografía que les había llevado hasta ese lugar y se la mostró.

—¿Lo recuerda?

Una mano nudosa y ajada se hizo con la instantánea, con la otra se ajustó las gafas.

—Vaya…— siseó

Los policías se miraron. La primera fase de la entrevista que Diego pensaba mantener había trascurrido de forma más rápida y sencilla de lo que hubiese previsto. No pensó que fuera a acordarse de él. La recordaba con carácter, de cabeza despejada, eficiente y lo que le hacía destacar sobre otras directoras de centros de acogida o de socorro, su presencia generaba confianza.

—¿Está muerto?

—Sí, creernos que el asesino hizo la foto en…

—¿El asesino?— bajó de nuevo la vista a la imagen a la que se acercó tanto que la nariz cerca estuvo de rozarla— disculpe, inspector, no había visto las letras en el cartel, mi vista no es lo que era. ¿Culpable?— miró a Diego— ¿Culpable de qué?

—Eso es lo que queremos averiguar ¿Lo reconoce?

Doña Herminia calló unos instantes. Sus dedos agitaban levemente la fotografía, cerró los ojos.

—Yo he visto antes otras como esta ¿verdad? En la televisión…

—¿Recuerda al hombre?— insistió el inspector temiendo que la mujer llevara la conversación por derroteros que no iban a favorecer la investigación. Nadie debía saber que la policía había recibido una fotografía que achacaba al *Verdugo*, ya fallecido.

María observaba a la mujer estupefacta por la claridad de cabeza que demostraba.

“Vaya con la que se llama vieja”

—¿Eh?— dijo como si regresara de algún lugar que sólo ella conocía. Estiró el brazo y señaló una puerta— en esa habitación a la izquierda verá una pequeña librería, en el armario de abajo hay varios archivadores. Ahí tiene que estar— se

dirigió a Pinta que como mujer que era consideraba que sería la persona adecuada para cumplir su encargo.

María asintió mientras se incorporaba. Con la fotografía en su poder se dispuso a husmear en las carpetas que encontrara.

—Espero que no se haya molestado, me ha salido sin pensarlo— murmuró mientras miraba de reojo la puerta por la que la subinspectora acababa de salir— aún no me acostumbro a las mujeres policía, no porque no las vea capaces, viendo la ineptitud de muchos colegas suyos no me extrañaría que nosotras lo pudiéramos hacer mejor.

—No se preocupe. Lleva razón, las mujeres lo pueden hacer y lo hacen tan bien o mejor que nosotros.

Doña Herminia sonrió, le caía bien ese hombre que estaba sentado frente a ella. Sí, se acordaba de él, de su rostro, de su profesión pero algo se le escapaba.

"¡Qué rabia me da!"

La subinspectora se hallaba en el suelo con las piernas cruzadas sosteniendo una gruesa carpeta abierta, pasando hojas y comparando las fotos que incluía la documentación que reflejaba el ingreso en el centro de cada empleado. La providencia se apiadó de ella, no fue necesario recurrir a los demás archivadores.

—Este se parece bastante.

Separó las anillas y se hizo con el expediente del trabajador. Abandonó el archivador sobre la mesa y regresó al salón sin dejar de comparar ambas fotos; la realizada por *El Vengador* y la del hombre de aspecto hosco que miraba a la cámara con descaro.

—Creo que es este individuo— dijo blandiendo la ficha en el aire. Miró a Olivares que con un gesto le indicó que se la entregara a la mujer.

Doña Herminia realizó una vez más el ritual de ajustarse las pequeñas gafas redondas en el extremo más alejado de la nariz. Cogió el expediente, guardó silencio mientras lo leía y al concluir levantó la cabeza. Continuó sin pronunciar palabra alguna durante el siguiente largo minuto bajo la atenta mirada de sus visitantes.

—Pensamos que se había ido sin avisar…— soltó de repente—…desapareció de un día para otro. César Hernández…

—¿Reconoce el sitio donde está el cuerpo? ¿Podría ser alguna habitación de este lugar? El suelo parece sin pulir como si fuera…

—El sótano— soltó convencida, observando a la subinspectora— pero ahí no lo pudieron dejar.

Diego cogió al ficha, sin duda se trataba del mismo individuo de la fotografía que habían recibido esa misma mañana.

—¿Guarda un archivo de los alumnos del Centro de Socorro?

La directora asintió. La vista perdida, quizá buscando en su memoria.

—…ya me acuerdo. Usted adoptó a Toñín— soltó de repente como si temiera olvidar el detalle si lo dejaba para más tarde.

Olivares apretó los labios, sorprendido.

La mujer mayor y el inspector permanecieron mirándose mutuamente unos segundos. Doña Herminia analizó el rostro de María.

“Ella no sabe nada”

—No se preocupe, no le guardo rencor.

Diego no pudo evitar que un fino y casi inapreciable velo acuoso cubriera sus ojos. Sólo casi. La subinspectora observaba su perfil sin reparar en el detalle. Doña Herminia le ofreció su rostro más amable.

—¿Sabe si César Hernández tenía enemigos en el trabajo?— soltó la pregunta atropelladamente, con el deseo de cambiar el rumbo de la conversación cuanto antes.

—No abiertamente, quiero decir que no recuerdo a nadie que se declarase enemigo suyo, pero sí que era un hombre un tanto huraño, pero eficiente en su trabajo.

Pinta cogió la foto con las iniciales y se la volvió a mostrar.

—¿Cree que podría reconocer la letra?

Doña Herminia, tomó la instantánea entre sus manos. Concentrada observó durante unos minutos el cartel que su antiguo empleado sostenía en el pecho, *culpable*.

—No parecen trazos de una persona adulta, y si lo fuera diría que estaba nerviosa— se quitó las gafas— algo normal si tenemos en cuenta la atrocidad que había cometido.

—Antes ha dicho que no pudieron haber dejado el cuerpo en el sótano, que no lo pudieron enterrar ahí.

—Pueden bajar a verlo, el suelo es de cemento. Hoy en día es un almacén y poco podrán comprobar, apenas queda sitio, pero por entonces había mucho espacio— calló unos segundos antes de proseguir— pero lo pudieron enterrar en cualquier lugar. El sótano da al exterior que como pueden ver— señaló la ventana— es todo un precioso campo.

Olivares y Pinta se miraron, no parecía que pudieran obtener más información en esa entrevista pero ninguno de los dos se daba por satisfecho con

lo conseguido; el nombre y la certeza de que el tal César Hernández había trabajado en el Centro de Socorro La Esperanza.

—En la ficha dice que estuvo como vigilante de noche durante siete años— apuntó María— ¿si hubiese habido algún incidente estaría reflejado en su ficha?

El rostro de doña Herminia esbozó una mueca torcida de complicada interpretación. Negó levemente con la cabeza.

—Verá, en un negocio como era este había que vigilar la reputación. Cualquier denuncia o disputa entre empleados que quedase recogida y fuese, lógicamente, puesta en conocimiento de los Servicios Sociales podría acarrear un serio problema y…

—¿Y de los niños?

Diego cortó la explicación de la mujer mayor. Su experiencia profesional le había llevado a estar saturado de la puñetera excusa de las empresas, fueran del tipo que fuese, para actuar o no en defensa de su reputación. No tenía nada contra doña Herminia pero no estaba dispuesto a seguir escuchando justificaciones semejantes.

—¿Niños? ¿A qué se refiere?

—Si hubiera habido algún altercado entre niños que…

—No, no— la mujer agitó la mano en el aire— lo solucionábamos nosotros. Imagine un expediente con faltas ¿Quién iba a adoptar a los pobres niños? Siempre eran cosas sin importancia, algo normal entre críos, inspector.

—Me refiero a sucesos que hubiesen tenido lugar entre personal del centro y los niños, si hubiera habido abusos que…

—¡No, por ahí no vaya!— el serio rostro de la mujer tornó aún más duro, su mirada fría— nunca, nadie, mientras he dirigido este centro ha sido acusado de nada parecido. No lo permitiría.

Diego la observó en silencio. Sin duda alguna se hallaba frente a una dura oponente. Había dado con un tema sensible. Se puso en pie.

—Si no le importa, la subinspectora y yo vamos a echar un vistazo por la salida del sótano que nos ha comentado.

—Por supuesto— el semblante cubierto de infinitas arrugas se relajó visiblemente, tanto como su mirada— si me necesitan, aquí me tienen.

—Gracias por atendernos.

Doña Herminia asintió.

—Sólo una pregunta más ¿cómo supo que mi compañero es inspector? No se lo habíamos dicho— quiso saber María.

—Si hace años era oficial de policía— miró a Diego— y hoy viene

acompañado de una persona que parece ser más que un oficial y que por su actitud es fácil deducir que está ante un superior, no me arriesgaba mucho llamándole inspector. Además, no me sé otro cargo— expuso sonriente.

—Cuando llegamos nos preguntó qué interés podíamos tener en una vieja como usted.

—Buena memoria tiene, señorita.

—Usted no es vieja, si acaso una mujer mayor. Buenos días y gracias— dijo dando media vuelta en dirección al vestíbulo.

—Por cierto, dijo que contaba con una relación de los niños que pasaron por el Centro de Socorro— expuso Diego.

—Sí, así es— afirmó mientras se incorporaba con sorprendente agilidad— vayan a ver el sótano que yo mientras tanto se la consigo. En la recepción les podrán hacer fotocopias y…

—Preferiría los originales si no tiene inconveniente, prometo devolvérselos en el mismo estado que me los entregue.

La mujer pasó al lado de la pareja. Antes de entrar en el que fue su despacho se volvió.

—Cada expediente de cada niño es un recuerdo de mi vida. Le aseguro que sí que tengo inconveniente en desprenderme de ellos— esbozó una media sonrisa — cuando terminen los encontrarán en recepción.

—Gracias por su atención, señora— apuntó Diego.

Los dos compañeros, tras preguntar a la recepcionista por el sótano y pedirle que alguien les abriera la puerta que daba al exterior, descendieron en silencio por la escalera que partía al otro lado de una puerta en el propio vestíbulo.

—Ya seguimos nosotros— dijo la subinspectora al chico que les acompañó en cuanto abrió la doble puerta de gruesa madera del sótano— puedes continuar con lo que estuvieses haciendo.

Mientras salían al exterior, María se moría de ganas por saber algo de Toñín, ese algo lo intuía como doloroso.

—¿Qué piensas?

—Esa mujer que tanto te ha impresionado nos ha mentido— expuso Diego.

—Lo sé, defendía a los suyos. Seguro que algo pasó en alguna ocasión en el centro este.

—A los suyos o a ella misma, no olvides que era la directora.

Los dos policías barrieron la zona con la mirada.

—¿Crees que puede estar enterrado por aquí?

—Es una posibilidad que no debemos dejar de investigar.

Durante un cuarto de hora recorrieron la zona buscando algún lugar susceptible de albergar un cuerpo bajo tierra.

No lo encontraron.

Tras volver a recepción y recoger la documentación de los niños que pasaron por el Centro de Socorro regresaron al coche del inspector sin intercambiar palabra. Cada cual por sus propios motivos. Él, porque veía inminente la llegada de un tema que había esquivado durante años. Ella, que a pesar de no querer exponerlo, necesitaba que se lo contara.

Sentado frente al volante, Olivares pasaba hoja a hoja cada expediente mientras sentía como se le aceleraba el pulso con la inminente llegada del archivo de Toñín.

Ahí estaba, ante sus ojos. Un chico moreno, de apariencia feliz, al que le faltaba un diente. Cerró con fuerza el archivador.

—Se pegó un tiro con mi propia pistola, no con la oficial— soltó mientras entregaba la documentación a su compañera y se ajustaba el cinturón— No sé cómo coño la encontró, pero lo hizo. Debió verme algún día mientras las limpiaba y esperó a que entrara en el baño para darme una ducha— frunció con fuerza los labios y calló.

María le observaba sin saber qué hacer ni qué decir. Cogió el archivador entre sus manos y miró la fotografía del pequeño Toñín. No podía haber imaginado algo así. Sentía cómo se le cargaban los ojos. Con disimulo llevó sus manos a la cara para evitar que viera sus lágrimas.

Diego volvió el rostro.

—Lo siento, yo…— murmuró.

—No te preocupes, ya he llorado yo por los dos. Aunque reconozco que el depósito no se ha agotado.

Arrancó el Audi A1.

Con una mano giró el volante situando el coche rumbo al camino que les llevaría a la Avenida del Marqués de Valdecilla, de ahí a la Avenida del Deporte donde se encontraba la comisaría, con la otra cortó el paso a un par de traicioneras lágrimas.

5

El suave pero constante repiquetear de la lluvia sobre el cristal mantenía despierta a la pequeña Cris. No es que fuera un sonido extraño para ella, a sus once años estaba acostumbrada a esas noches de lluvia en Cantabria. Se trataba de un sonido familiar que le traía a su memoria el recuerdo de uno de los escasos y breves momentos felices disfrutado en su corta vida.

—¿Por qué siempre llueve?— quiso saber con la mirada en el oscuro cielo.

La mujer deslizó la mano por la cabeza de Cris y dejó un beso con ternura en el alborotado pelo.

—¿No te gusta que esté todo verde?

—Sí, me gusta mucho— miró a su derecha sonriente, buscando a… hubiese jurado que había alguien a su lado.

—¿Sabes por qué está verde?

La niña negó vehementemente con la cabeza. Con los labios apretados llevó la mirada a la mujer mayor.

—No.

—Pues porque llueve. ¿Lo entiendes?

—Bueno…

—La lluvia da de beber a todos los árboles, al campo, a los animales y por eso está todo tan bonito.

—Ahora sí, ya lo entiendo— apuntó satisfecha mirando de nuevo al cielo.

Cris sonríe al techo de la habitación donde se proyectan sus recuerdos y se reflejan los tenues destellos de una vieja farola junto a la ventana. A su alrededor una sinfonía de suspiros, sollozos y el crujir de los camastros por los cambios constantes de postura de las veinte niñas que compartían con ella la estancia. Acababa de ingresar en el Centro de Socorro Juvenil La Esperanza. Era su primera noche y ya podía oler y sentir el miedo de sus nuevas compañeras.

Las gotas sobre el cristal le ayudaban a evadirse.

Los sollozos le recordaban el lugar en el que se encontraba.

De repente se hizo el silencio en la estancia, nadie gemía, nadie sollozaba y se podría asegurar que nadie respiraba. Del otro lado de la puerta llegaba hasta sus oídos el suave quejido de la madera del suelo del pasillo, tan suave que tuvo que esforzarse para escucharlo. Sorprendida por el repentino silencio se incorporó con los codos apoyados en la cama.

—Oye… túmbate si no quieres que se te lleve…

Cris ladeó el rostro mientras miraba a la niña que se había dirigido a ella.

—¿Qué…?

El clac del resbalón de la puerta al caer fue como si una enorme mano empujase a Cris obligándola a tumbarse. El tenue chirrido de las bisagras al ceder al empuje tensó los músculos de las internas. Como por arte de magia apareció una pequeña figura vestida de blanco que corrió entre las camas hasta subirse en la última.

La puerta que apenas se había abierto, volvió a cerrarse.

Ahora sí que llegaban nítidos los lloros de la niña que acababa de entrar. Tumbada de lado Cris miraba a la chica que le había advertido minutos antes.

—¿Qué pasa?— susurró.

—No hables, si no quieres que se te lleve— repitió— lo sabe todo, y lo ve todo.

Cris apretó los ojos con fuerza. Sintió dos lágrimas resbalar por su rostro. Apenas le podía poner cara a la mujer mayor, quizá no fuese tan mayor y a ella se lo pareciese. Le recordaba un poco a doña Herminia a la que había conocido esa misma tarde. Asintió, sí, entonces era mayor.

Desde aquel día en que hablaron de la lluvia había pasado mucho tiempo, toda una vida para una niña tan pequeña. Tiempo y varios orfanatos, dos centros de socorro y alguna casa de acogida. De la última se escapó unos pocos días atrás. El hombre que se empeñaba en que le llamase papá quería que jugara a unos juegos muy raros que a ella no le gustaban nada. La mamá de las dos niñas se iba cuando jugaban. Cris las oía llorar cuando volvían a la habitación y temblaba de miedo cuando el señor se acercaba a su cama y le susurraba en el oído:

—Tranquila, dentro de poco jugaras tú también. ¿Te apetece? Pero antes tienes que cumplir trece años. ¿Tienes doce, no?

Cris negó.

—No… tengo once— mintió entre balbuceos.

—¡No me mientas, niña estúpida!— escupió cada sílaba a escasos

centímetros de su cara mientras la zarandeaba y propinaba dos bofetones.

Su cumpleaños era en una semana.

Logró escaparse un día antes y con sus escasas pertenencias pegadas al pecho correr todo lo que pudo hasta que una enorme mano la detuvo. Lo siguiente que sus dolorosos recuerdos le permiten revivir es el momento en el que abre los ojos tumbada sobre la cama de un hospital. Todo el mundo le preguntaba por su nombre, un señor la había encontrado inconsciente junto a las vías del tren. No iba a decir nada, porque si hablaba volverían a llevarla con sus últimos papás y no pensaba regresar.

Por lo menos su cumpleaños ya había pasado y ella se encontraba bien. Los siguientes tres días continuó en silencio hasta que llegaron de los Servicios Sociales y le hicieron una nueva ficha.

—¿Cómo te llamas?

—Cris— dijo como podía haber respondido Ana o Elena. Cualquier nombre menos por el que le conocían en la última casa, Manuela.

A la mañana siguiente se hallaban desayunando cuando entró en el comedor una de las profesoras que ejercía todo tipo de funciones, desde la propia enseñanza, hasta la entrega a los nuevos padres de acogida, pasando por el control del orden y la disciplina entre los chicos y chicas de La Esperanza. La profesora se dirigió a uno de los niños que estaban sentados en una mesa al lado de Cris.

—Llegó el momento, Jesús.

—No, no quiero, señorita.

La mujer estiró el brazo ofreciendo su mano al niño.

—Vámonos, ya lo hemos hablado. ¿No querías jugar al fútbol?— ante su movimiento de cabeza afirmando, continuó: —pues podrás hacerlo con tu nueva familia, el padre ya sabes que es entrenador.

Cris no perdía detalle del rostro compungido del chico. Durante unos instantes cruzaron sus miradas.

—Suerte…— movió los labios sin emitir sonido en dirección al asustado chico.

Como respuesta recibió un intento de sonrisa.

Cuando la profesora y el niño abandonaron el comedor volvieron los interminables cuchicheos, rotos por la burla de uno de los chicos mayores imitando la escena que acababan de presenciar y las risas de sus compañeros.

—¿Quieres ir al sótano?— quiso saber uno de los vigilantes de día— desayuna en silencio y no me cabrees ¿has entendido?

El joven que frisaría los catorce años miró al guardia desafiante.

—¡¿Que si has entendido?! ¿O es que aparte de sordo resulta que eres más tonto de lo que pareces?— exclamó mientras le daba un sonoro capón.

—Joder, que duele— dijo rascándose la cabeza.

Minutos más tarde abandonaban el comedor. Desde la puerta, Cris pudo ver a Jesús con la mirada en la punta de sus desgastados zapatos mientras escuchaba a una mujer arrodillada a su lado. El niño asentía. La mujer le cogió de la mano, salieron al exterior acompañados por el marido de la señora y una sonriente doña Herminia.

—¡A clase!— gritó una de la profesoras mientras daba dos secas palmadas— vamos, vamos que no tenemos toda la mañana.

Cris siguió a su nueva amiga, la chica que le había hablado la noche anterior y que respondía al nombre de Susa. Antes de abandonar el vestíbulo miró por la ventana, llegó a tiempo de ver a Jesús entrando en un coche grande limpio y brillante. A doña Herminia agitando la mano a modo de saludo.

—¿Quieres que vengan unos papás a buscarte?— preguntó entre murmullos Susa.

Cris negó lentamente.

—No, me da miedo. No me gustan esos papás.

—A mí me da miedo estar aquí. A veces desaparecen chicos y chicas— dijo con la mano tapándose la boca.

Cris abrió los ojos exageradamente.

—¿Desaparecen?

Susa asintió con fuerza.

—Venga, menos hablar y entrad ya en clase.

—Sí, señorita.

—Tú debes ser la nueva ¿verdad?

Cris elevó los hombros.

—Vaya, otra que no sabe hablar ¿Tienes nombre al menos?

—Me llamo Cris.

—Muy bien, Cris, yo soy la señorita Valentina y lo primero que debes saber es que se obedece a todo lo que yo diga sin rechistar y sin hacer preguntas estúpidas. ¿Lo entiendes?

—Sí.

Lo entendía perfectamente, no pensaba abrir la boca a no ser que se lo

pidieran, y menos aún se le pasaba por la cabeza hacer ninguna pregunta.

"¿Por qué será todo tan difícil?"

Mientras la profesora hablaba, dejó que su imaginación regresara a la mujer que le había explicado lo buena que era la lluvia.

"¿Abuela?"

No le quedaban recuerdos de otra vida que no fuera ir de familia en familia o de centro en centro y ya estaba harta. Bueno, alguno sí, y doloroso, pero prefería olvidar.

De repente se abrió la puerta de la clase.

Doña Herminia llamó a Julita Torres.

Las internas se miraban unas a otras buscando a la chica.

—¡Julita Torres!

La directora parecía muy enfadada. Doña Valentina comenzó a caminar entre los pupitres buscando a Julita.

No estaba.

—¿Alguna de vosotras ha visto a vuestra compañera en el desayuno?

Si alguna la vio no dijo nada.

—¡¿Ninguna?!

Doña Herminia abandonó la clase dando un sonoro portazo.

—¿Ves? te dije que desaparecían— Susa murmuraba al oído de Cris.

—Como me entere que alguna de vosotras ha visto a Julita y no dice nada pasará un mes en el sótano ¿queda claro?

A Cris comenzaban a caerle muy mal la señorita Valentina y la directora. Por su cabeza se formaba la idea de escaparse, pero no saber a dónde ir impedía que la tomara en serio.

La puerta de la clase volvió a abrirse y el desencajado rostro de la directora asomó bajo el quicio. Con un rápido gesto pidió a la profesa que saliera un momento. En cuanto puso el pie en el pasillo comenzaron los murmullos.

—Tú eres la nueva ¿verdad?— quiso saber una chica algo mayor que Cris, más alta y grande. Llevaba las manos en jarras, parecía que masticaba chicle.

—Vine ayer.

—Entonces eres la nueva y por lo que veo eres tonta.

—Déjala en paz— pidió Susa con voz temblorosa. Nadie se atrevía a meterse con Tomasa, ya había pegado a muchas de ellas.

—Así que ya tienes amiguitas — exclamó volviéndose hacia Susa— ¿Quieres que te vuelva a zurrar? ¿Eh?— dijo echando el brazo hacia atrás, amenazante.

—¿Qué es lo que quieres?

Tomasa se giró sorprendida.

—Que… ¿Qué quiero? No me gustan las nuevas, odio a las nuevas— acercó su rostro al de Cris— siempre traéis problemas.

—A mí qué me importa.

Una respuesta cómo esta era lo que menos podía esperar. El murmullo general dejó paso a exclamaciones y silbidos. Del fondo de la clase, junto a la mesa de Tomasa, se escucharon las primeras voces.

—¿A qué esperas? dale un puñetazo a esa estúpida.

Cris sentía como se tensaban sus músculos. Estaba más que harta de que la gente se metiera con ella. Sí, tenía miedo, mucho, pero no iba a dar un paso atrás.

Tomasa cerró el puño y recogió el brazo sobre la cadera.

Cris lo vio venir, recogió el suyo con inusitada velocidad y estrelló la palma de la mano en el sorprendido rostro de su compañera. Con la otra repitió la misma operación. Los dos tortazos resonaron en toda la clase.

Se hizo el silencio.

Susa llevó la mano a la boca ahogando una exclamación. Tomasa salió despedida hacia atrás dando con la cabeza en un pupitre y a continuación con sus huesos en el suelo.

—Siéntate que ya viene— Susa tiraba de la manga de la blusa de Cris— siéntate.

La señorita Valentina entró en la clase. Barrió con la mirada a sus alumnas, algo había ocurrido en su ausencia.

—¿Qué haces en el suelo, Tomasa?

—Me he caído.

—Si no te hubieses levantado de tu mesa nada habría sucedido. Hoy os quedaréis sin cenar.

—No se ha caído, señorita, la nueva la ha pegado— apuntó una de las amigas de la agredida.

La señorita Valentina recorrió los escasos metros que la separaban de Cris, dejó caer sus enormes manos sobre el pupitre y clavó su fría mirada en la niña que la miraba sin mostrar miedo alguno.

—Vaya, vaya, así que tenemos una busca problemas.

—Empezó ella— Susa intervino sin mucha convicción.

—¿Estoy hablando contigo?

—No, señorita.

—Al terminar la clase os quiero en mi despacho. A las dos— señaló a Tomasa que regresaba a su sitio y a Cris.

Ese día iba a suponer un punto de inflexión de la vida Cris. Era consciente que se había ganado una enemiga, pero también el respeto de muchas otras. Se había terminado el mostrarse sumisa.

Julita Torres apareció cuatro días después, sucia y aterrorizada por las opciones que la vida le ofrecía; regresar a la familia de la que se había escapado o permanecer en La Esperanza sufriendo los abusos de dos de los vigilantes y una de las profesoras de gimnasia. Se había escondido en una construcción aneja al edifico principal del Centro de Socorro Juvenil acondicionado para servir de almacén, de lugar para guardar los aperos de labranza y de lavandería. Supuso, con razón, que no la buscarían ahí. Desde el lugar donde se encontraba, subiendo las escaleras apoyadas sobre la base que recorría las paredes de la nave podía vigilar quien entraba y salía sin ser vista.

Tampoco le faltaba algo de comida, pan, embutido, galletas. Todo iba bien hasta que una mañana la sorprendieron dormida junto a los rastrillos.

—¿Qué haces aquí?—quiso saber el jardinero.

Julita abrió los ojos todo lo que daban de sí. La endeble seguridad en la que se vio protegida durante los últimos días saltó por los aires. Los ojos vivos del hombre del mono verde clavados en ella terminaron de despertarla por completo.

—¿Eres Julita?

—Sí.

—Llevan días buscándote. ¿Por qué te escondes?

—No quiero ir con nuevos papás… ni quedarme aquí.

El jardinero se rascó la cabeza bajo la gorra del mismo color que el mono.

—En eso no te puedo ayudar— puso rodilla en tierra— sé que hay familias que son buenas.

Julita no sabía si llorar o salir corriendo.

Diez minutos más tarde escuchaba la retahíla de insultos y amenazas de doña Herminia mientras tiraba de su brazo rumbo al despacho de la directora.

Tres días después, Julita Torres fue entregada en adopción a una familia de Valladolid, al menos eso dijeron a sus compañeros.

6

Faltaban unos minutos para las siete y media de la mañana cuando María Pinta sale de Comillas por la carretera a Cabezón de la Sal, en su flamante Alfa Romeo Giulietta, para tomar la A-8 dirección Santander. El día amaneció nublado, pero prometía despejar tal y como le había asegurado su padre que no acostumbraba a fallar con los pronósticos del tiempo.

Había dejado la Villa menos saturada de visitantes que unos días atrás en pleno agosto. Poco a poco se podía ir circulando con normalidad. Cuando aún no había llegado a la A-8 los primeros rayos del sol amenazaban con abrirse paso entre las nubes.

Sonrió a la predicción de su padre.

A pesar de la semana transcurrida, su cabeza repetía incansable la amarga experiencia que debió vivir su compañero con el accidente de Toñín. Nadie podría pensar que un chico de diecisiete años se suicidara cuando su vida en esos momentos reflejaba todo aquello que pocos años atrás anheló tener; una familia que le permitiera expresarse y sentirse querido.

No solamente daba vueltas a Toñín y a Diego sino también al Centro de Socorro y al individuo de la fotografía; el vigilante de noche César Hernández. Sin duda el caso del *Verdugo* no se había cerrado con la eficiencia que acostumbran en la comisaria.

No de forma oficial, por el momento, pero a partir de la visita a doña Herminia, su compañero y ella dedicaban su tiempo y esfuerzo a averiguar qué relación tenían el vigilante fallecido y la famosa asesina. No fue fácil dar con el cuerpo. A menos de un metro del lugar en el que fue encontrado el cadáver enterrado habían levantado una pequeña barbacoa de obra, que en palabras de la directora tenía como fin premiar a los internos por buen comportamiento o celebrar fechas especiales como la Navidad.

En cuanto la explicación partió de la boca de la mujer los dos policías se miraron instintivamente. Demasiada coincidencia el punto elegido para colocar

la barbacoa. Sin embargo, a pesar de que eran conscientes desde la primera visita que la directora no estaba siendo sincera en sus explicaciones, su compostura continuaba aportándola un margen de inocencia. Sí, sin duda ocultaba algo pero coincidían en que no se la imaginaban escondiendo el cuerpo sin vida de un empleado.

Cuando María entró en la comisaría, tras saludar a su compañera Paula su mirada se detuvo en el titular del *Diario Montañés*:

"¿*Un nuevo crimen del Verdugo*?"

Como un imán su vista se desplazó hasta el segundo párrafo.

"… según fuentes cercanas a la investigación una foto similar a las enviadas por el tristemente famoso Verdugo, ya fallecido, puso sobre la pista a la policía que…"

Levantó la vista ofuscada.

—El comisario está en su despacho— dijo Paula colgando el teléfono y señalándolo con el dedo— acaba de decirme que cuando Diego o tú lleguéis vayáis directamente a verle.

Asintió.

"¿Fuentes cercanas a la investigación?"

En los años que llevaba como policía se había encontrado en varias ocasiones con esa maldita frase en las noticias, daba igual si era la prensa, la televisión o la radio o el propio internet. Muchas de ellas sólo pretendían sacar a la luz una información que no tenían forma de sustentar con pruebas, hechos o testimonios, amparados en la ley que defiende el anonimato de las fuentes, aunque no hubiera tales fuentes.

Otras, sí existía esa fuente, y efectivamente estaba situada próxima a los que intervenían en la investigación. Esto era lo que más dolía, excepto cuando se producía una filtración interesada.

"Confío que no tengamos un maldito chivato"

Dejó sus cosas sobre la mesa y se encaminó al despacho del comisario Redondo. Cruz se disponía a abrir la puerta portando un café en la mano.

—Buenos días, María ¿quieres que te prepare uno? Me parece que la cosa está complicada— ladeó la cabeza en dirección al despacho mientras sacudía en el aire la mano libre.

—No, gracias, Cruz, antes de salir de casa me he tomado un par de ellos— esbozó una suave sonrisa— normal que esté enfadado con la que nos va a caer encima.

Las dos mujeres accedieron al interior. El comisario se hallaba acomodado en

su butaca con el semblante serio.

—Cuando venga Olivares que entre sin detenerse en ningún sitio, Cruz.

—Sí, don Fausto.

—Siéntese, Pinta.

Sobre la mesa del comisario un ejemplar del *Diario Montañés* abierto por lo que para la policía era la noticia del día.

—La imagino enterada— dejó caer con fuerza el dedo índice sobre el periódico.

—Sí, jefe. Lo del hallazgo del cuerpo no me sorprende, es normal que haya corrido la voz, pero lo de la foto…

Fausto dio un lento sorbo al café, saboreándolo como si buscara un aporte extra de energía, claridad de ideas y algo de calma. Sentía su corazón más acelerado de lo recomendable.

—¿Quién más sabía lo de esa foto?

Un firme repiqueteo en la puerta precedió a la entrada de Diego, que tras un escueto, buenos días, tomó asiento sin pronunciar palabra.

María le dedicó una breve sonrisa y se dispuso a contestar al comisario.

—¿Quién ha podido ver la foto a parte de nosotros tres?— calló unos breves segundos— doña Herminia la directora del Centro de Socorro…— volvió el rostro hacia el inspector.

—Cierto, pero a la directora no le dijimos en qué circunstancias había llegado a nuestras manos.

Redondo apuró el último trago de café. Se limpió el mostacho con un pañuelo y ladeó el rostro.

—Hay al menos otra persona más que conoce la existencia de esa foto y que sabe en qué circunstancias ha llegado a nuestras manos.

—El que nos la ha enviado.

—Exacto, Olivares.

—El asesino del vigilante también puede ser otra persona, si no se trata del mismo individuo que envía la foto— apuntó la subinspectora— sí, ya sé que el *Verdugo* está muerto pero me pregunto si hay que dar por hecho, aunque la fotografía parezca corroborarlo, que fue ella quien mató a César Hernández.

La propuesta de Pinta quedó flotando en el ambiente, de ser otra persona el asesino del vigilante de noche de La Esperanza el asunto se complicaba al involucrar a más implicados.

—He hablado con el comisario principal y me ha ordenado que investiguemos el caso desde el principio.

—¿No se había hecho ya?— quiso saber María.

—Así es, pero en ocasiones cuando el exceso de trabajo nos supera, atendemos más a los vivos que a los muertos— su rollizo rostro esbozó una mueca— quiero decir que con el *Vengador* muerto junto a su última víctima el interés pasó a otros casos que pedían nuestra atención.

—Nadie esperaba que tuviese que ser reabierto.

—No, Olivares. Pónganse a investigarlo de la forma más discreta posible, no nos conviene que de momento la prensa se interese demasiado.

—De acuerdo, jefe— Diego se incorporó.

—Manténganme informado con cada adelanto por mínimo que les parezca.

—Por supuesto.

Cruz había preparado una sala para acoger a María y a Diego. Sobre la mesa el expediente del *Verdugo* al que le iban incorporando información, como la relativa a doña Herminia, César Hernández, su asesinato y el posterior entierro de su cuerpo, así como la confirmación del forense de la causa de la muerte; un corte profundo en la espalda con un azadón.

—Vayamos con las cinco víctimas del *Verdugo.*

—Seis, con el vigilante.

—Sí, seis. Tiene que haber una relación entre ellos, mejor dicho, *El Verdugo* es el que tiene que mostrarnos esa relación. Repasemos sus nombres.

María cogió el expediente que correspondía a la última víctima.

Leyó:

—Ezequiel Gómez, cincuenta y dos años, conserje de noche en una empresa de importación, trabajaba en una nave, fue el que mató al *Vengador*, y ella a él. Sin familia, si la tiene no ha reclamado su cuerpo. Murió de varios impactos en el cráneo y dos puñaladas. Antes le dio tiempo destrozarle la cara y clavarle un objeto cilíndrico a la chica— miró a su compañero —¿Ensañamiento?— quiso saber María al leer el informe una vez más.

—No, según el forense murió con el primer el golpe, los demás los recibió cuando ya estaba muerto por lo tanto no hicieron sufrir más al conserje.

—No termino de acostumbrarme a este tipo de cuestiones legales. Para mí cuando alguien golpea y golpea a otro se está ensañando con él, le haya matado o no a la primera.

—Te entiendo, estoy de acuerdo, pero la ley es así. Sigamos.

—Sufrió golpes en los genitales. Su cuerpo junto al de la chica, al del *Vengador*, con su Polaroid. Y un dato curioso, la autopsia dice que había

esnifado cocaína y se había consumido una viagra.

—¿Sí? ¿Violó a la chica?

—No, no hubo sexo.

—Muy curioso. Bien, sigamos.

—José Ganzán, cuarenta años, camionero. Su cuerpo fue descubierto al pie del acantilado del Mirador de la Corneja, ya sabes, al lado de tu casa de Ruiloba, en el Remedio. El cartel de culpable está escrito con recortes de revistas. Si el asesino no nos hubiese enviado la fotografía posiblemente hubiera quedado como una muerte accidental.

—Eso no le interesaba. Quería que supiéramos que las víctimas no son elegidas al azar.

María pasó a la siguiente hoja.

—Candela García, ama de casa de cincuenta años. Fue atropellada a doscientos metros de San Vicente de la Barquera. El cuerpo fue encontrado junto al arcén— la subinspectora quedó unos segundos en silencio analizando la instantánea— creo que hizo la foto, escribió el texto sobre una especie de cartulina con rotulador y luego lo arrastró hacia el arcén, mira.

Diego se hizo con la foto, asintió y se la devolvió.

El cuerpo se hallaba de lado y no apareció el cartel en la documentación del expediente realizado por la policía. La foto se encontró a un lado del cadáver.

—Este caso es diferente. Son dos hermanos, Juan y Alberto Rosales que se escaparon de un centro de menores próximo a Barreda. Disculpa un momento… —deslizó el dedo sobre el informe— no parece muy claro eso de la escapada, verás, por lo visto se trataba de una excursión y los hermanos no regresaron. Encontraron sus cuerpos una semana más tarde en un pozo de una nave abandonada. Según dijeron en el centro los internos hablan de un monstruo del bosque, parece ser que se trata de una leyenda conocida.

—¿Un monstruo que pone carteles?— Diego se había aproximado a María— ¿cómo murieron?— observó la foto del *Verdugo* y las de la policía— parece algo personal.

—Sí ¿una chica pudo hacer esto a dos chicos? Uno de ellos sufrió mutilación genital, según el forense ya estaba muerto.

—¿El otro, no?

Pinta negó con la cabeza.

Un sonoro suspiro partió de su boca.

—No se trata de un centro de internamiento, sino de día, aquí dice que era habitual que entraran y salieran de centros, quisieron darles una oportunidad al

buscarles plaza en uno de media jornada para ver si se hacían más responsables.

—¿Lo consiguieron?

—No lo parece, por lo visto se ausentaron un par de veces sin permiso y se les iba a enviar a otro de internamiento, hasta que desaparecieron en la excursión.

—Unos angelitos ¿eh?

—Ya tenemos dos con mutilación genital, da constancia a la figura femenina del *Vengador* ¿no te parece?

—Tiene sentido, sí.

María pasó a la siguiente víctima.

—A todo este mejunje hay que añadir al vigilante de La Esperanza— deslizó la mirada por los cuatro expedientes repartidos sobre la mesa.

—¿Mejunje?— Diego sonrió por primera vez en los últimos días— tenemos que buscar lo que une a todas las víctimas con *El Verdugo*— señaló a los dos hermanos— estos vienen de un centro de menores de día, el vigilante de uno de internamiento, nuestro asesino tuvo que estar relacionado con ambos de alguna manera ¿no te parece?

—Sí, seguro. ¿Pero cómo?

Diego negó con la cabeza.

—Sin olvidarnos del ama de casa y del camionero.

—Lo único que se me ocurre es preguntar a estas familias si las víctimas han tenido algún tipo de relación con centros de menores o con trabadores de esos centros— expuso la subinspectora con un brillo de profunda concentración en los ojos.

—Buena idea— Diego cogió el expediente del camionero— ¿no dice nada de lo que apuntas? En algún sitio tendría que venir algo que…— dejó el fin de la frase en el aire mientras deslizaba la mirada sobre la hoja que tenía entre manos y en la siguiente y en la otra…

María observaba el perfil de su compañero al que estaba muy agradecida por los dos años compartidos en el cuerpo. Recuerda el momento que el comisario Redondo les reunió en su despacho para presentarles. Su nerviosismo desde que partió aquella mañana de Comillas alentada por el apoyo de sus padres, su hermano y los fieles Rana y Calisto, dos perros de raza indeterminada que alegraban cada vuelta a casa. Fue consciente de que Diego no era partidario de compartir su día a día con nadie, que se limitaba a cumplir con lo estipulado por el comisario con la mayor profesionalidad posible.

Tampoco olvida las palabras de Redondo cuando el inspector abandonó el

despacho para terminar el informe del último caso:

—Le ruego un poco de paciencia con Olivares— su mostacho se movía nervioso de un lado a otro— pero le garantizo, subinspectora, que harán una pareja extraordinaria. Es un gran policía con el que podrá aprender mucho, y él de usted.

No, no olvidará tampoco una tarde, ya casi de noche, cuando tras unas eternas jornadas de trabajo, Diego le ofreció tomar una cerveza.

—Claro que me apetece, creo que lo necesito.

En los minutos siguientes pidió perdón por el frío recibimiento y le aseguró que agradecía al comisario que le hubiera obligado a formar equipo con ella.

—¿Obligado?— arrugó las cejas— serás…

—Sí, en aquellos días así lo sentía, María, pero hazme el favor de quedarte con este momento— levantó la copa de cerveza en el aire— Por ti.

—Por ti— respondió una emocionada Pinta.

—Eh, María…

—Sí, perdona estaba recordando.

—Debía ser algo emocionante porque tienes los ojos cargados.

—Sí, lo era ¿Qué me decías?

Diego blandió una de las hojas del informe del camionero en el aire.

—Que aquí no dice nada de la posible relación de este individuo con algún centro de menores.

—Tenemos que encontrarla.

—¿Hacemos una visita a su viuda?

—Vamos.

7

Dejé que transcurrieran un par de semanas para plantearles la pregunta que me rondaba la cabeza desde antes del comienzo de las clases. Esperaba a que nos sumergiéramos en el tema del asesino, los diferentes tipos que podríamos incluir en nuestra novela. Desde el asesino múltiple despiadado, o el más sutil, hasta el asesinato por encargo o debido a un ajuste de cuentas o venganza.

—¿Creéis que existe el asesinato perfecto? O como dicen algunos, que no existe el crimen perfecto si no el investigador incapaz.

—No es que pueda existir, sino que existe— intervino el comercial— ¿alguien puede creer que se han descubierto todos los crímenes que se han cometido? Venga ya…— agitó con gesto despectivo la mano en al aire.

—¿Opináis como Goyo? Aunque yo me refería a que si se puede planear el asesinato perfecto.

Lali cruzó las piernas y levantó la mano.

—Sí, cuéntanos.

—Entiendo lo que él dice, seguro que hay miles de asesinatos sin resolver, pero si la pregunta es si yo sería capaz de realizar un crimen perfecto, no podría decir con toda seguridad que sí, pero creo hay gente que es capaz de hacerlo. Me parece normal que los cerebros más inteligentes estén divididos entre los buenos y los malos

Unas suaves risas se dejaron oír en el ambiente.

—Pero me inclino más por una asesina inteligente, sutil, con una forma suave de matar, me refiero suave en los medios que utilice— continuó Lali.

—Como un veneno.

—Sí, algo así.

—Dicen que es el típico proceder de la mujer asesina.

—Creo que mi novela irá por ahí.

Llevé mi vista a Paco, el policía local.

—Vaya la cuestión de hoy con todo el respeto ¿qué opinas?

Tan largo como era recogió las piernas, cambió de postura y volvió a estirarlas.

—Sí, Jaime, no estoy aquí como policía, faltaría más— esbozó una amplia sonrisa— si los malos, como dice Lali, no fueran inteligentes no haría falta tanta investigación y aprendizaje por parte de los buenos. Es posible que se pueda cometer el crimen perfecto…—calló unos teatrales segundos— hasta que deje serlo cuando un avispado inspector lo descubra.

—Buena respuesta, Paco.

—¿El crimen múltiple planeado como una sucesión de asesinatos independientes?

—¿Cómo el del *Verdugo*?

No era la primera vez que Goyo sacaba a colación la reaparición de este personaje que estaba en boca de todos. A veces me sorprendía que pudiera tener los cuarenta cumplidos.

—¿Por qué lo dices?

Goyo cruzó los brazos sobre la mesa, se aflojó el nudo de la corbata naranja que pedía a gritos ser separada de la camisa de color rosa y el traje verde botella a rayas.

—Es lo que has planteado ¿no? un asesino en serie que planea diferentes formas de matar.

—¿Estás obsesionado con este caso, eh, Goyo?— la blanca sonrisa de Maite, la abogada, y su firme mirada se posaron en el comercial de seguros.

—No sólo yo, sale todos los días en la tele. Quiero escribir algo parecido, que aparezca una nueva foto después de muerto *El Verdugo* tiene su aquel ¿Qué no?

Maite esbozó una sonrisa torcida.

—Coincido contigo que ese detalle es interesante pero creo que la pregunta del Jaime no iba por ahí.

Mi interés principal radicaba en que todos los alumnos participaran y dieran su opinión, pero nada más lejos de mi intención que surgieran disputas entre ellos que pudieran tildarse de personales.

Miré a uno y a otro intentando mostrarme conciliador.

—*El Verdugo* ha utilizado diferentes formas de matar y…

—Y sigue utilizando…la última foto enviada a la policía nos…

—¿Quién te dice que el muerto de…

—La víctima, Lali— corregí.

—¿Eh? Sí, eso, la víctima —me dijo, luego miró a Goyo —¿quién te dice

que la víctima que aparece en la fotografía sea de ahora?, ¿y si el cuerpo que han desenterrado fuera el de…—me miró—…la víctima de la foto?

Decidí intervenir. Goyo era un personaje que no se sentía cómodo en el intercambio de golpes. Le gustaba dar, pero no recibir.

—Cierto que *El Verdugo* ha matado por diferentes medios pero nunca se ha preocupado de que esas muertes fuesen consideradas independientes, ha ofrecido un nexo en común como es enviar una foto a la policía— callé unos segundos mientras llevaba la vista a un folio— Antes me refería al asesino en serie que mata a sus víctimas por diferentes medios con el objetivo de que la policía lo interprete como asesinatos cometidos por distintos autores.

—Me descubro ante ese, un crack.

—A mi me parece que ese asesino debe poseer una inteligencia bastante superior a la media. Ya no se trata de matar por matar, sino de preparar cada acto con una puesta en escena independiente. Creo que a ese individuo le estimula jugar con la policía, medirse con ella en una guerra psicológica.

—Muy interesante lo que apuntas, Fátima. ¿Cuál es la especialidad del máster que estás estudiando?

—He terminado el grado en psicología educativa y ahora estoy con el máster en Psicología de la Educación, me gustaría encontrar la forma de especializame en psicología criminal.

—Estudiar la mente del asesino.

—Eso es.

Me senté en una esquina de la mesa y miré a Rosa, ama de casa que no solía intervenir en las conversaciones, no quería que se sintiera fuera de lugar. Tengo que reconocer que hasta el momento no lo había conseguido.

—Rosa, ¿tienes una idea de cómo sería el malo de tu novela?

Llevó una mano al pelo, detrás de la oreja, como gesto mecánico de profunda timidez. Después de mí era la mayor de la clase, cuenta con cincuenta años. En las semanas que la voy observando, he llegado a la conclusión que su timidez debe ser independiente de con quién se halle.

—Bueno…yo estaba pensando en una mala— esbozó una sonrisa ladeada mientras movía la cabeza— pero no una asesina, si no una ladrona.

—Bien, bien— me animé— ¿has pensado qué es lo que piensa robar?

—Sí, sí, a su marido— esbozó una amplia sonrisa acompañada de las risas de sus compañeros.

No pude mantenerme al margen y me uní a ellos.

—Digamos que saca el dinero del banco y desaparece ¿no?

Agitó la mano en el aire, con energía.

—No, no, lo hará poco a poco, sin que él se dé cuenta, hasta que un día le llamen del banco y le digan que está en bancarrota.

—¿Algo personal?—intervino Goyo.

—No, no, mi marido es una persona extraordinaria.

Lo dijo en un tono que no supe catalogarlo de irónico o de sorprendido por la pregunta del comercial.

—Más le vale, como no quiera verse sin un euro.

Las risas de los alumnos acompañaron el cruce de miradas de Rosa y Goyo.

Eran las nueve y media cuando introducía las llaves en la puerta de mi casa. Desde que salgo del ascensor y me acerco sigiloso hasta la puerta ya puedo escuchar el golpeo de la cola de Freddy contra el suelo, la pared, o como en esta ocasión en la puerta, acompañado de unos suaves gemidos de contento.

Empujé con suavidad y me dispuse a recibir las muestras de cariño de mi buen amigo.

—Sí, sí, lo sé, tranquilo— le acaricié la cabeza, detrás de las orejas, en el lomo— tranquilo.

No me parecía sano que se llevara esos sofocos diarios. Tendría que consultarlo.

—¿Qué tal las clases?

Mena se asomó bajo el umbral de la cocina secándose las manos con un trapo.

—Muy bien, hemos estado charlando sobre los asesinos en serie ¿y tú?

—Ha sido un buen día, el jefe me ha felicitado en nombre de un cliente por mi instalación de una red en unas oficinas y por unos programas que he diseñado.

—Eres todo un cerebro, yo sería incapaz.

—Por cierto, ya tienes el ordenador listo y a toda velocidad, tenía varios troyanos y algún virus que otro. Te he instalado un antivirus de prueba un mes, si te gusta ya lo comprarás.

—Gracias, Mena. Voy a bajar a Freddy y…

La chica se recogió la coleta y se acercó hasta el perro. Con la rodilla en el suelo le acarició el cuello.

—¿Acabamos de llegar, verdad?— dijo mirando a Freddy— hoy ha ligado con una perra preciosa ¿a que si?

Esbocé una sonrisa sin mucha convicción. Me gustaba el paseo nocturno con

él, no quería que me sustituyera en esos momentos.

—Aún así daremos un paseo.

—Bien, como quieras. He hecho pasta para cenar y…

Mientras ajustaba el enganche de la correa al collar del perro miré a Mena.

—A ver, te he comentado en alguna ocasión que mis cenas son suaves, la pasta a la hora de comer. No te preocupes, ya me haré un caldo o…

—Me lo tomé al volver del trabajo, estaba muerta de hambre— dijo de regreso a la cocina— tienes que ser más abierto de cabeza, Jaime.

"¿Más abierto?"

Salí de mi casa con una sensación muy desagradable recorriendo mi cuerpo. Necesitaba serenarme y no hacer una montaña de todo esto. Decidí que a la vuelta compraría caldo de pollo, y al llegar a casa pasaría al ordenador los resultados de la clase de hoy.

8

Tomasa vio en Cris a alguien a quien mantener a su lado. Lo tuvo claro desde el momento que salieron del despacho de la directora. Pensó que iba acusarla de meterse con ella. Ya estaba avisada, la paciencia de doña Herminia se hallaba al límite con sus constantes salidas de tono y peleas.

Cris no quería enemigas, ya sabía lo que era tener a la chula del centro en su contra y que le hicieran una vez más la vida imposible. Dijo que se había tropezado y que la estaba ayudando a levantarse cuando la señorita Valentina entró y que las amigas de Tomasa no vieron lo que pasó.

La directora sonreía por dentro. Estaba convencida que iba a vivir un nuevo capítulo más de internas dando gritos frente a ella y enviándolas al sótano para que se calmaran, pero en lugar de la temida escena se encontró con una chica inteligente, que apenas en unos días había conseguido que Tomasa comiera de su mano. No pensaba desaprovechar la ocasión.

Sí, el castigo sería similar, en el sótano, pero en la misma habitación para que hablaran. Si conseguía tener controladas a las dos chicas más respetadas la tensión en el centro se rebajaría hasta límites difíciles de recordar.

—Bien, os he escuchado y no tengo por qué dudar de vuestras declaraciones, pero me han dicho que ha habido algo más— ajustó las gafas sobre la nariz— Pasareis esta noche en el sótano sin cenar, confío que a partir de mañana os comportéis como espero de vosotras. ¿De acuerdo?

Las dos internas asintieron.

—Volved a clase.

A la hora de la cena, acompañadas del vigilante de noche bajaron en silencio las escaleras hasta una de las habitaciones que servía como lugar de castigo en el temido sótano. Un catre, sin luz, excepto por un pequeño ventanuco por el que apenas entraba claridad en una noche nublada. Todo ello envuelto en un profundo silencio roto en ocasiones por el crujir de las maderas de la casona.

—No me deis problemas— dijo César mirando a Cris— tú y yo podíamos ser

buenos amigos, vivirías muy bien aquí.

—No le hagas caso, es un cerdo.

El vigilante de noche cogió a Tomasa del cuello, susurró en su oído.

—¿Quieres que lo repitamos? Sé que te gustó.

En el rostro de Tomasa se talló el gesto más duro que pudo esbozar, que apenas resultó ser una mueca. El miedo del recuerdo de la última noche vivida con el vigilante la atemorizó.

—Volveré luego— amenazó en su oído.

Las dos internas pasaron la primera hora en silencio. Cris no tenía nada que decirle a Tomasa y ésta era consciente de que la bravuconería mostrada en clase había dado paso a una niña asustada. Fue ella la que inició una conversación que salpicada de silencios les ocupó las siguientes horas de la noche.

Hasta que el ruido inconfundible de pasos en el sótano captó su atención.

—Es él, seguro…—murmuró Tomasa.

Cris respiró profundamente. Sentía como se aproximaba una situación que no por repetida resultaba fácil de manejar. De la última casa que huyó, por los extraños juegos del padre, tuvo mucha culpa la actitud del que en esos momentos era su hermano mayor y que en alguna ocasión había abusado de ella. Estaba en la cocina, de noche, algo terminantemente prohibido, buscando cualquier cosa que llevarse a la boca. De un estante se hizo con un par de galletas, de la nevera con un filete de pollo empanado que les debía haber sobrado de la cena. Estaba castigada por no limpiar como se esperaba de ella, Cris sentía como la rabia crecía por dentro, tenía que escaparse cuanto antes.

—Vaya, vaya, tenemos una ladrona en casa.

La voz de su hermano de acogida a su espalda acompañada de la súbita iluminación de la cocina la paralizó por completo.

Sólo unos segundos.

Respiró profundamente, cogió el filete de pollo y le dio un mordisco.

—No he cenado.

—Porque estás castigada— dijo el chico tres años mayor que ella mientras recorría los escasos metros que le separaban de la ladrona con el brazo estirado — dámelo.

—No— dio otro bocado.

—¡Dámelo!

El empujón que recibió le lanzó contra el suelo. Sorprendido, se la quedó mirando fijamente.

—¡Papá! ¡Mamá!

No hubiese sabido explicar que fue lo que la puso en acción. Era una sensación extraña, como si una excepcional fuerza se hubiera apoderado de su pequeño cuerpo. Algo que la empujaba a actuar sin dilación si quería evitar que los padres a los que llamaba a gritos aparecieran en escena.

—¡Papá!— gritó aún sentado en el suelo.

Cris pasó a su lado, dispuesta a abandonar la casa con lo puesto.

El chico la garró de tobillo.

—¡Ma…!

Un golpe secó en la cabeza interrumpió su alarido. Cris había cogido un rodillo de cocina y golpeado con furia a su hermano. Su intención inicial era apuntar al hombro, pero un movimiento brusco de la cabeza del chico al pretender incorporarse se interpuso en el recorrido del rodillo.

Se hizo el silencio.

Diez minutos más tarde salió de la vivienda con sus escasas pertenencias. Curiosamente se sentía satisfecha con su actuación.

Lo peor estaba por llegar.

Ese algo que le llevó a hacerse con el rodillo de cocina era el mismo que la poseyó cuando Tomasa se encaró con ella en el comedor y el mismo que en esos instantes se adueñaba de su cuerpo al escuchar los quedos pasos al otro lado de la puerta.

Pasos apagados y el tintineo de llaves en la cerradura.

—Es él…

—Coge de allí— Cris se incorporó veloz señalado el catre mientras agarraba las patas por un extremo— vamos, contra la puerta.

Tomasa obedeció por instinto, convencida de que no iba a servir de nada. De una patada, el vigilante tiraría la puerta abajo.

A tientas ajustaron un extremo de la cama bajo el picaporte y esperaron acontecimientos en silencio. Escucharon la llave dar la última vuelta a la cerradura.

Empujaron con todas sus fuerzas.

El picaporte subía y bajaba con ritmo nervioso.

—Abrid la puñetera puerta…

La voz del vigilante llegaba hasta a ellas como un lejano susurro. En ese momento Cris comprendió que si aguantaban un poco más terminaría por irse, no iba a arriesgarse a que la directora le descubriera acosando a las internas.

“¿O sí?”

Tenía que jugarse esa baza y ver qué pasaba.

—Os arrepentiréis de esta, pequeñas zorras.

Fue lo último que oyeron de César Hernández antes de que abandonara el sótano. Habían escuchado la doble vuelta de la cerradura cerrando la puerta. Sus ahogados pasos alejándose, pero aún permanecieron varios minutos sin cambiar de posición, aguantando con firmeza el catre.

Las horas pasaron sin que el vigilante regresara. Con los primeros rayos del sol colándose por el ventanuco escucharon pasos al otro lado de la puerta y varias voces diferentes.

—Es doña Herminia— apuntó Tomasa— siempre está con el vigilante por la mañana.

—¿Has estado muchas veces aquí?

—Sí, es como si fuera mi habitación— calló unos instantes— pero desde que ese cabrón me… no había vuelto a bajar.

El chirriar de la puerta avisaba de su inminente libertad. Sin duda se trataba de una libertad a medias que incluía un desayuno que sus vacíos estómagos reclamaban con insistencia.

—¿Recordáis lo que hablamos ayer?

Las dos internas asintieron.

—No os oigo.

—Sí, doña Herminia.

—Venga, a desayunar.

Tomasa y Cris subieron las escaleras rumbo al comedor. En cuanto pusieron un pie en la estancia se hizo el silencio. Las amigas de Tomasa la miraban esperando algún tipo de reproche a la nueva que la acompañaba.

—Siéntate con nosotras.

—No, me quedo con Susa— señaló a su amiga que le había guardado el sitio.

—¿Me puedo quedar con vosotras?

—Claro.

El murmullo de voces de las amigas de Tomasa llegó hasta las chicas. No entendían por qué no se sentaba con ellas y lo hacía con la nueva.

—Parece que no les hace gracia que te quedes aquí— Cris ladeó la cabeza en dirección al grupo.

Tomasa se giró. Con la palma de la mano apuntando al suelo, les pidió calma.

—No te preocupes, ya se les pasará. Seguro que no entienden que esté con la

nueva y su amiga— esbozó una sonrisa cómplice.

—Normal, con la fama que te has creado.

—No sé, a veces las cosas vienen de una forma y no haces nada para cambiarlas, es como si me dejara llevar.

—Ya.

—Estoy muerta de hambre.

—¿Sabes que no nos han dado de cenar, Susa?— dijo Cris girada hacia su amiga que tampoco entendía qué hacia la chula del centro con ellas.

La directora se disponía a acomodarse en su butaca cuando llamaron a la puerta de su despacho.

—Doña Herminia, vienen de los Servicios Sociales— dijo su secretaria con la que había compartido las últimas décadas.

—¿Tenían cita? —abrió apresurada su agenda.

—No, no, pide disculpas por presentarse sin avisar.

En el rostro de Herminia se dibujó una mueca de relajación. Últimamente olvidaba más cosas de las esperadas.

—Pensé que se me había pasado otra vez— apuntó mientras tomaba asiento.

—¿Le hago entrar?

—Sí. Gracias, Roberta.

Los Servicios Sociales no siempre traían buenas noticias. A veces venían con chicos demasiado difíciles, que en su opinión deberían encontrase en otro tipo de centro más especializado. La escusa que recibía era siempre la misma: la falta de plazas en dichos centros y la necesidad de no alejarlos demasiado de sus familias. Al menos algunos de ellos, con suerte, servirían para que entrara algún dinero en las menguantes arcas el centro.

“A ver de qué se trata hoy”

El repiqueteo de nudillos en la puerta la devolvió al momento presente.

—Pase, por favor— dijo elevando el tono de voz.

Accedió al despacho un hombre alto, conocido de la directora. Entre sus manos una carpeta.

—Agustín, ¿cómo está?— dijo ofreciéndole la mano,

—Bien, doña Herminia ¿Cómo va todo por aquí?

La directora suspiró.

—A veces me pegunto cómo me he dedicado a este tipo de vida, rodeada de chicas y chicos desagradecidos, egoístas a los que no les interesa nada y que si

estuviera en sus manos te sacarían los ojos sin pensarlo.

—¿Un mal día?— Agustín conocía a la mujer desde al menos veinte años, había escuchado en numerosas ocasiones sus quejas que sólo pretendían sacar un mayor partido de los Servicio Sociales. A ella le encantaba su trabajo por más que se empeñara en demostrar lo contrario.

—Internas que se pelean, personal que se toma días libres sin avisar, en fin. ¿Qué le trae por aquí?

El hombre tomó asiento ante una muda indicación de su anfitriona.

—Verá, hace unas semanas nos llegó un chico de catorce años. Nos hemos hecho cargo de él, pero necesitamos buscarle una familia de acogida y confiaba en que mientras duran los trámites lo tuviera a su cuidado.

La directora suspiró.

No dejaba de ser un ingreso más para su saneada cuenta.

—¿Qué ha hecho?

Agustín le entregó la carpeta que portaba.

—Hacer no ha hecho nada. No tiene antecedentes, sé que no es el modelo típico de La Esperanza pero he pensado que podría estar bien aquí hasta que se formalice su adopción.

Doña Herminia leía con interés el expediente. Una mano como si sostuviera la barbilla, la otra pasando hojas. Al finalizar dejó caer las gafas sobre el pecho y asintió.

—Toda una experiencia la de este jovencito. ¿Cómo está? Tendrá que tener tratamiento psicológico.

—Sí, y seguirá con él como otros de los internos que tiene aquí, pero el motivo es diferente como puede ver— llevó la mirada a la carpeta que Doña Herminia aún mantenía abierta sobre la mesa.

—¿Dice que lo vio todo?

—Al menos, casi todo. Hasta que decidió esconderse.

—¿Ha venido con usted?

Agustín asintió.

—¿Cómo dice que se llama…?— regresó a la primera hoja.

—Toñín.

9

María conducía el flamante BMW X6, puesto a disposición de los agentes, primero por la A-67 para posteriormente enlazar con la A-8 dirección a Oviedo con la intención de tomar la salida 249 a La Virgen/Comillas/Cabezón de la Sal dónde darían por finalizado el trayecto.

Transcurría cerca de la media hora desde que salieron de la Jefatura Superior de Policía cuando aparcaban junto a la oficina de turismo de Cabezón de la Sal. Cruz había avisado a la mujer del camionero, una de las víctimas del *Verdugo*, de la llegada de los inspectores.

Pasaron frente al antiguo almacén de vino y continuaron por la calle Virgen del Campo.

—Mira esa señora asomada.

Una mujer que frisaría los cuarenta y pocos años apoyaba su voluminosa figura en el mirador del segundo piso de la casa a la que se aproximaban.

—¿Doña Ana Rodríguez?— preguntó María.

La aludida bajó la vista sorprendida por la llamada. Esperaba a la policía, pero hubiese supuesto que llegarían metiendo ruido o al menos con un coche con el texto correspondiente en la chapa y la inseparable sirena azul.

—Sí, soy yo. Pasen por ahí— sacó medio cuerpo fuera, poniendo a prueba la Ley de la Gravedad. Señaló una puerta a sus pies— está abierto.

—Gracias.

Los inspectores intercambiaron sus miradas. No terminaban de comprender qué hacia la mujer asomada y aún menos la sorpresa que se llevó al llamarla.

—Aquí arriba, por las escaleras.

La voz les llegó desde el fondo del estrecho portal.

—Vamos allá.

Olía a humedad, a pesar de estar finalizando el mes de septiembre se sentía cierto frescor que los agentes agradecieron.

—Disculpen, me asomé para esperarles. No quería que…— se frotó las

manos en el delantal— bueno, ya saben, después de lo de mi marido y la maldita asesina esa, no quería que los vecinos vieran coches de policía y…

—Lo entendemos— intervino Diego con la intención de reconducir la visita — serán unas breves preguntas y nos marcharemos.

El semblante de Ana se relajó sensiblemente.

—¿Quieren tomar algo? Un café o…

—No, nada, muchas gracias, es usted muy amable, serán unos minutos tan solo— insistió María en lo breve que iba a resultar la visita.

—De acuerdo. Si quieren sentarse.

Pinta y Olivares siguieron las indicaciones de la anfitriona.

—Verá, queríamos saber si su marido tuvo en el pasado alguna relación con un centro de acogida, o de socorro.

La mujer arrugó el entrecejo.

—¿Un centro de socorro?

—Sí, uno de esos centros de internamiento para menores, o quizá recogió en su camión a alguno de estos chicos que se escapan— expuso la subinspectora.

—Pues no, que yo sepa. Es la primera vez que oigo hablar de sitios de esos de socorro.

—¿Alguien de su entorno?

Ana calló unos instantes como si de verdad estuviera pensando en ello. Llevó la vista al suelo, juntó aún más las rodillas y ladeó el rostro.

—¿Y alguien que haya adoptado o acogido alguna vez a …?

De pronto, la mujer del camionero dio una palmada que sorprendió a los inspectores.

—¡Eso, sí! Segis, mi cuñado.

—¿Qué puede decirnos de esa adopción?— Diego retomó el mando de las preguntas.

—Pues verá, él y su mujer tenían tres hijos pero por lo visto les daban una ayuda si acogían a un crío.

—¿Una ayuda?

—Eso nos dijeron. Tuvieron una chiquilla unos meses. No hablaba mucho y parecía enfadada siempre. Decían que era muy vaga.

María tomaba notas sin parar en su pequeña libreta.

—¿Era?

—Sí, no la veíamos mucho la verdad— apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia adelante como si se dispusiera a realizar una confidencia— verán, se conoce que una noche el hijo mayor la pilló robando y le llamó la atención, la

cría cogió algo y le golpeó en la cabeza.

Ana barría con la mirada los rostros de los inspectores, orgullosa de haber captado su interés.

—¿Qué fue de ella?

La mujer negó con la cabeza.

—Desapareció esa misma noche.

—¿Recuerda cómo se llamaba la niña?

—Pues…hace años de esto— calló unos instantes y cerca estuvo de dar otra palmada— ¡Manuela! Eso es. Si quieren, mi cuñado les puede hablar de ella, no creo que ninguno de la familia tenga buen recuerdo. Aunque pensándolo bien… no sé, la desgracia llamó a su puerta y desde entonces no ha dejado de hacerlo.

—¿A qué se refiere?

—Su hija mayor se suicidó, no mucho después de que desapareciera Manuela, si lo hubiese hecho el mismo día seguro que la niña esa hubiese tenido algo que ver.

Los policías se miraron.

—Al chico le han quedado graves secuelas por golpe en la cabeza— dijo como si pensara en voz alta, con la mirada saltando por el mirador.

Mantenía las palmas de las manos juntas entre sus piernas. Agachó la cabeza y llevó la vista a la punta de sus zapatillas de felpa. Asintió con vehemencia y comenzó a llorar.

—A veces la vida te quita todo en un momento sin que sepas qué narices has hecho tan mal para merecer todo eso…— calló durante unos eternos segundos antes de continuar con su relato— su mujer murió atropellada hace unos años, un poco después que mi marido, dicen que fue el *Vengador* ese, pero yo no me lo creo. Decía mi abuela que las desgracias nunca vienen solas, que siempre hay que esperar más— levantó la cabeza con los ojos anegados de lágrimas— ¿qué vendrá ahora?

—¿Cómo se llamaba la mujer de su cuñado?

—Candela. Era muy callada, se podía pasar las horas sin abrir la boca si él estaba delante.

De nuevo los inspectores cruzaron sus miradas.

—¿Candela García?

—Sí.

—¿Sabe si la maltrataba?

Ana torció el gesto y apretó los labios.

—A mí nunca me dijo nada, pero a veces le salía algún moratón en la cara o

en los brazos. Decía que se había golpeado con la puerta o que como tenía mal la circulación se le quedaban grabados los dedos si la cogían, o que cualquier roce con algo le dejaba marcas.

—¿Usted qué cree?

—Yo…yo no sé, prefiero no pensar en ello, ya ¿para qué?

—¿Su marido la pegaba?

La mujer se frotó las manos. Su mirada se volvió nerviosa, sin detenerse en ningún punto en concreto.

—Ya le digo que no sé si Segis…

Diego clavó sus ojos en la mujer intentando captar su atención.

—Me refiero a su marido, a José Ganzán.

Ana abrió los ojos exageradamente.

—¿A mí? ¿Mi Pepe?— movió la cabeza con vehemencia de izquierda a derecha señalándose el pecho— no, él, no…yo…

Durante unos segundos nadie habló en el salón. El semblante de la mujer del camionero se volvió ausente, quizá detenido en sus vivos recuerdos.

—Gracias, señora— Diego se puso en pie— Nos ha sido de gran ayuda. Sólo una pregunta más.

Ana pareció regresar del lugar en el que se encontrara.

—¿Sí? pues me alegra saberlo. Dígame. ¿Qué quiere saber?

—¿Dónde vive su cuñado, Segis?

La mujer de José Ganzán negó con la cabeza mientras pasaba sus ásperas manos por el rostro.

—Vivian en San Vicente de la Barquera, pero después del entierro se fueron y no he vuelto a saber nada de ellos.

—¿Tenía más hijos a parte del chico y de la niña que se suicidó?—quiso saber la subinspectora.

—¿No se lo he dicho?— sin esperar respuesta continuó— tenía otra hija más, bueno y el chico que creo que quedó bastante tonto, sin ánimo de ofender.

—Por cierto ¿Por qué cree que *El Vengador* no fue el que atropelló a Candela?

Ana elevó los hombros y ladeó la cabeza.

—No veo qué pueden tener en común mi Pepe y ella para que los maten a los dos la misma asesina.

—Ya— María se incorporó— Gracias por atendernos. Tiene una bonita casa — mintió.

Ana llevó la mano a la nuca.

—Bueno, nada del otro mundo, la voy poniendo a mi gusto. Cuando mi Pepe se fue me quedé sin ganas de nada y la casa se resintió. Con la pensión y el trabajo a media jornada que tengo voy comprando más cosas— se acercó a un estante— ¿ve esta figura?

Diego le hizo una seña a su compañera para que cortara la charla cuanto antes. María encogió los hombros y separó los brazos. Después de la inocente pregunta que le había formulado para que se quedara con buen sabor de boca de la visita, le parecía desconsiderado cortarla en ese momento, pero no quedaba otra.

—Sí, mi madre tiene otra igual en casa— volvió a mentir— son preciosas. Por cierto, si recuerda algo relacionado con esa niña…

—¿Manuela?

—Sí, Manuela— le entregó su tarjeta— ¿me llamará?

—Por supuesto— convino sonriente.

De camino a la puerta de la calle, la subinspectora se detuvo, levantó la mano a modo de disculpa y esbozó una media sonrisa.

—Le prometo que es la última pregunta, doña Ana.

—Las que necesite.

—¿Qué edad tenía Manuela?

La mujer del camionero se tomó sus interminables segundos para responder buscando el dato que fuera lo más exacto posible.

—Diría que unos doce o trece. Más o menos los mismos años que Raquelita, la hija menor, la que se suicidó, pobre.

—Gracias por todo— dijo María Pinta.

Cuando salieron a la calle pudieron ver a Ana asomada en el mirador. En su rostro una breve sonrisa que no escondía el dolor que le había supuesto el recuerdo del asesinato de su marido.

María elevó la mano en el aire.

—Parece que está muy sola— dijo como si pensara en voz alta.

—Eso parece.

—No he visto ninguna fotografía en la que apareciera la pareja con algún niño. No me atreví a preguntar cuando me enseñó la figurita, no quería dejarla aún más triste de lo que estaba.

—Creo que esconde algo— se detuvo junto a la puerta del copiloto del BMW.

—¿Que la pegaba? Más o menos nos lo ha dejado claro, aunque estoy

convencida que no ha puesto ninguna denuncia.

María tomó asiento deseando soltar lo que la prudencia, temiendo oídos indiscretos, le había aconsejado esperar a que salvaran la distancia que les separaba de la vivienda de doña Ana y su coche.

—Hemos matado dos pájaros de un tiro.

El inspector asintió.

—Sí, dos víctimas del *Verdugo* que guardan relación entre ellos.

—Me pregunto por qué no viene reflejado en el informe. Sé que en principio no parecerían estar relacionados pero después…

La subinspectora puso rumbo a Santander.

—¿Tendrán que ver ambos con la chiquilla, con Manuela?

—Algo me dice que sí, que todo está relacionado— Diego fijó la vista en el horizonte— pero era una muy pequeña para matar a dos adultos. Al hombre pudo tirarlo por el acantilado con un simple empujón pero a la mujer la atropellaron.

El BMW transitaba por la A8 bajo un cielo cubierto de una fina capa de nubes blancas que no amenazaban lluvia pero sí bochorno. La conversación recién mantenida por los policías en Cabezón de la Sal se repetía en sus cabezas, buscando aquello que posiblemente la mujer no dijo de forma explícita pero que intuían era importante para la investigación.

—Quizá no viajaba sola en el coche— expuso María minutos más tarde— aunque pensándolo bien creo que cuando atropellaron a Candela García, Manuela podría tener ya carnet de conducir.

—Quizá, en estos momentos todo es posible.

Una marido maltratador y asesinado. La esposa de su cuñado atropellada, una hija que se suicida. Diego asintió a sus pensamientos. Muchas desgracias concentradas en tan reducido espacio de tiempo en la misma familia, y si se amplía unos pocos años el margen, habría que incluir el golpe sufrido por el hijo en la cabeza con lesiones de por vida.

—Si no fuera porque resultaría increíble y si nada supiéramos del *Verdugo* pensaría que la inocente doña Ana Rodríguez no lo es tanto.

—¿Qué quieres decir?— en cuanto formuló la pregunta, el inspector comprendió que su compañera había llegado a conclusiones similares— que es la asesina de su marido y de la mujer del tal Segis ¿no?

—Sí, eso es. Todo cuadra. Imagina que sospecha que su marido se la pega con la otra. Lo mata un buen día de paseo tirándole por el barranco, se marcha tranquilamente a su casa a esperar acontecimientos. Otro día va en coche a San

Vicente de la Barquera, posiblemente conocía el horario de la tal Candela, la espera cerca de su casa aguardando el mejor momento y ¡Zas!— la subinspectora da una palmada en el aire— se la lleva por delante.

Diego esbozó una amplia sonrisa.

—Como te gusta el melodrama ¿eh?

—¿Podría o no podría ser como te digo, eh?— Pinta daba repetidos y cortos golpes con la barbilla en el aire, pidiendo confirmación a su pregunta— ¿eh? ¿Podría o no?

Santander les recibió con un tráfico fluido aliviado por la notable marcha de turistas de regreso a sus puntos de origen. En menos de diez minutos estarían de nuevo en comisaría.

—¿Crees que se me ha ido la pinza con lo que te acabo de contar? Esperaba que al menos me dijeras que estoy loca— María volvió el rostro hacia su compañero— ¿Diego? Sabes lo que me repatea hablar sola y…

—Perdona, te he escuchado.

—¿Y? Nada qué decir ¿Ni siquiera pedirme que deje de decir gilipolleces?

—No, María. Por un momento he llegado a la misma conclusión que tú, pero tengo la sensación de que la mujer no es una asesina aunque no haya sido sincera del todo.

—¿Te das cuenta que nadie es sincero con nosotros?

Diego esbozó una sonrisa ladeada.

—Somos la policía, nadie quiere problemas.

—Precisamente por eso, si son sinceros no sospecharíamos de ellos.

El móvil del inspector comenzó a sonar.

—Sí, comisario.

—¿Por dónde andan?

—Estamos llegando, jefe, venimos de Cabezón, de casa de la viuda de José Ganzán el camionero víctima del *Verdugo*.

—¿Han conseguido algo?

—Se puede decir que sí. Tenemos controlados a dos de las víctimas, tres con el vigilante de La Esperanza, de seis en total.

—Hasta ahora…— susurró María.

—¿Sucede algo, comisario?

—Me acaban de entregar una carta.

Diego sintió como sus músculos se tensaban. De forma mecánica se echó hacia delante. Maldecía la forma que el comisario tenía, en ocasiones, de transmitir la información, sobre todo en circunstancias como esa en la que sabía

que la noticia les iba a impactar.

—¿Otra foto?

María intercambiaba las miradas al frente por rápidos vistazos a su derecha escudriñando el rostro de su compañero.

—No, esta vez se trata de una breve nota en la que se nos aconseja que sigamos cavando.

—¿Se refiere a La Esperanza?

—Sí, Olivares.

—¿Dice por qué? ¿Qué quiere que encontremos? ¿Más cuerpos?

—Dígamelo usted.

—¿Quiere que nos pasemos por allí?

—No, no, quiero que vengan aquí y me digan qué está pasando en ese centro. El comisario principal me pide información que dar a la prensa antes de que vuelvan a referirse a supuestas fuentes próximas a la investigación— la voz de Redondo aumentaba sus decibelios conforme las sílabas partían de su boca.

—Jefe.

—¿Cuánto tardan?

—Cinco minutos

—Nada más llegar vengan a mi despacho.

—Jefe, un momento.

—Olivares.

—Haga caso a la recomendación de la carta y vuelvan a cavar cuanto antes por los alrededores del centro.

Diego pudo escuchar un profundo suspiro al otro lado de la línea.

—¿Me está diciendo que espera más cadáveres?

—No lo sé, es posible.

—Dense prisa— colgó.

El inspector guardó el teléfono en el bolsillo de su pantalón.

—¿Hay otro cuerpo?— quiso saber María mientras detenía el coche en el aparcamiento de la comisaría.

—Es posible.

—¿Dice de quién puede tratarse?

—No.

—Pero crees que esa carta va en serio ¿no?— Pinta se detuvo antes de acceder al interior de la comisaría.

—Lo único que sabemos en que cuando nos han enviado una foto, apareció un cadáver, si ahora nos envían un carta no tengo por qué dudar de lo que pide.

—Tiene todo el sentido ¿qué opina el jefe?

—Está cabreado, las altas esferas lo presionan.

—Por eso yo nunca seré comisaria, recuerda lo que te digo.

Diego sonrió a su compañera.

—Ya veremos llegado ese día, pero ahora tenemos que buscar en la relación de internos que nos dio la directora si hay alguna niña que se llame Manuela.

—De acuerdo, buena idea, compañero— dijo María mientras le daba una suave palmada en el hombro.

10

El asesino en serie puede localizar a sus víctimas al azar o bien su forma de proceder puede responder a un método concreto por el cual las selecciona. En el taller los alumnos habían votado para centrarnos en la segunda opción, la primera, el asesino compulsivo les parecía menos interesante.

—Diría que me resulta hasta repulsivo. Un hombre que sale a la calle a satisfacer sus instintos me produce asco— intervino Maite, la abogada— Quiero decir, que no debe ser difícil ir matando a la gente por ahí, sin más, hasta que un día te cojan.

—El que lo prepara al menos es inteligente.

—Eso quería decir, Goyo. No sólo eso, sino que le empuja alguna motivación concreta.

Propusieron dedicar el primer trabajo a elaborar un esquema de cómo actuaría el asesino de su novela. No fue fácil convencer a Rosa, que insistía en su personaje basado en una mujer que deja en la bancarrota a su marido.

—Tendremos tiempo para ese supuesto— prometí.

—¿De verdad?

—Sí, cuando termine el curso me gustaría que salierais de aquí cada cual entusiasmados con iniciar vuestra novela conforme a vuestros intereses.

Lo primero que les tocaba discernir era el motivo por el cual actuaba su particular asesino en serie, qué le había llevado a terminar con la vida de esas personas.

—Quizá la violaron entre todos— propuso Goyo.

—¡Qué bruto eres!— dijo Rosa

—Pero vamos a ver, ¿no querías una asesina? Ahí la tienes.

La mujer no estaba nada convencida.

—¿Qué tal un hombre sin futuro que va matando a todos los que considera culpables de su ruina a lo largo de su vida, sin prisas?— apuntó Lorena, estudiante de Grado de Psicología en su último curso— Una persona que dedica

toda su vida a vengarse tiene un interés psicológico especial.

—Sin duda —convine— No olvidéis que en vuestra novela policíaca el lector debe asistir a un pulso entre el investigador y el asesino. Mentes inteligentes en plena lucha, uno pelea por cogerle y el otro por no ser cogido, hasta que él lo desee.

—¿Hay asesinos que desean que los cojan?

Asentí.

—Sí, los hay que buscan ser capturados para dejar de hacer lo que hacen, como si no pudieran evitarlo. Lo malo es que cuando lo deciden ya han terminado con demasiadas vidas.

—A mí me interesa ese— intervino Fátima.

—¿Para tu máster?

Ladeó el rostro y acarició su larga melena, con calma, como si sopesara mi pregunta.

—Sí, es posible.

—Quizá podría hacer que envíe notas a la policía para jugar con ellos— apunté.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien pensado— intervino el comercial.

—¿Alguna pregunta sobre este tema?

Marta levantó la mano. Se ganaba la vida como *copy* en una agencia de publicidad. Nos dijo que le gustaba escribir pero las pequeñas historias la estaban saturando, quería una larga en la que sucedieran muchas cosas.

—¿Marta?

—Casi siempre se trata de un policía que va siguiendo pistas tras el asesino. No se suele hablar mucho de éste, de su día a día, y cuando se hace desde este punto de vista siempre aparece en el momento que está matando a alguien. Como si el resto de las horas no tuvieran importancia.

—¿Qué quieres que te cuenten? ¿Si le gusta bailar o ir al cine?— cortó Goyo — es un maldito asesino, ¿a quién le importa a qué dedica el tiempo libre?— sonrió feliz por su guiño al tema de José Luis Perales

Marta contrajo el rostro.

—A mí me importa. Por eso quiero que mi novela varíe la exposición de la trama ¿Te parece bien, Jaime?

—Todo lo que sea escribir con convicción me parece perfecto. Tienes que alcanzar lo que llaman el pacto de verosimilitud con el lector. Es decir, puedes contar lo que quieras, como quieras, siempre que el lector se lo crea, le parezca

verosímil lo que está leyendo.

—Entiendo. ¿Puedo enseñar desde el principio quién en el asesino?

Se escuchó una risotada de fondo.

—Si quieres que tiren tu novela a la basura, puedes.

—Eres libre de escribir tu libro como quieras, Goyo ¿Te importaría que Marta nos explicara la idea que tiene para el suyo?— intervino Paco, el policía local cuyo semblante comenzaba a reflejar lo que pensaba de la figura del comercial.

—¿Eh? Sí, claro, sólo era una opinión que…

—…que siempre das aunque no se te pida— dijo Maite dejando patente su profesión de abogada saliendo en defensa de Marta.

Creí llegado el momento de poner paz.

—Apuesto por diversas formas de plantear los hechos. Se dice que todo está contado ya, excepto tramas diferentes como Harry Potter, que lo que varía es la forma de hacerlo— miré a Marta— mostrar al asesino desde el principio es una de ellas. Yo la he utilizado.

—¿Sí?

—Eso no quiere decir que esté bien, ni mal. Te encontrarás con lectores como él —señalé a Goyo— que no son partidarios de esta forma de exponer la trama, prefieren descubrirlo con el paso de las hojas, pero a otros muchos lo que les gusta de verdad es que lo que les estés contando les entretenga, les mantenga enganchados.

Marta asintió satisfecha.

—A veces ir por delante de la policía y saber más que ella puede resultar de lo más atractivo— apunté.

—A mí me lo parece.

—No olvidéis, como conclusión, que podéis hacer que vuestros lectores vayan a la par con el investigador, mientras el asesino es desconocido. O como propone Marta revelar quién es desde el principio. En este caso sería interesante que dejarais alguna sorpresa al lector.

—¿De qué tipo?

—Del que sea, siempre y cuando se ajuste al pacto de verosimilitud del que hablábamos antes, Maite.

Consulté el reloj.

—Llegó la hora. Hasta el lunes entonces, pasad un buen fin de semana.

Salí a la calle satisfecho con la clase, era jueves y tenía varios días por delante para dedicar a Freddy y preparar las clases de la próxima semana.

Mi teléfono comenzó a sonar.

“¿Nerea?”

Sentí un ligero cosquilleo recorriendo mi cuerpo, quizá no era tan ligero como presuponía. Hacía varias semanas que no hablaba con ella.

—Nerea, qué sorpresa, ¿todo bien?— apreté los labios, otra vez lo había vuelto a hacer. Se trata de una absurda sensación que me embarga cuando recibo una llamada inesperada aunque deseada.

—Sí, todo perfecto, espero haberte cogido en un buen momento. Como me dijiste que salías de clase a las nueve quise ver si te pillaba de camino a casa.

—Has acertado en todo. Voy a buscar a Freddy para sacarle un rato a la calle.

Hablamos durante media hora. Los primeros minutos de camino a casa, luego le pedí que me diera un momento para calmar las alegrías de mi perro, ponerle la correa y bajar a la calle. Mena se había hecho su cena y no le había sacado. Desde que tuvimos aquel pequeño desencuentro parecía que las cosas iban encajando entre nosotros. No es que estuviera naciendo una amistad pero sí que ambos hacíamos por facilitar al otro la convivencia.

De nuevo en la calle llamé a Nerea.

—Perdona por la interrupción.

—No digas tonterías, faltaría más. A ver, cuéntame todo.

Ahora sí que hablamos largo y tendido, con ella se me pasa el tiempo volando. Me encanta ese afán suyo por saber todo de mí, de cómo me van las cosas, reconozco que no deja de ser una extraña sensación que alguien sienta tanto interés por lo que hago o por cómo me siento o incluso por lo que escribo. A Nerea, como le sucedía a mi padre, les cuesta comprender, cuando me hallo inmerso en el desarrollo de un nuevo libro, que desconozco qué va a suceder en la trama. Ella suele leer cada manuscrito conforme lo escribo, casi siempre me interroga sobre lo que le esperará en la siguiente entrega.

—Cuéntame un poquito.

—Ni siquiera yo sé qué va a pasar.

—Venga, sólo un poquito, anda, aunque sólo sea esa idea que tienes en la cabeza.

Entiendo que puede parecer que me niego a desvelar lo que va suceder en el próximo capítulo pero la realidad no es esa; lo desconozco. Tampoco sé si mi caso es extensible a la mayoría de los escritores o formo parte de una extraña minoría.

A base de preguntar diría que me fuerza a pensar y salen ideas que no habían aparecido antes.

—¿Ves como sí sabias algo?

Sonrío cuando tenemos este tipo de conversaciones más propias de otra edad. No sé por qué pero a su lado sale mi vena más infantil, una vena que no pensé que tuviese y que, estoy convencido, nadie más conoce, y que confío que con el paso de los años no desparezca.

Nerea nos acompañó a Freddy y a mí por el Paseo de Pereda hacia el Club Náutico, le iba describiendo lo que veía.

—Como se nota que eres mi escritor favorito, es como si estuviera ahí contigo.

“¿Quién sabe? Quizá algún día…”

“O no…”

11

Toñín y la mujer que vigilaba a los internos cuando estaban en el comedor o en el jardín, entró con el niño de la mano. Todas las cabezas se volvieron en su dirección.

—¡Seño, aquí!— Tomasa agitaba una mano en el aire mientras con la otra señalaba un espacio libre junto a Cris y Susa.

—¿No te atreverás a meterte con él? ¿Verdad?

—No, Susa, al revés, quiero demostraros que he cambiado—volvió el rostro hacia el chico nuevo— aquí, seño.

La mujer aguardaba alguna salida de tono de la interna, pero extrañamente vio sinceridad en su mirada. Saber que Susa estaba con ella le tranquilizó.

Toñín caminaba con la vista al frente, parecía como si las miradas de todos los que se hallaban en el comedor fijas en él, no menos de treinta entre chicos y chicas, le atravesaran como si fuera invisible. No estaba interesado en lo que acontecía a su alrededor. Desde que un policía le sacó en brazos de la casa de sus padres no había vuelto a cruzar más que unas breves palabras con la propia policía y los Servicios Sociales. Todos querían saber qué había visto, si podría reconocer a los asesinos.

Sí, claro que podría. No era la primera vez que los había visto y estaba convencido que no sería la última...:

Dos hombres y una mujer llamaron al timbre aquella tarde. Su madre abrió la puerta, él se hallaba en su habitación haciendo los deberes, al menos intentándolo, se estaba durmiendo con la lección de lengua que tenía que aprender para la mañana siguiente.

Salió de su habitación, tenía sed.

—Mi marido no está— oyó decir a su madre cuando atendió la llamada del timbre.

—¿No le importará que le esperemos, verdad?

Lo siguiente que escuchó fue un sonido seco, como un golpe. Se asomó lo más discretamente que pudo y comprendió que lo que acababa de escuchar había sido el impacto de la puerta contra la pared. De repente, su madre salió despedida hacia atrás, dando con la espalda en el suelo y resbalando sobre el encerado parquet. Toñín pudo ver el miedo reflejado en sus ojos. Se pegó a la pared. Una mano grande, llena de pelos, donde brillaba un anillo ancho que parecía de oro la levantó en volandas. Por un breve segundo sus miradas se cruzaron, creyó entender que ella negaba con la cabeza mientras sus labios formaban la palabra…*vete*.

Le hubiera gustado obedecer al momento, pero una repentina parálisis se lo impedía. Apretó los ojos con todas sus fuerzas, sentía como un fino reguero caliente se deslizaba entre sus piernas. Lentamente los volvió a abrir a tiempo de ver a dos hombres y una mujer entrando en el salón. Su madre lo había hecho ya acompañada de un sonoro tortazo y un potente empujón…

De pronto sintió algo parecido a una mancha borrosa frente a su rostro.

Pestañeó varias veces.

—… ¿Toñín? ¡Hola! ¿Hay alguien ahí? —la mano de Tomasa se agitaba frente a su rostro.

De repente pareció despertar, el pasillo de su casa había desaparecido, su lugar lo ocupaban varias mesas y tres chicas sonrientes que le hablaban.

—Soy Tomasa.

—Yo Susa.

Cris se le quedó mirando. No sabía qué, ni por qué, pero no dudaba que algo le atraía de ese chico, algo que le decía que no eran tan distintos.

—Yo soy Cris.

—Hola…

—¿Te sientas con nosotras?

Toñín asintió.

—Vale.

El rostro de los dos hombres y de la mujer lo llevaba grabado a fuego en sus recuerdos. El rostro y los tonos de sus inconfundibles voces. Media hora más tarde llegaba su padre, entró en la casa con su propia llave. Toñín abandonó su escondite en el armario de su habitación y de puntillas recorrió el pasillo, quería llegar al vestíbulo antes de que entrara en el salón.

Casi lo consigue.

Le vio abrir la puerta, detenerse, los ojos como platos, volver el rostro hacia él y precipitarse en el interior como si un potente aspirador lo succionara.

—Pero qué…

—Pase, señor director— la voz grave del individuo que relacionaba con la mano peluda y el enorme anillo en un dedo llegó hasta sus oídos acompañado del crujir de cristales rotos.

Sólo podía tratarse del armario.

—¡No!— el grito desgarrador de su madre le heló la sangre.

Más ruido de cristales y de cosas que caían al suelo.

—¡Lo van a matar!

El pánico que impregnaba cada músculo de Toñín le empujó a acercarse a la puerta entreabierta del salón. No era él quien movía sus piernas, no hubiese sido capaz. Algo en su interior le obligaba a desplazarse muy a su pesar. Tumbado en el suelo se asomó, su madre se hallaba casi desnuda sobre el amplio sofá, boca arriba y sobre ella el otro hombre, con los pantalones bajados hasta los tobillos, moviéndose arriba y abajo con la cabeza escondida entre el almohadón y el cuello de su madre.

—Dale más fuerte a esa zorra…— escuchó la voz de la mujer, desde su posición no podía verla.

“Mamá está llorando”

Su madre volvió el rostro como si presintiera su presencia. De nuevo sus ojos se cruzaron. La conocía lo suficiente como para entender el mudo mensaje que le enviaba con su aterrorizada mirada.

“¡Lárgate!”

—¡Hubiera bastado con que hubiese firmado los papeles, señor director!— otra vez la voz del hombre del anillo, otra vez seguida del inconfundible chasquido de la palma de la mano al golpear en un rostro.

Toñín se incorporó como si de pronto le quemara el suelo con tan mala fortuna que se resbaló con la alfombra.

—¿Hay alguien más en la casa?— quiso saber la mujer.

—No, no…— la voz del padre de Toñín apenas un balbuceo.

—¿Y el niño de esas fotos?— quiso saber mientras señalaba varios marcos, unos sobre la mesa, otros en el suelo.

—Nuestro hijo, pero no está, se quedará en casa de un amigo haciendo los deberes y…

—Vete a ver— ordenó el de la voz grave— y tú, termina de una puñetera vez que no tenemos toda la puta tarde. El mensaje ya lo ha captado, ¿verdad, señor

director?

La mujer salió del salón. Miró a su derecha y se encaminó pasillo arriba.

—No tengas miedo…no voy a hacerte daño— la voz envuelta en una musiquilla llegaba nítida hasta los oídos de Toñín, que se había escondido en uno de los armarios de las dos habitaciones de invitados.

Desde su posición podía distinguir la figura de la mujer detenida bajo el marco de la puerta de su dormitorio con la cabeza asomada al interior. Notaba su corazón acelerado como no recordaba haberlo sentido jamás. Un sudor frío recorría su cuerpo mezclado con el tibio reguero que se deslizaba entre sus piernas.

—Ven con nosotros, tus padres quieren decirte algo. Somos viejos amigos, espero que no te hayas asustado con el ruido de cristales, me he tropezado y sin querer choqué con el armario. Soy muy torpe ¿me oyes?

El chico suspiró.

La puerta corredera del vestidor le permitía apenas un pequeño ángulo de visión. De pronto la mujer desapareció de su vista.

“¿Dónde se ha metido…?”

Tan rápido como la perdió volvió a aparecer tapando con su amplio trasero el estrecho espacio que dejaba la puerta. Su primera intención fue echarse hacia atrás sobresaltado pero fue capaz de contenerse a tiempo.

—Menuda habitación tienen estos *hijoputas*— murmuró— yo quiero una igual para mi Toto y yo.

Aguantó la respiración hasta que la tenue luz volvió a aparecer por la rendija. Vio a la mujer salir del dormitorio y detenerse otra vez junto a la puerta de su habitación mientras asentía. Unos segundos después se perdió pasillo arriba rumbo al salón.

Las siguientes dos horas las pasó a ratos tapándose los oídos para no escuchar los lamentos de sus padres y tiritando de miedo hasta que se hizo el silencio tras unos sonidos secos que interpretó como petardos o fuegos artificiales lejanos. La oscuridad cubrió el dormitorio y con el paso de las horas regresó la claridad. Toñín no era capaz de abandonar la seguridad que le ofrecía el armario, llegó otra vez la noche y una vez más debió quedarse dormido porque de repente volvió a escuchar pasos y voces de mucha gente.

“¿Han vuelto?”

Agarrado a sus rodillas, con los ojos firmemente cerrados se dejó llevar. No le quedaban más fuerzas para contener el miedo que le embargaba.

Lloró.

Lloró hasta que paralizado por el miedo sintió como la puerta del vestidor se deslizaba. Los dedos de una mano de hombre aparecieron frente a sus ojos.

—Tranquilo, soy policía, me llamo Diego y ¿tú?

—To…ñín…— su voz apenas un balbuceo.

Cris escuchaba el relato del chico nuevo junto a Tomasa y Susa, sentados en el jardín de La Esperanza, boquiabiertas e incapaces de formular palabra alguna. Vieron como el chico nuevo apretaba los labios y retorcía una pequeña rama entre los dedos hasta hacerse sangre.

—Los mataré…algún día…los mataré…lo juro…

Ninguna de las tres amigas, al ver sus ojos fríos, tuvo la más mínima duda de que lo haría cuando llegara el momento y no se lo podrían reprochar. Cris se había sentido plenamente identificada, ella también había trazado varias cruces mentales sobre los rostros de aquellos de los que se pensaba vengar.

—Sé que lo harás— dijo poniendo su mano sobre la rodilla de Toñín.

Susa deslizó las palmas de las manos sobre su rostro. De los cuatro que formaban el reducido grupo era la que menos méritos había hecho para terminar en una institución como aquella.

—¿Te han dicho por qué hicieron eso? Sí, sí— levantó las palmas de las manos en el aire— sé que no tienen perdón, en tu lugar pensaría igual, lo que quiero decir es si la policía te ha dicho por qué los mataron de aquel modo tan horrible.

Toñín llevó la vista al horizonte.

—Querían robar, creo que mi padre se negó a abrir la caja fuerte.

Se hizo el silencio hasta que el timbre que avisaba del regreso a la actividad diaria les empujó a levantarse. Lo que el chico no contó, quizá porque lo desconocía o quizá porque no lo creyó relevante, es que su padre se había metido en unos negocios turbios. Desde su posición como director de banco había abusado de demasiadas personas concediendo préstamos y firmando desahucios, o salvándolos, a cambio de lo que él llamaba un gesto de buena voluntad. La pareja y el hermano de la mujer que fueron a su casa no pensaban devolver el préstamo que solicitaron años atrás, tampoco abandonar lo que consideraban su hogar. Sólo pretendían que el padre de Toñín firmara un papel que sirviera para que despareciese para siempre la orden de desahucio o les diera el dinero para pagar la hipoteca. Al fin y al cabo los malditos bancos si tenían algo era dinero ¿no?

El director no los tomó en serio.

Cuando lo hizo, fue demasiado tarde.

12

—Con todo el respeto, comisario, creo que deberíamos hacer caso a la carta y volver a cavar— Diego señaló sobre la mesa de Fausto Redondo el pequeño papel.

—No voy seguir el juego al primer descerebrado que quiera divertirse a costa nuestra. Nada indica que haya que tomar en serio lo que dice.

—Cuando me llamó pensé que había decidido seguir las indicaciones.

El comisario se atusó el mostacho.

—Así fue, inspector, pero mientras venían he reconsiderado la idea inicial. Lo que sí quiero es que me cuenten qué pasa en ese centro. ¿De verdad creen que puede haber más cuerpos enterrados? ¿Estamos ante un centro juvenil que la prensa llamará de los horrores?

María miró a su compañero y a continuación a Fausto.

—No jefe, no tenemos pruebas para pensar algo así, de haberlas tenido hubiésemos actuado de otra forma, pero lo que sí sospechamos es que en ese lugar ha sucedido algo más.

El comisario se incorporó.

—Con sospechas no tenemos suficiente, y lo saben.

—¿Entonces, no va ordenar que sigan cavando?

Redondo quedó unos segundos en silencio. No quería que sus dos subordinados creyeran que abusaba de su posición, confiaba plenamente en ellos, pero tal y como estaban las cosas había que evitar como fuera que se filtrara que la policía obedecía a cualquier misiva que recibía por absurda que pareciera, como si dieran palos de ciego.

—Esperaremos unos días. Si no se trata de una maldita broma, quien haya enviado la carta insistirá, quizá aporte algún dato más.

—De acuerdo, jefe, nosotros seguiremos con la investigación.

En unos minutos Diego le puso al día de la conversación mantenida con la mujer del camionero y de su interés en localizar a la niña de nombre Manuela

entre los internos de La Esperanza.

—¿Creen que está relacionado?

—No tenemos pruebas, así que mientras tanto sólo…

—Olivares, no me toque…

Diego asintió con una casi imperceptible sonrisa en su rostro.

—Sí, es muy posible que esa niña haya pasado por ese centro de socorro. Habría que localizarla para que nos cuente qué sucedía en esa casa.

—Demasiada coincidencia que en la familia que la acogió fallezcan el hermano del padre de acogida y su mujer, se suicide una hija y un hijo reciba un golpe que lo deje tonto de por vida.

—Subinspectora, coincido en que están en el buen camino pero necesitamos algo más.

—De acuerdo, jefe.

Regresaron a la sala en la que llevaban a cabo la investigación. No compartían la decisión del comisario pero eran conscientes que no era lo mismo tomar decisiones desde su posición que desde la de su jefe.

—Vamos allá— Pinta emitió un largo suspiro al ver el grueso paquete de fichas.

Durante los últimos quince años, añadieron los cinco anteriores a la desaparición del vigilante, habían pasado por el Centro Juvenil de Socorro La Esperanza cerca de noventa internos de ambos sexos. Según doña Ana, la niña que acogió su cuñado tendría unos doce o trece años.

—Ahora contará con unos veinticuatro…— murmuró Diego hojeando las fichas.

—Si al menos tuviéramos sus apellidos.

—Cada vez funcionan mejor los Servicios Sociales, si esto hubiera sucedido décadas atrás tendría mis dudas acerca de localizar o no los apellidos, sé de alguna ocasión en la que nos resultó imposible.

—Confiemos en que esta no sea una de ellas— dijo María mientras mordisqueaba la capucha del Bic.

—Suéltalo— pidió Diego viendo la expresión de su compañera a kilómetros de distancia— María…

—No es nada, pensaba en lo que dijiste antes sobre que una niña no podía matar a un camionero

—Dije que era complicado aunque le hubiera bastado un empujón.

—Sí, sí, lo sé, también te referías al atropello de la mujer.

—No es el proceder más lógico para una supuesta asesina de trece años.

María se ajustó la coleta.

—No tenía trece años cuando murieron, Diego. A ver, organización, compañero— en su rostro se formó una amplia sonrisa al imitar la frase favorita de Diego; organización.

—Organización, compañera.

—La tal Manuela desapareció con trece años, ¿no? —sin aguardar respuesta continuó: —según doña Ana no tenían mucha relación con su cuñado, me pregunto por qué iba a matar al camionero.

Olivares se puso en pie.

—Creo que te sigo. Veamos, tenemos dos posibilidades; que Manuela tenga algo que ver o no con las muertes. Si tiene que ver con ellas quiere decir que cuando se fue, regresó al cabo de los años para asesinar a estas dos personas.

—Eso es.

—Lo cual querría decir que en esa casa sucedían cosas en las que estaba implicado José Ganzán, a pesar de que su mujer nos haya asegurado que apenas se veían.

—Para que una niña decida arriesgarse a volver con ánimo de venganza no debe tratarse de ninguna tontería. Si es así, doña Ana nos miente o no se enteraba de nada o prefería mirar para otro lado.

—La otra opción, que Manuela no tenga nada que ver nos llevaría al principio.

María elevó el Bic en el aire.

—¿Y si no tiene nada que ver pero ha pasado por La Esperanza?

Diego negó levemente con la cabeza.

—Dejémonos de *y sis*… y averigüemos si esa chica fue interna o no. Cuando lo tengamos claro podremos dirigir la investigación hacia un lado u otro. ¿Te parece?

—Me parece, Diego.

Los siguientes minutos los pasaron concentrados en las fichas de los internos sin apenas despegar los labios excepto para avisar de la aparición de la primera Manuela, poco después, la segunda.

—Aquí hay otra— María separó la ficha de las demás— esta no nos sirve, es de finales de los años noventa— en su rostro se formó un gesto de fastidio.

—Esta tampoco— apuntó Diego— ya tenía quince años en el 2004.

Sólo les quedaba una posibilidad para que su línea de investigación no hiciera agua por los cuatro costados. Resultaba descorazonador ver como una

idea que contaba con todos los requisitos para convertirse en un hilo consistente del que tirar se desvanecía a las primeras de cambio.

—Nos queda esta otra— Pinta releyó la ficha una vez más— catorce años en el 2006…— miró la foto concentrada— podría ser— apuntó entregando la ficha a Olivares.

—Sí, podría, pero tendremos que comprobarlo ¿vamos? A la vuelta si te apetece te invito a comer.

—¿A a la vuelta de dónde?

—De ver a la persona que en estos momentos la puede identificar— Diego devolvió la ficha a su compañera y cogió las llaves del coche.

María asintió.

—Si es un perro me hubiera llevado un buen bocado— señaló tras su compañero rumbo al aparcamiento— vamos a ver a doña Ana ¿no es así?

—Sí, es la única que nos puede decir si se trata de la misma niña que acogió su cuñado.

La mujer del José Ganzán cerró la puerta de la casa sintiendo como se relajaba con la marcha de la policía. Se ajustó el vestido mientras salía al mirador para asomarse por la ventana. Necesitaba confirmar que la pareja no se detenía a hablar con sus vecinos, ni entraban en ningún local para indagar sobre ella o su Pepe.

“Ahí van”

Agitó la mano en el aire a la subinspectora que miraba en su dirección. Le había caído bien la mujer policía con la que había hablado antes pero debería andarse con cuidado, parecía lista.

No se trataba de la primera ocasión en que la policía visitaba su casa. Con la muerte de su marido llamaron a su puerta un par de veces, con el fallecimiento del *Verdugo* regresaron, siempre con la misma pregunta que ya había contestado una y otra vez.

—¿A qué cree que se refiere con el texto que pone aquí?— el joven guardia civil señaló la fotografía.

Al ser encontrado el cuerpo en zona rural la investigación corría a cargo de la Benemérita.

—¿Culpable?

—Sí, ¿Culpable de qué?

Ana volvió a sonarse la nariz ruidosamente.

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¿De qué va a ser culpable mi Pepe, si era un santo? Todo el día trabajando de aquí para allá con el camión.

—¿No estaba metido en algún asunto del que usted desconfiara?

Ana negó con vehemencia.

—¿Drogas o algo así, dice?

—Por ejemplo.

En esta ocasión deslizó el pañuelo por sus cargados ojos. Desde que el nombre de su marido y la foto con el cuerpo destrozado aparecieron en los medios se sentía señalada por todo el mundo. Para unos se trataba de la pobre viuda, tan joven, con tanta desgracia. Sentía su consuelo y su afán por saber lo mismo que la Guardia Civil le preguntaba constantemente. No tenía ni idea a qué se podría referir el maldito cartel.

Aunque tenía sus sospechas.

No, no pensaba compartirlas con nadie, bastante tenía con lo que tenía ¿O no? De nada iba a valer, su Pepe estaba muerto, nada ni nadie se lo iba a devolver. No tenía sentido sembrar dudas sobre él. Además, sólo se trataba de sospechas. Es posible, que sincerándose con ella misma concluyera que fuesen algo más que simples sospechas, pero todo había terminado.

Eso pensaba hasta que la mujer de su cuñado murió atropellada. Algo le decía que ella podría ser la siguiente. Las dudas que la atormentaban respecto a la conducta de su marido se confirmaban en el caso de Segis.

“¡Maldito Segis!”

Era una mala persona. Desde que sus sobrinas le confesaron lo que pasaba en su casa decidió no volver a poner un pie en ella.

El sonido del teléfono, sobre la mesa de la sala, le devolvió a la realidad.

Entró en la vivienda, con gesto nervioso contestó la llamada.

—¿Doña Ana, nos puede atender un momento?

—¿Quién es?— quiso saber mientras sentía como cierto nerviosismo se apoderaba de ella.

—Soy la inspectora María Pinta, estoy con mi compañero en Cabezón y necesitamos que nos confirme un dato.

—¿Un dato? ¿Qué dato?

—¿Está en su casa ahora?

—Sí.

—Bien, en menos de cinco minutos estamos allí.

Ana cortó la comunicación visiblemente alterada. Los pensamientos que habían machacado sin descanso su cabeza en las últimas horas parecían reírse de

ella.

—Seguro que creen que he hecho algo…—murmuró a su imagen en el espejo mientras se daba los últimos retoques— pero qué voy a saber yo, si no sé nada, ni quiero saber.

Regresó al mirador y aguardó la llegada de la policía.

“Se retrasan”

Consultó el reloj por décima vez desde que colgó el teléfono. Barrió con la mirada la calle rezando para que se encontrase a salvo de vecinos cotillas y se asomó buscando el final de la acera.

—Aquí, doña Ana.

Del susto casi pierde el equilibrio, la mujer policía estaba en la entrada del portal, justo debajo de ella, como si hubiesen llegado por el otro extremo.

—Pasen.

Abandonó su puesto en la terraza acristalada y se encaminó hacia la puerta.

“¿Un dato?”

Por más que se empeñaba en buscarle una interpretación al motivo del regreso de los inspectores a su casa no acertada a dar con ella. Convino con sus dudas que daba igual, que fuese lo que fuese el dato ese lo negaría todo, que su Pepe siempre fue un santo.

“¿Un santo…?”

Negó con la cabeza justo cuando los pasos de los policías se dejaban oír en el rellano.

—Pasen—acompañó la invitación con un gesto de la mano en dirección al interior de la vivienda. Su rostro formaba una mueca de complicada interpretación, una suerte de recopilación de las distintas sensaciones que le habían generado los pensamientos de las últimas horas.

—Gracias, disculpe que hayamos regresado tan pronto— se excusó la subinspectora— dependemos del avance de la investigación.

“¿Avance?”

Ana sintió una sacudida recorriendo su cuerpo de arriba abajo. No supo que añadir a las palabras de la mujer, excepto un lacónico…:

—Sí, claro.

Pinta abrió la carpeta que sostenía entre sus manos. Al no recibir ninguna indicación de la anfitriona para acceder al salón y tomar asiento se detuvo en el pequeño vestíbulo.

—Es sobre Manuela.

La sacudida que recorría el cuerpo de Ana desapareció al instante.

—Si quieren pasar al salón y estar más cómodos.

—No se preocupe, será sólo un minuto.

“Ya, eso dijo antes”

—¿Conoce a la chica de esta foto?— María le enseñó la ficha mientras ella y su compañero escudriñaban el rostro de la mujer del camionero buscando algún signo que les rebelara un contacto positivo entre su mirada y la fotografía.

Doña Ana cogió el expediente, encendió la luz y enfocó la mirada en la imagen de la niña de aspecto serio que sostenía la suya con descaro.

—No, no sé quién es. ¿Tendría que saberlo? ¿Se trata de algún familiar mío o de algún conocido cuando era joven?

—Lea el nombre de la niña, por favor.

—Manuela.

De pronto pareció entenderlo todo. Su semblante se relajó por completo.

—Quieren saber si es la chiquilla que estaba en casa de mi cuñado ¿no?

—Efectivamente.

Diego escrutaba el salón con la mirada. Había abandonado a las dos mujeres de la forma más disimulada que fue capaz y accedido a la sala contigua. Buscaba algún marco, alguna foto en la que apareciera la tal Manuela con Segis, su mujer Candela y los hijos, pero no había ninguna. Por no haber ni de la pareja que había compartido la casa en la que se encontraba. Las que pudo observar eran de pequeños grupos de mujeres.

—No, no es la chiquilla. Era más poca cosa.

—¿Está segura? Mírela otra vez, por favor.

—Sí, sí, segura. No es ella— aseguró devolviendo la ficha a una descorazonada subinspectora.

Olivares regresó al vestíbulo al escuchar las palabas de doña Ana.

—Siento curiosidad por saber por qué no tiene ninguna fotografía de su marido y usted.

Ana torció el gesto.

—Bueno…—se frotó las manos— pues es porque así me lo recomendó la hermana de una amiga que es psicóloga. Decía que las cambiara por fotos de momentos divertidos, donde me lo hubiese pasado bien pero que no saliera mi Pepe.

Diego frunció los labios mientras asentía.

—Siento que no hayan encontrado a la chiquilla.

—No se preocupe, la encontraremos y le aseguro también que averiguaremos lo que sucedía en casa de su cuñado— Olivares parecía soltar las malas

sensaciones que le producía la mujer del camionero— ¿por qué huyó? ¿Lo sabe usted?— acercó el rostro a la acongojada señora.

—No, no lo sé yo…

—No pararemos hasta averiguar qué le empujó a su sobrina a quitarse la vida.

Ana agachó la cabeza.

—Tampoco sabe nada de esto ¿verdad?

La mujer negaba levemente, su mirada había buscado un punto de acomodo en la punta de sus zapatillas.

—Descubriremos por qué mataron a su mujer y algo más ¿quiere saberlo?

Si de ella dependiera hubiese asegurado que no, que no quería saber nada más, que ya estaba bien, que se podían marchar, pero en lugar de eso, esbozó una triste sonrisa.

—Vamos a averiguar qué papel jugaba su marido en todo ello. Como me entere que nos ha mentido, volveremos y no seremos tan amables ¿entiende lo que quiero decir?

—No, no sé, yo les he dicho todo lo que sé y…

—¿Está segura? Mentir a la policía no es una buena idea.

María asistía atónita a la reacción de su compañero. Cierto que no era la primera vez que lo veía enfadado, pero en ese momento le había cogido por sorpresa.

—Gracias, señora— dijo Pinta mientras cogía con disimulo a Olivares del brazo y abría la puerta de la calle.

—De nada…— balbuceó.

La subinspectora esperó hasta encontrarse en el interior del todoterreno para soltar la pregunta que la carcomía por dentro.

—¿A qué ha venido eso, Diego?

—Miente.

—¿Crees que ha reconocido a Manuela?

El inspector llevó la vista al exterior.

—No, creo que esa es la única vez que nos ha dicho la verdad. Pero en lo demás no nos ha contado todo lo que sabe.

María arrancó el coche. Pocos minutos más tarde se encontraban de nuevo en la A-8 dirección Santander.

—Coincido contigo en que lo que nos ha contado en las dos entrevistas no es la verdad, me refiero a su verdad.

—¿Qué quieres decir?— Diego volvió el rostro, nadie como su compañera para descubrir lo que otra mujer puede esconder.

—Creo que ella tiene sospechas de lo que podía suceder en casa de su cuñado, incluso de lo que podía haber hecho su marido para acabar como acabó, pero es sólo su verdad, lo que cree que podía pasar. Por eso insiste en que no miente, ella cuenta lo que sabe, lo que le han dicho.

—Entonces, he formulado mal la pregunta. Debería haberle preguntado qué cree que pasó ¿no?

—Tampoco hubiese servido, quiere dejar las cosas como están.

13

Sobre el Cantábrico, una densa alfombra de oscuras nubes exuberantes de agua. El día había amanecido con el cielo salpicado de bolas de algodón de tono grisáceo que con el paso de las horas aumentaron en número tiñéndose de un gris ennegrecido.

Era sábado, la hora del aperitivo golpeaba en mi estómago. Me hallaba con Freddy en mi paseo favorito dispuesto a tomarme una cerveza bien fría y unos bocartes. Sobre la mesa *El Diario Montañés* en la que destacaba una noticia que había captado mi atención desde el instante que posé la vista sobre ella.

"*…la policía recibe una segunda nota aconsejando que se reanuden las excavaciones en torno al antiguo Centro de Socorro Juvenil…*" "*…este periodista puede ratificar la entrega de dicha nota. Desde la propia Jefatura ni se confirma ni se desmiente la noticia, lo que nos lleva a pensar que estamos sobre la pista correcta. Les recordamos que en una primera excavación se encontró el cadáver de César Hernández antiguo empleado de dicho centro que desapareció…*"

Permanecí unos instantes como ausente, con la mirada en el horizonte y mis pensamientos buceando en el pasado reciente.

—Su cerveza y sus bocartes, señor.

Hasta mis oídos llegó la voz del camarero tan lejana, tan distante que tardé unos segundos en reaccionar.

—¿Es lo que ha pedido, no?

—Sí, sí, disculpe, estaba distraído. Gracias.

Freddy levantó las orejas y estiró el cuello. Descubrí unas semanas atrás, mientras me preparaba por primera vez en mi casa este delicioso plato, que mi amigo era un fan incondicional de los bocartes. Recuerdo que cogí uno, le quité las espinas y se lo di a probar para que constatara que aunque el olor le atrajera, el sabor no tenía nada que ver con aquello que le suele gustar, me equivoqué, lo devoró con una avidez tal que me sorprendió.

Miré a un lado y a otro, preparé un bocarte sin espinas y lo dejé junto a sus patas advirtiéndole con el dedo que lo comiera despacio que no estábamos en casa. Ni caso. Pidió otro. Como castigo le dejé hasta el final de la ración sin su segundo pescadito.

Me concentré en el periódico.

Más que la noticia en sí misma, lo que atrajo mi atención fue la coincidencia de la misma con las clases del taller que estoy impartiendo. Un mes atrás, creo recordar, planteamos la posibilidad de que un supuesto asesino en serie enviara una nota a la policía indicándole alguna acción concreta a seguir. Días después *El Diario Montañés* hablaba precisamente de eso.

"…nos confirman que la policía ha recibido una extraña nota en la que se le indica que continúen escavando alrededor de actual Hostal El Camino…"

No le di mayor importancia, posiblemente porque no relacioné el taller con la noticia, sin embargo, lo de hoy resulta cuando menos sorprendente. Recuerdo que lo comentamos en clase, teníamos opiniones para todos los gustos. Unos, como Maite, la abogada, Paco el policía local y Goyo apostaban por no hacer caso a la nota y seguir con la investigación. Las dos futuras psicólogas y Lali, defendían la idea de atender las indicaciones del remitente para comprobar si se trataba de un gracioso o de alguien relacionado con el asesinato del antiguo vigilante. El resto de los alumnos no tomaba un partido claro por ninguna de las dos propuestas.

—Si la policía opta por la primera opción ¿qué debería hacer el asesino?— planteé.

—Ponerse más serio con la siguiente nota— apuntó el comercial.

—Se debería investigar la procedencia de la notificación y detener al responsable— añadió el agente de la policía local.

Marta, la publicista, que se había mantenido al margen hasta el momento, cruzó las piernas y miró a Paco.

—¿Y mientras tanto?

—Seguir investigando hasta encontrar al asesino del vigilante, que…

—Lo que quiero decir es que si alguien tiene el valor necesario para contactar con la policía enviando unas notas, que a su vez ha entregado a los medios de comunicación, no debe tener mucho miedo a esa investigación. Al revés, lo que busca es que se investigue.

Paco se retrepó en la silla.

Marta me miró, quizá pidiendo que diera mi opinión. Ante la duda decidí intervenir.

—Yo no sería capaz de hacer eso— apunté— si alguien se atreve a enviar esas notas, estoy contigo Marta, no se trata de una persona normal. Entendiendo lo de normal como todos aquellos que nos mantenemos dentro de la legalidad— llevé mi vista al policía local— esto no quita, Paco, para que esté de acuerdo contigo en que se debe continuar con la investigación— callé unos segundos y añadí: —Bien, me mojaré; si yo fuera policía, o al menos el investigador de mi novela, haría lo posible para que mis superiores reconsideraran su postura y atendieran las reclamaciones de quien envía las notas. Aunque fuese de la manera más discreta posible.

—Eso sería como estar a las órdenes del asesino— apuntó Paco.

—Quizá se trate de alguien que sabe algo y no lo dice por miedo. No tendría porque tratarse del asesino— la publicista se volvió hacia el policía.

—O asesina— intervino Goyo.

La noticia del periódico confirmaba la hipótesis propuesta en clase que animaba a enviar otra nota a la policía, primero, y a la prensa después, si no eran atendidas sus demandas.

¿Coincidencia?

No soy muy partidario de creer en ellas. Si aplico mi firme creencia de que todo sucede por algún motivo, que posiblemente la mayoría de las ocasiones desconocemos qué ha podido generar aquello que ha sucedido, entonces las notas recibidas por la policía y el taller guardan entre sí alguna relación que se me escapa.

Es en momentos como este en los que me costaría muy poco cambiar mis creencias y dejar una amplia rendija que permitiera el paso de las coincidencias.

Quedaban dos bocartes en el plato.

Freddy me observaba como si lo supiera.

Había llegado el momento de levantarle el castigo y darle su segundo y último pescadito. A salvo de miradas curiosas se lo dejé en el suelo. De poco sirvió mi forzado disimulo porque se pasó los siguientes minutos relamiéndose sin apartar su suplicante mirada de mi.

¿Coincidencia?

Sospechaba que la duda no me iba a abandonar en todo el fin de semana. Si no era capaz de descubrir algún argumento, por endeble que fuese, que me sirviera para justificar la supuesta coincidencia, en cuanto el lunes siguiente comenzaran las clases no podría evitar preguntarme si alguno de ellos estaba detrás de las notas.

Tonterías.

Negué con la cabeza mientras me levantaba de la mesa.

De repente me llegó un fino rayo de inspiración. La explicación, seguramente, se encontraba en que habíamos sido capaces de ponernos en el lugar de la persona que enviaba dichas notas a la policía. No es que fuera una coincidencia lo sucedido, sino que entraba dentro de la pura lógica actuar de ese modo. Si envío una nota y no me hacen caso, envío la siguiente. ¿Lógico, no?

Convencido del todo no me quedé, pero al menos sí que contaba con una explicación si el Goyo de turno planteaba lo mismo que yo me estaba preguntando.

Marcelo Torquemada dobló *El Diario Montañés* y lo dejó sobre la barra del bar. Su artículo había quedado más que perfecto.

—Juan, otro botellín, por favor.

Antes de leerlo ya había recibido dos llamadas de sus jefes felicitándole por la crónica. Era de agradecer, los halagos siempre son bien recibidos en un ambiente tan competitivo como el suyo. Sin embargo, Marcelo sentía un regusto amargo. Quien quiera fuese el que le enviaba las notas no quería darse a conocer. Con la segunda recibió una llamada de alguien que hablaba con un distorsionador de voz que se puede comprar en cualquier tienda. En ella le avisaba del envío de una nueva nota a la policía debido a la falta de interés que habían mostrado hasta el momento por la primera comunicación.

—¿Por qué cree que no le hacen caso?

—Me toman a broma. Se equivocan.

—¿Qué deben encontrar si siguen cavando?

—Cadáveres.

—¿En plural?

Durante unos segundos se hizo el silencio al otro lado del teléfono.

—No sé cuantos— dijo al fin— pero encontrarán varios.

Marcelo sentía la tensión de sus músculos. Respiró con profundidad y lanzó la pregunta que luchaba por ser formulada.

“Si no la suelto, reviento”

—¿Es usted el asesino?

El familiar sonido de fin de llamada se coló en sus oídos.

Jamás se había visto en una situación parecida en sus quince años de carrera. Próximo a cumplir los cuarenta sentía que se encontraba ante al caso de su vida

que no pensaba dejar escapar. Lo siguiente era comprobar si la segunda nota iba a recibir el mismo trato que la anterior o la policía había optado por seguir las indicaciones y escavar.

En la reunión que mantuvo con su director y uno de los consejeros se había barajado la posibilidad de imitar la forma de actuar del comisario Fausto Redondo haciendo caso omiso a la breve carta. Sin embargo, la periodística vena de Marcelo y su director se acabó imponiendo. Lo que se calló el consejero es que había recibido una llamada en la que se le pedía que no ejerciera de altavoz de alguien que sólo pretende mantener alterada a la opinión pública.

Marcelo Torquemada cerró el periódico y apuró el botellín, necesitaba fumar un pitillo. A pesar de ser sábado, estaba seguro que en ese preciso instante la policía ya habría leído su artículo. Era bien conocido en la Jefatura y creía que, a grandes rasgos, no estaba mal considerado. En ocasiones, en el periódico habían colaborado por el bien de la ciudad o de la investigación que estuviera en curso. En otras se impuso la profesión de periodista frente a aquellos que ejercían el poder presionando a las fuerzas del orden para que se hiciera su voluntad. Para aportar visos de legalidad a dicha presión se basaban en la idea de que el pueblo no necesita conocer cuestiones que nada le aportan en su día a día, por considerar que no están preparados para asumir la verdad, bien por desconocimiento del problema en sí o bien por falta de juicio a la hora de interpretar cómo funciona el mundo real.

Marcelo colaboraría cuando se tratase de un asunto de estado o para facilitar la captura de los malos, pero en otros indagaría hasta las últimas consecuencias.

“¿Qué hará la policía ahora?”

Mentalmente se situó en el sillón del comisario.

Asintió.

Quizá necesitaran un poco más de información. Sacó el móvil del bolsillo y se giró para apartarse de la zona de paso.

—Perdón.

—No pasa nada. Vamos, Freddy.

Torquemada se quedó mirando al individuo de cabeza afeitada al que seguía un perro Labrador que se relamía con exagerado gusto mirando a su dueño.

14

Fausto Redondo acababa de cerrar el periódico. En su semblante un mueca de fastidio.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Nada, cosas de trabajo.

Rosario cogió el periódico y leyó el titular.

—¿Es cierto? ¿Os han enviado dos notas?

—Sí.

Dobló el ejemplar del *Diario Montañés* y dejó a su marido rumiando sus preocupaciones, le conocía lo suficiente como para saber que en esos momentos no se hallaba en disposición de ser muy comunicativo. Quizá a lo largo de la mañana lo viese de otro modo, si no se marchaba a la comisaría de un momento a otro.

El teléfono de Redondo comenzó a sonar.

—¿Pero dónde narices he…?— Fausto se tocaba los bolsillos del pantalón, de la camisa, buscando el maldito aparato, la mirada de un lado a otro del salón.

—Sobre la mesa, cariño.

El bonachón rostro del comisario esbozó una sonrisa de agradecimiento. Cogió el móvil.

—¿Sí?

—Comisario, disculpe que le moleste, pero hemos recibido una llamada que creo que puede ser de su interés.

—No se preocupe, Paula. ¿De qué se trata?

—Es Marcelo Torquemada del *Diario Montañés*, dice que recibió una llamada de la persona que nos ha enviado las dos notas sobre el caso del centro de socorro y que tiene algo que comentarle.

—Pásemelo— dejó que transcurrieran un par de segundos y habló— soy el comisario Redondo. ¿Qué es eso que desea comentarme?

—Buenos días, comisario, creo que hay algo que debería saber sobre esas

notas.

—Usted dirá, Torquemada.

—Verá, recibí una llamada de alguien que…

—¿Hombre o mujer?

—No sabría decirle, hablaba con un distorsionador de voz.

“Mierda”

—Entiendo. Continúe, por favor.

Marcelo apuró un par de caladas antes de reanudar su exposición.

—Cuando me llamó para confirmar que era la persona que estaba detrás de las notas me dijo que envió la segunda porque ustedes no le hacían caso.

Fausto se contuvo para no intervenir.

—Le pregunté si esperaba que se encontraran más cadáveres al seguir cavando. Me dijo que sí.

Redondo apretó el puño.

—¿Le dijo por qué estaba al corriente de esa información?

—Me hubiera gustado preguntárselo pero antes le pedí que me dijera de cuántos cadáveres estábamos hablando, respondió que no lo sabía pero que estaba seguro que se encontrarían varios.

—¿Los mató él?

El periodista se dedicó una sonrisa por la coincidencia de la pregunta.

—Eso quise saber, pero cuando se lo pregunté, me colgó.

—¿Le colgó?

—Sí, me colgó.

El comisario quedó unos largos segundos en silencio.

—¿Algo más?

—No, nada más ¿Puedo preguntarle algo?

—Sí, dígame.

—¿Van aceptar la propuesta y volver a cavar?

—Si promete guardar silencio hasta que las excavadoras estén preparadas.

—Por supuesto— en el rostro del periodista se dibujó una mueca de satisfacción— Gracias, comisario.

Eran las ocho de la mañana del siguiente lunes cuando comenzaron los trabajos en el campo anexo al Hostal El Camino. Las primeras horas las dedicarían a analizar el terreno seleccionando posibles zonas susceptibles de albergar algún cuerpo. Si no tenían éxito utilizarían un par de excavadoras que aguardaban la orden de intervenir.

Marcelo Torquemada se había pasado a primera de la mañana del domingo por el lugar por si la policía hubiese decidido actuar de inmediato. A medio día regresó a su casa. Habían transcurrido varios años desde que tuvieran lugar los homicidios, si es que lo que dijo su confidente era cierto, como para no poder esperar un día más e iniciar los trabajos el lunes a primera hora, pero tenía que asegurarse.

Cuando el lunes llegaron los primeros técnicos para reconocer el terreno, acompañados de varios miembros de Policía y Guardia Civil, el periodista ya se encontraba en el lugar. Con su termo bien repleto de café y algunas pastas se aposentó en el coche confiado en que en esta ocasión la espera merecería la pena.

No se equivocó.

Unos minutos antes de la llegada de los operarios vio a una mujer mayor salir del hostal y recorrer los alrededores.

Doña Herminia llevaba varias semanas indispuesta, las mismas que habían transcurrido desde que la policía encontró el cadáver del vigilante de noche, César Hernández. Los últimos días parecía que su cuerpo retomaba las constantes normales pero una llamada puso fin a su recuperación.

—Doña Herminia, llama el inspector Diego Olivares.

La mujer se hallaba sentada en su despacho haciendo labor, a salvo de una ruidosa familia que acababa de llegar al hostal para disfrutar del fin de semana en Santander. Se quitó las gafas y suspiró. Se tomó unos breves segundos antes de descolgar el teléfono.

—Dígame, inspector.

Diego compartió con la mujer un extracto de la conversación recién mantenida con el comisario, en el que le informaba de las actividades que se iban a llevar a cabo en el terreno que circunda el hostal.

—¿Por qué me lo cuenta a mí? Es un tema que le compete a la dirección de El Camino, al fin y al cabo es su terreno.

Si Olivares se extrañó de la reacción de la que fuera directora de La Esperanza lo disimuló. Al menos su tono de voz no reflejó lo que su sorprendido semblante expresaba.

—He llamado extraoficialmente, señora. Pensé que por los años trabajados en el Centro de Socorro Juvenil merecía una explicación. Ese y no otro es el motivo de esta llamada, lamento que…

—No, no, inspector, le agradezco la deferencia que ha tenido conmigo. Mi intención era recordarle que no soy la propietaria del terreno.

Cuando doña Herminia colgó sintió como parte de la tensión que le atenazaba se esfumaba. La primera impresión al saber que un sábado a mediodía recibía una llamada del inspector fue de nerviosismo, más aún, de una profunda congoja. A nadie le gusta estar en el punto de mira cuando se encuentra un cadáver junto al que fue su lugar de trabajo durante tantas décadas. No olvida que ella era la responsable del centro.

“Por lo menos ha resultado ser una llamada de cortesía”

Consultó el reloj.

Dejó que pasaran un par de minutos antes de coger el teléfono y llamar a la residencia donde estaba ingresada la que fuera su amiga y compañera, Valentina. Su turno de comida era siempre el primero, quería hablar con ella antes de que se echara una de las eternas siestas de las que disfrutaba cada día.

—Buenos días, Valentina, para ti buenas tardes.

—Así es, Herminia, acabo de terminar de comer una rica merluza. ¿Has comido ya?

—No, dentro de un rato.

—No sé cómo puedes comer tan tarde, Herminia.

La directora dejó que su amiga hablara durante unos minutos. Con el paso de los años había desarrollado su faceta de parlanchina hasta límites insospechados. Ella misma se hacía las preguntas que a continuación contestaba. No resultaba nada fácil que fluyera un dialogo entre las dos. La única manera de poder hacerlo aunque fuese mínimamente era cara a cara, pero lo que le quería decir hoy no podía esperar. Desconocía si la policía tenía el nombre de Valentina en su agenda y si se encontraba en la lista de personas con las que, sin duda, pensaban hablar.

—Me ha llamado la policía— soltó de repente para ver si conseguía que le prestara atención.

Valentina cortó sin miramientos su propio monólogo.

—¿La policía? ¿Qué querían? ¿Te has metido en algún lío? No, seguro que no, siempre fuiste muy discreta y cuidadosa con todo. ¿Recuerdas cuándo…?

Herminia suspiró ruidosamente, llevó la palma de la mano al rostro mientras negaba con la cabeza.

—¿Puedes hacer el favor de escucharme un momento en silencio?

—Sí, por supuesto.

Era sencillo imaginarse el rostro serio de su fiel compañera. La barbilla

ligeramente elevada y los labios firmemente apretados, ofendida por haber cortado su exposición.

—Discúlpame, pero es importante lo que tengo que decirte.

—Te escucho— convino algo más relajada.

—Lo que la policía me quería decir es que van a seguir cavando en busca de más cuerpos.

El silencio se apoderó de las dos mujeres.

—¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, Herminia. Lo dices por el del vigilante ¿verdad? Sé que no está bien que diga esto pero ya sabes lo que pensaba de ese señor. Lo tenía merecido y…

—Eso es precisamente lo que quiero que evites, hablar del asunto con nadie. Con nadie— insistió— a la policía no le importará si se lo tenía o no merecido ¿Lo comprendes?

—Sí, claro, más después de tantos años. ¿Por qué te llaman a ti? ¿Crees que saben algo que…?

—Valentina, ¿hay alguien cerca de dónde estás?

—Siempre hay alguien, pero están sordos.

La directora suspiró una vez más. La culpa era suya por querer ahorrase la media hora de trayecto hasta la residencia.

—Tómatelo en serio, por favor.

—Lo hago. No nos ha escuchado nadie. Dime, por qué te han llamado a…— calló unos instantes como si pensara— ya, entiendo ¿crees que me van a llamar a mí?

—Sí, es posible que mientras investigan la muerte del señor Hernández quieran hablar con los que trabajamos con él en esa época. Es lo normal.

—Dicho así.

—El inspector que me ha llamado es Diego Olivares ¿Lo recuerdas?

—Ahora mismo no…

—Toñín.

Valentina abrió los ojos exageradamente y ahogó un grito.

—Toñín…— murmuró con la mano en la boca— ese inspector es el señor que le adoptó.

—Sí. ¿Entiendes por qué te digo que tengas cuidado con quien hablas?

—Sí, sí, por supuesto que lo tendré. ¿Pero lo que no entiendo es por qué cavan más…? No me digas que buscan más cuerpos.

—Sí.

—¿Entonces lo saben…?

—Es muy posible y si no, lo averiguarán. Ahora ve a la cama y échate la siesta. ¿Lo harás?

—Sí…

Faltaban pocos días para que el mes de diciembre se asomara en el calendario. Doña Herminia salió del hostal tras haber renunciado una vez más a comer algo. En momentos como este echaba mucho de menos a la que fuera su secretaria en La Esperanza, Roberta. Fiel como pocas, de buen carácter, chocaba con Valentina. Jamás se quejó de la profesora pero la conocía demasiado bien como para darse cuenta que ambas mujeres no compartían más que unos pocos minutos en la misma estancia.

Valentina sí le habló de Roberta. Nada podía tener contra ella, Herminia lo achacaba a una absurda lucha de celos por sentirse la más cercana, la persona de confianza, como si sólo pudiera haber una. Las dos lo eran, a las dos se lo repitió en infinidad de ocasiones.

Roberta falleció al poco de enterarse que el destino del Centro de Socorro Juvenil no era otro que su desaparición. Un infarto, dijo el doctor. Si no fuera porque Herminia no creía en esas cosas hubiese asegurado que su buena amiga y secretaria murió de pena, o si no de angustia al no saber a qué iba a dedicar el resto de sus días. Lo que más lamentaba era no haber podido despedirse de ella.

Al otro lado del camino de acceso al hostal vio un coche detenido con alguien en su interior. No le prestó mayor atención a Marcelo Torquemada que se afanaba en sacar fotografías con escaso disimulo. Con el paso de los minutos el lugar comenzó a ser invadido por operarios, un par de excavadoras y varios coches de Policía y Guardia Civil

El periodista sentía una cierta subida de adrenalina. Se veía ante las puertas de un caso diferente. Sacó su libreta y anotó lo que llegaba a su mente.

“¿Quién envía las notas?”

“¿Un colega del *Vengador*?”

“¿Alguien que sabe lo que ha pasado pero quiere permanecer al margen?”

“Si esto es correcto de dónde sacó la foto que envió a la policía”

“¿Están relacionadas las notas con *El Vengador*, o se trata de alguien que ha aprovechado la noticia de la aparición del cuerpo del vigilante de La Esperanza para lanzarse a denunciar más asesinatos?”

Marcelo levantó la vista de tu libreta. Del salpicadero se hizo con un pitillo que encendió con parsimonia.

—Demasiadas preguntas…—murmuró.

Un par de golpes en el techo de su vehículo le sobresaltó.

—Señor, no puede estar aquí, tenemos que acordonar la zona— el rostro de un oficial de policía apareció por la ventanilla del copiloto.

—Soy del *Diario Montañés*, el comisario Redondo sabe que vendría.

—No lo dudo, señor. Pero como le digo tenemos que acordonar la zona y no puede haber nadie en doscientos metros a la redonda— el oficial trazó con la mano un círculo en el aire.

—¿Van a empezar ya a cavar?

Como respuesta recibió la mirada del agente en las excavadoras y en un grupo de hombres armados con palas y un georadar de subsuelo, acompañado de una amable indicación para que moviera el coche fuera del cordón policial.

—Gracias.

El grupo de técnicos debió llegar mientras sacaba fotos a la mujer que ya había perdido de vista, o cuando tomaba café del termo. Lo que resultaba evidente es que no había estado lo alerta que una situación como esa requería. En cuanto aparcó el coche en la nueva ubicación descendió acompañado de unos prismáticos y de iPad que dejó sobre el capó.

“Vienen muy equipados”

Con los anteojos enfocaba al georadar y a los técnicos que señalaban en una y otra dirección. En el mismo instante que comenzaron a trabajar, empezó a escribir.

“*Son las ocho y diez de la mañana y me encuentro junto a lo que fue el antiguo Centro de Socorro Juvenil La Esperanza, puedo confirmar que la policía se ha tomado muy en serio la segunda nota recibida. En estos momentos comienzan a inspeccionar el terreno con un georadar que*…”

De pronto se detuvo.

Levantó la vista y miró de un lado a otro.

“¿Estará aquí?”

Del mismo modo que él había madrugado para comprobar si la policía decidía tomar en serio o no las notas, la persona que las había enviado podía haber actuado del mismo modo y con mayor motivo.

—¿Estás por aquí?— susurró mientras daba una intensa calada.

Se habían formado varios grupos de curiosos al otro lado del cordón de seguridad. Personas de todas las edades acudían curiosas atraídas por la actividad de esa mañana de lunes empujadas por las noticias de las últimas semanas.

Marcelo Torquemada se planteaba la pregunta correcta.
Sí, estaba ahí, y no le quitaba ojo de encima.

15

La noticia de la aparición de cuatro cuerpos en las inmediaciones del Hostal El Campo conmocionó a la población de Cantabria. No por esperado, ya las notas apuntaban que tal posibilidad podía suceder, resultó menos dramático. Se trataba de dos mujeres adultas y otros dos que no tendrían más de doce o trece años, un chico y una chica.

Faltaban unos pocos días para Navidad y por tanto para las vacaciones de los asistentes al taller cuando *El Diario Montañés* se hacía eco de los resultados de las autopsias. Llegué a clase con el periódico abierto por el reportaje que firmaba Marcelo Torquemada.

Cuando aparecieron los dos primeros cuerpos debatimos sobre el interés y la identidad de la persona que podría estar enviando esas notas. Entre los alumnos encontré teorías de todo tipo; los había que defendían un testigo de lo sucedido que deseaba permanecer en el anonimato quizá por miedo o porque su cargo actual no le permitía dar la cara sin tener que dar unas explicaciones que no estaba dispuesto a ofrecer. Para otros se trataba de un individuo que sólo pretendía jugar con la policía, de alguna manera disponía de una información que en lugar de compartirla con las autoridades había optado por manejarla a su antojo. Posiblemente un antiguo interno, resentido, con ganas de sacar a relucir un secreto silenciado durante muchos años.

—Os imagino al tanto de la noticia— dije elevando el periódico en el aire y señalando el titular.

—Sí, Jaime, otros dos cuerpos…— apuntó el policía local— nadie esperaba algo así.

—¿Dos más?— Rosa no daba crédito.

—Lo peor no es eso, son dos niños— intervino Maite la abogada,

—¿Niños?

Dejé el periódico sobre la mesa.

—Sí, Rosa. Recuerda que el Hostal El Camino era antes un Centro de

Socorro Juvenil— dije como si mi afirmación realmente explicara algo.

Desconocía qué podía significar, ¿un centro de los horrores?

—Hoy la prensa recoge los primeros resultados de las autopsias, a falta de las conclusiones finales apuntan que se trata de dos mujeres y dos niños, un chico y una chica— callé unos instantes observando sus rostros.

—Imagino que si han sido enterrados en ese lugar lo más probable es que fallecieran de forma violenta.

Señalé al policía local

—Muy bien apuntado, Paco— dije— Sí, también podría ser que alguno de los cuatro cuerpos muriese de forma natural y por algún motivo que desconocemos decidieran enterrarlo en el campo.

—Esto se pone interesante— Goyo se revolvió en la silla— ¿Cuál de las dos opciones seguirá la policía?

Miré de nuevo a Paco para que ilustrara al comercial.

—Entiendo que la primera opción, la de fallecimiento por muerte violenta, será una de las líneas de investigación— asintió mientras me miraba— lo que acaba de decir Jaime es perfectamente factible. Quizá más propia de una novela que de la vida real— sonrió— No me imagino un lugar como ese hoy en día, matando a quien sea y enterrándolos en el jardín.

Le dejé que continuara. Su profesión nos podría dar otro punto de vista más cercano a la realidad y menos rodeado de la imaginación inherente a un escrito de ficción. En mi opinión son distinciones fuera de toda lógica pero no pensaba decir en alto mis pensamientos.

—En los últimos años ha habido noticias de una pareja que enterraba a sus hijos muertos en el huerto o algún asesino en serie que también enterraba a sus víctimas en su jardín— intervino Rosa, separó los brazos y encogió los hombros.

—Lo sé, pero no es lo habitual, no sería la primera línea de investigación.

—¿Y si no se trata del mismo asesino?

La pregunta de Fátima cogió por sorpresa a sus compañeros.

—Quiero decir que no parece que los cuatro cuerpos respondan al mismo perfil de víctima, tenemos dos mujeres y dos niños. Sí, sí, Paco— levantó la mano al ver que el espigado policía iba a intervenir— aún hacen falta muchos datos para poder decir lo que estoy diciendo, pero es una posibilidad.

Saltaba con la mirada sobre los rostros de los alumnos que no habían intervenido hasta el momento.

—Coincido con Fátima en que perfectamente podría tratarse de dos asesinos. Volviendo al mundo ficticio, no olvidéis que vosotros sois Dios en vuestra

novela—capté gestos de extrañeza en sus rostros— Sí, en vuestro libro tenéis poder para decidir quién vive o quién muere. Cómo investigará la policía o la persona que hayáis puesto al frente de la investigación. Estoy convencido que la resolución de este caso real no andará muy lejos de lo que estáis planteando.

Paco clavó sus ojos en mí, noté cierta extrañeza en su gesto.

—Eso de ser Dios me da mucha responsabilidad— apuntó Lali, la empleada del Santander— pero llevas razón, nosotros decidimos cómo se desarrolla la historia. Por lo que has dicho, para unos se tratará del mismo asesino, para otros no, y nuestra novela tomaría una u otra dirección.

—Exacto, Lali. Sin olvidar el cuerpo del vigilante que apareció en primer lugar.

—Pero si el famoso *Verdugo* no ha enviado la foto del vigilante, porque está muerta, ¿quién lo ha hecho? —Marta la publicista calló unos segundos, al ver que nadie intervenía añadió: —¿Qué tiene que ver con estos cinco cuerpos? O con algunos de ellos. Lo que realmente me pregunto es si seguirá matando.

—¿Qué harías en tu novela?— quise saber.

—Si la idea es mantener al lector expectante, la policía recibiría más notas o aparecerían más cuerpos en el jardín.

—U otro asesinato en otro lugar que los investigadores relacionaran de alguna manera con La Esperanza— propuse.

—Si hago eso liaré a los lectores. No me gustan nada las novelas que me llevan de un lado a otro— dijo Goyo.

Maite, la abogada, tomó la palabra.

—Gracias a Dios hay lectores para todos los gustos, lo mismo que escritores. Lo importante es que no decaiga el número de unos y otros— lo dijo sin mirar al comercial, que se revolvía inquieto en su silla— Lo que dices, Jaime ¿es para abrir otra línea de investigación?

Crucé los brazos y me acomodé apoyado en el extremo de la mesa.

—No tiene por qué, Maite. Imagina que el supuesto asesino, o asesinos, actúan guiados por algo que aconteció en sus vidas en el pasado y por algún motivo que desconocemos han decidido retomar aquello que habían abandonado.

—O quizá, el responsable de la muerte de esos cuatro cuerpos no es el mismo del que tú dices que aparece en otro lugar.

—Esa sería otra opción, por supuesto— miré a los demás.

—Una venganza por los cuatro cuerpos de la Esperanza— apuntaron casi al unísono Lali y Marta.

—Exacto— afirmé satisfecho de las intervenciones— no olvidéis que son

cinco.

Se acercaba la hora de poner punto y final a la clase.

—Según tu opinión, Jaime, ¿aparecerán más víctimas?

Volví a cruzar los brazos y miré a Paco.

—Recuerda que estamos en un taller de cómo escribir una novela negra, policiaca o de suspense. Desconozco que es lo que pasará con este caso del *Verdugo* o del que llaman el hostal de los horrores— no me sentía cómodo con su forma de mirarme— si tu pregunta se refiere a qué haría yo si todo esto que estamos comentando fuera la trama de mi novela, la respuesta sería que sí. Sí que aparecerían más víctimas, quizá no se tratara sólo de una, y posiblemente la forma en que aparecieran sería más impactante que las anteriores.

—Menos mal que la realidad es diferente.

—No estoy de acuerdo— intervino Rosa— dicen que la realidad supera muchas veces a la ficción.

Me pareció interpretar en el nervioso movimiento sobre la silla del policía local que se sentía rodeado.

—Pues coincido con Paco— apuntó Goyo.

Sentí una más que agradable relajación. Por una vez Goyo había intervenido para suavizar la tensión que se había generado. Quizá sólo la veía yo pero fuere como fuese, Paco asintió y vislumbré una fina sonrisa en su semblante.

—No estamos siendo justos con una parte de todo este embrollo— la intervención de Marta consiguiò que fijáramos nuestras miradas en ella.

—Cuéntanos a qué te refieres.

Su vena publicista salió a flote.

—¿Cómo os quedaríais si hubieseis invertido vuestros ahorros en un negocio como ese hostal…? El Camino se llama ¿no? ¿Y que de la noche a la mañana comenzasen a desenterrar cuerpos alrededor? Por si esto no fuera ya malo de por sí para el negocio, la prensa, a la que le encanta poner etiquetas a todo, tiene el mal gusto de ponerle la de *El Hostal de los Horrores*.

—Hay mucha gente morbosa que le gustaría ir…

—No, Goyo, quizá con el tiempo, pero ahora mismo no creo que haya mucha gente que decida pasar unos días en ese hostal teniendo otros lugares para elegir. Quizá si esa etiqueta fuera *El Centro de Socorro de los Horrores*, les afectara menos, pero no creo que mucho menos.

Se hizo el silencio en la clase que corté segundos más tarde.

—Has dado en la llaga con tu intervención, Marta. Has propuesto un punto de vista muy interesante tanto para la vida real como para la ficción.

—¿Qué os parece que al asesino se aloje en ese hostal ahora?— propuso Lorena, la estudiante de psicología que disfrutaba más escuchando y tomando notas que hablando.

—Perfecto, de eso se trata, de dejar que las ideas fluyan. Apuntadlas y ya decidiréis llegado el momento si las incorporáis a vuestra trama o no.

A veces la realidad se empeña en darnos la razón a los escritores.

Fue unos pocos días más tarde.

Llegué a casa especialmente contento. Era consciente de que el programa que había creado con Marcos Alegre para el taller no lo estaba siguiendo a rajatabla. Pero por otro lado creía que los alumnos estaban comprendiendo la actitud que se debe tener, desde mi punto de vista, a la hora de enfrentarse a una novela. Plantearse y cuestionárselo todo. Dejar que los personajes aporten sus ideas, defender la propia de forma coherente y creíble para el lector. Me sentía satisfecho, sin embargo, no estaba convencido que todos los alumnos compartieran mis sensaciones. A Paco y a Goyo les veía un poco distantes. A uno, porque le resultaba complicado establecer el espacio necesario entre su actividad diaria como policía y lo que es la trama de un libro. Al otro, porque con el paso de los días va siendo más consciente de que el curso no le va a otorgar una guía de cómo escribir un *best seller* en dos semanas del que vivir el resto de su vida.

Sí, seguro que Marcos me diría que es imposible gustar a todos los alumnos, llevaría razón, pero somos tan pocos que aunque sean dos los disidentes me resulta un número muy elevado.

Entré en casa con la intención de llevarme a Freddy a dar un largo paseo. Abrí la puerta dispuesto a recibir sus lametazos y muestras de cariño. En su lugar me recibió un fuerte olor que provenía de la cocina, el murmullo de la televisión y varias voces.

“Qué raro”

Recorrí, con cierta dosis de intranquilidad los no más de cinco metros del pasillo y me asomé al salón. Tumbada sobre el sofá se hallaba mi inquilina, compañera de piso o lo que fuese, a su lado un individuo de aspecto cuando menos diferente. Manga corta, brazos tatuados, varios pendientes, sí, sé que puede ser la apariencia de cualquier futbolista y que ir de ese modo no les hace malas personas, lo sé, pero ver a ese individuo en mi casa no era lo que más me apetecía.

—Mena…

La chica asomó la cabeza por el respaldo del sofá sin que mi repentina aparición la hubiese sorprendido lo más mínimo.

—Hola, Jaime. Espero que no te moleste que estemos aquí, nos hemos hecho algo de cenar. Es un amigo…especial— clavó la vista y una sonrisa ladeada en el hombre que me miraba como si el extraño en ese lugar fuese yo— se llama Néstor.

Asentí en dirección al chico, que me dedicó una mueca extraña y llevé rápidamente mi atención a Mena.

—¿Freddy?

—Ah, en tu habitación.

—¿Encerrado?

—Bueno, no lo veas así es que se estaba poniendo bastante pesado— ladeó el rostro, subió y bajó barbilla con vehemencia, como si me quisiera decir que yo ya sabía a lo que se refería.

—Ya...

Sin saber por qué volví a mirar al individuo de gesto mal encarado. Me observó durante unos segundos y volvió el rostro buscando la boca de Mena como si diera por finalizada una conversación que para su gusto se estaba alargando.

Me di media vuelta en busca de Freddy al que oía gemir desde mi dormitorio.

—¡Luego friego!

El grito de Mena me alcanzó cuando pasaba por la cocina. Todo estaba revuelto, dos sartenes en el fregadero, varias latas de cerveza por la encimera. Los restos de un paquete de jamón de jabugo que me había comprado, sobre la mesa.

Sentí como invadía una rabia enorme. Respiré varias veces mientras me decía que Mena tendría que irse de casa cuanto antes.

No fue fácil.

Nada fácil.

16

Las semanas transcurrían con inusitada lentitud en La Esperanza. A las tres amigas y a Toñín se había unido Raúl un chico que llevaba más que nadie en el centro y que en unos meses, si no encontraba una familia que le acogiera, tendría que ingresar en un centro de internamiento. Ni recordaba las veces en las que doña Herminia le había acompañado a la puerta porque unos nuevos padres venían a recogerle. Todas sus experiencias finalizaron de una manera parecida, o bien Raúl se escapaba y la Guardia Civil lo conducía de nuevo al centro o era la propia familia la que lo devolvía en mano.

Raúl lo tenía claro. Si no le dejaban elegir familia prefería continuar en La Esperanza. Conocía las rutinas, lo que se podía o no hacer, procuraba no meterse en líos pero a veces era imposible evitarlos, no por los demás internos, que le profesaban cierto respeto por su antigüedad pero sobre todo por su aspecto embrutecido, si no por los propios vigilantes que poseían una mano muy larga y pensaban que cualquier palabra que saliera de su boca debía ser tomada como una orden.

Sólo obedecía sin rechistar a dos personas; a la directora y a doña Valentina. A los demás según el momento y de qué asunto se tratase. No sería la primera vez que le partía el labio a un vigilante por empeñarse en que apagaran la luz cuando aún tenían derecho a veinte minutos más para hablar.

La realidad era que Raúl no podía presumir de contar con muchos amigos. Normalmente se le veía solo. Los dos chicos que más le frecuentaban habían abandonado ya La Esperanza. Un día llegó un interno nuevo que se había hecho amigo de Cris, de Tomasa y de Susa, las chicas que le gustaban pero que nunca fue capaz de dirigirse a ellas, hasta que Toñín se sentó junto a él en el comedor.

—Si quieres, al terminar las clases te vienes con nosotros, he quedado en el jardín.

—¿Con vosotros?

Toñín señaló a las tres amigas.

Raúl las miró sin poder evitar que súbitamente un intenso quemazón brillara en sus mofletes. Esbozó una mueca avergonzada. Lo de las chicas se le daba muy mal, prefería estar solo antes que volver a tartamudear cuando se dirigía a una de ellas. No quería hacer el ridículo una vez más.

—Si no te apetece venir…

—No, no es eso, es sólo que…bueno no sé, quizá otro día.

Ese otro día llegó un par de ellos después.

Sí, Raúl comenzó tartamudeando pero el paso de las horas junto a sus nuevos amigos le ayudó a coger confianza y hablar sin temor a equivocarse. Casi, casi lo había conseguido, excepto si Susa se dirigía a él. Cuando eso sucedía sus mofletes se teñían de un rojo ardiente y su garganta se empeñaba en no pronunciar sílaba alguna sin repetir la anterior.

Las primeras veces abandonaba el grupo cuando se veía en esa situación, otras dejó de hablar con la chica que le gustaba. Susa se esforzaba por hacerle las cosas más fáciles pero Raúl se lo tomaba como si sintiera lástima de él, y eso no lo podía consentir.

Hasta que un sábado, en el jardín, Susa le besó. Un beso inocente que curó al grandullón de todos los males. Ni tartamudeos, ni rostro afectado, se le veía feliz como nunca antes. La felicidad era un lujo del que había que disfrutar al momento, nunca se sabía cuánto podría durar.

—Toñín, un señor pregunta por ti.

Rebeca, la secretaria de doña Valentina entró en la sala de estudios.

—¿Por mí?

—Sí, doña Herminia quiere que no le hagas esperar, se trata de un policía.

“¿Un policía?”

El niño sintió un seco latigazo recorriendo su cuerpo. Las tres chicas y Raúl se quedaron boquiabiertos.

—El no ha hecho nada malo, seño.

—Lo sé, Cris. Se trata del hombre que le sacó aquel día de casa de sus padres…—la voz de doña Valentina terminó como un susurro, volvió su rostro hacia el chico— ¿te acuerdas de él, verdad?

Toñín asintió.

Claro que se acordaba. Todo lo que había sucedido en esas horas lo tenía grabado en sus recuerdos. El policía le había tratado muy bien, pero no podía imaginar lo que podía querer, lo que tenía que decir ya lo había repetido muchas veces.

Cris se echó sobre Toñín y le susurró al oído.

—Ya verás que no es nada, quizá hayan cogido a esos desgraciados.

—Ojalá sea eso.

Siguiendo a doña Valentina su cabeza repasaba lo último que le había dicho a Cris. En cuanto formuló la frase algo en su interior se agitó, como si le quisiera hacer ver que no comulgaba con lo que acababa de expresar. La semilla de la venganza crecía en su interior y si los detenían no sabría qué hacer con ella. Tampoco intuía de qué manera podría llevar a cabo esa venganza, pero de lo que sí estaba realmente convencido era de que más tarde o más temprano se le presentaría la oportunidad. Aunque sólo fuera con uno de ellos.

“No la dejaré escapar”

Caminaban pasillo arriba rumbo al despacho de la directora. Doña Valentina abrió la puerta, asomó la cabeza, con un gesto animó a Toñín a que entrara y se retiró.

—¿Te acuerdas de don Diego Olivares?

—Sí.

—Bien, te dejo a solas unos minutos con él, tiene algo importante que decirte.

Como respuesta agachó la cabeza.

El chico siguió las indicaciones del policía y tomó asiento en una de las dos sillas colocadas frente a la mesa de la directora.

—Antes de hacer nada me gustaría saber si estás de acuerdo con lo que quiero proponerte.

—¿Es por lo de mis padres? ¿Les han cogido?

El policía cruzó las piernas, sentía como le sudaban las manos. Llevaba varios días, con sus noches, dándole vueltas al asunto que se le había metido en la cabeza.

“Una locura, lo sé, pero creo que es lo correcto”

Ante cualquier argumento en contra siempre se decía lo mismo.

—Verás, tiene que ver con lo sucedido aquel día, de momento no los hemos cogido, pero lo haremos.

Toñín sintió cierta relajación.

—Había pensado proponerte si querrías vivir conmigo. Pero hay un problema, soy soltero y los Servicios Sociales no lo pondrán fácil, así que antes de lanzarme me gustaría saber si te parece una buena idea que intente iniciar el papeleo para la adopción.

Los ojos de Toñín se abrieron como platos.

—Si no quieres, o tienes otras opciones, estás en tu derecho, no pasa nada.

El chico no le quitaba la vista de encima al policía.

—¿Lo pensarás?

—Sí.

—De acuerdo, pero no tardes mucho porque luchar contra los Servicios Sociales no será fácil y…

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, don Diego, sí que quiero.

Del cuerpo de Olivares se adueñó un intenso cosquilleo. Por unos instantes se quedó sin saber qué añadir.

—Gracias, me alegra que lo tengas claro ¿Te apetece que le pida a la directora que nos deje salir a comer y al cine? Para conocernos más y veas si continúas pensado lo mismo.

—Sí— El rostro de Toñín esbozó una amplia sonrisa.

—Ah y una cosa… no soy don Diego, sólo Diego.

—Vale.

Cris aguardaba expectante el regreso de Toñín. Llevaba toda la tarde con un señor que era policía y que le había invitado a comer y al cine. No le había podido decir más. Lo que sí notó fue que parecía algo más contento de lo habitual. Su gesto serio, de enfado constante desde el primer día que lo vio se había suavizado y eso a ella le gustaba.

“¿Si se va?”

Un ligero pinchazo en el corazón le advirtió que Toñín estaba calando muy dentro de ella, que las amargas experiencias sufridas en su corta vida podían dejar un espacio a los buenos sentimientos, abrirse, aunque fuese mínimamente, a la posibilidad de que sucedieran cosas buenas. Los dos lo habían hablado, tenían muchas cosas que hacer desde ese mismo día en adelante.

Vengarse.

Una cosa no tenían; prisa.

No fue hasta el desayuno a la mañana siguiente cuando las tres amigas vieron entrar en el comedor a Raúl y Toñín. Cris se moría de ganas por saber cómo lo había pasado, no quería que se ilusionara, como ya les había sucedido a todos los demás, excepto a Susa, y que luego lo que parecía tan maravilloso se convirtiera, casi desde el momento en que ponían un pie en su nueva casa, en una tortura o en un lucha por su integridad física.

—Hola…— Cris calló obligándose a no pronunciar la frase que llevaba bien

dentro…ayer te estuve esperando.

—Hola— respondieron los dos amigos al unísono.

—¿Cómo te fue?— Susa se adelantó.

—¿Ayer, con el poli?

—Pues claro— afirmó mientras se echaba el pelo detrás de las orejas.

—Muy bien, fuimos a comer hamburguesas, paseamos por la playa y luego íbamos al cine y…

—¿Qué visteis?

Toñín tomó asiento y se sirvió un vaso leche.

—Llegamos tarde, me preguntó si quería conocer su casa. Le dije que vale y fuimos a Ruiloba.

—¡Hala!

Cris se removió en la silla. Escudriñó el rostro de su amigo buscando algún indicio de que le hubiera pasado algo malo.

"¿O eso sólo le pasa a las chicas?"

Negó con la cabeza mientras apretaba los labios. Sabía que algunas habían tenido suerte con sus nuevos padres y estaban contentas, al menos eso les decía la directora.

"Parece que está bien"

El fin del análisis del rostro de Toñín le dejó satisfecha.

—Tiene una casa muy chula con un pequeño jardín y tiene una mesa de ping pong. Me ha regalado una cámara de fotos que las hace al momento— exclamó orgulloso.

—¿Sí? Qué bien— bajó el tono de voz y añadió: —¿Entonces te irás con él?— quiso saber Tomasa

—No lo sé, no tendría mamá y me ha dicho que eso hace que todo sea más difícil.

—Ya, que se está echando atrás —añadió— no te preocupes, ya hemos pasado por eso, nos enseñan un casa chula y luego todo es una mierda— dijo poniéndose en pie.

—No le digas eso, a veces hay buenos papás que…

—¿Buenos papás?— una sonora carcajada partió de la boca de Tomasa— eres una cría, Susa. Ya te enterarás cuando te toque a ti.

—Pues sólo me sacas un año, mayor— soltó molesta.

Raúl cerca estuvo de intervenir, pero el pánico a que descubrieran que le gustaba Susa le animó a seguir escuchando. Confiaba en que se calmaran y su secreto continuase oculto.

Esa tarde al salir de clase Cris cogió a Toñín del brazo. A ella poco o nada le importaba lo que pudieran pensar.

“Sí, me gusta Toñín y ¿qué pasa? ¿Eh?”

No tendría reparos en soltar algún empujón o un par de buenos bofetones a quien se quisiera hacer la graciosa, o el gracioso, daba igual.

—Entonces te vas con ese policía— caminaban por el jardín del centro. Cris con la mirada gacha jugando con una flor entre sus manos. Una forma como otra de disimular su nerviosismo.

Sí, le importaba lo que pudiera pensar, pero sólo él, nadie más. Una chica debe dejar que el chico dé el primer paso, recordó las palabras de la mujer mayor que le hablaba de la importancia de la lluvia para que todo Cantabria estuviera tan bonito.

—No sé, dice que será difícil pero que lo va a intentar.

—¿No vino a llevarte con él?

Toñín dio una patada a un guijarro.

—No, que va, quería saber si a mí me parecía buena idea irme a vivir con él. Por eso quería que comiéramos juntos para conocernos.

Cris sintió un quemazón en el pecho. No se trataba de celos, se alegraba por su amigo si eso es lo que quería, sino de la certeza de que se iría. A ella nadie le pidió opinión cuando una familia venía a buscarla. Es como si hubiera huérfanos más importantes que otros, y ella sabía que estaba entre las que nadie querría. No guardaba apenas un recuerdo agradable de cuando era pequeña, no de sus verdaderos padres o quizá no quería recordar, tal y como aseguraban los psicólogos. No sabe con certeza si tuvo hermanos. Sobre este punto lo que sí tiene son sueños en los que aparece un chico con ella, ve su reflejo en el espejo y…

—¿Estás bien?— quiso saber Toñín que miraba a su amiga con preocupación.

—Sí, sólo pensaba.

—¿En lo que dijo Tomasa? Eso de que al principio todo parece maravilloso y que luego es una mierda.

Cris frunció los labios y se detuvo.

—Bueno, sí y no. Es verdad eso que dice, pero nunca nadie nos ha preguntado si queríamos ir con una familia y no te digo ya que nos hayan llevado por ahí para conocernos— agitó una mano en el aire como si se le hubiera pegado algo— ojalá tengas suerte…— murmuró con la boca pequeña,

no quería que se fuera, no en esos momentos.

Tardó un año. El tiempo que le llevó a Diego Olivares conseguir el permiso y la coincidencia en el tiempo con un suceso que marcaría a La Esperanza.

El asesinato del vigilante de noche.

17

Las Navidades no eran la mejor época del año para Diego Olivares. Solía pasarlas rechazando invitaciones para asistir a comidas y cenas. Su familia, una hermana, vive en Sevilla. Unos años atrás fue a pasar unos días con ella, no niega que disfrutara del momento, pero el viaje es largo y las vacaciones pocas, como las ganas.

Ella y su marido, junto con los dos hijos, fueron a Ruiloba el año que Toñín falleció, no fue posible que le dejaran tranquilo, no deseaba ver a nadie. Cuando unos días después se marcharon tuvo que reconocer, una vez más, que su presencia le había mitigado el dolor que sentía, pero era tantos los recuerdos que decidió alquilar una casa en Santander y dejar la de Ruiloba una larga temporada.

Muchos y dolorosos recuerdos.

Estas últimas fiestas estaban tocando a su fin, el veinticinco de diciembre no pudo seguir negándose a la invitación de María Pinta para comer en su casa de Comillas. Disfrutó de la compañía, sus padres fueron encantadores, unos anfitriones extraordinarios como su compañera, aún así dudaba de si repetiría. El motivo era sencillo, quizá no para el propio Diego. Aún no se había logrado despojar de la piel de víctima de las circunstancias, creía que todo el mundo se acercaba a él para invitarle a su casa a comer, cenar, o a un cumpleaños porque les infundía lástima. Veía en la forma de mirarle un atisbo de compasión que le enervaba. Con más motivo ese mismo año en el que había compartido con María su experiencia con Toñín.

Quizá fuese esta sensación la que en su día le empujó a iniciar el proceso de adopción al intuir en el chico una necesidad de protección que se apresuró a ofrecerle. La lástima que le generó conocer su historia es la que, desde que Toñín falleció, está seguro que le genera a su entorno. Seguramente sus compañeros del centro de socorro transmitían ese mismo estado de ánimo que podría llevarles a desarrollar esa vena rebelde de la que hacían gala la mayoría de ellos.

Era dos de enero de 2018, martes, había salido a correr a primera hora. Disponía de un día más de vacaciones pero en cuanto se diera una ducha y desayunara se pasaría por la Jefatura. Al poner un pie en el dormitorio el móvil comenzó a sonar sobre la mesilla. Mientras se despojaba de la camiseta leyó el nombre que aparecía en pantalla.

—Buenos días, comisario. Le hacía de vacaciones.

—Feliz año, Olivares. Sí, las estoy disfrutando en mi despacho. Mi casa está llena de críos, de gritos, de vamos a jugar a esto o a lo otro. Vaya por delante que los quiero a todos— puntualizó— pero me agotan. No quiero convertirme en el abuelo cebolleta, he decidido pasar menos tiempo pero de mayor calidad. No sé si me explico.

Diego esbozó una sonrisa.

—Perfectamente, jefe.

—¿Mañana se incorpora?

Conociéndole, como le conocía, no se le escapaba que esperaba algo de él que no se atrevía a pedirle por no imponer su autoridad y respetar sus vacaciones.

—Eso dice la hoja, pero pensaba pasarme por la comisaría en cuanto me dé una ducha y desayune.

—Aún le queda un día.

—Si no recuerdo mal a usted todavía le quedan…

—Olivares…

—En una hora le veo, jefe.

—Bien, no coma mucho que quiero invitarle luego al aperitivo en el Club Náutico. Véalo como una forma de celebrar el nuevo año y de hablar de un asunto que le concierne.

Si quería sorprenderle lo había conseguido, El inspector tomó asiento en una pequeña butaca.

—¿En qué sentido?

—Se lo explico en cuanto venga, se trata del caso del supuesto *Vengador*, me ha llamado el comisario Ramírez de Valladolid, han encontrado un cadáver, cree que tiene que ver con el caso.

Diego sintió una fuerte carga de adrenalina, nada como regresar a la actividad con nueva información.

—No tardo.

—Por cierto, no le diga nada a su compañera, dejémosla que disfrute de su familia.

—De acuerdo, pero como le dé por despotricar por no avisarla se la pasaré a usted.

—Le espero.

Colgó.

Redondo había pasado una larga hora hablando con su colega de Valladolid. El asesinato había tenido lugar la misma Nochebuena por la tarde pero una serie de circunstancias impidieron que se pudiera relacionar al fallecido con el caso del *Vengador*. Fausto le hubiera corregido anteponiendo *supuesto*, porque era evidente que no se podía tratar de la misma persona, por tanto, del *Vengador*. Este caso ya estaba cerrado. No obstante, si la información aportada por el comisario de Valladolid se ajustaba a la realidad, lo cual no tenía por qué dudar, el caso amenazaba con tomar un rumbo cuando menos inquietante.

Diego entró puntual en la comisaría. En cuanto el reloj marcaba una hora desde el momento que terminó de hablar con el comisario entró en el despacho de Fausto.

—Jefe…— dijo asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

—Pase, Olivares, pase— señaló una de las butacas frente a su mesa— ¿este año ha aceptado alguna invitación?

—No he podido negarme a la de mi compañera. Fui a su casa y comí con su familia.

—¿Disfrutó de la compañía?

—Sí, no se lo voy a negar.

—Me alegro, Olivares, confío que algún día comprenda que a los demás les gusta disfrutar de la suya.

Al inspector le llevó unos segundos encajar el cumplido.

—¿Y usted? Cada vez con una familia más numerosa.

Fausto esbozó una sonrisa bonachona. Se atusó el bigote con aire distraído.

—Pues sí, lo de ser abuelo tiene su recompensa, no crea— dijo poniéndose en pie mientras consultaba el reloj— hoy me esperan en casa a comer, vayámonos a tomar ese aperitivo y le pongo al día.

Cogieron el coche particular del inspector y pusieron rumbo hacia el Club Náutico en Puerto Chico. El comisario era un asiduo, su cuñado fue presidente años atrás y desde entonces le gusta acercarse de vez en cuando con su mujer a disfrutar de las vistas y tomar una cerveza tostada o un vermú en la terraza.

Aparcaron a unas decenas de metros, en el Paseo de Pereda. Junto al monumento a los Raqueros había dos individuos charlando entre ellos y

disfrutando de las vistas.

—Me gusta esa raza de perros— Redondo señalaba un Labrador negro— dicen que son muy inteligentes y cariñosos con los niños.

—Sí, ¿piensa en sus nietos?

—Es sólo un deseo, al final con este trabajo tendría que ser Rosario la que se encargara de sacarle y ya tiene la mujer bastante con toda la carga de la casa.

El perro se acercó a oler a los policías.

—Freddy, ven aquí, no molestes a los señores— dijo uno de los individuos de cabeza afeitada.

—No, no es molestia— Fausto acarició al Labrador y continuó hacia el Real Club Marítimo de Santander.

Diez minutos más tarde tras cumplir con todo aquel que se cruzaba y prometer que regresaría más a menudo, Redondo y Olivares tomaron asiento. Frente a ellos el despliegue de barcos sobre un infinito mar azul, hoy calmo. La temperatura agradable con el sol en su apogeo, pero sin invitar a despojarse de las chaquetas.

—Me tiene en ascuas, jefe.

Si por el inspector hubiera sido, no habría colgado el teléfono hasta no saber qué era aquello que le quería comentar. No llevaba bien la espera, ni para comprar entradas en el cine, ni en la cola del supermercado y menos aún si se trataba de algún asunto relacionado con el trabajo.

—No se apure. Me he tomado mi tiempo por ser el día que es y porque sé que si se lo hubiera dicho seguramente no estaríamos aquí.

En lugar de tranquilizarle, las palabras del comisario tensaron los músculos del inspector y consumieron buenas dosis de su menguante paciencia.

—Decía que se trata de un asunto que me concierne.

—Sí— Fausto dio un sorbo a su vermú, saboreándolo— tiene que ver con el supuesto *Vengador*.

Diego se retrepó en la silla.

—¿Otra foto?

—No, no. Se trata de una llamada que he recibido esta misma mañana del comisario Ramírez, de Valladolid.

El inspector optó por no abrir la boca hasta que su jefe soltara todo lo que había acontecido en esa conversación. Le veía especialmente relajado, con predisposición a brincar de un tema a otro a la menor oportunidad y sin ruborizarse lo más mínimo. Su espíritu continuaba de vacaciones. Se mantuvo en silencio sin apartar la mirada de Redondo los pocos más de diez minutos que le

llevó resumir la conversación mantenida.

—¿Por qué no nos avisó antes?

—A eso iba, por lo visto la víctima se había instalado con otro nombre y no fue hasta hacerle la autopsia y comprobar su identidad cuando vieron que algo no cuadraba.

Diego dio un corto trago a su vermú.

—Esto nos abre otra puerta.

—O no, inspector, quizá no tenga nada que ver.

Olivares llevó la vista al infinito.

—¿Están seguros que se trata de Segismundo Ganzán?

—Ya sabe usted que si no fuera así Ramírez no me habría llamado. Salió el nombre de su hermano José Ganzán en el ordenador y su fallecimiento a manos del *Vengador*.

—Sí.

Durante varios minutos los dos hombres mantuvieron sus miradas saltando de yate en yate y deslizándolas sobre el horizonte. Uno, con la mente en su figura pilotando su propio barco. El otro, satisfecho de saber que el caso principal que tenía entre manos no estaba muerto.

—Alguien cercano al *Vengador* está actuando— soltó de repente.

El comisario se atusó el bigote una vez más.

—Coincido que esa puede ser una opción, pero me pregunto qué interés le puede mover para proceder así en estos momentos— otro sorbo al vermú— si el que ha asesinado al tal Segismundo está relacionado con el *Vengador*, ¿por qué ha tardado tanto tiempo en terminar con su vida?

—Usted mismo lo ha dicho, se había cambiado el nombre. Posiblemente su pista se perdiera en cuanto huyó de San Vicente de la Barquera.

—Ese hombre no era trigo limpio, quizá le mataron por algo que no tiene que ver con el caso.

Diego volvió el rostro hacia su jefe y asintió.

—¿A pesar del escrito sobre su pecho?

—Alguien que aprovecha un caso cualquiera, mediático mejor, para esconder sus auténticas motivaciones, no sería la primera vez.

—A esa conclusión habría llegado si anteriormente no hubiéramos recibido la foto, las notas y no hubiesen aparecido los cuatro cadáveres. ¿No le parece demasiada coincidencia que lo maten casi al mismo tiempo que el caso se reactiva?

—Sí, Olivares, pero no se obceque con el tal Segis, no creo que de Valladolid

saquemos mucho más.

Saber que el hermano del camionero falleció en su propia cama con un texto sobre su pecho trazado con un cúter que rezaba *culpable,* y que en su boca se encontraron sus calzoncillos envolviendo su pene le avisaba de la peligrosidad de quién estuviera detrás. De momento no deberían eliminar la posibilidad, por lejana que fuera, que apuntaba el comisario; la intervención de un imitador aprovechando las circunstancias.

Iban a tardar poco en eliminar esa opción.

No más de veinticuatro horas, las que tardaría en aparecer publicada en *El Diario Montañés* la última crónica firmada por Marcelo Torquemada.

María Pinta disfrutaba de las Navidades como de ninguna otra fecha del año, excepto quizá las fiestas del Cristo del Amparo en el mes de julio, en Comillas, a las que poco partido les podía extraer debido al trabajo. Desde pequeña en su casa había vivido el cariño de sus padres por la Nochebuena, Navidad y Reyes, en definitiva por todos los días señalados que festejaban el nacimiento de Jesús de Nazaret. Con el paso de los años la tradición se mantenía con la incorporación de un mayor número de personas, como los hijos de sus tres hermanos, a los que había que unir los de los primos. En Comillas eran muchos los Pinta.

Sin embargo, ese año había resultado diferente. Consiguió que al menos la comida de Navidad no fuera en casa de sus abuelos y lo celebraran en la suya propia, sería la única posibilidad de que su compañero aceptara la invitación.

Así fue.

Corría el miércoles tres de enero cuando la subinspectora regresaba de correr por el llamado paseo del colesterol que va desde el pueblo de Comillas, por su salida dirección La Rabia, hasta la playa de Oyambre. Sus inseparables, Rana y Calixto, perros de desconocido origen, corrían a su lado.

—¡Eh! María— la inconfundible voz de su hermano mayor se dejó oír cuando cruzaba por la Fuente de los Tres Caños.

Miró a un lado y a otro.

—¡Aquí!

Antón salía de la farmacia blandiendo en el aire lo que parecía ser un periódico.

—¿Te has enterado?— quiso saber mientras mostraba el titular de una noticia de la sección de sucesos del *Diario Montañés*.

La subinspectora se detuvo, momento que aprovechó para ingerir una

generosa ración de aire mientras Rana y Calixto saltaban alrededor de Antón.

—¿Qué dice? Lee, tú, anda, que necesito respirar— pidió echada hacia delante con las manos sobre las rodillas.

Antón dobló el periódico y leyó:

—¿Estamos ante otro asesinato del nuevo *Vengado*r? Hace diez días apareció…

María levantó la cabeza, se estiró como si de repente hubiese recibido un calambrazo y de un tirón se hizo con el periódico.

—¡¿Qué?!

Buscó con la mirada el inicio de la noticia, leyó en silencio:

"*…fue hallado en Valladolid el cuerpo sin vida de Segismundo Ganzán en su domicilio. Se encontraba desnudo sobre la cama de su dormitorio, con el pecho ensangrentado en el que se podía leer un texto que decía: culpable*"

La subinspectora sentía como el corazón incrementaba sus pulsaciones con una frecuencia mayor que la generada por la reciente carrera.

"*…según ha podido averiguar este periodista, la policía ha tardado varios días en comunicar lo sucedido porque la víctima había cambiado de nombre. Compartía piso con una mujer dominicana que regenta un bar a dos calles de distancia y que hasta el momento no ha podido aportar pista alguna a los investigadores.*"

—Por la expresión de tu rostro veo que no sabías nada.

—No, Antón, es la primera noticia que tengo— dijo sin levantar la vista del periódico.

"*…la confirmación definitiva de la identidad del cadáver ha hecho saltar las alarmas. Se trata de un familiar de dos víctimas del tristemente famoso Vengador, ya fallecido. Su mujer, Candela García, atropellada en San Vicente de la Barquera y, de su hermano, José Ganzán, camionero de profesión que apareció a los pies del Mirador de la Corneja. Su hijo…*"

—¡Ostin!— exclamó la subinspectora— ¿te importa que me lo lleve?— sin aguardar respuesta se puso en camino hacia su casa. Necesitaba una ducha, pero sobre todo necesitaba el teléfono para comunicar con su compañero.

Corrió seguida por sus sorprendidos perros que confiaban en que el tiempo de ejercicio hubiese terminado. Saltaban a ambos lados de la inspectora con la lengua colgando a un lado de la boca. Lo primero que harían al poner una pata al otro lado del portón de la vivienda sería dirigirse a la pequeña caseta donde les aguardaría una buena ración de agua fresca.

Pinta entró en la vivienda familiar sujetando el periódico con fuerza y se

lanzó escaleras arriba.

—¿Eres tú, hija?— la voz de doña Carmen, la madre, le llegó cuando alcanzaba el primer piso.

—¡¡Sí, mamá!!— exclamó sin detenerse.

—¡¡Te tengo preparado el desayuno!!

María no pudo evitar sonreír. Su madre siempre estaba en todo.

Sobre la cama destacaba el móvil, lo cogió nerviosa y buscó el nombre de su compañero entre las últimas llamadas realizadas. Hoy era el día que se incorporaba, a ella todavía le quedaba hasta la mañana siguiente.

“Cinco llamadas perdidas de Diego”

—Parece que también se ha enterado— susurró mientras presionaba su nombre.

No tuvo que esperar mucho, al cuarto tono respondió.

—María ¿cómo estás?

—Eh, bien, bien ¿te has enterado, no?

Diego le hizo un resumen del día anterior, del adelanto de su incorporación, del vermú con el jefe en el Club Náutico y de la llamada del comisario Ramírez de Valladolid.

—Te has incorporado y no me has dicho nada. Hubiese ido contigo.

—No, María, la decisión de adelantarme un día no tiene nada que ver con todo esto. Cuando el jefe me llamó acababa de llegar de correr y pensaba acercarme a Jefatura.

—Me doy una ducha y voy.

—No tienes que volver hasta mañana y…

—En un rato te veo, Diego.

Colgó.

Sin saber por qué llevó una vez más la vista al periódico. Con las ganas de llamar a su compañero no había concluido de leer la noticia.

“*…en la boca encontraron sus calzoncillos envolviendo su pene y…*”

—Dios mío…

No es que sintiera una especial lástima por Segis a pesar de las desgracias que habían acontecido en su entorno más próximo. La exclamación iba dirigida al rencor, el odio que debería sentir la persona que había actuado de ese modo, lo que la convertía en alguien muy peligroso.

—Habrá que andarse con más cuidado…—dijo mientras se metía bajo el chorro de la ducha.

18

Las Navidades fueron diferentes a las de los años anteriores. Me había propuesto viajar a Madrid y ver a mis amigos. Ser hijo único y huérfano, a ciertas edades entra dentro de lo previsible, le deja a uno con pocas opciones. En Santander estaba a gusto hasta que la relación con Mena comenzó a torcerse. Desconozco qué fue lo que motivó el desencuentro, creo que he puesto todo lo que estaba en mi mano para que la convivencia fuera lo más fluida posible.

Pero no pudo ser.

Su amigo especial, según sus propias palabras, Néstor, por lo visto denominarlo novio es de gente del siglo pasado, venía a mi casa mucho más a menudo de lo que me hubiera gustado. No es porque su presencia y su semblante hosco me resultaran desagradables, que sí, sino que ocupaba el salón como si el de su casa se tratara, por si esto fuera poco estaba el tema del tabaco. Acordé con Mena que en casa no se fumaba, según el tal Néstor, lo hacía asomado en la ventana. El cenicero estaba atestado de colillas, cada vez que regresaba a mi casa el pestazo era insoportable.

Mi amigo Marcos Alegre llegó a Santander el día veintiséis después de cumplir con las costumbres de su familia en estas fechas. El día de su llegada fui a buscarle a la estación de tren. Debido al ambiente que reinaba en mi casa optamos porque se alojara en un hotel. Días antes mantuve un intento de conversación con Mena, con el objetivo de dar por finalizada nuestra relación como compañeros de piso, que desataría la peor de las pesadillas en las siguientes semanas. Para la policía lo que más tarde aconteció respondía a un hecho fortuito, para mí estaba claro quién se escondía detrás. Reconozco que en esos momentos no era consciente del alcance de lo sucedido.

Esperé a que Néstor se machara para hablar con ella.

—Quería comentarte una cosa.

—Tú dirás...—dijo con los pies sobre una mesa salpicada de restos de pipas, cartones de pizza, vasos y platos sucios.

—Como sabes, la convivencia entre nosotros no funciona— recorrí con la mirada el salón.

—Es que eres demasiado tiquismiquis, Jaime. No dejas vivir en paz.

No por sabido deja de ser curioso como la persona que es la que genera el malestar recurre a su papel de víctima en cuanto se la señala como causante del mal ambiente. La falta de responsabilidad por sus propias acciones es un rasgo típico de un psicópata. No pensaba discutir con ella.

Ya no.

—Es posible, pero esta es mi casa y lo normal en la casa de uno es vivir conforme a su forma de entender las cosas.

—¿Ves? Ya estás con lo mismo. Si lo dices por eso—señaló el contenido sobre la mesa— luego lo recojo.

—Ya me conozco tus *luegos* y…

"Habías decidido no discutir, ¿no? ¿Qué coño haces?"

Asentí a mi razonamiento interno tan lúcido como casi siempre.

—En quince días, lo que estipula nuestro contrato, deberás abandonar la casa. El día 31 será el último ¿de acuerdo?

Mena abrió los ojos exageradamente.

—Pero… ¿cómo me haces esto? ¿Dónde voy a encontrar un sitio ahora? Te recuerdo que te arreglé el ordenador y lo limpié de virus.

—Te pagué doscientos euros.

Mena se puso en pie, clavó sus fríos ojos en mí.

—¡En cualquier sitio te hubiesen cobrado mil!

Imagino que esa estupidez la debió soltar al saber mi desconocimiento de todo lo que tenga que ver con la informática, pero por esos mil me hubiera comprado un ordenador nuevo.

—Mira, a ti te gusta vivir de una manera y a mí de otra, no hay por qué forzar una convivencia que no funciona.

—Vale, le diré a mi chico que no fume ¿de acuerdo?

Negué con la cabeza. Mi intención de no discutir continuaba vigente pero me estaba costando horrores no soltar todo lo que su presencia y la de su amigo me provocaba.

—Lo mejor para los dos es que cada cual viva su vida.

Me miró de arriba abajo y salió del salón. A la mañana siguiente la sala continuaba igual de sucia.

Cuando Marcos dejó sus cosas en el hotel nos fuimos directos a recoger a

Freddy que le recibió como si los meses trascurridos desde la última vez que le vio hubiesen resultado insoportables de tanta pena por su ausencia. Teníamos diez días por delante para disfrutar de Cantabria y hablar de todo un poco. Pasamos la noche de fin de año en la fiesta que organizó su hotel, tengo que reconocer que resultó bastante más entretenida de lo que había imaginado. Quizá se trataba de la tensión que me acompañaba en cada instante. No llevaba nada bien la situación con Mena a la que encontraba en mi casa cada vez que regresaba. No fue hasta el día dos de enero que pude subir con Marcos para que viera el lugar tan acogedor que él me había encontrado. Me llevó varias horas dejar la vivienda lo más presentable posible.

Unos días antes, Néstor se encaró conmigo asegurando que me iba a denunciar, él no, señaló a Mena. Me lo soltó a escasos centímetros de mi nariz, golpeándome el rostro con su aliento, mezcla de cerveza, vino y whisky.

—Está en su derecho. Pero eres tú al que me encuentro en mi casa todos los días— no sé por qué lo dije, quizá porque me lo pedía el cuerpo. Soy consciente que no tiene sentido enfrentarse a un individuo de estas características, entre otros motivos porque tiene mucha más experiencia que yo y siempre ganará.

—Estoy aquí por ella— estiró su tatuado brazo en dirección a su sonriente chica.

—La que tiene alquilada una habitación es Mena, no tú.

Néstor redujo aun más la distancia que nos separaba.

—No pego a viejos— escupió cada sílaba literalmente sobre mi rostro.

“Lárgate”

Hice caso a mi intuición.

Esa fue la última vez que hablé con este personaje. En cinco días mi inquilina tendría que abandonar casa. Las intensas dudas que me consumían sobre este punto me generaban un continuo nerviosismo que me impedía dormir.

El martes día dos de enero Marcos y yo repetimos lo que se estaba convirtiendo en una rutina antes de comer; tomar unos bocartes y dar una vuelta por el Paseo de Pereda rumbo al monumento a los Raqueros, disfrutar de las vistas de Puerto Chico, los yates y el Club Náutico.

—Freddy, ven aquí, no molestes a los señores— dije al ver que se dirigía a dos individuos que se acercaban en nuestra dirección.

—No, no es molestia— dijo uno de ellos acariciándole.

Les vi alejarse hacia el Club Náutico, creí reconocer al individuo del mostacho.

—¿Qué piensas?

—Conozco a ese hombre, le he visto en alguna parte.

—¿Aquí? ¿O en Madrid?—quiso saber Marcos.

Le miré sin encontrar una respuesta adecuada a su pregunta. No en esos momentos, necesité un largo minuto más para ponerle nombre.

—Sí, claro, es el comisario Redondo. El que va con él debe ser el inspector Olivares. El caso del nuevo *Vengador* les hace aparecer todos los días en la prensa y en la televisión.

—Menuda profesión.

Resulta sorprenderte extrapolar de los medios de comunicación a los protagonistas y situarlos en la calle frente a ti. Sobre todo en situaciones en las que su trabajo, del que toda la sociedad está pendiente, les hace estar en el foco. Al ver a la pareja de policías como dos hombres cualquiera caminando por la calle me siento más empático con su día a día.

—Sí, no debe ser nada fácil perseguir a ladrones y asesinos.

—No, ¿qué me dices de una profesión en la que la gente se pasa el día juzgando tu trabajo?

—Prefiero escribir, aunque la verdad, como escritores nos debemos a un montón de jefes que valoran cada libro que publicamos.

—Cierto, para unos será lo peor que hayan leído y para otros lo mejor.

Unos días más tarde Marcos regresó a Madrid, mi inquilina desapareció, para mi sorpresa, el día que debía hacerlo. Dejó la casa patas arriba pero al menos la había perdido de vista.

Cuando después de Reyes regresé a las clases, la aparición del cuerpo sin vida de Segismundo Ganzán era el centro de todas las conversaciones. Hacía varios días que *El Diario Montañés* había publicado la crónica de Marcelo Torquemada. Fue un tema de conversación recurrente entre Marcos y yo. No por el cadáver en sí, ni por cómo falleció sino porque una vez más una propuesta soltada en clase se hacía real.

—No le des más vueltas, Jaime. Esto sí que es una maldita coincidencia— se me quedó mirando— bueno, de acuerdo, más de una.

Lo dijo sin demasiado convencimiento. Sospecho que su intención era quitarme la preocupación de encima. No lo consiguió, al menos, no del todo.

Llevé conmigo al taller la crónica de Torquemada.

No tuve que esperar a proponer el tema. Deberíamos hablar del pequeño trabajo que les mandé para las vacaciones; un esquema de cómo veían la trama

de la novela que empezarían en breve.

No fue posible, Segis Ganzán ocupó casi todo ese día y el siguiente.

—¿Cómo han ido las fiestas? No me refiero a las reuniones familiares. ¿Habéis tenido alguna dificultad para realizar el esquema?— no me dirigí a nadie en particular, confiaba en que alguien tomara la palabra.

—Yo sigo empeñada en arruinar al marido— apuntó Rosa con gesto contrito.

Su intervención generó alguna risa que otra entre sus compañeros.

—Eso suena ya como algo personal— intervino Goyo, feliz— ¿sabe tu marido de qué va a ir tu libro?

Rosa ladeó el rostro.

—No, aún no. Es un tema que no le interesa mucho, más allá del *Marca* no lee más.

Miré a la mujer que parecía avergonzada por lo que acababa de exponer.

—Continúa con la trama que desees, Rosa, pero procura que el sospechoso principal no sea siempre la esposa.

—Pero si es ella la que le va a robar.

—Sí, sí, lo sé. La mujer es la mala de tu historia, pero resulta más atractivo que introduzcas algún personaje que pueda llevar al investigador y al propio lector a ampliar el abanico de sospechosos. Quizá una amante despechada de ese marido, o un socio en algún negocio.

—Entiendo, Jaime. Eso me lo complica pero lo voy a intentar.

—Hazlo sin agobios, deja que tu cabeza exprese la información que va acumulando. No la obligues a que la expulse a la fuerza.

—Vaya ¿cómo hago eso?

A veces, quizá sea porque se trata de mi primer taller, siento que me meto en temas para los que ni yo mismo tengo una respuesta convincente que ofrecer. O quizá esa respuesta sí que me valga a mí pero no soy capaz de transmitirla de forma satisfactoria.

—Te puedo comentar lo que hago yo cuando me siento a escribir. A parte de tener un cuaderno donde voy apuntando cualquier idea que me viene a la mente, folios bajo el teclado con más ideas, me siento y me relajo. Nada de nervios, ni de miedos a la hoja en blanco. Confianza en ti, en tu cabeza, en quién creas que puede servirte de inspiración… y a escribir.

—Lo intentaré— convino no muy convencida.

—Eso es lo que hago yo, Rosa, deberás encontrar tu propio sistema.

Volví el rostro a los demás compañeros.

—¿Qué personaje os da más complicaciones?

—A mí, el investigador. No me veo analizando pruebas ni siguiendo rastros — intervino Lali.

—¿Sabes lo que me ayuda mucho? Leer y leer libros sobre la temática que te interese. Ver películas y vuelta a leer.

Marta levantó la mano.

—Yo diría que el personaje del asesino, sus motivaciones y formas de eludir a la policía. Como el nuevo *Vengador* este ¿os habéis enterado, verdad?

Daba por supuesto que todos estarían al tanto de la noticia. Por un momento quise borrar de mi cabeza las ligeras dudas que me acompañaban en relación al *Verdugo* y a mis alumnos. No, no tenía sentido.

Ningún sentido.

¿Y si…?

—Nadie ha podido demostrar que el que matara a ese hombre en Valladolid sea el mismo que envió las notas a la policía— dijo Maite, la abogada.

—Lo que sí es seguro es que fue el que envió la foto, ¿no había escrito *culpable* en el pecho de ese tío con un cúter?— intervino Goyo— hay que ser bestia.

—Para poder enjuiciar el acto, Goyo, habría que saber si grabó el *texto post mortem* o no— crucé los brazos y apreté los labios— por otro lado, como apuntaba hace un momento Marta, las motivaciones del asesino ayudarán a intentar comprender por qué actúa de ese modo. ¿Tú crees que sigue un orden, una venganza o los elige por que sí?

—Está claro que algunos de los muertos, perdón, de las víctimas— corrigió al ver que iba a intervenir— tienen relación entre ellos.

—Entonces, está siguiendo el dictado de sus emociones, quiero decir que quizá saber lo que le impulsa a actuar de esa manera ¿podría justificar lo que hace? ¿Qué opinas?

Goyo se tomó unos largos segundos en contestar. Tantos que Lali intervino.

—Imagino que cuando ataca a otro de ese modo tiene que estar muy cabreado.

—¿Quieres decir que hay salvajadas como la de meterle la minga en la boca… — miró a sus compañeras— vale, está bien, el pene, vaya palabra cursi. A lo que iba, ¿dices que este tipo de brutalidades pueden estar justificadas?

—No, no hablo de justificaciones, pero piensa qué deberían haberte hecho a ti para que actuaras de un modo parecido.

—Das por hecho, Jaime, que podría hacer algo como *El Vengador*.

—A ver, no nos tomemos las opiniones como algo personal. Me refiero a que bajo unas circunstancias dadas, desconocemos como reaccionaríamos hasta no experimentarlas.

La clase transcurrió con el intercambio de diferentes puntos de vista de unos y otros. Me esforcé en que sirvieran de comparativa los acontecimientos de la vida real y los basados en la ficción. Logré que incluyeran en sus argumentos la labor de la policía, la figura del asesino, de los personajes secundarios y las motivaciones de todos los que de alguna forma intervenían en el desarrollo de la historia.

El día siguiente expusimos a modo de resumen las tramas que habían ideado para su novela. Todos parecían estar inmersos en el taller, aportando sus ideas.

Todos, no, Paco el policía local llevaba los dos días como ausente.

Al término de la segunda clase del nuevo año regresaba a mi casa satisfecho y con cierto nerviosismo. Había conseguido eliminar en parte mi dedo acusador mental, buscando un posible implicado entre mis alumnos con el *Vengador*, no lo encontré. Algo dentro de mí me decía que no bajara la guardia que siguiera alerta.

Al entrar en mi casa me embargó cierta desazón, algo sucedía. Freddy no me esperaba como cada día junto a la puerta. Lo llamé. Mientras dejaba la chaqueta en el perchero llevé la vista al final del pasillo.

—¿Freddy?

Sobre el suelo, a la altura de la puerta del salón, había una mancha oscura. Encendí la luz.

“No puede ser”

Sentí como mi corazón se aceleraba al comprender que esa mancha era el cuerpo peludo de mi amigo.

—¿Freddy?— insistí.

De pronto sentí como una mano me empujaba pasillo arriba con inusitada fuerza. El primer puñetazo me entró por el costado derecho, caí de rodillas al tiempo que me colocaban una especie de saco en la cabeza una décima de segundo después de ver a mi buen amigo tumbado en el suelo, inmóvil. Otro puñetazo en el rostro, seguido de varios más en las costillas, me lanzó contra la pared, caí al suelo, escondí la cabeza entre los brazos y recogí las rodillas en el pecho. Sentía punzadas de dolor extremo en la espalda, los brazos, incluso creí escuchar algún chasquido hasta que un golpe seco en la sien me sumergió en el mundo de los sueños.

19

Cris y Tomasa salían del cuarto de baño rumbo a su habitación cuando un vigilante irrumpió por el pasillo.

—¡Eh! Vosotras.

Las dos amigas volvieron el rostro sin dejar de caminar.

—Os llama doña Herminia, no creáis que vais a iros de rositas después de haber destrozado sus plantas.

Las dos amigas cruzaron sus miradas.

—Nosotras no hemos hecho nada— Cris se detuvo dispuesta a defender su inocencia— se lo pienso decir a la directora.

El vigilante sonrió, introdujo los pulgares en el ancho cinturón y esbozó una sonrisa rota.

—Eso está muy bien, chicas. Vamos.

Tomasa miraba de un lado a otro, visiblemente nerviosa.

—Esto no me gusta…— susurró en el oído de su compañera

—No pasa nada, se lo decimos a la directora y ya está.

—No es eso. Este es uno de los que abusa de las chicas.

Dos palmadas del vigilante cortaron sus murmullos.

—Vamos, que se hace tarde.

Tomasa negaba con la cabeza.

—No, no...

—Venga, venga— una voz muy conocida a sus espaldas las sobresaltó— No hagáis esperar a doña Herminia que será peor— César Hernández cogió a Cris del brazo.

—Suéltame, idiota.

El vigilante llevó su mano a la boca de la interna y la cogió en volandas. Tomasa corrió, al menos esa era su intención. Las dos amigas se perdieron de vista mientras agitaban brazos y piernas en el aire.

La enorme mano de César impedía respirar a Cris que no dejaba de patalear.

—Estate quieta, pequeña zorra.

Con el transcurrir de los segundos los pataleos de la niña perdieron intensidad. Apenas mantenía la consciencia mientras entre nebulosas intuía que lo que cruzaba frente a sus ojos eran los escalones que conducían al sótano.

César miraba a un lado y a otro. Una hora antes había dejado todo preparado para que no surgieran imprevistos. Llevaba varias semanas ideando el momento perfecto para vengarse. Las mismas semanas que la maldita cría le había puesto en ridículo impidiendo que ejerciera su autoridad en el centro colocando el catre junto a la puerta de la habitación de castigo imposibilitándole el paso. Aquella noche no se le había pasado por la cabeza hacer nada con la interna que llevaba en brazos, le hubiese bastado con que asistiera en silencio a lo que le iba a suceder a su compañera.

Hoy era diferente.

Se hizo con la llave que guardaba en su chaqueta y accedieron al interior del sótano, todo permanecía tal y como lo había dejado. La impunidad que presumía a sus actos en La Esperanza le hizo olvidarse de echar el cerrojo a la puerta.

Dejó caer a Cris sobre una colchoneta.

Sentía como se excitaba con sólo imaginar lo que estaba por llegar. Ahí tenía, por fin, frente a sus ojos, a la maldita zorra que en cada ocasión que se cruzaban le miraba con un aire de suficiencia imposible de soportar. Una puñetera delincuente no se iba a reír de él. Demasiados años en la profesión rodeado de adolescentes que no respetan nada ni a nadie.

—Te vas a enterar.

Llevó las manos al botón de los pantalones de Cris y los desabrochó disfrutando del momento.

Arrugó el entrecejo.

La interna no se movía. Acercó la oreja a su nariz y esbozó una sibilina sonrisa; estaba viva.

“Mejor”

Hizo lo propio con la ropa interior, se bajó los pantalones y acarició sus pequeños pechos mientras su semblante dibujaba una boba sonrisa. No recordaba la última vez que había desvirgado a una niña; ya iba siendo hora.

Cris comenzaba a despertar.

Abrió los ojos lentamente., algo húmedo recorría su oreja.

“¿Qué es…?”

Movió la cabeza de un lado a otro, como si quisiera soltar lo que fuera que se deslizaba por su cuello. Una mancha oscura rozaba su rostro. Intentó mover los

brazos, no podía. Las piernas, tampoco.

De pronto lo comprendió, el nauseabundo olor del aliento del vigilante se introdujo en su garganta produciéndole arcadas.

“Me ahogo…”

César Hernández llevó la mano a su miembro y embistió a la interna.

El grito de Cris le taladró los oídos. Apenas fueron un par de segundos, los que tardó en taparle la boca con la mano.

De pronto se detuvo.

Una furia incontenible se apoderó de él, su papel de macho dominante se vino abajo. Clavó la mirada en los llorosos ojos de la niña que movía con desesperación el rostro de un lado a otro.

—No eres virgen…— escupió a escasos centímetros de su cara— eres una maldita zorra y te voy a dar una lección que no olivarás.

Cris apretó los ojos con todas sus fuerzas, de repente comenzó a recordar fragmentos de su olvidado pasado. La misma situación, un hombre sobre ella, su incapacidad de moverse, un intenso dolor entre las piernas.

“Otra vez, no…”

Sí, acababa de recordar al novio de su alcohólica madre abusando de ella un día y otro hasta que una mañana alarmada por los gritos de su mamá, salió del dormitorio corriendo y muerta de miedo. Asomó la cabeza bajo el marco de la puerta de la habitación. Los dos estaban desnudos, en el suelo, él sentado sobre ella, golpeándola con fuerza.

Miró en derredor.

Algo tenía que hacer.

Corrió a la cocina y cogió el más grande los cuchillos. Bien asido con ambas manos regresó al mismo punto que había abandonado segundos antes, la escena no había cambiado. Sintió que se hacía pis encima, un pequeño charco se formó en torno a sus pequeños pies descalzos. El cuerpo le temblaba. De repente se dibujaron en su cabeza todos los momentos vividos con el hombre al que más odiaba en el mundo mezclados con los gritos de su madre. Agarró con fuerza el mango del cuchillo y entró el dormitorio. Su madre clavó sus asustados ojos en ella, sería más exacto decir, el ojo que aún mantenía abierto, el otro mostraba un color morado oscuro.

Casi negro.

El novio se volvió justo en el momento en que Elena elevaba sus pequeños puños en el aire apretando con todas sus fuerzas el mango del cuchillo. La carcajada inicial que pretendía soltar el individuo al ver a la niña armada quedó

en un extraño balbuceo. El filo le entró por el cuello hasta la empuñadora.

La niña soltó el cuchillo como si de repente le quemara. Madre e hija observaban aterradas las extrañas convulsiones del hombre que había convertido sus vidas en un infierno, mientras intentaba extraer el cuchillo.

Hasta que dejó de moverse.

De su cuello brotaba un chorro de sangre que a Elena le recordaba a un grifo de agua. Sabía que su vida iba a cambiar para siempre.

“Peor no podrá ser”

Acababa de iniciarse su periplo por casas de acogida y centros de internamiento.

No volvería a llamarse Elena.

Luego fue Manuela, después Cris…

Sí, la misma imagen que en esos momentos se mostraba frente a sus ojos. En ese instante tomó una determinación, si salía de esta le haría pagar al vigilante de la misma forma que al novio de su madre.

—¿Te gusta esto, eh? pequeña zorra.

Cris no paraba de patalear, algo que parecía divertir a César.

De pronto, un golpe seco seguido de un crujido. Otro golpe, y otro, con sus respectivos crujidos, el vigilante cayó sobre ella con los ojos abiertos todo lo que daban de sí. Como la boca de la que no partió sonido alguno. Vio como llevaba sus manos al cuello como si tuviera una mochila en la espalda y buscara algo en su interior. De repente detuvo sus movimientos, durante unos interminables segundos permaneció inmóvil, como una estatua.

“¿Qué le pasa?”

Poco o nada le importaba qué le pudiera pasar, su determinación no variaba. Algún día…

De la boca del vigilante comenzó a manar sangre, Cris le empujó para que cayera de lado. Levantó la mirada y lo vio.

—Toñín…

En cuanto el cuerpo del vigilante desapareció de su vista, Cris pudo ver a su mejor amigo que la observaba con el rostro compungido. Se incorporó sobre sus codos, las piernas estaban aprisionadas por el cuerpo inerte del vigilante.

Los dos amigos se observaban en silencio, el pijama claro del niño aparecía completamente teñido de sangre.

—¿Estás bien?— Toñín respiraba como si le fueran a quitar el aire, poco a poco se fue relajando.

—Sí— dijo mientras se acercaba a su amiga y empujaba al vigilante hasta dejarle boca arriba. Del pantalón del pijama sacó un trozo de cartón, escribió *culpable*, lo situó sobre el pecho de César y le hizo una foto con el regalo de Diego.

La niña miró el texto, era el mismo, *culpable*, que ella había escrito sobre el recorte de periódico que recogía el cadáver del novio de su madre y que había compartido con Toñín apenas unos días antes.

—Tenemos más culpables.

—Sí.

De pronto, pasos acelerados que llegaban desde las escaleras.

—Toma, guárdala con la otra— pidió entregándole a Cris la foto de la Polaroid— esconde la cámara detrás de ti.

—Pero…

Los pasos indicaban que alguien estaba a punto de entrar en el sótano

—Rápido, ponte como estabas antes— susurró mientras daba la vuelta al vigilante, no consiguió su objetivo del todo, pero al menos lo pudo colocar cubriendo medio cuerpo de su amiga.

—Lleváoslo a mi habitación— la firme voz de doña Herminia inundó el salón.

Doña Valentina y Rebeca, la secretaria, obedecieron la orden de la directora. Su amigo desapareció de su vista.

Desde su posición Cris no podía distinguir más que la nítida voz de la directora hasta que su rostro apareció en su campo de visión. Creyó ver un atisbo de relajación cuando se miraron. Como si hubiese temido encontrarla muerta.

—Cuando lo mueva saca las piernas.

Cris asintió.

En cuanto se vio liberada se puso en pie. Llevó la vista al vigilante, de su espalda, junto al cuello, asomaba el mango largo de un azadón del jardinero. Si le impresionó la escena lo disimuló a la perfección, de pronto cayó en la cuenta que estaba desnuda de cintura para abajo.

La directora le ofreció sus ropas.

—Toma, vístete.

Doña Herminia había observado la falta de emoción en el rostro de la niña cuando vio el cuerpo del vigilante con el azadón incrustado en la columna vertebral. En ese momento supo que estaba ante una chica diferente.

—¿Qué le va a pasar a Toñín?

—Eso depende de ti.

La niña terminó de abrocharse los botones del pantalón. Levantó la vista.

—¿De mí?

—Sí, depende de si quieres que avisemos a la policía y les contemos lo que ha pasado o bien me encargo de que todo quede entre nosotras.

—¿Y Tomasa?

La directora apretó los labios. No sabía nada de esa interna. Regresaba de tomar café en su despacho con sus dos compañeras cuando vieron a Toñín que caminaba por el pasillo. En un principio supusieron que quizá fuera sonámbulo.

—¿Qué pasa con ella?

—Pues que se la llevó el otro vigilante.

Doña Herminia apretó los labios.

—Lo mismo, Cris. Si viene la policía investigará lo sucedido hoy y en el pasado.

“¡Lo sabe!”

A la mañana siguiente el cuerpo de César Hernández descansaba bajo tierra, al otro lado del jardín de La Esperanza.

Cris no pudo darle las gracias a Toñín. Tuvo que conformarse tres días más tarde con un leve saludo de lejos con la mano cuando el policía que le venía a ver desde el año anterior fue a recogerlo.

Antes de entrar en el coche, su amigo se giró, como si sintiera su mirada en la nuca. Fue el momento de la despedida.

“Ojalá nos veamos algún día”

Por lo menos todo había salido bien, Toñín iba a una casa donde le querían y le tratarían con cariño.

“Eso tengo que hacer yo”

Si quería vengarse de todos los que le habían hecho daño en la vida debería cambiar de actitud y hacer como su amigo. Lo habían hablado muchas veces. La última unos pocos días atrás.

—No podemos hacerlo sin más, Cris, tenemos que encontrar el mejor momento. Si nos escapamos para vengarnos nos buscará la policía ¿lo entiendes?

—Sí, pero no sé si podré.

—Podrás, sólo tienes que encontrar una buena familia.

—Si tuviera suerte.

—La que nos busca las familias es la directora ¿no?

—Sí.

—Pues engáñala, que piense que has cambiado, que eres una chica que obedece todo lo que le mandan.

El plan de los amigos se desvaneció por culpa del vigilante. Les habían separado y lo que era peor para ella, a la directora le había impresionado su falta de sentimientos cuando vio el cuerpo, estaba prevenida.

Cuando regresó a la habitación esa noche la cama de Tomasa estaba vacía. Susa subió rápidamente a la de Cris en cuanto la vio meterse dentro.

—¿Dónde estabais?— susurró temiendo despertar a las demás.

—Mañana te cuento ¿Tomasa?

—¿No estaba contigo?

—Sí, pero…

Susa abrió los ojos todo lo que daban de sí.

—¿Se os ha llevado?— su murmullo envolvía todo el terror que le producía sólo imaginarlo.

Cris asintió, giró sobre sus hombros y comenzó a llorar.

Lloraba por su mierda de vida, por Toñín.

Lloraba porque intuía que su vida jamás sería lo que un día había soñado.

Lloraba de rabia. Una rabia que le haría compañía en los próximos años.

20

Doña Carmen atendía a sus nietos cuando vio entrar a María en la cocina como si la persiguiera una jauría de perros rabiosos.

—¿Qué pasa, hija? Que estás de vacaciones— la mujer abrochaba los botones del abrigo del mayor de los hijos de Antón.

—Se acabaron, mamá, tengo que incorporarme ya— dijo mientras echaba sobre una tostada una generosa cucharada de huevos revueltos y removía el café.

—De acuerdo, pero no pasa nada porque desayunes tranquila ¿no crees?—se volvió hacia el nieto— dile a tu madre que ya estás listo.

—Vale.

—Llevas razón— dio un largo trago al café y un buen bocado a la tostada— no sé qué le echas pero a mí no me salen así de ricas.

Carmen se frotaba las manos con un paño que colgaba de su cintura.

—No sé, es posible que sea porque bato los huevos con una buena dosis de tranquilidad y cariño.

Un nuevo bocado y un último sorbo más tarde la subinspectora se despedía de su madre.

—Cuando vuelva a ver a Diego o al comisario les voy a decir dos cositas, hija, que estás de vacaciones de Navidad y aún nos faltan los Reyes, por Dios— soltó desde la puerta de la casa a la espalda de su hija que se encaminaba a buen paso hacia su Alfa Romeo Giulietta.

María se giró sonriente, sabía que su madre era capaz de eso y de mucho más.

—Ha sido cosa mía, mamá. Entra en casa que hace frío— agitó la mano en el aire a modo de despedida definitiva.

Doña Carmen aguardó unos segundos a que el coche de su hija desapareciera de su vista. Estaba muy orgullosa de ella, su hija mayor, la segunda de los cuatro hijos que había tenido con su querido Antón. Mujer policía, qué orgullo, no sólo eso sino que además era subinspectora y mandaba a hombres.

Cuando María llegó a la comisaría encontró a su compañero en el despacho del comisario. Redondo colgaba el teléfono en ese preciso instante.

—¿Puedo pasar, jefe?

—Pase, Pinta, pase.

Fausto deslizó sus regordetes dedos sobre los carrillos y tras un intenso suspiro fijó la mirada en la pareja que aguardaba sus noticias.

—Tendré que rectificar el calificativo de supuesto *Vengador*. Quién ande detrás de esta muerte tiene que estar vinculado de alguna forma con la asesina.

—¿Qué le ha dicho Torquemada?

—Lo de siempre Olivares, lo del secreto de las fuentes.

—¿Sabe quién es el que le informa?

—No, por eso lo del secreto no le ha durado mucho. Lo único que asegura es que la persona que se pone en contacto con él le llama cuando la policía no le hace acaso.

María acercó el cuerpo al borde de la silla.

—¿A qué se refiere con que no le han hecho caso después de la salvajada que ha cometido en Valladolid?

—Han tardado varios días en hacer público la identidad del fallecido— intervino Olivares— lo ha debido interpretar igual que cuando envió la notas diciendo que siguiéramos cavando— sin motivo aparente desvió la mirada al comisario.

—En ese caso, hicimos lo que había que hacer— Redondo pareció darse por aludido.

—Lo sé, jefe. Lo que quiero decir es que…

—Sí, sé lo que quiere decir, Olivares— levantó la mano— es como si quisiera que le siguiéramos la pista de cerca, cuando entiende que no lo hacemos o no le tomamos en serio nos da un toque a través de la prensa.

Diego sacó su libreta de notas y deslizó varias hojas.

—Una hija de Segis Ganzán se suicidó, su mujer muere atropellada…— murmuró mientras buscaba un dato entre las hojas— un hijo quedó afectado por un golpe y…sí, aquí está —señaló un línea de la hoja— tenía otra hija. Si pudiéramos hablar con ella sobre la chica que tuvieron en su casa, seguro que avanzábamos.

—El comisario Ramírez no me ha dicho nada de que hubiera una niña en la casa, del hijo sí, que está a cargo de los Servicios Sociales.

Diego negaba con la cabeza.

Veía como una pista que podía encauzar la investigación se podría desmoronar si no actuaban con rapidez. Si la persona que ejercía de fuente de Torquemada era la misma que había asesinado a Segis Ganzán quizá fuera conocida por su hija o su actual pareja o el propio niño que…

—Tenemos que hablar con ellos— soltó de repente.

—¿Con ellos?

—Sí, jefe, con los que aún quedan con vida del entorno de esta familia cuyos miembros van siendo asesinados uno a uno…— dio un rápido vistazo a la libreta y levantó de nuevo la cabeza—…dos hijos y la pareja ¿no?

—Sí ¿Crees que conocen al asesino?— quiso saber María.

Diego se puso en pie. Llevó la mano derecha a la cabeza y frotó el cuero cabelludo. El comisario y su compañera seguían con atención sus movimientos.

—Diego, piensas que tenemos dos formas de acercarnos al asesino ¿verdad? Una es por medio del periodista y otra por la familia de la última víctima.

El inspector asintió.

—A través de Torquemada lo tenemos más complicado— continuó la subinspectora— pero la buena noticia es que sabemos que el asesino está pendiente de nuestros movimientos. Tenemos con hablar con la familia, es decir con la chica, su hermano y la actual pareja de Segis.

Diego sonrió a su compañera.

—Eso es, pero antes deberíamos dar un repaso a las primeras víctimas del *Verdugo*. No sé si por las Navidades o porque ha estado marcando nuestros pasos pero hemos dejado por investigar a…— una vez más la mirada en sus notas— Juan y Alberto Rosales, dos hermanos asiduos a centros de menores, de acogida…

—Creyeron que escaparon del que está en la carretera de Barreda pero recuerda que se trataba de un Centro de Día. Por lo visto los iban a enviar a uno de internamiento, antes de que llegara ese día el centro organizó una excursión y no regresaron. Encontraron sus cuerpos en un pozo de una nave abandonada— María llevó la mirada a su compañero como si de repente hubiera visto claridad en una duda que le atormentaba— ¡Claro, uno de ellos sufrió mutilación genital!

—Buena memoria, compañera, no sé por qué me sigue impresionando esa infinita capacidad de almacenamiento que tienes en tu cabeza. Eso que apuntas lo relaciona con Segis Ganzán.

—No debería impresionarle, Olivares— apuntó sonriente el comisario— Hay varios frentes abiertos con dos direcciones distintas que pueden apuntar a un mismo objetivo.

María y Diego fijaron su atención en el comisario.

—¿A qué se refiere, jefe?

—Verá, Pinta. Uno de esos caminos es el que recorre la familia del tal…

—Segis Ganzán.

—Eso es, subinspectora. Excepto su propia muerte las anteriores son de al menos cinco años atrás ¿no?

—Sí, la del camionero. La de la mujer es un par de años más reciente.

—Esa es una línea de actuación a la que unir el caso de los dos hermanos que han nombrado— Fausto se atusó el bigote con ambas manos, la mirada lejos del despacho— hay que encontrar una relación entre el vigilante, los hermanos y la familia Ganzán.

María y Diego aguardaron en silencio a que el gesto concentrado de su jefe regresara a la realidad.

Redondo se puso en pie.

—Bien, esta dirección habla del pasado, excepto la reciente muerte de Valladolid. La otra dirección es la de las notas, la foto del vigilante y…

—Segis Ganzán— señaló Olivares.

—Efectivamente, todo encajaría si *El Vengador* o vengadora no hubiese muerto. Hay alguien por ahí relacionado con ella que por algún motivo continúa matando.

—Como si no le hubiese dado tiempo a cumplir, por decirlo de alguna manera, con una lista de venganza.

Los dos hombres miraron a María.

—¿Una lista de venganza?

—Sé que suena extraño, pero es la sensación que me da.

—No, extraño no, tiene todo el sentido. Es la primera vez que oigo una lista de esas, pero lo define a la perfección— apuntó sonriente Diego.

—Manténganme informado. Si les parece le voy a pedir al comisario Ramírez que nos organice una reunión con el hijo de Ganzán.

—Sí, jefe, cuanto antes mejor, mientras tanto nos ponemos con los hermanos.

María y Diego se acomodaron en la sala de la comisaría que casi habían hecho como propia. Su caso se estaba convirtiendo, si no lo era ya, en el más importante de la comisaría. A nivel mediático no le ganaba ningún otro.

—¿Quién aparece en tu lista de venganza?

La subinspectora se ajustó la coleta y dedicó un mohín de disimulado disgusto a su compañero.

—No es mi lista— tomó asiento y abrió una de las carpetas del caso— estoy convencida que aún no ha terminado. Si pudiéramos saber qué paso en La Esperanza. Por cierto, ¿Cuándo nos confirman la identidad de los cuatro cuerpos? Sé que lleva su tiempo pero se está alargando ¿no crees?

—Dijeron que para después de Navidades.

—Entonces ya no deben tardar.

Pinta abrió la carpeta correspondiente a los dos hermanos, llevó el Bic a la boca y la mirada al infinito.

—Los cuerpos de un niño y una niña…—murmuró. Permaneció unos instantes en silencio— en ese lugar ha pasado algo horrible, Diego. Demasiada coincidencia que junto a un centro de menores aparezcan dos cadáveres de niños ¿no crees?

—No suena nada bien ¿y las mujeres? ¿Trabajadoras de La Esperanza? ¿Otras que desaparecieron de un día para otro como dijo la directora?

La subinspectora negó con la cabeza.

—No lo creo. Si logramos averiguar cómo murió el vigilante de noche y por qué, es posible que encontremos una relación con esas mujeres.

Diego permaneció unos instantes observando el perfil de su compañera que había vuelto a enfocar su atención en el informe de los hermanos Juan y Alberto Rosales. A ratos asentía a los papeles que se desplegaban junto a sus ojos como si pudiera hablar con ellos. Los razonamientos de María no caían en saco roto en la cabeza del inspector, al revés, se unían a los suyos propios entrelazándose, buscando una propuesta, un camino a seguir.

Una simple deducción.

—Estamos ante delitos de tipo sexual, al menos en su mayoría— soltó Diego de repente.

Pinta elevó la mirada y afirmó con la cabeza.

—Sí, es como una venganza de una mujer o de más de una pero el acusado, o culpable como firma ella, no es siempre el mismo.

—Volvemos al principio, si ella está muerta ¿quién continúa con esa lista de venganza que dices?

María anotaba algo en una hoja de papel.

—Sin duda un conocido o conocida. O…

—O alguien que debió sufrir lo mismo que ella— apuntó Diego— pero no debemos cerrar la línea de investigación que señala a un tercero que nada tiene que ver con *El Vengador*, aprovecha su fama para esconder el motivo de sus crímenes.

A María no pareció convencerle en absoluto lo que acababa de escuchar.

—¿Lo crees de verdad?

El inspector se tomó los segundos que le llevaba ponerse la chaqueta para contestar.

—Lo que sí creo es que debemos cerrar esta línea cuanto antes para dedicarnos de lleno a las demás ¿te parece?

—Me parece.

Sin necesidad siquiera de haberlo comentado ambos policías coincidieron en que el siguiente paso les conduciría al centro de día de la carreta de Barreda, dónde asistieron los hermanos Juan y Alberto en el momento de su muerte. Era prioritario averiguar todo lo que pudieran de sus actividades y si guardaban alguna relación, por mínima que fuera con las demás víctimas del *Verdugo*. Si tenían éxito, la línea que apuntaba a alguien externo quedaría eliminada por completo.

21

Algo me impedía respirar, por más que abría la boca no conseguía introducir en mis pulmones una brizna de aire.

“Me ahogo”

Quiero gritar, pero de mi garganta no parte sonido alguno. Mis brazos están pegados al cuerpo. No puedo moverme, la angustia me paraliza.

—Parece que ya despierta, doctor.

Alguien habla, no puedo verle, está todo oscuro.

—Es posible que esté soñando, pero no debe tardar ya en abrir los ojos.

“¿Me hablan a mí?”

No lo creo, tengo los ojos abiertos del todo y no veo nada.

—Sí, debe ser eso, doctor, parece que vuelve a dormirse.

“¡Me ahogo, me ahogo!”

Abro la boca todo lo que da de sí, buscando aire que respirar.

—Jaime…

“Me llaman…”

—Jaime, soy Marcos ¿puedes oírme?

“¿Marcos?”

De pronto siento como si el aire entrara suavemente llenando mis pulmones. Una dulce paz me invade.

Ahora sí que abro los ojos.

Mi buen amigo me observa con gesto preocupado.

—Marcos…

—Tranquilo, descansa, en un par de días estarás como nuevo— dijo en ese tono sincero tan típico en él que hasta me lo creí.

Intenté esbozar una sonrisa agradecida pero apenas pude desplazar mis labios para formarla. Recorrí la estancia con la mirada buscando una conexión entre la presencia de mi amigo y el lugar donde me encontraba.

Estaré soñando.

—Por si te lo estás preguntando estamos en el hospital. Te asaltaron en tu casa ¿recuerdas?

Cierro los ojos. Me esfuerzo en recordar.

Me asaltaron en mi casa…

Recuerdo que regresaba del taller, que entré en busca de Freddy pero extrañamente no apareció. Dejo la chaqueta en el perchero, al fondo puedo distinguir algo como…

—¿Freddy?— vuelvo el rostro buscado los ojos de mi amigo. No estoy soñando. Lo sé— ¿Freddy?— insisto.

—Lo siento, Jaime.

—¿Por qué dices…? —su semblante responde por él— ¿Muerto?

Le vi asentir mientras una enorme congoja se apoderaba de mí. Mis ojos se cargaron con una rapidez inusitada. Sentía como se deslizaba un reguero de lágrimas a ambos lados de mi cara empapando la almohada.

—Lo siento, de verdad, amigo mío.

—¿Cómo…?

—Envenenado.

“¿Envenenado?”

“¿Quién, por qué?”

Marcos permaneció en un respetuoso silencio durante los siguientes minutos. Se dirigió hacia la ventana para contemplar Santander o al menos para dejarme a solas un instante con mi dolor. Conociéndole, seguro que se achacaba parte de culpa por el final de Freddy. Si no me hubiese propuesto el taller mi buen amigo estaría con vida. Algo absurdo, nunca sabemos cuándo nos llegará el momento.

Cualquiera que tenga un perro en su casa es consciente de que lo normal es que fallezca antes que nosotros. De alguna manera estamos preparados para ese día que confiamos tarde en llegar, y cuando lo haga que no sea antes de lo que la ley de vida indica. Pero si le quitan la vida intencionadamente, en tu propia casa, el dolor que te embarga puede ser muy, muy intenso.

Como el que siento en estos momentos.

“Freddy…”

—¿Se sabe si ha sufrido? ¿Con qué lo envenenaron?

Marcos volvió el rostro. Rodeó la cama y tomó asiento en la butaca. Fijó sus ojos en los míos con su semblante afectado.

—Verás, Jaime, la policía quiere hablar contigo. Han venido varias veces en los últimos días y…

—¿Cómo qué en los últimos días? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?— dije

mientras me intentaba incorporar, de pronto me había entrado una extraña prisa como si tuviera que hacer algo que no recordaba en esos momentos.

—¡Eh! Tranquilo, no te muevas, necesitas descansar— colocó sus manos sobre mis hombros empujándome con suavidad hacia la almohada— sólo llevas dos días, pero si no te estás quieto pasarás una larga temporada.

Suspiré profundamente, costaba hacerse a la idea de la situación que estaba experimentando. Definitivamente no se trataba de un sueño.

—¿Dónde está?

Mi amigo ladeó el rostro y deslizó la palma de la mano por la cabeza, tan despejada como la mía. Conociéndole, sé que estaba dando vueltas a lo que tenía que decirme.

—No te preocupes, dime la verdad.

Se echó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y me miró.

—Su cuerpo está incinerado. Las cenizas en tu casa para que decidas qué hacer con ellas.

Apreté los labios.

—Gracias…—balbuceé.

Tardé unos eternos minutos en repetir la pregunta que había hecho antes y que Marcos evitaba responder.

—¿Cómo lo envenenaron?

—La policía cree que Freddy encontró la caja de pesticida que había en el armario bajo la cocina y…

Negué con la cabeza. Levanté la mano.

—Para, para. En mi casa no había ninguna caja de pesticida. Si la encontró Freddy yo no la puse ahí.

—No dicen que tú…

—Lo que digo, Marcos, es que lo han matado para hacerme aún más daño del que me han hecho.

Callé unos segundos, la imagen de Mena y su novio se dibujaba a la perfección en mis recuerdos.

—Por cierto, ¿qué haces aquí?

—Me llamó el director de la academia cuando no fuiste al taller y tampoco cogías el teléfono. Me puse en contacto con el casero, le pedí que fuera a tu casa — asintió— estaba convencido que te había sucedido algo. Cuando me devolvió la llamada avisó a emergencias y cogí el primer tren.

Un suave golpeteo en la puerta cortó nuestra conversación. Un hombre moreno con bata blanca entró en la habitación.

—Celebro que haya despertado ¿Cómo se encuentra?

—Como si me hubieran dado una paliza— intenté esbozar una sonrisa pero me quedé en el intento, me dolía todo el cuerpo.

El médico la terminó por mí.

—Me alegra su buen humor. Verá, deberá permanecer unos días en revisión. Tiene una costilla rota. Rotura con desplazamiento de la cabeza radial del codo del brazo izquierdo. Moratones por todo el cuerpo y varios golpes en la cabeza que necesitan seguimiento por nuestra parte.

“Vaya…”

Llevé mi mano al ojo derecho.

—Debo tenerlo hinchado porque no lo puedo abrir más.

—Efectivamente. Recibió varios golpes en la cabeza.

La policía llegó una hora más tarde.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas, señor Valdés.

Intenté incorporarme sin éxito alguno. Miles de alfileres se clavaban en mi pecho.

—Jaime, procura no hacer esos movimientos— intervino Marcos— recuerda que los huesos tiene soldar.

—Sí, lo sé. Pregunte lo que necesite saber.

—¿Hay alguien de su entorno que pueda haber hecho algo así?

Permanecí unos segundos como si recordara. Buscaba algún fragmento lúcido en la borrosa película que reproducía mi mente, desde el instante que entré en mi casa, en el que viera algún rostro.

—No vi a nadie, ni escuché voces.

La mujer policía cruzó las piernas.

—Creemos que el motivo no fue un robo, no forzaron la cerradura y según los vecinos el perro no ladró. Sobre este punto quería preguntarle si usted guardaba pesticida en…

—No, no, ya le decía a mi amigo cuando me lo ha comentado hace unos minutos. Mataron a mi perro para hacerme daño a mí.

—¿Sabe quién pudo ser?

Durante los siguientes minutos hablé despacio, era la única forma de esquivar los dolores. Hice un resumen desde el día de mi llegada a Santander hasta ese momento en el hospital. Marcos intervino cuando salió el tema de la que fuera mi inquilina y su novio. La mujer tomaba notas sin parar.

—¿Nadie más?

Volví a intentar sonreír.

—Creo que para llevar en Santander sólo unos pocos meses ya está bien. Nunca había tenido enemigos, al menos no que fueran capaces de hacer algo como esto. Lo que sí le digo es que no les vi, no puedo acusarles de nada.

—¿Esa chica tiene llaves?

Me quedé unos segundos en blanco.

—¡Soy imbécil! Claro que tiene llaves, con las prisas y la alegría por su marcha no se las pedí. No coincidimos el día que se fue, cuando regresé por la noche ya no estaba— miré a mi amigo— Por más que quisiera no la puedo señalar como culpable.

—Hablaremos con ella, señor Valdés. Si recuerda algo o desea añadir cualquier cosa por mínima que le parezca llámeme, por favor— dijo mientras me entregaba una tarjeta.

—Lo haré, gracias.

Antes de abandonar la habitación la mujer policía se giró.

—Quizá convendría que cambiara de piso.

—Sí, lo tendré en cuenta.

En cuanto nos quedamos solos, Marcos volvió a tomar asiento.

—No es mala idea, si estás de acuerdo le puedo preguntar al casero, quizá tenga otro más…sí, sí, no me mires así— pidió con los brazos estirados— que sea más pequeño y que no haya que compartir.

Seguramente entra dentro de la categoría de lo absurdo, lo acertado sería huir de esa casa y buscar otro lugar donde vivir alejado de Mena y su novio, pero nada me dice que no me fuesen a encontrar.

Negué con la cabeza.

—¿En qué piensas?

—Puestos a huir, vuelvo a Madrid.

—Si eso es lo que quieres puedo hablar con el director de la academia y…

—No, no, Marcos, no voy a dejar el taller a medias, además está resultando una experiencia gratificante si no fuera por…

—Por tus sospechas.

—Eso es mucho decir. En este momento no se le podría denominar ni como sospecha. No sería capaz de acusar a ninguno de los asistentes al taller. No me los puedo imaginar matando a nadie y menos de esa manera tan cruel.

Marcos se puso en pie y regresó a la ventana. Con la vista en el horizonte llevó la mano a la cabeza sobre su ojo derecho, señal inequívoca de que estaba dándole vueltas a algo.

—Desde que regresé a Madrid me estaba haciendo la misma pregunta, Jaime. No te lo he comentado para que no te volvieras paranoico con el tema.

Giré mi cuerpo hacia la ventana.

Le dejé hablar.

—Reconozco que incluso llegué a olvidarme de ella— continuó— pero la visita de la policía me lo ha vuelto a recordar— se volvió hacia mí— ¿quién más aparte de tus alumnos puede saber lo que habláis en el taller?

—No me digas que crees que tengo micrófonos en clase.

—¿Cómo? No, no— agitó la mano en el aire— si se tratara de una novela, quizá, bueno ni aún así. Me refiero a alguien más que esté al tanto de esas sospechas.

—Pues, tú y… Nerea, también he hablado con ella del asunto.

Marcos volvió a tomar asiento.

—¿Alguien más?

Al verle tan serio me esforcé por buscar en mi dolorida cabeza otra persona a la que le contara mi día a día, pero no encontré a nadie.

Negué.

—Creo recordar que me comentaste que cuando regresabas a casa escribías en el ordenador una especia de resumen o impresiones de las clases.

—Sí, lo sigo haciendo. ¿No me querrás decir que algún hacker se ha colado en el ordenador de un tipo como yo? A ver si el paranoico no está en la cama— esbocé una media sonrisa.

Sonrisa que borré en el instante que comprendí lo que me quería decir.

—¿Te refieres a Mena? es informática y me arregló el ordenador.

—Eso te dijo. Podría estar leyendo todo lo que escribes.

Se hizo el silencio en la habitación.

Quería añadir algo como que no era posible, que ella no podía saber que iba a dar ese taller, que…

No dije nada.

Lo que dijera en esos momentos me sonaría a hueco.

De nuevo llamaron a la puerta. Me traían la cena.

Unos minutos más tarde Marcos se despidió hasta el día siguiente.

Yo me quedé a solas con mi maltrecho cuerpo, mis dudas y un intenso dolor en el alma.

“Freddy…”

22

La vida en La Esperanza había perdido todo el interés para Cris. Cierto que tenía a Susa, con la que cada vez se sentía más cercana. Pero sabía que eran muy distintas. Tomasa era más como ella, pero desde que logró zafarse del vigilante su carácter se había vuelto más hostil. Posiblemente la culpa no fuera por el maldito vigilante si no porque la directora no lo denunció.

—Por lo menos ya no está aquí— apuntó Susa intentando que Tomasa se tranquilizara.

—Lo sé, si doña Herminia no llega a aparecer un día… un día lo mataba…— afirmó convencida mientras sellaba un beso entre sus dedos con la mirada más allá del suelo—…lo juro.

Susa dejó caer su mano sobre el antebrazo de Tomasa, ofreciéndole su apoyo.

—No necesito tu lástima— sacudió el brazo como si de repente se le hubiese pegado algún bicho asqueroso y se alejó corriendo.

—Déjala, lleva razón. Ha sufrido mucho aquí.

—Sí, yo no sé cómo estaría si hubiese pasado lo mismo. No quiero ni pensarlo— giró su rostro afectado buscando los ojos de su amiga— ¿por qué la directora no hace nada?

Cris se encogió de hombros.

—No entiendo a los mayores, nunca los he entendido ¿y tú?

En el rostro de Susa se dibujó una sonrisa melancólica dedicada a sus recuerdos.

—A la directora no, ni a los vigilantes, pero…

—¿Pero?

Los enormes ojos claros de Susa se clavaron en la mesa, con un dedo trazaba círculos lentamente.

—Me acuerdo mucho de mis padres y de mis hermanos.

—¿Los echas de menos?

—Sí, todo el rato…

Cris sabía que su amiga había perdido a su familia en el incendio de su casa. Desde aquel día el Estado se había hecho cargo de ella, pero no había tenido suerte con las diferentes familias de acogida. Parecía que en cada casa que entraba la desgracia llegaba pisando sus talones y de nuevo a los Servicios Sociales.

Sin embargo, Cris estaba empezando a comprender qué podía sentir la gente cuando aseguraba que echaba de menos a alguien. No, no había nadie en su vida pasada a la que deseara volver a ver. Ni a su madre, que jamás hizo nada para evitar los abusos de sus parejas. Al revés, en alguna ocasión cuando se resistía entraba en su dormitorio y le rogaba que por favor hiciera lo que le pedían, que era lo mejor para las dos. Que necesitaban el dinero.

"Toñín…"

Sí, estaba aprendiendo lo que debería ser esa sensación de echar de menos. Desde que se fue, sentía como unas punzadas en medio del pecho cuando se acordaba de él, que era una hora sí y la siguiente también.

"¿La mujer mayor?"

Sí, también podría echar de menos a esa mujer que le hablaba de la lluvia, pero no lograba limpiar de sus recuerdos la pátina turbia que cubría su rostro.

—Hola chicas ¿cómo estáis?— la grave voz de Raúl las sorprendió por detrás — me he cruzado con Tomasa, iba muy enfadada.

—Sí, mucho— apuntó Susa.

Desde que Toñín se marchó, Raúl parecía un alma en pena. La chica que le gustaba, Susa, no parecía corresponderle, además era consciente de que se trataba de una persona demasiado educada para él. Le llevó bastante tiempo comprender que aquél beso que ella le dio sólo era una prueba de amistad.

—¿Sabes que Tomasa está por ti?— soltó Cris sin venir a cuento, o quizá si venía a cuento, al menos para ella, al observar las veladas miradas que lanzaba a Susa que parecía no darse cuenta de nada.

La mirada de Raúl se achicó.

—¿To…Tomasa por… por mí? —llevó el dedo índice a su pecho. No sabía si sonreír o no.

—Sí, pero no te lo dirá.

—¿Por qué?

En esta ocasión fue Susa la que tomó la palara.

—Pues porque una chica no dice esas cosas, Raúl. Sois vosotros los que os tenéis que arriesgar si queréis algo— expuso sin dejar de hacer círculos con el

dedo sobre la mesa.

Esa noche tumbado en la cama, con la mirada en el techo, Raúl repasaba una y otra vez la confidencia de Cris sobre Tomasa y su amor callado. Sí, se podía imaginar con ella, era una chica más acorde con su forma de ser, de expresarse y de comportarse, pero tenía que darse prisa, estaba a punto de cumplir los dieciséis y le cambiarían de centro.

“De mañana no pasa”

No pasó.

Era domingo, esperó a que terminara el desayuno y se acercó a Cris.

—Se lo voy a decir ahora pero seguro que me pongo a tartamudear y haré el ridículo y no querrá saber más de mí.

—Con lo grande que eres y la de tonterías que dices, hijo.

Raúl la miró sin saber cómo tomarse sus palabras.

—Díselo y verás como todo va bien.

—Vale. No me queda otra, en una semana es mi cumpleaños y me cambiarán de centro.

—¿Sí? Pensé que era más tarde.

—¿Damos una vuelta?— la voz de Susa puso fin a la conversación.

—Vale— Cris miró a Raúl, con voz queda añadió: —ahí viene…

Parecía especialmente contenta, su espigada figura destacaba entre los internos que charlaban animados en torno a las mesas del comedor. Se había recogido la melena pelirroja en dos coletas que le hacían parecer aún más traviesa de lo que era.

—Se parece a Pipi Calzaslargas— murmuró Susa.

—¿A quién?— quiso saber Raúl.

—Pipi es una chica muy divertida de una serie que mis padres nos ponían en la tele.

—Vámonos, Susa, que tienen que hablar.

Las dos amigas salieron al exterior, eso pretendían pero Susa fue requerida por Rebeca, la directora tenía que hablar con ella.

Cris salió al jardín.

Su promesa de no decir nada de lo que le había hecho el vigilante y lo que pasó después con Toñín le hacía sentirse mal. No por guardar el secreto a sus amigas, eso era lo de menos sino porque sabía que algo pasaba en el centro y lo callaban. Las palabras de Susa la noche del mismo día que llegó se repetían con

demasiada frecuencia en su cabeza.

"*Oye… túmbate si no quieres que se te lleve…*"

Casi todos los internos sabían que algo sucedía, unos desaparecían de repente, otros se escapaban. Eran más chicas que chicos. A menudo se preguntaba qué habría ocurrido si Toñín no entra aquella noche en el sótano.

"¿Le habrá pasado lo mismo a otras chicas?"

No tenía respuesta para eso.

Una sí; Tomasa.

Dio una patada a una pequeña piedra, elevó la vista al cielo y como por arte de magia se fue formando una idea en su cabeza. En su semblante se dibujó la mejor de sus sonrisas. Salió corriendo y subió a la habitación evitando a las encargadas de mantener el orden en La Esperanza y a los tres vigilantes de día. Abrió su armario. De la parte superior se hizo con un pitillo del arrugado paquete de Fortuna, del estante inferior cogió su cuaderno, un bolígrafo y regresó a su lugar preferido del jardín.

Tenían prohibido fumar, tampoco era algo que disfrutara pero en esos momentos el cuerpo se lo pedía. Apoyó la espalda en un robusto tronco al otro lado del murete que delimitaba el jardín y encendió el pitillo. Con la primera calada condujo su mirada hacia las nubes, buscaba un mínimo de inspiración para hacer algo que nunca antes había hecho.

"Hola Toñín.

¿Cómo te va con el policía? ¿Estás a gusto en tu nueva casa? Espero que no te moleste esta carta. Como Raúl se va de La Esperanza, le ha salido un granjero que le ha ofrecido trabajo y si con el tiempo se llevan bien quizá se quede en la familia. Está contento, pero triste porque se acaba de hacer novio de Tomasa. Estaba claro.

Había escrito otra carta pero la he tenido que tirar porque lo que te digo de Raúl me lo acaba de contar. Pensaba decirle que cuando le cambiaran de centro echara la carta al buzón. Si te estás preguntando cómo sé tus señas, te diré que Rebeca lo tiene apuntado todo en una libreta que guarda en un cajón de su mesa.

Aquí todo sigue igual. Raúl se acuerda mucho de ti, bueno y nosotras también.

Nos han dado una clase de informática, por lo visto podemos enviarnos correos por el ordenador. Tengo una dirección a la que me puedes escribir. nuestrajusticia@gmail.com no sabía qué poner y se me ocurrió eso, ya sabes por qué. Entérate de cómo se hace y me envías uno. Lo miraré desde el

ordenador de Rebeca o de alguno del centro o ya veré cómo lo hago.

Si puedes hazlo el día 20, dentro de quince días, buscaré la forma de leerlo.

Te dejo que tengo que volver, seguro que me están buscando.

Tu mejor amiga, Cris”

Cuando regresó a La Esperanza pudo comprobar que sus palabras resultaron ciertas. Tomasa y Raúl caminaban juntos, sus semblantes lo decían todo.

—Esta semana va a trabajar en una granja—intervino Tomasa— se lo acaba de decir la directora.

Raúl asintió orgulloso.

—Si va bien, se podrá quedar en la familia.

—Me alegro mucho por ti, pero me vas a hacer cambiar mi carta.

—¿Tu carta?— quiso saber Tomasa.

—Tienes sobres, ¿verdad, Susa?

—Sí.

—¿Me dejas uno?

—Pues claro, están en mi armario.

Los cuatro se encaminaron hacia el dormitorio. Raúl las esperó fuera.

—¿Para quién es?

—Para Toñín— soltó mientras negaba con la cabeza como diciendo; vaya pregunta, para quién si no— dejadme un rato que tengo que volver a escribirla— miró a Tomasa— ¿os habéis hecho novios, eh?

La espigada pelirroja asintió feliz.

23

María y Diego se disponían a abandonar la comisaría cuando Paula, la oficial de recepción, eleva la palma de la mano en su dirección. Con la otra habla por teléfono.

—Sí, comisario, aún no han salido. Sí, ahora mismo se lo digo.

Colgó.

—Acaba de llegar el informe de la autopsia que estabais esperando.

—¿El de los cuatro cuerpos de La Esperanza?— el rostro de la subinspectora se iluminó. Nada como ir avanzando en la investigación.

—Sí, María. El comisario está con él ahora mismo y quiere que lo veáis.

—Gracias, Paula.

María se frotó las manos y aceleró el paso.

—Cómo me gusta cuando nos llegan nuevos datos— dijo de reojo a su compañero que se había quedado un par de metros rezagado.

Diego confiaba en que el informe de la autopsia aportara la información que esperaban pero no sería la primera vez que lo único que conseguían era liar más la investigación con datos que en principio no parecían tener nada que ver.

Llamaron a la puerta y accedieron al despacho del comisario sin aguardar respuesta.

—Jefe.

Fausto repasaba el informe con el semblante serio.

—Pasen…— dijo sin levantar la vista de la carpeta— siéntense, por favor.

Obedecieron. El despacho se mantuvo en silencio durante varios minutos. María se hubiera comido las uñas con la espera si no hubiese abandonado esa costumbre años atrás. Diego daba suaves golpes con el zapato en el suelo.

—Jefe, me tiene es ascuas— soltó Pinta.

Redondo levantó la cabeza y se quitó las gafas. Su rostro no transmitía lo que la lectura le había suscitado, al menos no del todo, no parecía especialmente animado.

—Las dos mujeres son extranjeras. Una polaca, la otra chica es de Nigeria— pasó una hoja— curiosamente ambas fueron enterradas con sus bolsos y asesinadas del mismo modo; estranguladas.

—El asesino confiaba en que nunca se las localizara— señaló Diego.

—Eso parece. Aquí tienen una copia del informe— dijo con el brazo estirado ofreciéndoles una carpeta.

—¿Prostitutas? Lo digo porque si una chica es polaca, la otra de Nigeria y las entierran con sus bolsos, indica que en caso de encontrar los cuerpos no íbamos a localizar a sus familias. Además hay un buen número de compatriotas de estas mujeres en clubes de alterne.

—Tiene todo el sentido, pero me pregunto qué narices hacen sus cuerpos junto a ese centro de socorro. No me imagino a la directora organizando alguna orgía que se le haya ido de las manos.

—¿Dice algo la autopsia de los niños?

—Han logrado identificarlos por la dentadura.

—Trece y catorce años…— apuntó María leyendo el expediente— la niña falleció por un golpe mortal en la cabeza… contusiones profundas. Presenta equimosis en zona vaginal y anal… ¡fue violada! —apretó los labios— el niño… murió estrangulado por asfixia mecánica a mano, a causa de la presión ejercida sobre la parte central de su cuello, fractura del hueso hioides y cartílago tiroides, contusiones en los músculos de la parte alta del cuello. Erosiones en zona anal…

María levantó la cabeza del expediente.

—El niño murió estrangulado y también fue violado.

—Así es, Pinta. Vayan a hablar con esa directora. Es la única persona que nos puede aportar algún dato más.

—Sí, comisario, pero antes voy a comprobar si estos nombres están entre el listado que nos entregó.

—Buena idea.

Pinta abandonó el despacho como si tuviera prisa. Antes de que Diego cerrara la puerta, ella accedía a la sala. Localizó el archivador con la mirada y lo abrió sobre la mesa.

Sacó la hoja.

—Sergio…Sergio…— deslizaba el dedo por cada página de los expedientes cuando Diego entró en la sala.

—Sergio Jaén. Aquí está, me cago en ella…— soltó a la imagen de la mujer que tanto le había impresionado en su primera visita al Hostal El Camino. Levantó la cabeza buscando a su compañero y regresó veloz al archivador—

Susana…Susana…Leal…— dio dos golpes secos sobre la hoja— aquí está.

De un salto se puso en pie, cerró el archivador y lo colocó bajo el brazo.

Cinco minutos más tarde la pareja de policías se encaminaba en el BMW x6 en dirección al actual Hostal El Camino. Las entrevistas se acumulaban. Los hijos de Segis Ganzán, su actual pareja, el centro de día de los hermanos Rosales y doña Herminia les deberían llevar hacia el famoso *Vengador*.

—¿Crees que ella sabe algo? No lo podrá negar.

—Era la directora, si no está implicada tiene que saber que algo sucedía en el centro—apuntó el inspector.

—Tiene que estarlo. No me puedo creer que se entierren cuerpos de internos y trabajadores y por si eso fuera poco, de dos prostitutas al lado del centro y no sepa nada— calló unos instantes, apretó el volante con fuerza— No, no me lo trago.

Olivares observó el perfil angustiado de su compañera.

—Tranquila, de nada nos vale interrogarla si llegamos cabreados— enfocó la mirada en el cuenta kilómetros— te recuerdo lo que dijo el comisario sobre quién pagaría a partir de ahora las multas por exceso de velocidad si no estábamos en una persecución.

María levantó el pie del acelerador. Respiró con intensidad un par de veces.

—Perdona, llevas razón— deslizó la palma de la mano por el rostro— es que lo de los niños me puede…

Diego la dejó con sus cavilaciones durante los siguientes kilómetros. Miró al cielo, con el transcurrir de las horas las nubes fueron ganando terreno, no sería de extrañar que descargara una buena tormenta.

—¿Tú crees que con el paso de los años nos creamos una coraza y este tipo de situaciones dejarán de afectarnos?

—¿Por qué lo dices? ¿Tú qué crees?

—No sé, he oído alguna vez a los veteranos y al comisario decir que la experiencia hace que veas de otra forma el dolor ajeno.

El Hostal El Camino se recortaba en el horizonte.

Al llegar María detuvo el coche en el aparcamiento, apagó el contacto y se giró hacia su compañero.

—Si algún día me vuelvo insensible ante situaciones como esta creo que sería el momento de dejar este trabajo, porque si no lo hiciera estoy convencida que esa insensibilidad me afectaría a mi vida personal y no quiero.

Olivares observaba el rostro afectado de María.

—Si te sirve de algo, compañera, prefiero tener a mi lado a alguien como tú

con toda su sensibilidad, aunque el paso de los años nos enseñe a cubrirnos un poco del dolor, que a alguien que se haya insensibilizado— abrió la puerta y salió al exterior— y no te preocupes, que eso no te sucederá nunca.

María esbozó una sonrisa torcida mientras ladeaba el rostro. Se puso en camino hacia el hostal seguida de su compañero. Deseaba que las palabras que le acaba de decir se hicieran realidad. Ni se veía como una mujer insensible ni quería verse en el futuro de ese modo, como tampoco quería entrar en el hostal enfadada y soltar toda su amargura en la cara de la directora. Con la mano en el picaporte retuvo unos instantes el momento de acceder al interior. Cruzó la mirada con la de Diego, asintió y empujó la puerta. A ninguno de los dos le había pasado por alto la escasa afluencia de coches en el aparcamiento, sin duda las noticias sobre los cuerpos encontrados estaban haciendo mella en el negocio. La mujer tras el mostrador les dedicó una mirada de velado reproche. Nada bueno iban a traer, de eso estaba convencida.

La ausencia de voces en el vestíbulo chocaba con el recuerdo que la pareja de policías guardaba de su anterior visita. Recorrieron en silencio los metros que les distanciaban de la recepción.

—Buenos días, ¿doña Herminia, por favor?

—En la sala, ¿puedo hacerles una pregunta?

—Por supuesto— convino la subinspectora.

La mujer bajó la mirada y se aclaró la garganta.

—Llevamos poco tiempo con el negocio. No el suficiente para que se pueda recuperar de una noticia como esta, con la que no tenemos nada que ver.

—Lo sé, todo es anterior al hostal.

—¿Sabe si van a seguir cavando?

Diego, que se había encaminado hacia la sala se detuvo en cuanto la mujer formuló la pregunta. Entendía su congoja, y coincidía con ella en su apreciación.

—Eso lo determinará la investigación— intervino el inspector— lo que sí le recomiendo que cuando hable con los periodistas les deje claro que su negocio es posterior a los hechos que se investigan.

—Sí, lo hemos dicho, pero hasta el momento parecen más dispuestos a hablar del *Hostal de los Horrores* que del *Centro de Socorro Juvenil de los Horrores*— los ojos de la mujer se cargaron.

La puerta tras la recepción se abrió.

Un hombre corpulento apareció bajo el umbral.

—Soy su marido. Habíamos pensado denunciar a la prensa pero nos han aconsejado que lo mejor es pedir la colaboración de amigos y vecinos cuando

vengan los periodistas.

—Es una buena idea, señor…— apuntó María— tenemos que hablar con la directora— dijo volviéndose hacia la sala.

—Sí, sí, la encontrarán en su sillón.

—Por cierto ¿cómo está?

El matrimonio se miró antes de contestar.

—Se la ve algo afectada. Como si lo sucedido no fuera con ella— el hombre apoyó las manos sobre el reluciente mostrador— quiero decir, que no está asustada por lo que le pudiera pasar, sino que más bien parece sorprendida.

—Sí, esa es la impresión que da— convino la mujer.

Doña Herminia se hallaba sentada en su butaca habitual con su también habitual labor entre las manos. Volvió el rostro lo suficiente para confirmar que alguien accedía al salón. Confiaba que fueran clientes para el hostal, lo sucedido les estaba afectando mucho.

“Los policías otra vez”

Con gesto pausado dejó el punto en el interior de la cesta y las gafas colgando del cuello. Sabía, como todo el mundo en Cantabria y parte de España que estaban analizando los huesos encontrados en el jardín.

—Doña Herminia, nos gustaría hablar con usted unos minutos— dijo el inspector.

La mujer elevó ligeramente la barbilla intentando ofrecer un mínimo aire de dignidad que tanto le costaba encontrar en los últimos días. Su rostro trazó una sonrisa cansada.

—Tomen asiento, por favor.

—Gracias.

—Ustedes dirán.

María abrió la carpeta que había traído que contenía el informe recién recibido y las fichas de los niños Sergio Jaén y Susana Leal, las dejó boca abajo sobre la mesa.

—Ha llegado a la comisaría el informe del forense en relación a la autopsia de los cuatro cuerpos encontrados en el jardín— señaló Diego.

La directora negó levemente con la cabeza.

—Para ser más precisos, inspector, la ubicación exacta sería en el campo, al otro lado del jardín. Las delimitaciones están claras, más allá del murete que…

—De acuerdo— convino Diego— esa delimitación es actual ¿en la época que desapareció el vigilante César Hernández era la misma?

Doña Herminia encajó la pregunta sin apenas revelar la sorpresa que le había producido. No, no era la misma pero no pensaba confesarlo, de momento.

—Que yo sepa, sí, comisario, no tiene más que comprobar el registro.

—Lo haremos.

—Hacen ustedes muy buena pareja, seguro que juntos no se les escapa nada. Uno hace las preguntas y el otro no para de tomar notas— miró a Diego— pero me decía usted, inspector que había recibido el informe de la autopsia ¿no es así?

—Dos mujeres y dos niños— soltó María de improviso mientras la mujer observaba al inspector.

La sorpresa por la intervención de la subinspectora volvió a mostrarse, casi imperceptiblemente, en su semblante.

“Van dos, ¿qué escondes?”

Pinta iba a poner en práctica a partir de ese momento toda su capacidad, que no era poca, para analizar cada gesto, cada mirada, cada expresión de la directora.

—¿Dos mujeres y dos niños?— doña Herminia frunció su ya arrugada nariz, sacudió levemente la cabeza y elevó el dedo índice apuntando con firmeza al techo.

—En La Esperanza jamás desaparecieron mujeres, es fácil demostrarlo.

—Prostitutas— María iba soltando en pequeñas dosis la información que disponía sin perder un ápice de observación en la mujer.

—No, no, señorita, aquí no…

—Subinspectora.

La directora calló unos instantes con la mirada fija en la joven que le estaba resultando más difícil de manejar de lo que hubiera esperado.

—Está bien, subinspectora. Le puedo asegurar que aquí jamás ha habido prostitutas entre el personal del centro.

Diego se retrepó en la silla, cruzó las piernas.

Y tomó la palabra.

—No lo dudamos ¿puede usted darnos alguna idea que nos aclare cómo sus cuerpos llegaron al campo, justo al otro lado del límite de su jardín?

Antes de vocalizar respuesta alguna negó con la cabeza.

—No, no, inspector. Ojalá pudiera.

—La identidad de los niños, un chico y una chica corresponden a dos internos de La Esperanza.

El rostro de la mujer tornó pálido.

Entrelazó los dedos de sus nudosas y arrugadas manos.

—¿Internos? ¿Están seguros?

—Completamente— María dejó una de las fichas sobre la mesa frente a la mujer— Sergio Jaén ¿lo recuerda?

Cogió la ficha, se ajustó las gafas y la leyó en silencio.

—Sí, Sergio. A veces los chicos se escapaban y nada se volvía a saber de ellos ¿ve?—señaló un casilla con el dedo— aquí lo pone, denunciado.

—¿En la comisaría quiere decir?

La directora asintió.

—Susana Leal ¿se acuerda de ella?— con el brazo extendido le ofreció el segundo expediente.

Doña Herminia se tomó unos segundos más en contestar. Dejó caer las gafas sobre el pecho y miró a Diego.

—Sí, Susa. También se marchó.

María estaba empezando a perder la paciencia.

—A ver, doña Herminia, no se marcharon ¿lo entiende? Sus cuerpos han aparecido aquí al lado— estiró el brazo en dirección al exterior— ¡Ambos asesinados y ambos violados! ¡Ninguno se fue!

La mujer bajó el rostro. Parecía realmente afectada.

—Lo entiendo, pero no puedo darles más explicaciones, aunque…

Pinta miró a Olivares, pidiéndole que siguiera él.

—¿Aunque…?

La directora tomó aire y suspiró.

—Al final lo van a averiguar. De acuerdo, mandé enterrar a César Hernández.

—¿Cómo?— el inspector no daba crédito— ¿Por qué nos lo dice ahora? ¿Lo mató usted?

—¿Eh? No, no, ¿por quién me ha tomado?

—Pero sabe quién lo hizo, ¿verdad?— intervino María.

El semblante de la mujer mayor se endureció, se iba a tomar cumplida revancha de la jovencita.

—Sí.

—¿Quién?

—¿De verdad quiere saberlo?

Las dos mujeres se miraron durante unos largos segundos.

—Nos lo puede decir aquí o en la comisaria, señora.

—La verdad puede resultar muy dolorosa ¿por qué no dejar las cosas como están, subinspectora?

—Como quiera— Pinta hizo ademán de ponerse en pie.

—Se lo he advertido— calló unos largos segundos y lo soltó: — fue Toñín — la directora no miró al inspector, clavó sus fríos ojos en Pinta, disfrutando de su cambio de expresión, de su boca a medio abrir, del horror que le generaba la respuesta que con tanta vehemencia le había solicitado.

24

El bufete les daba las tardes de los viernes libre pero ese fin de semana era diferente a los demás, muy diferente, tenía algo importante que hacer. Llevaba varias semanas trabajando en ello. Todo estaba preparado, el coche en el aparcamiento y una bolsa de viaje en el maletero.

—¿Cómo se presentan las Navidades, Maite?

—Imagínate, ya sabes, lo típico, con la familia— mintió— ¿y tú?

—Mañana por la noche en casa de mis suegros. El borracho de mi cuñado montará el escándalo de todos los años, mi marido se cabreará y nos iremos. Al día siguiente en mi casa, pero gracias a Dios será con mi familia— agitó la mano en el aire— pásalo bien, nos vemos a la vuelta.

—Tú, también— Carolina.

Mientras recogía sus cosas y salía del despacho de abogados, Maite daba un repaso mental al transcurrir de las últimas semanas. Había sido un acierto apuntarse al taller de novela. Un acierto y una coincidencia, o quizá no tanto. A veces la vida junta a las personas sin que aparentemente haya sucedido nada voluntario por su parte para que tenga lugar esa conexión. Un cartel en el tablón de anuncios de la academia en la que se ponía al día sobre las últimas leyes que entraban en vigor, requisito indispensable para todos los recién llegados al bufete, en el que se anunciaba un taller dedicado a cómo escribir una novela policíaca, y reconocer al individuo que lo impartía; un autor del que había leído varios de sus libros.

“En la vida real es aún más interesante”

La imagen de Jaime Valdés se perfiló en sus recuerdos. Disfrutaba de sus clases, de cómo las planteaba esforzándose en que todos tomaran parte en ellas. Nada de aburrida teoría sobre los requisitos para escribir, al revés, daba por hecho que todos lo sabrían hacer y lo harían bien si se relajaban y confiaban en lo que brotaría de su inspiración.

Pero lo que sin duda le hacía más interesante era su forma de salpicar de

ideas los posibles vericuetos por los que podía discurrir la trama. Su propuesta de que el asesino de su novela debería insistir a la policía le empujó a enviarles una nota a ellos y a la prensa.

“Qué sencillo es alimentar el ego de un periodista”

Poco tiempo le había llevado decidirse por Marcelo Torquemada, bastó con leer varias de sus crónicas para entender que era el intermediario perfecto.

Llevaba dos años sin saber qué hacer, qué camino recorrer. Era consciente de que no había finalizado la venganza que inició años atrás. Cierto que dependía de ella ponerla fin de una vez por todas, pero algo en su interior le empujaba a continuar. Su familia de acogida le había dado una educación que chocaba con lo que era el objetivo de su vida, devolver el daño a aquellos que habían disfrutado con el dolor ajeno.

Para ello resultaba vital que la policía no olvidara al *Vengador*, que no diera el caso por terminado, aunque ya lo diesen por enterrado. Deseaba que se descubriera lo que le había llevado a comportarse de ese modo. Para eso aún contaba con la foto que Toñín hizo con su Polaroid. No había encontrado el momento de ponerla en manos de la policía.

Hasta el pasado verano.

Un mañana se levantó convencida de que había llegado ese momento. Hizo una copia, la imprimió y la metió en un sobre. Esperó acontecimientos unos días, al ver que se mantenía el secreto activó la vía Torquemada al que le faltaron minutos para convencer a su director y publicar la información.

Maite recuerda el revuelo que se generó en el bufete, en la calle, en las noticias y en el propio taller. A continuación la nota aconsejando que cavaran, que siguieran cavando.

“Tengo que decirle a Torquemada que continúen, seguro que hay más cuerpos”

Al día siguiente pondría la guinda, de momento, a lo aprendido en la clase de Jaime; dar un golpe de efecto con la siguiente víctima.

Negó con vehemencia mientras se introducía en el coche.

—¿Víctima?— murmuró enfadada— ¡Una mierda! ¡Son culpables!— asintió convencida— y nadie ha hecho nunca nada ni hará por detenerlos.

“Tranquila…”

Uno de los aprendizajes que había logrado que formaran parte de su vida era ser consciente de cuando perdía el control y la rabia tomaba el mando de sus emociones. Eso no debía permitirlo a no ser que la situación lo aconsejara.

Camino de Valladolid repasaba las últimas clases. Sabía que si tenía éxito, así debería ser puesto que aún no podía dar su trabajo por finalizado, sus compañeros Goyo y Paco comentarían las extrañas coincidencias de los movimientos del *Vengador* y lo hablado en el taller.

—Y el profesor.

Confiaba en que todo quedara en una anécdota y no verse obligada a actuar para mantener en secreto su actividad. Si no le quedara otra opción no le temblaría la mano, lo sabía.

Llegó a Valladolid sin contratiempos. Se instaló en un hotel y encendió el móvil mientras abría la maleta.

—Seis llamadas perdidas de Segis.

Clavó una mirada de profundo odio en la pequeña pantalla. En su rostro una sonrisa apretada. Al fin, el momento que tanto anhelaba se iba a convertir en una realidad manifestada. Lo tenía en su mano, qué fácil y previsibles son los hombres. Con qué poco puedes conseguir que coman en tu mano.

Se soltó un baño dispuesta a relajarse todo lo que la adrenalina que galopaba furiosa por su cuerpo le permitiera. Del mini bar se hizo con una botellita de vino. La colocó en la repisa que recorría la bañera, al otro lado su libreta con el trabajo que les había propuesto Jaime para las vacaciones de Navidad.

Se fue desnudando poco a poco mientras se observaba en el espejo. Se ajustó la melena morena en una coleta alta. Acercó el rostro al cristal, durante unos instantes aguantó su propia mirada, un ejercicio típico en ella que tenía el fin de averiguar qué era lo que había en su interior. Lo que vio le satisfizo. Había determinación, seguridad, confianza.

Sí, le gustaba su mirada.

Como el resto de su cuerpo. Sabía sacarle todo el partido cuando la ocasión lo requería. Una falda ajustada, como la blusa, con el maquillaje correspondiente a la caza de inseguros. O pasar, si no desapercibida, sí por lo menos no tan llamativa con una vestimenta más suelta acompañada de ausencia casi total de cosméticos.

Esperó a que Segis volviera a llamarla.

Su pareja trabajaba al día siguiente, Nochebuena. Habían quedado en su casa, ella llevaría un par de botellas de vino.

Y algo más.

25

María y Diego regresaron a la comisaría tras realizar la visita pertinente al centro de acogida de día de la carretera de Barreda, al que asistieron de forma temporal, a la espera de plaza en otra institución más adecuada a su curriculun delictivo, los hermanos Juan y Alberto Rosales.

—¿Cómo les ha ido?

Diego miró a su compañera para que tomara la palabra. No tenía ganas de hablar, si podía evitarlo. Todavía resonaba en su aturdida mente la acusación de doña Herminia a su hijo adoptivo, Toñín. El golpe le había dejado al borde de la inconsciencia. Se consideraba un buen encajador de los reveses con que la vida en ocasiones te golpea, pero este, quizá por inesperado, por imposible, por rastrero le había cogido con la guardia baja, mejor dicho, sin guardia.

Sí, rastrero porque Diego había visto en la mirada de la directora un brillo diferente, extraño, dirigido a su compañera que le había impactado. Un centelleo que tuvo lugar unos segundos antes de su acusación.

—Fue Toñín.

María, que se hallaba dispuesta a tomar nota del nombre que partiera de la boca de la directora se quedó inmóvil al escuchar el nombre del hijo de su compañero. La misma reacción que Diego. Las dos mujeres se miraban, quizá retándose para un próximo intercambio de golpes.

En cuanto el nombre del interno partió de su boca, doña Herminia comprendió que haberse dejado llevar por el ímpetu y la exigencia de una jovencita por muy policía que fuera, conllevaba ganarse un enemigo peligroso. Antes de ese instante hubiese jurado que al inspector Olivares lo tenía controlado. Su vinculación con La Esperanza era de índole personal. Con respecto a su compañera las sensaciones tras la primera visita fueron similares.

Hasta que regresaron.

Desvió la vista buscando con incertidumbre la mirada del inspector. La satisfacción que le había producido el semblante de incredulidad de la

subinspectora se había disipado en cuanto comprendió el error que acababa de cometer. No estaba siendo consciente de la rabia que irradiaban sus ojos cuando escupió el nombre del chico mirando a Pinta. Al volverse y chocar su mirada con la del inspector bajó la vista.

No obstante era una mujer de recursos.

—Lo lamento, no quise que se enterara de este modo yo…

—Cuando me lo entregó lo sabía.

—Sí, pero no había nadie mejor que usted con quién Toñín pudiera estar más seguro y recibir una buena educación. ¿Hubiera preferido que lo denunciara?— sin esperar respuesta añadió— defendió a una compañera de las garras del vigilante— de repente se incorporó clavó sus puños en la mesa— ¡La estaba violando!

Diego Olivares imitó a la directora poniéndose en pie.

—Usted lo sabía— insistió.

—¿Era la primera interna que violaba?

La pregunta de la subinspectora la cogió por sorpresa una vez más.

—¿Cómo? ¿La primera?— suspiró con fuerza— No lo sé, este era un centro decente en el que a veces sucedían cosas. Los chicos que nos traen no son unos angelitos, subinspectora.

—Vámonos— ordenó Diego. Clavó su mirada en la directora y giró sobre sus pasos.

Ni María ni Diego cruzaron palabra alguna en el trayecto al centro de Barreda ni en su regreso a comisaría. El semblante del inspector no animaba a comentar el tema. Si por ella fuera se hubiese llevado a la directora a Jefatura para que soltara todo lo que estaba convencida que se callaba. Se trataba de una reacción más propia de las emociones que de la razón. No tenían ningún hilo del que tirar que les pudiera llevar hasta ella. Sin duda no se trataba de una buena idea. El nombre y los hechos de los que se acusaba a Toñín saldrían a la luz, no sería ella la que precipitara los acontecimientos.

Por la cabeza de Diego pasaban todo tipo argumentos. Unos coincidían enteramente con los que se planteaba su compañera. Otros…

No, de momento no estaba preparado para pensar en ellos.

Fausto Redondo tuvo que repetir la pregunta ante la falta de colaboración de sus inspectores.

—¿Me lo van a contar?— quiso saber mirando a Olivares.

—Verá, jefe— fue María la que tomó la palabra— no hemos sacado más que

lo que dice el propio informe, excepto que los hermanos pasaron por La Esperanza unos pocos meses, los que tardaron en cumplir los dieciséis. Por lo visto quien llevaba la investigación— bajó la vista a sus notas— el inspector Trémez, ya retirado, dio por cerrado el caso a los pocos días.

—Trémez…— susurró Redondo mientras negaba con la cabeza— ya recuerdo. Hablen con él, que les diga qué le llevo a cerrar el caso.

—De acuerdo.

—¿Qué les han dicho respecto a los cuerpos en La Esperanza?

—Los dos niños fueron internos de ese centro. El chico se escapó y según la directora se interpuso la denuncia correspondiente. Acabamos de pedirle a Cruz que haga la gestión y compruebe si fue así, jefe.

—De acuerdo ¿qué más?

—La chica, Susana Leal, según el mismo testimonio la dieron por desaparecida, mejor dicho, por fugada. Tengo la sensación de que son muchos los internos que se fugaron de ese centro sin que se volviera a saber nada de ellos.

—¿Algo más?— Fausto cruzó los dedos— ¿por qué tengo la sensación de que debo sacarles la información con sacacorchos? ¿Inspector? ¿Nos deja un rato a solas, subinspectora?

Un repiqueteo en la puerta relajó la tensión que envolvía el despacho.

—Comisario, aquí le dejo la denuncia.

—Gracias, Cruz— cogió la fina carpeta y leyó en silencio— sí, se interpuso una denuncia por la desaparición de Sergio Jaén.

—Parece que en algo es sincera esa mujer— dijo María, puesta en pie camino de la puerta.

El momento que Diego tanto temía había llegado. Habían transcurrido apenas un par de horas desde que abandonaron el antiguo Centro Juvenil de Socorro y sentía como el impacto de la noticia le mantenía aturdido. A pesar del mazazo recibido, con el paso de los minutos procuraba entender lo que había hecho Toñín.

“Quizá yo hubiera actuado igual”

Negó con la cabeza.

No quería juzgar una situación dramática que no había vivido. Desde lejos es fácil adoptar una u otra postura. Sin embargo, lo que le más le había impactado era el hecho de que cogiera un azadón dispuesto a clavárselo en la espalda al vigilante. Hubiese entendido un golpe con un palo, una piedra, con cualquier cosa.

No era complicado comprender que posiblemente, Toñín, revivió la violación de su madre al ver a su compañera debajo del vigilante y cogió lo primero que encontró con la intención de vengar a ambas.

—¿Y bien, Olivares? ¿Me va a contar qué es lo que sucede?

El inspector asintió.

Durante media hora expuso todo lo que había desfilado por su cabeza desde que doña Herminia les había dicho lo que sucedió con Toñín en el sótano del centro. La mirada un tanto cruel, como de triunfo, clavada en su compañera. Una actitud sin remordimiento alguno ni por lo sucedido ni por su forma de proceder. El comisario escuchaba en un respetuoso silencio esforzándose por situarse, aunque fuera mínimamente, en la piel del inspector, sin éxito alguno. Quería averiguar cuál era la intención de Olivares con ese macabro asunto.

—… no deja de ser una encubridora. Pero por otro lado no me gustaría tirar a Toñín a los pies de la prensa— cruzó los brazos y bajó la vista— es posible que en cuanto conocieran todos los pormenores de la historia quizá lo tildaran incluso de héroe lamentando la vida que había llevado.

—Era su hijo, Olivares. Está en su derecho de salvaguardar su recuerdo.

Diego levantó la cabeza.

—Por el momento, jefe. La investigación será la que nos indique los pasos a seguir, como bien nos ha enseñado durante estos años. Algo me dice que esa niña no fue la única que sufrió abusos en ese centro.

—¿Sospecha de la directora?

—Da una imagen de abuela tierna, hasta que le sacas un tema que crea que sólo le concierne a ella. Me alegro de esa denuncia que interpuso por el chico, pero ¿Qué me dice de Susana Leal? Según ella, desapareció, pero su cuerpo lo encontramos a escasos metros del centro.

—Sí, coincido con usted, esa mujer y ese lugar esconden algo— se atusó el bigote y se puso en pie— no la asustemos pero vigilémosla de cerca.

—Sí, jefe, y gracias.

—No tiene que agradecerme nada, Olivares, bien lo sabe— afirmó abriendo la puerta.

—Comisario— la eficiente Cruz, al ver que salían del despacho, se levantó de la silla con un pequeño sobre entre las manos— acaba de llegar.

Fausto lo observó en silencio durante unos segundos.

—De Valladolid…—murmuró— no es allí donde asesinaron a…— extrajo una breve nota y se la mostró al inspector.

—Sigan cavando— leyó Diego— por una vez estoy totalmente de acuerdo

con este tipo o tipa o lo que sea.

Dos policías se aproximan entre las mesas de las sala. Paula, acompañaba a un individuo de gran estatura ataviado con el uniforme de la Policía Local.

—Comisario, don Francisco Calatayud quiere hablar con usted acerca de… bueno, él se lo explicará mejor, pero tiene que ver con *El Vengador*.

—Paco, a secas, por favor.

Fausto y Diego cruzaron sus miradas.

—Don Francisco— Redondo le estrechó la mano— acompáñeme por favor.

Tras hacer lo propio con el inspector, Paco se dispuso a acompañar a los dos policías. Llevaba varios días pensando si debía hacer lo que su mentalidad de policía le animaba o bien dejar estar lo que su imaginación le dictaba. Quizá todo fuera fruto del ambiente creado en el taller y estuviera a punto de hacer el mayor de los ridículos.

—Tome asiento, por favor— Fausto le señaló una de las dos sillas situadas frente a su mesa.

—Gracias, comisario.

—Bien, usted dirá ¿Qué nos puede decir del *Vengador*?

El policía local juntó las piernas, dejó las manos sobre las rodillas a falta de saber qué hacer con ellas, qué postura adoptar.

—Soy alumno de un taller de novela. Me inscribí para aprender a plasmar en un libro lo que puede ser nuestro día a día, añadiéndole un poco de imaginación si fuera necesario. Sé que mi actividad diaria en nada se parece a la de ustedes, pero me parecía interesante escribir sobre asuntos policiales.

—Continúe, por favor.

Ni Diego, ni Fausto acertaban a imaginar el porqué de la visita de su colega de la Policía Local. La puesta en escena con el taller de escritura no ayudaba lo más mínimo.

—Me ha llevado mi tiempo decidirme, en el fondo no vengo con pruebas bajo el brazo que señalen al *Vengador* o a su imitador o a quién esté actuando como lo hacía ella.

—Pero cree que algo tiene que contarnos ¿no es así?

—Sí, efectivamente— calló unos segundos, se frotó las manos, nervioso y tragó saliva— El asunto del *Vengador* se trata en el taller desde el momento en que apareció en las noticias la foto en el mes de septiembre. El curso comenzó unos días más tarde. Cierto que varios compañeros y yo mismo alentamos a los demás para que así fuese.

—Suéltalo, Paco, lo que digas no saldrá de aquí— intervino Diego que estaba

empezando a sentir cierta intranquilidad.

—Sí, sí, lo siento, es que no sabía cómo contarlo. Bien, pues resulta que el profesor nos preguntaba que en el supuesto de que se tratara de una ficción, qué debería hacer *El Vengador*. Al poco llegó la primera nota, y propuso que debería insistir con otra nota si no le hacían caso— miró al inspector y a Diego— y eso pasó, envió otra nota. Después otra y por último está lo del cadáver de Valladolid. Dijo que el asesino debería dar un golpe de efecto con un nuevo crimen, hacer algo diferente.

Ante el silencio de sus interlocutores continuó con su exposición.

—Si se hubiera tratado de un crimen, digamos, ajeno a todo esto hubiéramos hablado de otra coincidencia más, extraña, sí, pero nada más allá de una simple coincidencia, pero que maten de esa forma a alguien relacionado directamente con las víctimas del *Vengador* es demasiado para que se trate de un hecho aislado ¿no creen?

—Usted cree que su profesor…

—Jaime Valdés, es escritor.

—¿Cree que Jaime Valdés es, o tiene relación con *El Vengador*?— intervino el comisario con el bigote entre los dedos.

Paco cruzó las piernas, bajó la mirada, si por él fuera y pudiese regresar al instante en el que se atrevió a dar el paso y entrar en la comisaría, en esos momentos pasaría de largo.

—Como dije al principio no tengo pruebas. Es sólo que me extrañan tantas coincidencias en tan poco tiempo

—Sí, resulta llamativo.

El Policía Local se puso en pie

—Creo que les estoy haciendo perder el tiempo con una historia sin sentido. Lo lamento, yo…

—¿Cuál es el horario del taller?

—Es de lunes a jueves por las tardes, de seis y media a nueve, pero ahora lo lleva una profesora, temporalmente.

—¿Y eso?

—A Jaime Valdés le asaltaron en su casa y está en el hospital.

26

Dar con su paradero resultó sencillo cuando fue consciente de lo que tenía que buscar. Había perdido mucho tiempo empeñándose en que Segismundo Ganzán mantendría su verdadera identidad. Nada aparecía con su nombre, ni en los bancos ni en Hacienda. Nada posterior al momento en el que huyó de San Vicente de la Barquera cuando comprendió que el siguiente de la lista tras su hermano el camionero y su propia mujer sería él, sin lugar a dudas.

A las pocas semanas de entrar en el bufete, Maite conoció a un chico de su misma edad que trabajaba en la Seguridad Social, un importante cliente del bufete. Tomaron café y una vez más sin saber por qué se enamoraban de ella. Por su mente pasó la absurda y estúpida idea de pedirle que buscara a Segismundo Ganzán en la base de datos. Lo que consiguió un par de cenas más tarde fue que le permitiera el acceso a dicha base como preparación para su trabajo.

—Son muy duros en el bufete con los nuevos y no sé si pasaré el periodo de pruebas, Cristóbal.

—Todo lo que esté en mi mano…

A partir de ese momento dar con el paradero de Segis fue sencillo. Maite recordaba que sufría una minusvalía que le aseguraba una pensión vitalicia, a la que no estaría dispuesto a renunciar con un cambio de identidad

No se equivocó.

Descubrió el día y la sucursal en la que le harían el ingreso del mes siguiente.

—Valladolid…

Ataviada con una peluca rubia mantuvo guardia desde que el banco abrió sus puertas a la espera de que apareciera el individuo que en las últimas horas recargaba de adrenalina cada célula de su cuerpo.

—Ahí vienes…

Sí, era él, sin lugar a dudas.

Su característico andar le delataba. No sabía qué le había sucedido ni le importaba, lo único que sabía y le importaba era que su siguiente víctima se

hallaba frente a sus ojos.

—No te escaparás.

Lo complicado fue cargarse de paciencia y hacer caso a Jaime Valdés. Un asesino inteligente rara vez se deja llevar por sus impulsos, disfruta de cada momento ideando su plan, visualizándolo en su mente una y otra vez. Si es necesario seguir a la víctima, se la sigue, analizando su día a día, indagando el instante en el que poder apartarlo de su rutina y entrar en su vida.

En cuanto le vio salir del banco se hizo la encontradiza. Buscaba una dirección y se sentía torpe. Diez minutos más tarde compartían un café, el primero de varios. Segis le habló de su hijo y de su hija muerta en un tono tan sensiblero que a Maite le supuso un enorme esfuerzo no dejar trasmitir el odio que se apoderaba de ella.

—La culpa la tuvo una niña que acogimos y que le dio un golpe en la cabeza, dejándolo tonto. Su hermana se suicidó. La pobre no pudo soportarlo.

La abogada dejó una mano sobre el antebrazo de Segis.

—Lo siento, ¿tu mujer?

El hombre apretó los labios.

—Murió atropellada. Se dieron a la fuga, qué hijos de puta, si algún día le tengo delante juro que…que lo mato.

Maite se dedicó una sonrisa interna. Como actor era lamentable. Mucho dolor, mucha pena y ni una maldita lágrima, ni siquiera se le habían cargado los ojos con el recuerdo. Las palabras que le dedicó a la presunta chiquilla a la que echaba la culpa de todo lo que sucedió a los suyos la empujaron a poner en marcha el plan cuanto antes.

Segis le habló de su actual pareja. Necesitaba una mujer en casa para que cuidara de su hijo, él no se veía capaz, buscaba una residencia para el chico pero hasta el momento no se la habían concedido.

—No estoy enamorado de Gladys, es como un acuerdo, a ella le viene bien demostrar que tiene pareja aquí y a mí que cuide de mi hijo— llevó la vista de la mesa a los ojos de su acompañante— Desde que mi esposa murió no había vuelto a sentir nada como lo que siento por ti.

Maite disfrutaba de su actuación, de su control de la ansiedad que en otras ocasiones la llevó a comportarse a golpe de impulsos, de emociones.

—Pero si apenas hemos tomado unos cafés— soltó con un mohín coqueto.

—Lo sé, pero es la verdad. Como no me dices dónde vives, ni con quién…

—Quizá más adelante. Tampoco es necesario ¿no te parece? Ya te he dicho que no estoy casada, ni me meto en hoteles con nadie.

—Eso es lo que me gusta de ti. ¿Tienes algo que hacer en Nochebuena? Mi pareja trabaja todo el día y…

El momento deseado ya tenía fecha.

—¿En Nochebuena?

—Ya sé que no es el mejor día, que tendrás familia.

—Déjame que lo hable y te digo.

Segis aguardó con ansiedad los días que Maite se tomó para responderle.

—De acuerdo. En Nochebuena, en tu casa.

Dedicó el resto del día a relajarse en la habitación del hotel, darse una buena cena y por encima de todo a repasar el regalo de Navidad que tenía pensado para Segis. Probó varias veces la pistola eléctrica que tan buen resultado le había dado en otras ocasiones, el estilete, una novedad para dotar al hallazgo del cadáver de un mayor empuje, tal y como había propuesto Jaime. Unas cuerdas elásticas para cargar de erotismo el ambiente, un sinfín de recuerdos de la figura de Segis y una peluca rubia.

La abogada no había sufrido los abusos en su propia carne del que fuera su padre de acogida. Se libró porque a él le gustaban con los trece años cumplidos, pero jamás podrá olvidar los lloros y dolores de las dos hijas, que cada noche se turnaban en su cama y en la de su hijo con el beneplácito de la madre. No dejaba de sorprenderla el brutal cambio de imagen de la familia de puertas a fuera. Nadie hubiera podido sospechar lo que sucedía entre esas cuatro paredes.

Su móvil volvió a sonar.

Esta vez lo cogió.

—Hola.

—Maite, por fin me contestas, te he llamado varias veces.

—Lo sé, no he podido responder.

—¿No estarás con otro, verdad? Mañana lo pasamos juntos.

Maite tomó asiento en la cama, su estómago le pedía vomitar todo lo que significaba para ella el repugnante personaje que se hallaba al otro lado del teléfono.

—Ya sabes que cuando estoy trabajando no cojo el teléfono, Segis. Si no te llamo es porque no puede ser ¿lo entiendes? Si te vas a poner celoso o pesado lo dejamos aquí. Tiene narices que tengas pareja y me montes estas escenitas— lo soltó todo de sopetón, procurando adornar el tono de voz de una pincelada de reproche por lo que acababa de escuchar.

—No te pongas así. Quiero verte cuanto antes, esta noche puedes…

—Mañana, Segis, mañana. En eso habíamos quedado ¿no?— dudaba si estaba tensando demasiado la cuerda. Sabía qué tipo de individuo era y el placer que le generaba que le trataran de ese modo. Con las niñas era él quien tomaba el otro rol.

—Esto es lo que me gusta de ti, Maite. Tu carácter— respiró profundamente unos instantes— entonces mañana a las seis en mi casa.

—No, a las ocho como pronto.

Pasaban diez minutos de la hora señalada cuando llamó al timbre. De un hombro colgaba el bolso con todo lo necesario para que su anfitrión disfrutara de una velada inolvidable, en la mano una bolsa con dos botellas de vino.

—Pasa, déjame tu abrigo— miró la bolsa— no debías haber traído nada.

—¿Y ella? ¿No vendrá?

—No, trabaja todo el día y parte de la noche. Cuando salga se irá a su casa a dormir, le he dicho que estaría ocupado— acompañó su comentario con una sonrisa torcida.

—¿Tu hijo?

—En su habitación pero estará dormido unas horas.

“Pasaré luego a verle…”

Durante la primera hora dieron buena cuenta de una de las dos botellas de vino y de los langostinos que Segis había comprado. Dos de sus escapadas a la cocina las aprovechó Maite para echar varias gotas de cianuro en la copa de vino. Nada más lejos de su intención que la noche se alargara. Pretendía que Segis se sintiera débil mientras estuvieran en la cama y a partir de ahí todo sería mucho más fácil.

—¿Qué? ¿No comes más?

—No tengo hambre. Prefiero hacer otras cosas— sonrió con un mohín pícaro — voy al baño, ¿me esperas en tu dormitorio?

En el rostro del individuo se talló una amorfa sonrisa.

—Es lo que estaba esperando. Ni te imaginas lo que he soñado con este momento.

—Ahora voy— dijo tras dejarle el roce de sus labios en la boca— ponte cómodo.

Cogió el bolso y desapareció por el pasillo. Antes de entrar en el cuarto de baño se asomó a una habitación. Una persona tumbada sobre una cama, aparentemente dormida.

—Ahí estás, pequeño hijo de puta. No tan pequeño ya, luego vendré a

saludarte.

Cuando regresó al dormitorio, Segis se hallaba en calzoncillos sobre la cama. Al verla llevó la mano a su miembro.

—Tranquilo— dijo al verle— ¿tienes prisa?— dejó el bolso sobre una silla mientras comenzaba a desnudarse.

Deslizó la cremallera lateral del ajustado vestido y lo dejó sobre el asiento de una silla. Llevó ambas manos a la espalda, se deshizo del sujetador con lentos y estudiados movimientos y lo situó a caballo sobre el respaldo.

—Lo que tengo son muchas ganas de ti, Maite.

Ataviada con ropa interior de tonos violetas con costuras en blanco, ladeó el rostro y se acercó.

—¿Te gustan?

—Nunca he visto a nadie tan elegante en bragas.

Si el momento no fuera el que era, lo opuesto a cualquier interés erótico por su parte, un comentario como ese habría eliminado de un plumazo todo el componente sensual en el ambiente.

—¿Y eso?— Segis seguía con la mirada los movimientos de su invitada. Acababa de sacar algo del boso.

—¿No te gusta que te aten? A mí me vuelve loca del todo.

—Nunca me han atado.

“Sólo lo has hecho tú, ¿verdad, cabronazo? Si son niñas mejor”

—Déjate llevar.

Segis asintió, sus labios se hinchaban con el paso de los minutos. Comenzaba a padecer cierto dolor en el estómago pero, por el momento, no estaba dispuesto a interrumpir a la chica que jamás pensó que algún día pudiera llevarse a la cama.

—¿Qué haces cuando te vuelves loca del todo?

La abogada le observó como si pensara la respuesta mientras ataba la cuerda en la muñeca derecha de un ansioso Segis y hacia lo propio con el otro extremo en el cabecero.

—Hago todo lo que me piden.

El calzoncillo de Segis comenzaba a quedarse pequeño para acoger lo que escondía.

—Mira cómo me estás poniendo.

—No seas ansioso, niño malo.

Cinco minutos más tarde había terminado de atar minuciosamente a la que se iba a convertir en su primera víctima en los últimos años. Estaba disfrutando del

momento como pocas otras veces había hecho.

Los mismos cinco minutos que había necesitado él para comprender que algo sucedía en su estómago, que sentía nauseas y la respiración agitada. La abogada le observó las pupilas, su creciente dilatación le confirmaba que todo iba bien.

Se subió en la cama sentada sobre él. Dejó el bolso a un lado y miró a su anfitrión. Con gestos pausados se deshizo de la peluca. Mantuvo su mirada en los ojos de Segis, permitiéndole recordar. Se inclinó para apoyar las manos en la almohada, una a cada lado de la cara y acercó aún más el rostro.

—¿Te acuerdas de mí?

El hombre intentó ajustar su borrosa mirada.

El bulto que sentía entre sus piernas comenzó a desinflarse.

—Parece que sí ¿Se te han quitado las ganas? ¿Así, de repente?

Entre retorcijón y retorcijón Segis realizaba visibles esfuerzos por enfocar la mirada en la chica buscando con vehemencia ese rostro en sus recuerdos.

Lo encontró.

—¡¿Tú?! No, no es posible— sus ojos se abrieron teatralmente— desapareciste después de pegar a mi hijo.

—Abusó de mí, como hacía con sus hermanas, lo que tú le enseñaste hijo de puta— suspiró un par de veces— aquél día me pilló en la nevera buscando algo de comer y se puso a gritar como un energúmeno. Le he visto en su habitación, cuando termine contigo le haré una visita.

Segis comenzó a agitar brazos y piernas descontroladamente, a levantar y bajar las caderas como si quisiera quitarse de encima a la mujer que regresaba del pasado.

—O te estás quieto o me obligarás a hacerte daño.

—¡Qué coño quieres! ¡¿EH?! ¡¡No te hice nada, desgraciada!!

—No, tenía que cumplir los trece. ¿Recuerdas?

—¡¿Qué cojones quieres?!

—Eso es sencillo de descubrir hasta para un individuo como tú ¿no crees? Dentro de un rato lo podrás comentar con tu queridísima mujer y con tu hermano.

Segis detuvo sus histéricos movimientos de cabeza y clavó los ojos en ella.

—¿Con… con Candela?— soltó entre titubeos con la boca a medio cerrar, incrédulo— ¿Con Pepe? Pero si están muertos.

En el rostro del *Vengador* se talló una sonrisa torcida.

—¿Tú? ¿Fuiste, tú? ¿Eres Cris?— su voz apenas un balbuceo.

—Sí, pero reconozco que no lo pude disfrutar como hubiese querido, ahora

es diferente, quizá sea el paso de los años, no sé.

De repente Segis comenzó a gritar. Maite introdujo la mano en el bolso, se hizo con la pistola eléctrica y le aplicó una descarga mínima que puso fin a sus insoportables quejidos entrando en un estado de deseado silencio. Saltó de la cama, le quitó los calcetines, los calzoncillos y sin poder evitar el asco que le generaba formó una pelota con las prendas y la introdujo en la boca de su víctima.

Esperó el tiempo suficiente para que despertara y continuar con lo que se había propuesto hacer.

—Segis…Segis…— murmuró acompañando la voz de sendos golpes en las mejillas— cuando me fui de tu casa, después de darle con el rodillo al estúpido de tu hijo, me encontré con tu querido hermanito, pero eso es otra historia.

El individuo abrió los ojos. Tardó unos segundos en comprender dónde se encontraba y quién coño era la mujer que le daba suaves palmadas en el rostro.

—¿Sabes lo que me dije cuando bajé del camión de tu querido Pepe? Otro que se cabreó porque no era virgen. No, no lo era con doce años, la perdí con diez gracias al novio de mi madre, pero esto no viene a cuento.

Los ojos de Segis amenazaban con saltar de sus órbitas.

—Como te decía, cuando me dejó tirada en la carretera me prometí algo que me ha acompañado desde ese momento hasta ahora mismo, que ponga fin a todo esto— guardó unos teatrales segundos y añadió: — me prometí que…no olvidaré tu rostro, ni el tuyo, ni el tuyo… jamás.

Maite extrajo del bolso el estilete, algodón y unos guantes de cirujano. Con lentos movimientos fue introduciéndolos dedo a dedo seguida por la horrorizada mirada de Segis.

—¿Sabes lo que pasa? Que no me he traído el rotulador que suelo utilizar— sacó del bolso una fotografía y se la mostró— qué cabeza la mía. ¿Ves? a este me refiero— con el dedo señaló el texto que rezaba culpable en el cartel situado sobre el pecho del cuerpo sin vida de su mujer, Candela— No murió atropellada como dijo la prensa— Maite se permitió una mueca de satisfacción mientras deslizaba su mirada sobre el estilete— eso fue después de darle lo que se merecía.

Colocó una gruesa manta sobre la cintura de Segis y se sentó sobre ella.

Señaló el bisturí.

—Este es mi rotulador, a falta del original —sonrió— no te preocupes que haré un buen trabajo, verás…

Llevó el estilete al pecho del hombre y comenzó a trazar la letra c.

Tuvo que detenerse. Los incontrolables movimientos del individuo impedían delinear las letras como deseaba. Con una nueva descarga la calma regresó al dormitorio.

—Qué tonta soy, casi se me olvida— cogió el pequeño frasco que contenía cianuro y vertió unas gotas en la boca de Segis, cuando terminó volvió a dejar los calzoncillos y calcetines a modo de tapón.

Trazó con calma letra a letra, *culpable*. Curiosamente no se sentía especialmente satisfecha, le embargaba una sensación similar a la experimentada en otras ocasiones. Era como si todo respondiera a lo que esperaba de ella misma, como cuando una persona da las gracias a un policía y este responde algo como; no tiene importancia, es mi trabajo.

Esto es lo mismo.

Para terminar faltaba un detalle.

Extrajo de la boca de Segis su ropa interior y comprobó que el cianuro ya había hecho su efecto. No supo si alegrarse o no, lo que venía a continuación hubiera supuesto un insoportable cúmulo de jadeos y movimientos de brazos y piernas.

—No soy una sádica, aunque este tipo de gentuza se merezca esto y más.

Con dos dedos cogió el pene. De dos secos cortes lo separó del cuerpo, lo envolvió en los calzoncillos y lo introdujo en la boca de la víctima.

Llevó la vista al recuerdo de su profesor del taller.

—Esto es darle un golpe de efecto, ¿no, Jaime?

Veinte minutos más tarde dejó todo a su gusto eliminando cualquier huella que pudiera haber dejado en la casa. Sacó varias fotografías con el móvil desde diferentes ángulos y antes de abandonar la vivienda se acercó a la habitación del chico. Lentamente abrió la puerta, asomó la cabeza. El hijo de Segis parecía dormitar ajeno a todo lo que sucedía en el otro extremo de la vivienda.

Tomó asiento en el borde de la cama.

—Despierta, pequeño hijo de puta.

El chico abrió los ojos.

Maite apuntó con la cámara del teléfono y le sacó varias fotos.

Nadie habló durante un largo minuto.

—Sí, soy Cris ¿te acuerdas de mí?

El hijo de Segis no decía nada. Sólo la miraba aterrorizado.

—Yo que tú no saldría de aquí hasta que no llegara la policía. Si dices una sola palabra de mí, te buscaré y haré contigo lo mismo que he hecho con tu

padre ¿me entiendes?

—Sí...sí…— su voz entrecortada.

—Debería hacerlo ahora pero no soy capaz de abusar de alguien en tu estado, sólo lamento no haberte dado más fuerte aquel día— elevó los brazos al aire mientras negaba con vehemencia— ¿pero cómo pudiste hacerle eso a tus hermanas? ¿Eh? ¡¿Y a mí?!— bajó la mano dispuesta a estrellarla en el rostro del individuo que tiñó de negro una etapa de su vida, pero se contuvo a tiempo.

Se incorporó aguantándose las lágrimas.

—¿Sabes dónde vive tu hermana?

El chico negó con la cabeza.

—No tengo nada contra ella, al revés, siento lástima por la vida de mierda que le habéis hecho llevar. Quería decirle que todo ha terminado.

Se puso la peluca y se encaminó hacia la puerta. Antes de salir se giró.

—Ya se enterará por la prensa y cuando lo haga será feliz. Ah y no olvides nunca lo que te he dicho.

27

Toñín llevaba varios días esperando carta de Cris. Asomado a la ventana de su habitación aguardaba impaciente a que Toribio, el cartero, apareciera por la esquina sentado en su moto amarilla.

—Ahí está…— murmuró al divisar la figura del individuo que dejaba un paquete de sobres en el buzón de unos vecinos.

Bajó de dos en dos los escalones que le llevaban a la planta baja y corrió por el vestíbulo hasta la puerta de la calle. Asomado tras una pequeña ventana, a resguardo de su correspondiente cortina, no perdía detalle de cada movimiento de Toribio. Le vio acercarse, sin descender de la moto dejar varias cartas en el buzón y partir de nuevo.

Se obligó a guardar un par de eternos minutos antes de salir de la casa bien abrigado, guardaba cama por un resfriado, y hacerse con el correo. Entre los sobres creyó distinguir el que buscaba, lo cogió y depositó los demás en el buzón. Si los dejaba en la mesa de la entrada tendría que dar a su padre unas explicaciones, con las que no contaba, por haber abandonado la cama.

Cogió el sobre y buscó el remitente.

—Raúl…

Sonrió a letra de Cris.

Desde que su amigo le envió la primera carta y descubrió que no se trataba de él sino de ella, había recibido con esta ya cuatro. En la primera, Cris le habló de tener una cuenta de correo. Le había enviado ya un par de ellos pero por lo visto resultaba más complicado de lo esperado acceder a un ordenador, así que de momento seguían con las cartas.

Leyó:

“*Hola Toñín.*

No veas la rabia que me da no haber podido leer los correos que me has enviado. No nos dejan que entremos en internet con los ordenadores de la sala, pues vaya tontería. Me pregunto para qué los tienen, pero seguiré intentándolo.

En las otras cartas no te di las gracias por todo lo que hiciste, me salvaste la vida y eso no lo olvidaré nunca. No te preocupes por nada, nadie habla de lo que sucedió.

¿Sabes? Estoy triste, Susa se ha ido sin decir nada, eso dice doña Herminia. Estoy segura que los malditos hermanos Rosales han tenido algo que ver. Aquí pasan cosas muy raras, Toñín. Tomasa se escapó, la encontraron y la han metido en otro centro, seguro que se vuelve a escapar ¿te puedes creer que se presentó en casa de Raúl, en la granja?

Han venido dos familias, una de ellas me ha caído muy bien pero no me fio de nadie. Sigo haciéndote caso y portándome bien para salir de aquí. Tenemos mucho que hacer. A mí no me desaparece la rabia.

Tengo ganas de verte, que lo sepas.

Espero que sea pronto.

Tu mejor amiga, Cris"

—A mí tampoco me desaparece…

Llevaba medio año con Diego y su vida había cambiado completamente. Lo peor fue dejar de soñar cada noche con el azadón y el cuello del vigilante. Oía el chasquido en cuanto apagaba los ojos, varias noches se despertó envuelto en un sudor frío. No, no era arrepentimiento lo que provocaban las pesadillas. En sus sueños se veía tirando del azadón para soltarlo, levantar las manos en el aire y dejarlo caer una vez más en el mismo lugar.

Eso hubiese querido hacer con el desgraciado que vio encima de su madre, golpearle una vez y otra y otra.

—Algún día lo haré, mamá, ya lo verás.

Había vuelto al cole y hecho algunos amigos con los que de vez en cuando salía a la calle. Le había gustado darse cuenta que su padre, Diego, era muy querido en Ruiloba, como su familia. Todo el mundo hablaba muy bien del inspector, para sus nuevos amigos tener un poli como padre no era cualquier cosa.

Se sentó en el ordenador y empezó a escribir un correo para su mejor amiga, Cris. Nunca había conocido a nadie como ella, estaba seguro que no tardarían en verse. No había otra persona en el mundo a la que se sintiera más unido. Era a la única que le había contado lo que vio en su casa cuando asesinaron a sus padres, lo que sintió y sobre todo lo que sigue sintiendo desde entonces. Jamás pensó que su historia fuese incluso peor. De ella abusó mucha gente, los novios de su madre, el camionero, el hijo de Segis, el propio Segis, otro padre de acogida.

Demasiada gente.

Sabía que pensaban igual, que algún día, no sabían cuándo ni cómo todos ellos pagarían, cuando menos se lo esperaran.

Escribió:

"*Hola Cris.*

Acaba de llegar tu carta, estoy resfriado y como estaba en casa la he podido leer ya. Cuando termine la mando a tu correo y como me dices que no sabes si podrás leer pues la imprimo y se la mando a Raúl para que te la lleve.

Espero que salgas pronto y nos podamos ver.

Lo de Susa es muy raro que se vaya sin avisar, si eres su mejor amiga. Igual encontró familia rápido y no pudo decírtelo. Siento que Tomasa este así, con lo bien que estaba con Raúl. Lo sabía porque me lo dijo él, me llamó el otro día.

Te dejo el teléfono de mi casa por si algún puedes llamarme.

Escribe.

Y no tardes ¿eh?

Tu mejor amigo, Toñín."

Cris no había querido contarle con detalle lo que pasaba con ella, sus amigas y los hermanos Rosales. Estaba más que harta de contar malas noticias, aunque tampoco era algo raro ¿no? en La Esperanza las alegrías que compartir eran más bien escasas. A los pocos días de irse Raúl llegaron los hermanos.

"Unos chulos"

Eran los más mayores, y se metieron en problemas desde el primer momento. Recuerda como las seguían a ella, a Tomasa y a Susa. Una tarde uno de ellos se llevó un buen bofetón en clase de parte de Tomasa. Fue unos días antes de que se fugara, desde ese momento no paraban de seguirlas. Una noche, antes de irse a la cama uno de ellos le dijo a Susa que había llegado su momento, o algo así, Cris no lo recuerda bien porque su amiga estaba muy nerviosa cuando se lo contó.

No la volvió a ver.

Los hermanos Rosales abandonaron La Esperanza al día siguiente.

Cris no quería que Toñín sufriera por ellas, ya lo había pasado muy mal. Quién sabe, quizá algún día se lo contara todo.

"¿Habrá leído ya mi última carta?"

Le daba una rabia tremenda no tener ordenador. No había dejado de buscar la forma de hacerse con uno. Desde que decidió portarse bien las opciones que en otro momento hubiese barajado, como colarse en algún despacho o escaparse a algún locutorio que hubiera por la zona, estaban descartadas.

No exactamente.

Saber que Toñín le había enviado dos correos le hacía sentirse como una idiota. No entraría sin más en ningún despacho pero algo tenía que hacer, lo más importante es que nadie la pillara.

—Se te ve muy pensativa.

La voz de Vicen, el jardinero, la sorprendió a su espalda.

—Qué susto me has dado, Vicen.

—Perdona, creí que me habías oído llegar ¿qué haces aquí tan sola?

Desde que Tomasa, Susa y Raúl se fueron no había vuelto a hacer amigos. Al menos, no como ellos. Un día estaba escondida en el almacén y apareció Vicen, pensó que iba a chivarse o llevarla a la directora, pero lo que sucedió es que desde ese momento encontró un nuevo amigo.

—Ya sabes, esperando noticias.

—¿Otra carta?

Cris dibujó una extraña mueca.

Miró a un lado y a otro y habló con voz queda.

—Ya le habrá llegado, pero lo que quiero es un ordenador, no para mí sino que me lo dejen un rato.

Vicen permanecía de pie, no quería que doña Herminia, ni doña Valentina, ni nadie le viera hablando con una interna sentada a su lado. En el lugar que se encontraban podía vigilar si se acercaba alguien.

—¿Qué fue de los que trajeron?

—Pues que no tienen internet, para ver mi correo necesito que lo tenga.

Vicen negó con la cabeza mientras se rascaba la nuca.

—No entiendo lo que me dices pero veo que es muy importante. Dime una cosa ¿dónde puede haber un ordenador de esos que te valga?

Cris lo tenía muy claro.

—En el despacho de la directora o en el de Roberta, por ejemplo.

—Está complicado entrar en esos sitios.

—Lo sé.

—¿No se te ocurre ninguno lugar más?

La niña apretó los labios y cruzó los brazos. En su rostro un gesto de total concentración.

—En un locutorio.

El semblante de Vicen se iluminó.

—La novia de mi sobrino tiene uno.

Los ojos de Cris se abrieron exageradamente.

—¿Sí?— al mismo tiempo que se abrían se cerraron. Su alegría tardó en disiparse los escasos segundos que le llevó comprender que jamás podría ir a un locutorio, por lo menos hasta que no encontrara una nueva familia—…pero no puedo salir de aquí…

Vicen observó el rostro compungido de la pequeña que le había robado el corazón. Tenía por costumbre no mezclarse con los internos. Sabía que sucedían cosas en el centro y prefería mantenerse al margen. Su cometido estaba entre el jardín y el almacén, no ponía un pie en el interior del centro a no ser que doña Herminia lo mandara buscar.

Sí, sabía al menos parte de la dolorosa vida de esa chiquilla a la que parecía que todo le salía mal. Se disponía a hacer algo que si lo descubrían conllevaría su despido fulminante.

—Tengo una idea— dijo al fin— pero tendrás que prometerme que no harás nada sin mi consentimiento.

—¿Una idea para ir al locutorio de la novia de tu sobrino?— Su rostro iluminado reflejaba la ilusión que le generaba la posibilidad de poder acceder de una vez a su correo.

—Sí.

—Lo prometo, Vicen.

—Tendremos que darnos prisa. Ya sabes que si nos cogen me echaran del trabajo, hay que tener mucho cuidado ¿vale?

—Vale.

Quedaron después de la siesta, el jardinero necesitaba comprar abono y reparar el azadón. Cris le aguardaba en el almacén. En cuanto vio la pequeña furgoneta detenerse frente a la puerta abandonó su escondite y se escondió en la parte trasera. Media hora más tarde se hallaba en el interior del locutorio sentada frente a un ordenador accediendo a su correo. Al salir del locutorio era la chica más feliz sobre la tierra, había leído todos los correos de su mejor amigo y además tenía su número de teléfono.

No pudo aguantarse.

—Vicen, ¿me dejas veinte céntimos?

—¿Qué quieres comprar con tanto dinero?

Cris torció el gesto.

—¿Es mucho? Era para llamarle a su casa, como me ha dejado su número me gustaría escucharle y…

El jardinero pasó su enorme y morena mano sobre la cabeza de la niña y sonrió.

—No, no es mucho. ¿Ves esa puerta?— señaló una cabina del locutorio— métete ahí y llama.

—¿Sí?

—Claro, pero no tardes.

—No, te lo prometo.

No la separaban ni cinco metros de la cabina pero le dio tiempo a sentir como se le humedecían las manos, y a su corazón agitarse como no recordaba.

“Seguro que no está o lo coge el policía”

Con el auricular en la mano suspiró varias veces. Desdobló el pequeño papel donde había apuntado el número y marcó.

Un tono, dos, tres…

Un clic.

—¿Sí?

“¡Es él!”

Quería hablar, pero la emoción la impedía vocalizar.

—¿Dígame?

—¿Toñín…?

—Sí, soy yo.

—Soy tu mejor amiga…

—¿Cris?

28

Paco abandonó la Jefatura sin saber si había obrado correctamente. Como ciudadano su actitud podría considerarse dentro de lo normal, de alguien preocupado por la seguridad de los suyos. Avisar del peligro que podría esconderse en la amable figura de un escritor entraría dentro de sus atribuciones.

Pero como Policía Local era otra cosa.

No se había presentado ante al comisario Redondo como el ciudadano Francisco Calatayud, sino vestido con su uniforme oficial. Si le habían tomado en serio sus temores carecerían de sentido, pero si habían visto en él a alguien demasiado impresionable por unas absurdas coincidencias quizá su carrera profesional se viera afectada.

—¿Qué te parece lo que nos ha contado?— Diego acababa de poner al corriente a su compañera de la conversación mantenida con el colega de la Local.

—¿Qué quieres que te diga? Un lío más. Si está en lo cierto, es posible que ese escritor sepa algo o guarde alguna vínculo con *El Vengador*, esto me llevaría a plantearme qué narices hacemos con todo lo que llevamos investigado— María cruzó las piernas y negó— es posible que sean imaginaciones suyas, no veo qué relación puede haber entre un individuo de cincuenta y seis años, escritor, que reside habitualmente en Madrid, con el camionero, Segismundo y su esposa, los hermanos, el vigilante…

Diego escuchaba a su compañera desde la ventana, con la vista en la calle, sin poder quitarse a su hijo, al azadón y doña Herminia de sus pensamientos.

—Yo tampoco, todo esto se está liando más de la cuenta y la solución está en lo sencillo— dijo vuelto hacia el interior de la sala.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenemos que saber buscar entre toda la documentación que tenemos. De momento no vamos a descartar nada, ni la vía del escritor al que haremos una visita. La buena noticia, por decirlo de algún modo, es que está hospitalizado y

de ahí no saldrá a matar a nadie.

—Buena forma de verlo, Diego. Por cierto…— cogió una carpeta— lo ha traído cruz mientras estabas con el de la Local— dijo entregándosela— es el informe de la investigación del asesinato de Segismundo Ganzán.

—¿Has visto algo que te llame la atención?— abrió el dosier y comenzó a leer.

—La verdad es que sí. Según dice el informe, el hijo de Segismundo estaba atiborrado de sedantes, se había hecho todo encima. Los compañeros llegaron a la vivienda el domingo por la tarde, el día de Navidad y todavía le duraban al chico los efectos.

—¿Quién lo descubrió?

—Su actual pareja Gladys…

—Gladys Mejía Santana…— leyó el inspector.

—Me pregunto porque un padre iba a drogar a su hijo en Nochebuena. A no ser que…

La subinspectora quedó con la mirada perdida unos instantes.

—Dilo, a no ser que…

El rostro concentrado de María era fiel reflejo de la actividad en la que se hallaba inmersa su cabeza en esos momentos.

—A no ser que esperase visita y no quisiera ser molestado. Conocía a su asesino, asesina mejor dicho y confiaba en pasar un buen rato con ella— llevó la caperuza del Bic a la boca— ¿qué tipo de individuo hace eso a su hijo deficiente mental? Está claro que no le importaba en absoluto. ¿Quién se puede poner a…a atener sexo en la habitación de al lado sabiendo que tu hijo está…? Prefiero no pensar en ello.

Diego tomó asiento de nuevo.

—Todo lo que apuntas habla de la personalidad de Segismundo Ganzán. Hay algo extraño. A ver qué opinas…— pasó un par de hojas del dosier y miró a su compañera— damos por hecho que conocía a su asesina. Para llevarla a su casa no se trataría de alguien con quien acaba de cruzarse en la calle. Había restos de langostinos en la basura, una botella de vino sin abrir, un par de vasos sucios pero sin huellas… Lo que quiero decir es que…

—Lo que quieres decir es por qué, si la conocía, no huyó de ella ¿no? Y por qué ella si sabía quién era Segismundo Ganzán ha tardado tanto en terminar con él.

—Recuerda que utilizaba otro apellido.

—Sí…— calló unos instantes y añadió: —de alguna manera lo localizó en

Valladolid y fue a por él. Eso quiere decir que en el fondo no se conocían tanto, posiblemente el tal Segis se creyó que había ligado.

—Eso concuerda, no tenía por qué conocerla de mucho antes ¿Y la nota que recibimos de Valladolid?

—¿Qué nota?

Diego buscó en sus pantalones.

—Perdona, se la dio Cruz al comisario cuando salimos de su despacho— le entregó el pequeño sobre a María.

—Sigan cavando…— susurró a la nota— estoy de acuerdo— levantó la vista buscando la de su compañero, con un leve gesto de cabeza requirió su opinión.

—Eso mismo le he dicho al comisario. Siguiendo con lo que estábamos, ¿por qué nos envía la nota desde Valladolid? ¿Por despistar o porque reside allí desde que localizó a Segismundo Ganzán?

El clic del resbalón de la puerta se adelantó a la respuesta de la subinspectora. Fausto Redondo entraba en la sala.

—Me comenta el comisario Ramírez que el hijo de la víctima no dice nada de la tarde que mataron a su padre. Ni oyó, ni escuchó nada.

—Es comprensible si estaba tan sedado.

—Sí, puede ser. La pareja dice que ella no sabe nada, que Segismundo le dijo que estaría ocupado esa tarde y que no durmiera en casa.

—Pero vamos a ver comisario ¿no eran pareja?— María extendió los brazos.

—No sé qué decirle. Ya sabe que hoy en día las hay de muy diferentes modalidades. Quizá sea de una de esas… ¿Cómo las llaman?— chascó los dedos en el aire.

—¿Abiertas?

—Sí, eso,

—Podría tratarse de una pareja de conveniencia— apuntó el inspector.

—Sean como sean, la cuestión es que a ella no le debió impresionar demasiado que su *pareja*— Fausto separó las sílabas al vocalizar la palabra— le dijera que no regresara hasta el día siguiente.

—Sí, encima siendo Nochebuena— María bajó la vista al dosier— ella trabajaba pero no me parece escusa suficiente.

—Creo que de Valladolid no hay más que sacar a no ser que científica encuentre algo que nos ayude.

—Eso parece. Por cierto, jefe ¿haremos caso a la nota y se volverá a cavar?

—No me gusta seguir sus mandatos pero no queda otra. Comenzarán mañana a analizar más en profundidad el área. No se puede levantar todo el campo que

rodea al centro.

—Nosotros nos vamos a hablar con el inspector Trémez— Diego cogía su chaqueta— ¿Algo que debamos saber de él?

—Se jubiló hace unos años, o le jubilaron, no sabría decir. Algo sucedió con su expediente, fue un caso comentado pero no salió de los pasillos. Lo que sí les puedo decir es que la investigación de la muerte de los hermanos Rosales fue la gota que colmó el vaso.

—¿Puede ser más explícito?

—Fueron órdenes de arriba, no me pidieron mi opinión, Olivares.

—¿No hay nada escrito que pueda darnos una pista de con quién vamos a hablar?

—No, hágase a la idea de que se trata de alguien que fue compañero nuestro y que no terminó su carrera de la mejor manera posible.

Demetrio Trémez colgó el teléfono con una calma inusitada. Su carrera en el cuerpo de policía se había caracterizado por lo contrario, su fuerte carácter era bien conocido por compañeros y detenidos. La llamada del inspector Olivares pidiéndole unos minutos para hablar sin concretarle el caso sobre el que quería conversar le estaba sumiendo en una extraña sensación de indiferencia. Sabía que esa sensación podía ser pasajera. Bastaba con que se sintiera ofendido o atacado para que su actitud fuera bien distinta.

Una hora más tarde llamaban a la puerta de su casa a las afueras de Santander.

—Inspector Trémez—Diego le ofreció la mano— soy…

—Estoy jubilado, inspector Olivares, basta con Demetrio o Trémez, como prefiera— apuntó mientras aceptada la mano y mostraba una sonrisa forzada.

—Mi compañera, la subinspectora Pinta.

—Subinspectora… Pasen, por favor. En mi época no disfrutábamos de tan grata compañía.

María frunció los labios. No sabía cómo tomárselo.

—Espero no haberla molestado. Siéntense, por favor— ofreció un par de butacas— sé que mi comentario años atrás podría ser catalogado como un piropo pero hoy día más de una me habría tachado de machista— carraspeó mientras ladeaba la cabeza— Una línea complicada de trazar. A veces pienso que estamos perdiendo el norte.

—No se preocupe, no me ha molestado.

Trémez había decidió no ofrecerles nada de beber para que no pensaran que buscaba algo. Haría lo que la mayoría de la gente que interrogó hizo con él; responder a las preguntas confiando en que se marcharan cuanto antes.

—¿Qué puedo hacer por vosotros?

Diego tomó la palabra.

María analizaba cada gesto del ex inspector.

—Te imagino al tanto de la aparición de varios cuerpos en el que fuera el Centro de Socorro La Esperanza y de un asesinato en Valladolid que lleva la firma del *Vengador*.

Trémez se remetió la camisa por el pantalón sin excesivo éxito. Necesitaba una talla mayor o reducir el contorno de su estómago.

Quizá ambas opciones.

—La vida sedentaria hace que uno se abandone.

—No será por falta de tiempo— intervino María sin poder contenerse y lamentando lo dicho nada más soltarlo— disculpe no quise…

—Llevas razón, estando en activo con menos tiempo libre me cuidaba más— cruzó las piernas— pero no habéis venido a hablar de mi físico ¿En qué os puedo servir?

—Estamos revisando los asesinatos del *Vengador* y…

—¿Revisando? Es un caso cerrado, todo está en los numerosos informes que presenté.

—Sí, los hemos leído— convino Diego— pero el descubrimiento de los cuerpos que te comentaba y el asesinato de Valladolid, nos llevan a…

—Pero vamos a ver— Trémez se incorporó mientras negaba condescendiente con la cabeza— se trata de un caso cerrado, *ce rra do*. *El Vengador* ha muerto. No hay tal *Vengador* ¿No lo habéis entendido?

Diego dejó que pasaran unos segundos para no soltar lo que le pedía el cuerpo. Observó de reojo a María que no dejaba de tomar notas en su libreta.

—Verás, Trémez, el asesinato de Valladolid tiene que ver con los anteriores cometidos por la chica, por *El Vengador*.

Demetrio se frotó la despejada frente. En su semblante una estúpida sonrisa.

—¿Eso quién lo dice, compañero?

—En los informes que presentaste— el inspector optó por continuar con la conversación y hacer caso omiso de sus comentarios— no se aclara por qué fueron asesinados los hermanos Rosales. Sí, la fotografía enviada implica al *Vengador* pero no hemos encontrado el motivo. ¿Nos puedes decir que pasos seguiste?

Demetrio se retrepó en su butaca.

No estaba dispuesto a compartir con nadie los pormenores de un caso que le había llevado a la jubilación anticipada con menos pensión de la que según su forma de entender las cosas se merecía.

—Está todo en los informes. No me acuerdo de cada paso que dimos. Seguimos el rastro de esos hermanos, los centros en los que habían estado, de los que se habían fugado y…

—¿La Esperanza?

—Sí, subinspectora.

—¿Recuerda a doña Herminia?

—Algo, sí.

—Un vigilante de La Esperanza, César Hernández, también murió a manos del *Vengador*. La foto que hizo llegar a la prensa y a nosotros mismos el pasado mes de septiembre así lo demuestra. Te supongo al tanto de la aparición de su cuerpo junto al centro de socorro.

—Es imposible aislarse de los malditos medios— sacó un paquete de ducados— ¿fuman?

Los dos policías negaron con la cabeza.

—Les importa que…— sin aguardar respuesta acercó la llama del mechero al pitillo.

María echó un rápido vistazo a sus notas.

—Como dices, tenemos los informes que presentaste. Los hemos leído y releído, y, Demetrio, por más lecturas que le damos no hallamos el apartado que explique el asesinato de los hermanos, ni el atropello de la mujer de la última víctima, Candela García. Ni el del camionero— María deslizó su posición hasta el extremo de la butaca, las rodillas juntas, en una mano su libreta, en la otra su inseparable Bic— nada apunta al *Vengador* excepto las fotos que ella envió.

Trémez apuró un par de largas caladas y expulsó el humo con fuerza.

—Fuma todo lo que quieras pero haz el favor de no echarme el humo en la cara— soltó Pinta visiblemente molesta mientras agitaba la mano en el aire.

—¿Qué nos puedes decir, Demetrio? Estamos en plena investigación y necesitamos tu ayuda— intervino Diego solícito, intentando rebajar la tensión del ex policía.

—Fueron varios años de trabajo, de perseguir un fantasma. Nada había de él o de ella en las víctimas. Si no recuerdo mal dos eran familiares y…

—Tres con el de Valladolid— aclaró María.

Trémez clavó la mirada en los ojos de la subinspectora.

—Entonces eran dos— volvió el rostro hacia Olivares buscando complicidad masculina— nada excepto ese vínculo familiar les relacionaba. Ninguna conexión con los hermanos Rosales, ni con el conserje que mató al *Vengador*.

María y Diego permanecieron en silencio.

—¿Qué más queréis que os diga?— apagó el pitillo con saña.

—Todo lo que recuerdes de los hermanos Rosales— insistió Diego— este el motivo principal de la visita.

Demetrio hubiese preferido hablar de cualquiera de los otros casos.

“Estos no tienen ni idea de mi jubilación anticipada”

El ex policía encendió otro pitillo con parsimonia, confiaba en hacer la estancia de sus colegas en su casa lo más incómoda posible. No, no pasaba por su cabeza compartir con ellos lo que pasó. Tampoco lo hizo con sus superiores pero de alguna manera se enteraron.

—Han pasado varios años, compañeros. No os puedo aportar nada nuevo que no venga en los informes— apoyó una pierna en la mesa y expulsó el humo al techo— los cadáveres aparecieron en una nave, no lejos del centro de Barreda. ¡Uno de ellos con las pelotas destrozadas!— exclamó sonriente— Nadie vio nada, nadie sabía nada. La investigación nos llevó a La Esperanza y ahí se terminó el rastro.

—¿Algo más?

—No, Olivares, como te he dicho no…

—Investigaremos hasta el final, algo que tú no has hecho— soltó María, cansada de la prepotencia del ex policía.

Demetrio estiró el brazo apuntando a Pinta.

—¡Eh! ¡Niñata! ¡No te permito que me hables así, desgraciada, y menos en mi puñetera casa!

Diego se situó entre medias.

—No me obligues a intervenir…—susurró en el oído de Trémez.

—Pues átala en corto, si no la próxima vez te juro que…

—No me has entendido, Demetrio, lo digo por ti. No la conoces, yo en tu lugar dejaría las cosas como están.

—¿Por mí…?— achicó los ojos, como si no comprendiera.

María se encaminó hacia la puerta seguida de su compañero. Una vez en el coche le mostró una amplia sonrisa.

—¿Qué le susurrabas?

—Mejor no quieras saberlo. Por cierto, has estado muy bien. Ni cabreándole ha sido capaz de decir nada que justificara su investigación.

—Por llamarlo de alguna manera ¿no?

—Lo que está claro es que lo que hizo le valió la jubilación anticipada, pero no creo que tenga nada que ver con el caso, más bien será una cuestión de negligencia.

Callejearon en silencio durante unos minutos.

—¿Qué propones?

—Creo que deberíamos hablar con los colegas de la Brigada Central contra la Trata de Seres Humanos, a ver si han averiguado algo de las dos prostitutas— Diego se hizo con su móvil del bolsillo.

—A ver si tenemos suerte.

Antes de que el pulsara el número de su contacto el teléfono comenzó a sonar.

—Luego diremos que las coincidencias no existen— dijo al ver el nombre que aparecía en pantalla— Paloma, en estos momentos me disponía a llamarte. Pongo el manos libres que voy con mi compañera en el coche.

—Me alegro de haberme adelantado, Diego. Imagino que la subinspectora está contigo ¡Hola María!

—¡Hola Paloma!

—A ver si nos tomamos unos vinos de chicas.

—¿De chicas?— intervino Diego— cómo sois.

—Sí, de chicas, que tenemos cosas que contarnos y que no interesan a nadie más.

—Vale, vale, me callo. Vamos a lo nuestro, Paloma ¿Alguna relación entre las dos mujeres y el vigilante?

—Hemos enseñado la foto que nos diste de César Hernández entre todos los tugurios de Santander y puedo decirte que era conocido en varios de ellos.

—Sí.

—Como sabes, nadie va a reconocer que dos chicas muertas trabajaban de prostitutas en sus locales.

—Sería pedir demasiado. Lo sé, pero…

—Pero le han visto en varias ocasiones con al menos una de ellas, la de Nigeria. La polaca era relativamente nueva en el negocio. No sé si os vale de algo la información.

—Siempre nos vale todo lo que nos cuentas.

—Anda, no seas pelota. María, recuerda esos vinos ¿eh?

—Claro, Paloma, cuando quieras me apunto.

El inspector guardó el teléfono y miró al frente. Su rostro concentrado y serio reflejaba lo que pasaba por su cabeza.

—Qué caso más complicado. Si damos por hecho que el vigilante se cargó a las dos prostitutas, eliminamos a la directora como posible sospechosa.

—Por una vez ha sido sincera en algo, pero recuerda que tenemos a los dos críos.

—Sí. Quizá hubieran sido tres si Toñín no hubiese tenido el valor de intervenir.

Diego apretó los labios y asintió.

29

Cris se despierta sobresaltada, es su primera semana con la nueva familia y no ha logrado conciliar el sueño ni una sola noche. Siempre la misma pesadilla. No se trata de un sueño en el que pase miedo, es apenas una imagen. Ya le sucedió en La Esperanza.

—Otra vez…— murmura sentada en la cama, empapada en sudor.

De pronto un suave repiqueteo de nudillos en la puerta. Bajo el umbral aparece el sonriente rostro de su nueva madre; Daniela.

—¿Estás bien, Maite?

Sí, nueva familia, nuevo nombre, así se lo pidió a sus padres de acogida. Quería comenzar una nueva vida y dejar atrás su pasado, mintió a medias. Sabía que nunca podría vivir como la gente normal, estaba marcada, pero deseaba hacer las cosas bien, como le decía Toñín.

—Sí, sólo un sueño— volvió a tumbarse— gracias.

—Descansa, cielo.

En los siete días que llevaba en esa casa jamás se había sentido tan a gusto. La trataban como si de verdad les importara lo que pensara o lo que le apetecía hacer. Cierto que sólo era una semana, demasiado poco tiempo para valorar nada pero suficiente para haberse fugado como ya hizo en otra casa.

Tenía una hermana que ya no vivía con sus padres, se podría considerar como hija única de un matrimonio adorable.

Cerró los ojos.

La imagen de la mujer mayor hablándole de las bondades de la lluvia le hacía sentirse bien, pero tras ella se formaba otra que la inquietaba. Hablaba con un chico, no podía recordar si se trataba de alguien conocido o inventado, frente a ella su propio reflejo…

Un reflejo que la aterrorizaba.

Sí, se trataba de ella, pero cuando agitaba las manos o sonreía, el reflejo no hacía lo mismo. A veces se quedaba mirándola, otras se movía como si tuviera

vida propia.

—Sígueme, Elena…

—¿A dónde? ¿Pero cómo te voy a seguir si eres mi reflejo?

La escena se repetía en sus sueños como un bucle. Unas veces era Elena otras Manuela, las menos, Cris.

No era este sueño lo único que no le permitía dormir.

No, un constante estado de nervios se lo impedía. Estaba muy contenta, no tardaría en ver a Toñín. El problema era que estaba un poco lejos, en Ruiloba, no sería fácil que le permitieran ir en autobús.

Toñín aportó una solución.

—Voy camino de los dieciséis, creo que Diego me dejará.

—¿Sí? bien.

—Puedo ir con él a Santander y vernos, le digo que he quedado con un amigo del colegio y ya está.

Sólo faltaban dos días para que ese momento se hiciera realidad. Había transcurrido más de un año desde que le vio entrar en el coche del policía que le fue a recoger a La Esperanza.

Cambió de postura rodando hacia el otro extremo de la amplia cama y sonrió.

“Dos días…”

El reencuentro fue conforme a lo esperado. Permanecieron un largo minuto mirándose sin abrir la boca. Expresar las emociones no era algo que dominaran y menos en público. Habían quedado en el Parque de la Marga, junto al Barrio Pesquero. Miraron a un lado y a otro, la gente que pasaba a su lado no les prestaba la menor atención.

—Hola, Toñín.

—Hola, Cris.

—Estás guapo.

—Pues anda que tú.

Otro largo minuto sonriéndose antes de eliminar los escasos dos metros que les separaban y darse dos torpes besos en los mofletes.

—¿Nos sentamos?

Toñín respondió, vale, lo mismo que habría dicho si ella hubiera propuesto dar un paseo o acercarse a la playa o salir corriendo. Por fin, su mejor amiga estaba ahí, delante de él.

Hablaron sin parar durante hora y media, sobre todo Toñín que estaba emocionado con su nueva vida, con la casa, con el colegio, pero sobre todo con

Diego.

—Para mí siempre serás Cris ¿te importa que no te llame Maite?

La chica frunció los labios.

—Vale, pero porque eres mi mejor amigo, pero más adelante me llamarás Maite ¿vale?

—Está bien. Ahora te toca a ti.

—¿A mí?— hundió el labio superior bajo el inferior y se señaló el pecho.

—Sí, a ti, anda, cuéntame.

Cris habló de su nueva familia, de sus padres que la trataban fenomenal, de lo bien que comía, de que pronto iría también al colegio.

Habló y habló hasta que, de pronto, se quedó en silencio.

—¿Qué pasa?

Había algo más.

Algo que nadie sabía, excepto Raúl y ella.

Entrelazó los dedos y bajó barbilla.

—No hemos vuelto a saber de Susa.

—¿Se la llevaron?

—Sí, pero ya no lo harán más.

Toñín se sentó a horcajadas sobre el banco.

—¿Quiénes?

—Los estúpidos de los hermanos Rosales.

No, Toñín no los conocía. Nada supo del poco tiempo que estuvieron en La Esperanza, de su acoso a las chicas y las palizas a los chicos aprovechándose de ser mayores.

—¿A Susa…?

Cris asintió.

—Nos seguían a todos los lados, no nos dejaban en paz. Un día Tomasa le dio un bofetón a uno de ellos que le dejó los dedos marcados en la cara— se llevó las manos al rostro mientras soltaba varias carcajadas

Toñín la imitó.

—No me extraña, con Tomasa mejor no meterse ¿qué pasó?

Los ojos de la niña se cubrieron con un velo acuoso.

Llevó la vista a la punta de sus zapatos nuevos.

—Pues que Susa despareció. Yo sabía que habían sido ellos, pero se fueron al día siguiente. Se lo dije a la directora pero me dijo que eso eran imaginaciones mías. Ella y doña Valentina saben más de lo que nos dicen.

—¿Sabes dónde están esos hermanos?

—Sí…

—¿Dónde?

—En un pozo…

Toñín abrió los ojos exageradamente.

Cris miró a un lado y a otro, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una foto que ofreció a su amigo.

—La hice con tu cámara.

En ella se veía el rostro desfigurado de dos chicos, sobre el pecho un cartón con un texto que rezaba, *culpable*.

—¿Sabes? Cuando miro la foto me da rabia, les hubiera seguido golpeando con la piedra. A este— señaló a uno de los hermanos mientras se llevaba una mano a la boca— le espachurré las bolas.

—Pero, tú…

—No, no fui yo sola, llamé a Raúl y le dije que estos desgraciados— clavó por un instante una fría mirada en la fotografía— le habían hecho algo a Susa. Luego las cosas salieron bien. ¿Te acuerdas de Vicen, el jardinero?

—Pues claro.

—Me dijo que había oído decir a la directora que se los llevaban al centro de Barreda unos meses. ¿Sabes qué paso unos días después? que organizaron una excursión en La Esperanza con los chicos de ese centro.

—¿Estaban ahí?

—Sí, no tardaron en reconocerme y seguirme.

Toñín no perdía detalle de la historia de su mejor amiga. Le entusiasmaba su valentía, la defensa que hacía de Susa. Sabía que hubiera hecho lo que estuviera en su mano por defenderla siempre.

—¿Y Raúl?

—Estaba avisado. Apareció en el centro ese como uno más pero se retrasó un poco— Cris se echó el pelo por detrás de la oreja mientras elevaba una ceja— un poco más y no sé qué me hubiera pasado…bueno, sí que lo sé, que no estaría aquí contigo.

De pronto sus ojos rompieron el velo acuoso que los cubría dejando el paso a un reguero de lágrimas.

—Fui una tonta.

Toñín cogió su mano como muestra de apoyo incondicional. Estaba sintiendo mucha rabia por esos hermanos.

—Sólo quería me contaran qué habían hecho con Susa. Me dijeron que me lo contarían pero no delante de todo el mundo, entramos en una nave y me dieron

un empujón, caí al suelo…:

—¿No prefieres que lo hagamos contigo? Así no tenemos que dar tantas explicaciones— dijo Alberto Rosales con una amplia sonrisa forjada en su rostro.

—Susa ¿se llamaba así? Era una zorra, no veas como disfrutaba— se volvió hacia su hermano— ¿te acuerdas como gritaba?

Cris sentada en el suelo gateaba de espaldas.

—¿Qué habéis hecho con ella, desgraciados?

—¿Nosotros? Nada, sólo lo que nos pidió.

—¿Dónde está?

Los dos hermanos cruzaron sus miradas. Su desconcierto por la pregunta parecía sincero, no duró mucho, justo lo que tardaron en recomponerse y recordar qué era lo que estaban a punto de hacer.

—La dejamos en el jardín con el vigilante y…

—¿Vigilante? ¿Qué vigilante?

De nuevo se miraron.

El golpe fue seco. Uno de los gemelos cayó al suelo como un fardo.

—Contesta a la pregunta— una voz envuelta en infinitas capas de rabia y rencor llegó a los oídos de los hermanos y de Cris. Raúl echó los brazos hacia atrás y volvió a golpear con el madero en la espalda de Juan Rosales que se retorcía de dolor en el suelo.

—¿Tú, quién coño…?— no le dio tiempo a terminar de exponer la duda que le embargaba. El tablón se estrelló en su rostro haciéndole saltar varios dientes por los aires.

—¡Responde! ¿Qué vigilante era ese y dónde cojones está Susa?

Cris se incorporó de un salto. Con la manga de la blusa se secaba las lágrimas. Cogió su pequeña mochila y se la echó al hombro.

—No sé su nombre ¿o es que tú sí que sabes cómo se llaman? Lo único que te puedo decir es que era bajito y muy delgado.

—Ezequiel…— murmuró Cris.

Raúl cargó de nuevo los brazos tras la nuca con el madero firmemente cogido dispuesto a que el último de los dientes de Juan Rosales acompañara en su viaje a los demás. Sus ojos inyectados de un penetrante odio.

—¡No, no!— levantó las manos— ¡Fueron ellos!— con el brazo estirado acusaba a su hermano Alberto que gemía a su lado en el suelo— los dos se la tiraron. Pero juro que cuando nos fuimos estaba bien.

Raúl y Cris siguieron la dirección del dedo acusador y rodearon al inculpado.

Fue un error.

Unos segundos más tarde Raúl cayó desplomado al suelo, tras él Juan con una sonrisa torcida, blandiendo en el aire una barra de hierro.

—¿Por qué has dicho eso, hermano?— balbuceó Alberto que luchaba por incorporarse— tú también te la tiraste.

Cris notaba como la rabia ascendía por sus pies expandiéndose por su pequeño cuerpo. Extrañamente no sentía miedo alguno, sólo imaginar a su amiga sufriendo por culpa de esos dos desgraciados…

—Pero vosotros fuisteis los primeros, yo sólo la sujetaba.

—Eres un maldito cabronazo.

Juan echó los brazos hacia atrás dispuesto a golpear con la barra a su hermano.

—Venga, dame, vamos…

Aprovechando la discusión Cris se separó un par de metros, cogió otra barra y la estalló en el rostro de Alberto, una vez, otra y otra. Con cada golpe sentía como la furia se apoderaba de ella con más ímpetu. Volvió el rostro buscando los ojos de Juan Rosales.

—Estás loca…—balbuceó mientras barría la nave abandonada con la mirada, quizá buscando una salida. Fue una duda momentánea no obstante sólo era un chica.

Los ojos de Cris rezumaban odio. Un odio intenso y profundo. En el semblante de Juan veía a los novios de su madre, al camionero, a la pobre Susa rogando que la dejaran en paz.

Alberto no se movía.

—Lo has matado, ¡has matado a mi hermano!— asió la barra con las dos manos y se encaminó hacia Cris dispuesto a machacar la cabeza de la maldita niña, pero apenas pudo dar un par de pasos. Un tablón golpeó contra su sien deteniéndole en seco. Su cráneo crujió como un tronco seco al partirse.

—Raúl…

Cris soltó la barra y se abrazó a su amigo. Fue un abrazo corto pero sentido. La furia incontenible no había abandonado su menudo cuerpo. Miró en torno. Cogió una piedra de buen tamaño con las dos manos, elevó los brazos al aire y la dejó caer sobre los genitales de Juan, una, dos, hasta tres veces.

—Tranquila, ya está, tranquila.

Los robustos brazos de Raúl la rodearon

Este abrazo fue más largo, pero no menos sentido.

Cris levantó la vista de sus zapatos nuevos y miró a Toñín.

—Después nos deshicimos de las barras, de la piedra y tiramos los cuerpos a un pozo que había en la nave, pero antes les hice esa foto con tu cámara.

Toñín volvió a enfocar su mirada en la instantánea.

—Estoy de tu parte.

—Gracias— acompañó su gratitud con una fina sonrisa.

—¿Qué vas a hacer con la fotografía?

—He pensando enviársela a la policía cuando los encuentren.

Toñín sonrió y dio una palmada.

—Eres tremenda, me parece una gran idea ¿Y la foto de César?

—Aún la tengo. ¿Qué quieres que haga con ella?

—Guárdala.

—Vale, seguro que en algún momento no servirá de algo, ya verás.

30

Había abandonado el hospital un par de días atrás, me hallaba en compañía de Marcos en mi casa cuando llamaron a la puerta.

—¿Esperas a alguien?

—No, a nadie.

Mi amigo se acercó a abrir.

No estaba para visitas y menos, inesperadas. Me encontraba mucho mejor pero aún sentía el cuerpo entumecido y los músculos sin la más mínima energía.

Escuché voces que provenían del final del pasillo. Una de mujer y la de Marcos. Luego pasos que se acercaban al salón, la mujer no se había ido.

"¿Quién será?"

—Jaime, como tengo que regresar a Madrid me he permitido contratar a una enfermera para que te atienda unos días— dijo desde la puerta.

Clavé mi mirada llena de reproches en su rostro. Me valía perfectamente por mí mismo. No necesitaba a nadie, y si fuera lo contrario, antes de contratar a una enfermera lo mínimo es que me diga que…

Marcos se echó a un lado.

La mujer entró en mi campo de visión.

—Jaime…

—Nerea…

Creo que… mejor dicho, creo, no, seguro que jamás en mi vida he debido ofrecer a nadie una cara de estúpido como la que mostraba en este momento. Quise incorporarme, pero casi me caigo. Quise decir algo pero no era capaz de vocalizar palabra alguna.

—Nerea…—repetí como si con ello estuviera todo dicho.

La mujer de la que estaba enamorado y que pensé que quizá no la conocería nunca me miraba con esos ojazos que me taladraron el corazón desde la primera fotografía que me envió.

—No, no te muevas, por favor.

La sonrisa que cubría el rostro de mi amigo amenazaba con abandonar su cara dando saltos. El muy desgraciado estaba feliz con mi vergonzosa turbación.

—Perdona por no haberte dicho nada, Jaime. Queríamos darte una sorpresa, una alegría— miró a Nerea que aún parecía encontrase fuera de lugar— asumo toda la culpa, ella no lo tenía tan claro como yo, no sabía si querrías verla o no en estas circunstancias.

Yo permanecía como si viviera un sueño, sin capacidad de reacción mirando a uno y a otro.

—Quizá no ha sido buena idea…—Nerea hizo ademán de dar media vuelta.

Era el momento de reaccionar.

—Claro que ha sido buena idea. Siéntate, por favor.

—¿Seguro?

—Totalmente seguro.

Marcos se frotó las manos, su sonrisa permanecía inamovible.

—¿Os parece que vaya a reservar mesa?

—Pero si el pobre no…

—Por unos bocartes es capaz de salir a la calle sin problemas.

—De acuerdo, Marcos.

El momento más deseado por mí en los últimos años, y me atrevería a decir que por ella también, había llegado sin avisar, sin tener que organizar nada, sin los nervios tantas veces imaginados.

No, no hacía falta reservar mesa para comer esos deliciosos bocartes. Marcos nos dejó una hora para nosotros, para mirarnos en silencio, cogernos de la mano y dedicarnos una sonrisa, sí, de gesto bobo, pero cargada de sentimientos.

Hablamos de todo un poco, tocando demasiados temas como si temiéramos olvidarnos de alguno, como si el tiempo se nos fuera a terminar cuando no había hecho más que comenzar.

—¿La policía qué dice?

—Hablaron con Mena y su novio, no les sacaron nada. Por lo visto tienen coartada para ese día y ese momento. Estaban con unos amigos.

—Ya.

—Dicen que sería por otro asunto, que quizá he molestado a alguien sin ser consciente de ello. No se me ocurre a nadie que pueda reaccionar de este modo, imagino que ofendido, muy cabreado por algo que ni yo mismo sé que puede ser.

—¿Ya está? ¿No van a hacer nada más?

—Si no puedo aportar alguna información que apunte a Mena, no lo creo.

Se me pasó por un instante enseñarle unos sms que había recibido de nadie en particular que me avisaban del negro futuro que me esperaba.

"En cuanto te repongas te haremos otra visita"

"Tu perro se lo comió todo, si compras otro, te lo encontrarás igual"

Y así alguno más.

El primero se lo mostré a la policía pero no hubo forma de averiguar el móvil desde el cual me enviaron en mensaje. Los demás me los he quedado para mí.

—Parece mentira pero echo mucho de menos a Freddy.

—No me extraña, Jaime.

—Por el momento no tendré otro.

Quedamos callados unos segundos.

—¿Entonces, de verdad que te parece bien que me quede a cuidarte unos días? Puedo reservarme un hotel, he visto uno aquí cerca y…

—¿No te quedas aquí?

—¿Tú quieres?

Parecíamos dos adolescentes en nuestra primera y deseada cita. A veces balbuceando, otras en silencio comunicándonos con la mirada, con los gestos.

—¿Tu maleta?

—En el pasillo.

Quince días más tarde me disponía a regresar con mis clases. Había llamado a la escuela para saber si contaban conmigo o querían que la profesora que me estaba sustituyendo terminara el taller.

—Los alumnos preguntan por ti todos los días, Jaime. Te esperan.

—¿El lunes?

—Por nosotros perfecto.

Llegó el lunes, las seis de la tarde. Nerea de mi brazo, juntos recorrimos los no más de diez minutos que nos separaban de la escuela. Insistí para que no me acompañara al interior. No quería que la relacionaran conmigo, todavía sentía que alguno de mis alumnos guardaba cierta relación con *El Vengador*, con su sucesor o imitador. Nada más lejos de mi intención que la señalaran como objetivo con el fin de hacerme daño. Regresaría a Alicante en un par de días, hasta entonces algo dentro de mí me decía que la protegiera.

"Sí, ¿pero de quién?"

El recibimiento de los alumnos llegó a emocionarme. Sus rostros parecían reflejar una sincera alegría por mi presencia en clase. Tras asegurarles que me encontraba perfectamente aunque no recuperado del todo, pero preparado para

continuar con el curso en el punto que lo dejara mi sustituta, conseguí que la conversación se desviara de mi persona y se enfocara en el taller.

Antes de entrar en clase había hablado con ella. Sé que había publicado varios libros, en su mayoría de relatos, y alguno de poesía.

—Nada más complicado y motivador que una buena poesía para comunicar y emocionar. O un magnífico relato bien estructurado. No digo que una novela no pueda conseguirlo pero cuando se necesitan tantas páginas para comunicar una historia parece que algo falla ¿no cree?

—No, no lo creo. ¿Ha intentado escribir alguna novela?

—No me atrae. Pero estoy capacitada para enseñarles los pasos necesarios para conseguirlo, si es lo que le preocupa.

No, la verdad es que no me preocupaba lo más mínimo. Tampoco pensaba en hacer una defensa a ultranza de los novelistas, no porque no me vinieran argumentos con los que contrarrestar su equivocado, para mí, concepto del escritor de novelas, si no porque no me motiva en absoluto iniciar un intercambio de pareceres, sobre todo después de haberme dejado clara su postura.

—Gracias por sustituirme— dije.

Creí vislumbrar en su rostro una sombra de decepción.

Dejé que los alumnos hablaran durante un par de minutos de la profesora, más que nada para saber en qué habían avanzado.

—¿Has escrito relatos o poesías, Jaime?— peguntó Lali.

—No, lo veo muy complicado, sobre todo la poesía.

—¿Un relato es más complicado que una novela?

Me apoyé en la mesa, procurando encontrar una postura que no necesitara que estuviera pendiente del equilibrio y contesté:

—Para mí, una de las cuestiones que más tiempo me llevan para lanzarme a iniciar un nuevo libro es responderme a preguntas del tipo… ¿qué historia voy a contar? ¿De qué va a ir?— pasé la mirada por todos y cada uno de ellos, parecía que había captado su interés— un libro de relatos contiene en torno a cuarenta ideas, o más De muchas de ellas el autor podría escribir una novela. Son como sinopsis. Tal y como yo lo veo, la mayoría de los relatos responden a lo que a mí más me preocupa al disponerme a escribir. Sí, veo muy complicado publicar un libro con tantas ideas susceptibles de ser desarrolladas.

—No se lo digas a la profesora porque se vendrá arriba, muy arriba— intervino Goyo feliz con su ocurrencia.

—Razones no le faltarán, seguro.

—¿Nos recomiendas algún libro de relatos?— preguntó Lali.

Asentí mientras recordaba los trabajos de tres buenos amigos.

—Por supuesto— crucé los brazos— "El Ojo Inefable" de Esther Freire, o el de Luis Miguel Sánchez "Pasiones, Miserias y Otras Nostalgias"

Lali y Rosa tomaban notas a toda velocidad.

—¿Alguno más?

—Sí, hay varios, Rosa, por ejemplo "Voces de Interior" de Faustino Cuadrado.

—Gracias.

Desde que entré en clase, Paco el Policía Local, no me quitaba ojo de encima, como si analizara cada gesto mío.

—¿Qué nos dices de los tres nuevos cuerpos que han aparecido en el jardín del centro de los horrores?— la pregunta de Paco me pilló desprevenido.

Sí, sabía que la policía había vuelto a cavar y los resultados que habían obtenido hasta el momento.

Volví a cruzar los brazos y lo miré.

—Siempre desde el punto de vista de la ficción. ¿De acuerdo?

—Claro, claro— soltó con escaso convencimiento.

—Creo que la persona que esté imitando o de alguna forma se halle relacionada con *El Vengador*, el que envía las notas para que continúen cavando, desconoce realmente qué pueden encontrar, en cuanto a número de cadáveres me refiero. Sabe que sucedieron cosas pero no cuenta con toda la información— me incorporé con algo de torpeza, miré a Paco, no pensaba dejarme intimidar— es decir, lo que buscaría en mi novela este personaje es decirle a la policía que ha llegado la hora de realizar una investigación a fondo.

—¿No crees que la que se hizo en su día fue correcta?

—Está claro que no, Paco, si siguen encontrando cuerpos enterrados y alguien continua matando a gente relacionada con la primera investigación— Maite salió al quite.

—La policía siempre pone todo su esfuerzo en…

—Paco— intervine— hablamos de ficción, siempre de ficción. Jamás pondré en tela de juicio la actividad policial porque la desconozco ¿de acuerdo?

No pareció muy convencido.

—Tengo una pregunta para todos vosotros. Volviendo a la trama ¿El personaje que envía las notas y el que asesinó al individuo en Valladolid, son el mismo? ¿Si lo es, se trata de un hombre o de una mujer?

Se hizo el silencio.

El primero que habló fue Goyo, como cabría de esperar.

—Un tío. Una mujer no podría hacer lo que hizo al de Valladolid, seguro.

—Yo no lo estaría tanto— apunté.

—¿Y tú qué opinas?— quiso saber Paco.

Crucé una vez más los brazos.

—En mi libro, quien estaría actuando ahora es una mujer, la forma de matar dice que sigue las mismas motivaciones que *El Vengador* original y que probablemente jamás ha estado sola en toda esta historia.

—Sí que tienes imaginación, *joio*— soltó el comercial

—No más que tú, Goyo, seguro.

Una de las futuras psicólogas que tengo en clase levantó la mano.

—Sí, Fátima.

—Si tuviera que escoger, estaría de acuerdo contigo, diría que se trata de una mujer.

—¿En qué te basas?

La joven se retocó el pasador del pelo, como si quisiera retrasar el momento de exponer su teoría.

—Bueno, en mi novela, por lo que hace con algunos cadáveres se trataría de una chica que se está vengando de algo que la hicieron, algo sexual.

—¿No crees que cortarles la minga y metérsela en la boca lo pudo hacer algún maricón?

Me incorporé. Mi rostro tornó serio.

—Aquí somos tres varones, Goyo, no sé si tú o él— miré a Paco— sois homosexuales, ni me importa, pero no me parece correcto el término que has empleado. Es una falta de respeto.

El comercial se me quedó mirando.

—Si te lo estás preguntando, no soy homosexual.

Asintió con media sonrisa torcida, levantó las palmas de las manos.

—De acuerdo, gay, quise decir gay.

—Fátima, ¿Qué tienes que decirle?

—Que en mi novela se trataría de una mujer.

Por mi derecha, Marta levantó la mano.

—Ahora, en este momento de la trama ¿Qué harías con los personajes? ¿Qué le propondrías al lector? Es decir, en la historia real no sé por qué mata este nuevo *Vengador*, ni sé quién narices es. Es posible que el de Valladolid sea una venganza personal aprovechando las noticas de la tele, pero…—calló unos segundos con sus ojos claros fijos en mí— en tu historia ¿seguiría matando?

Asentí. Caminé un par de pasos hacia un lado y regresé junto a la mesa. Se trataba de una cuestión interesante cuya respuesta dependía de diversos factores.

—Sería fundamental el momento de la novela en que nos encontremos. Si ya llevas, no sé, unos 450 folios escritos y no quieres que sea una de las novelas gordas tipo Kent Follet, no mataría más. El resto de la historia lo ocuparía la resolución del caso. Pero si te coge, por ejemplo por el folio 200 o poco más, sí, seguramente seguiría matando.

—Tendría una lista de venganza interminable— apuntó sonriente.

—Es posible que sufriera una evolución y a partir de ese momento se convirtiera en un verdadero vengador.

—¿Qué quieres decir?— intervino Maite.

—Una vez que ha terminado con esa lista que propone Marta, y perdido el miedo a quitar la vida a los demás, podría continuar con la escusa de asesinar a quienes, según su criterio, se lo merecen. Otros que hayan hecho algo similar a lo que hicieron aquellos de los que se vengaba.

—Entonces no parará.

—Hay tres opciones— levanté el índice— o no parará, como dices— añadí el dedo corazón— o lo paran— elevé tres dedos en el aire— o un día decide parar.

Consulté el reloj.

—Ya es la hora— dije.

—¿Encontrarán más cuerpos en el centro?—quiso saber Lali.

—En mi novela, diría que no. En la vida real, ni él lo sabe.

—O ella— convino.

—Sí, o ella, pero si dicen que murió ¿quién podría ser?— Maite dejó la pregunta en el aire.

—Por cierto, antes de iros, ¿Qué os parecería, para la trama, si el *Vengador* fueran más de uno desde el principio?

—Eso sí que es buscarle lo inesperado, Jaime— dijo Marta.

—¿Más de uno? Como se nota que hablas de ficción— Goyo negaba con la cabeza— más de uno….

Yo no tenía suficiente, quería agitar sus células grises, como diría el maestro Poirot.

—Antes de iros ¿qué os parecería si *El Vengador*, en verdad no estuviese muerto?

Nadie dijo nada, se me quedaron mirando mientras recogían sus cosas.

—Pensadlo, ya hablaremos de ello. Se trata de darle otra salida al lector, algo

más en qué pensar.

Bajé la vista a mi carpeta, cuando levanté la cabeza me encontré con los ojos de Paco y Goyo fijos en mí, fue sólo un instante, pero no me gustó la intensidad que emanaban sus miradas.

31

La identificación de los tres nuevos cuerpos hallados en las recientes excavaciones junto al jardín del antiguo Centro de Socorro Juvenil La Esperanza, se aceleró lo máximo posible por órdenes del comisario principal y del presidente de Cantabria.

Uno de ellos correspondía a una mujer, como las dos anteriores, fue enterrada junto con su bolso, compartían la misma actividad. Los otros dos, más menudos pertenecían a dos niñas de entre doce y catorce años.

—Creo que estamos ante casos diferentes.

—¿A qué te refieres?

María, sin dejar de atender sus notas, volvió a situar en su lugar un mechón de pelo que se había escapado del agarre de la goma.

—Voy a hacer lo que siempre me dices que haga, establecer un espacio mental entre los sucesos y mis emociones.

Diego dejó sobre la mesa la carpeta que guardaba el resultado del forense sobre los tres cuerpos y centró toda su atención en su compañera.

—Adelante.

—*El Vengador*, su imitador o quien sea el que actúa en estos momentos mata a individuos contra los que parece tener algo personal.

—No tenemos ninguna prueba que nos indique qué hicieron sus víctimas.

—Es cierto, Diego, pero la falta de ellas no nos impide continuar investigando. Sabemos que la familia de Segismundo, incluidos su mujer, su cuñado y su hijo algo tramaban.

—Sí. No hay duda.

—Lo mismo que los hermanos Rosales, incluso que el vigilante de La Esperanza— María levantó la mano— no, no lo digo por Toñín es…

—Tranquila, di lo que estás pensando con toda confianza, por favor.

La subinspectora bajó la vista un instante a su libreta.

—De todas formas no he querido insinuar que tu hijo tuviera relación con *El*

Vengador, lo que quise decir es que parece que todos los crímenes tienen un vínculo sexual.

—Así es.

De nuevo, en los recuerdos del inspector la película de Toñín matando al vigilante. Con el paso de las semanas comenzaba a verle casi como un héroe al defender a una chiquilla de una tremenda violación.

Sin embargo, no era eso lo que más le atormentaba. Se trataba de algo que se había propuesto olvidar pero que se veía incapaz de impedir que asomara insistente a la superficie de su conciencia.

De su mala conciencia.

—Me parece que no estás aquí, Diego.

—Sí, sí disculpa, te escucho. Continúa.

María asintió.

—Para hacerlo sencillo, a ver si me explico— se puso en pie— Por un lado tenemos la actividad del *Vengador*, de su imitador o sucesor. No entierra a sus víctimas, sólo les hace una foto y escribe *culpable*. Es decir, deja a su manera una pista, nos dice que esa persona ha hecho algo que considera más que punible, quiere que se sepa, que se le identifique y puesto que la ley no actúa, lo hace él.

—Como las notas, o la foto del vigilante, al pensar que no le hacíamos caso, contacta con la prensa.

—Exacto— María llevó mecánicamente la funda del Bic a la boca, con gesto concentrado continuó— Por otro lado tenemos los cuerpos que aparecen en el jardín del centro que…

Diego se unió a la explicación.

—Creo que te sigo. El *modus operandi* es diferente, entierra a los cuerpos confiando en que jamás serán encontrados.

—Eso es.

—*El Vengador* nada tiene que ver con ellos.

—Apostaría a que no— la subinspectora volvió a tomar asiento— Me pregunto ¿Qué relación hay con los niños que se escapan del centro y los cuerpos encontrados? ¿Qué pasa con los que no se sabe dónde están? Cierto que algunos fueron encontrados y devueltos al centro o derivados a otros pero ¿cómo se explican los demás?

—¿Crees que estamos ante adopciones ilegales? ¿O tráfico de niños?

—Es muy posible, Diego.

La puerta de la sala se abre y el bonachón pero serio rostro de Fausto

Redondo asoma bajo el quicio.

—Me acaba de llamar el comisario Ramírez de Valladolid, tampoco encuentran a la hija de Segismundo Ganzán que se escapó de su casa. Nada indica que haya estado o esté en su ciudad.

Los dos compañeros se miraron.

—¿Muerta?

—Es una posibilidad que no tenemos que descartar— apuntó el comisario— pero de lo único que hay constancia es de la huida. Les propongo que comiencen a apretar las clavijas.

—A la mujer del camionero y…

—A la directora.

En el semblante del comisario se perfiló una sonrisa.

—Me gusta cuando les veo tan sincronizados. Recuerden, se acabaron las contemplaciones. Aprieten lo que haga falta, ya está bien de ir detrás de los acontecimientos— cerró la puerta.

María recogió las carpetas, se ajustó la chaqueta y volvió el rostro hacia su compañero. Un rostro feliz, animado.

—¿Qué te sucede?

—Ni te imaginas las ganas que tengo de cumplir las órdenes del jefe. Me van a oír la tal doña Ana y doña Herminia. Ya está bien de gilipolleces ¿no te parece?— sin aguardar respuesta salió de la sala.

—Vamos allá…—murmuró Diego.

Media hora más tarde se hallaban, una vez más, frente a doña Ana Rodríguez, en el vestíbulo de su casa, pero en esta ocasión los dos policías no pensaban quedarse ahí.

Accedieron al interior ante el asombro de la anfitriona.

—Verá, doña Ana, hemos venido a por respuestas. No nos iremos sin ellas, puede responder aquí en su casa a las preguntas que le formulemos o acompañarnos a comisaria— María había tomado el mando del interrogatorio tal y como habían acordado.

El rostro de la mujer tornó cetrino.

—¿Estoy detenida? ¿Necesito un abogado?

—Eso depende de usted. La obstrucción a la justicia está penada.

La viuda del camionero se dejó caer en la butaca

—¿Obstrucción? Pero nunca me he negado a colaborar.

—No contar lo que se sabe, ocultar información relevante para la investigación, más aún cuando se trata de varios asesinatos, es obstrucción a la

justicia— soltó de corrido Diego a espaldas de la mujer con el objeto de impresionar.

Lo consiguió.

—¿Cree que el asesinato de Segismundo Ganzán nada tiene que ver con el de su mujer Candela, o con el de su propio marido, José Ganzán?— María desvió la mirada a su libreta como si necesitara recordar unos nombres que sabía de memoria— Le haré la pregunta por última vez ¿nos va a explicar con detalle qué sucedía en aquella casa o va a continuar ocultando información a la policía?

Ana escondió la cabeza entre las manos.

Los dos compañeros se miraron.

“La tenemos”

La mujer sabía que había llegado el momento de soltar todo aquello que la carcomía por dentro. Sus dudas, sus temores. Las confesiones de sus sobrinas a las que no quiso creer.

No quiso o no la dejaron.

—Lo hablé con Candela— murmuró al fin.

—¿Lo habló? ¿Qué habló?

La mujer se frotó la cara. Los ojos hinchados destacaban en un extraño semblante relajado.

—Lo que me dijeron sus hijas una tarde. Acababa de llegar a su casa. Tardaron unos minutos en abrirme la puerta, era extraño. Fue Candela la que abrió, me pidió si podía quedarme con ellas un rato que se había quedado sin leche y huevos y que volvía en seguida.

La mujer tenía la mirada enfocada en sus recuerdos, la cabeza baja, el semblante compungido.

—Cuando se fue me dirigí a la sala, al poco entraron las chiquillas con el pelo mojado…:

—¿Os acabáis de bañar? Venid aquí, ¿no vais a dar un beso a vuestra tía?— pidió con los brazos en cruz.

Las dos hermanas se miraron sin saber qué hacer. Su padre les había advertido de lo peligroso que podría resultar para ella que contaran los juegos que se traían entre manos.

Ana se levantó, sin dejar de escudriñar el rostro de sus sobrinas se acercó hasta donde se encontraban, más cerca de la puerta, como si pensaran salir corriendo de un momento a otro, que del interior de la sala.

De pronto se oyó un portazo.

El semblante de las niñas se relajó.

—¿Qué os pasa?

—No se puede enterar nadie o nos pegará.

—Decidme, será nuestro secreto, os lo prometo.

Las hermanas hablaron de los juegos, de las cosas que su padre les hacía ahí abajo, de lo que le tenían que hacer a él también ahí. De su hermano que a veces quería hacer lo mismo cuando su padre no estaba. De su madre que cuando su padre la pegaba se quedaba callada y se iba. De la nueva hermana, que no jugaba con ellos porque aún no tenía los trece años.

Doña Ana deslizó las manos por sus mejillas anegadas de lágrimas.

—Jamás me perdonaré haberlas prometido que guardaría el secreto. La mayor sobre todo era una chiquilla con mucha imaginación, sólo había que ver sus dibujos, pensé que estaban exagerando.

—No las creyó.

—¿Cómo va a pensar una que su familia puede hacer algo así a sus hijos? Aunque se tratara de la familia de tu marido.

—¿Qué hizo?— María sentía como la envolvía una intensa oleada de lástima por las niñas y de rabia por la puñetera tía.

—Nada, no volví a esa casa. Como si con eso consiguiera acallar mi conciencia.

—¿No lo comentó con su marido?

La mujer levantó la cabeza.

—Lo intenté.

—¿No la creyó?

Ana sacó un pañuelo de la bocamanga y se sonó la nariz, más por ganar tiempo que por necesidad.

—Se puso hecho una furia. No entendía cómo podía pensar eso de su hermano y de su cuñada. Esas niñas eran unas mentirosas, que si no me había dado cuenta.

—¿Qué hizo usted?

—¿Yo?— de nuevo con el pañuelo, de nuevo arañando unos segundos— bastante tuve con recuperarme en el hospital durante un par de semanas de la paliza que me dio.

La subinspectora no daba crédito.

—¿No lo denunció?

La viuda negó con la cabeza.

—No, quizá llevaba razón y yo no era quién para pensar algo así de su familia.

Diego había escuchado de pie la confesión de la mujer.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que tuvo esa conversación hasta que su sobrina se suicidó?

—Pues no sabría decirle. Lo que sí sé es que la chica que acogieron se escapó unos días antes.

Había llegado el momento de dar una vuelta de tuerca más.

—¿Cómo encaja su marido con todo esto? Me refiero con la familia de Segismundo.

La mujer llevó por un escueto segundo la mirada al inspector

—¿Pepe?— permaneció inmóvil unos instantes, con la mirada en la pared del fondo de la sala como si realmente estuviera recordando— No sé, yo… Las niñas nunca me dijeron que les hiciera algo.

—Ya, pero usted tiene su propia teoría ¿no es así?

Doña Ana regresó de sus recuerdos, bajó la vista y asintió. De alguna manera parecía que esos policías lo sabían todo, si no lo soltaba sería peor.

—Una noche llegó a casa y me dijo que la nueva se había escapado. Candela me acababa de llamar por teléfono y no me había dicho nada ¿Cómo lo iba a saber él?— suspiró lentamente— tenía varios arañazos en la cara. Por favor no me pregunte si no le dije nada.

—¿Sabe dónde está su sobrina? Necesitamos hablar con ella para que nos cuente lo que recuerde de la hermana de acogida.

—No, no lo sé, se lo juro.

32

Diego Olivares no había cejado en su empeño de identificar y poner en manos de la justicia a los que asesinaron a los padres de Toñín. Según la información aportada por el chico se trataba de dos hombres y una mujer. La autopsia determinó que la madre había sido violada por uno de los individuos. El análisis minucioso del escenario del crimen determinó que el padre del chico en un momento concreto realizó algún gesto que puso en alerta al individuo que manejaba la pistola. Es posible que el objetivo final no fuese terminar con las vidas de la pareja.

"¿Qué buscaban?"

Apenas habían dedicado tiempo a registrar la vivienda en busca de dinero u objetos de valor. La caja fuerte se encontró cerrada, con signos de impactos de un objeto romo en el pomo, el mismo con el que golpearon a los fallecidos. La puerta mellada se encontró salpicada de sangre de ambos cónyuges.

La investigación estaba siendo muy complicada. Con cada nuevo hallazgo el número de posibles sospechosos aumentaba. El padre de Toñín se había creado a lo largo de su vida profesional un buen número de enemigos. Créditos fáciles a cambio de favores a espaldas de la propia entidad bancaria.

Habían pasado más de dos años y la investigación continuaba obstruida y no por falta de sospechosos. La descripción del chico había llevado hasta dos hermanos y la mujer de uno de ellos, pero contaban con una coartada de apariencia sólida; el dueño de un restaurante que aseguraba que aquél día y a aquella hora los tres señalados, más sus respectivas familias, se hallaban comiendo en su local.

Diego deseaba ofrecerle a su hijo el descanso que el encarcelamiento de los asesinos de sus padres le generaría. Llevaban ya un año juntos y en ningún momento se había visto con las fuerzas mínimas necesarias para abordar el tema.

Cerró la carpeta con el expediente. La introdujo en una caja y la subió al

altillo de la habitación acondicionada como despacho. Se despojó de la funda de su arma reglamentaria, una HK USP Compact, y la guardó en un cajón de la mesa.

Solía revisar el expediente al menos un par de veces por semana en su casa, el original casi cada día en la Jefatura. Añadía cualquier nuevo dato por mínimo que fuera, convencido que algún día el puzle quedaría completado. Siguió al dueño del restaurante en cada momento que tenía libre buscando cualquier información que le sirviera para desmontar su falso testimonio, sin fortuna. Salió del despacho sin advertir que había estado siendo observado desde que regresó de la comisaría.

Toñín descubrió, con el paso de las semanas y los meses, la rutina cambiante de su padre. No regresaba a casa a la misma hora, cierto, pero siempre dejaba la pistola en el mismo cajón y un par de veces a la semana, después de cenar, cogía del altillo una caja, de su interior una carpeta que abría sobre la mesa. Durante una hora al menos leía y pasaba hojas sin parar. A veces añadía alguna más que extraía de otra carpeta con la que había llegado del trabajo.

Aguantándose las casi irrefrenables ganas de descubrir qué leía su padre con tanta insistencia, regresó a su dormitorio, volvería otro día. En la única ocasión que se atrevió a entrar en el despacho, cuando le vio con la carpeta abierta y frotándose la cara, para preguntarle qué estaba leyendo, le respondió que cosas de trabajo. Seguramente así seria, pero su rostro no era el de siempre. Algo le inquietaba y estaba dispuesto a averiguarlo.

Ese día llegó a la mañana siguiente, era sábado y se encontraba solo en la vivienda de Ruiloba. Cogió un banco, se subió en él apoyado en la librería y abrió el armario del altillo central.

“Aquí está”

Con mimo, como si temiera romperla cogió la caja y tomó asiento en el sillón. El título garabateado sobre la portada de la carpeta le heló la sangre.

“Mi casa…”

La dirección de la calle en la que vivía con sus padres y su nombre, Toñín, rodeado por un círculo trazado con rotulador rojo. Durante las siguientes dos horas rememoró momentos de aquél día que consideraba si no olvidados sí escondidos. Leyó sus declaraciones y prestó especial atención a los tres sospechosos, los dos hermanos y la mujer de uno de ellos.

Pasó la hoja

Tres rostros con gesto altivo le observaban fijamente.

—Estos son…— murmuró.

Sentía como sus músculos se tensaban al reconocerles. Una oleada de odio y furia le golpeaba el cuerpo sin contemplaciones. Se marchó a su dormitorio, cogió un papel y regresó para tomar buena nota de los nombres de los tres implicados; Francisco "Toto" Cantero, al que reconoció como el hombre de la mano peluda y el anillo gordo en el dedo. Evaristo Cantero, el que estaba tumbado sobre su madre, y Venancia Bras, la mujer que recorrió la casa buscándolo. Apuntó la última dirección conocida.

Cerró la carpeta, la introdujo en la caja y la depositó en su lugar en el altillo. Antes de bajar reparó en otra caja, esta de madera y más grande. Empujado por la curiosidad la tomó entre sus brazos.

—Como pesa…— murmuró mientras la situaba sobre la mesa. Intentó levantar la tapa pero no pudo.

—La llave…

Buscó con cuidado entre los cajones y cuando se iba a dar por vencido encontró varias llaves de todos los tamaños en un recipiente en el fondo del último cajón. Las fue probando una a una hasta que dio con la que buscaba.

—Esta abre…

Levantó la tapa temiendo lo que pudiera haber dentro y nervioso por estar hurgando en las cosas de Diego. No le gustaba lo que estaba haciendo pero algo le empujaba a seguir.

Sus ojos se ampliaron todo lo que daban de sí.

Tres pistolas, perfectamente encajadas en sus hormas. En un extremo otra caja. La abrió, en el interior encontró otra pistola. Tomó nota de los nombres de cada una de ellas para aprender su manejo. Dejó todo como estaba y regresó a su dormitorio.

Tenía mucho que hacer.

Días después se hallaba frente al portal de la última dirección conocida de los asesinos de sus padres que encontró en el expediente esperando que apareciera alguno de los tres. De momento no deseaba más, bastaba con confirmar que les había localizado.

No disponía de mucho tiempo, en media hora debería regresar a su casa en el autobús. Nada pasó ese día, ni el siguiente que se desplazó desde Ruiloba. No fue hasta el quinto intento cuando dio por buena la espera de los días anteriores. Por la esquina de la calle había aparecido un individuo que le recordaba a una de las fotos del expediente. No se movió porque sabía que si se trataba de él debería verle entrar en el siguiente portal. El buzón con los apellidos de Cantero y Bras

le indicaba que vivían en el segundo.

El individuo pasó a su altura silbando. Lo vio introducirse en el portal y perderse en el interior. Reconocer su rostro y situarlo en el individuo que se encontraba sobre su madre aquel maldito día le generó una indescriptible sensación. Angustia, odio, asco, miedo y sobre todo, venganza.

“Mamá…”

Le llevó dos visitas más asegurarse que todos los días a esa hora el tal Evaristo regresaba a su casa. Cuando quedó con Cris en el Parque de la Marga había estado cerca de contárselo todo, pero decidió guardar silencio, no pensaba meterla en esto. Era algo que tenía que hacer él solo.

Eso hizo.

Fue a la semana siguiente.

Toñín aguardaba junto al portal la llegada de Evaristo Cantero. En cuanto le vio doblar la esquina del edificio se introdujo en el interior, corrió escaleras arriba hasta el descansillo situado entre el segundo y el tercer piso. En el bolsillo de su chaqueta el arma que su padre guardaba en una caja aparte junto a las tres pistolas. Encontró en internet la procedencia del modelo, era antigua, utilizada por la policía de Franco y el ejército español. Descartó las otras por si pudieran implicar a Diego.

Cuando el sonido de los pasos subiendo las escaleras, y la musiquilla silbada llegó hasta sus oídos, el ya acelerado corazón del chico elevó aún más la frecuencia de sus latidos. Agarraba el arma con las dos manos, el seguro quitado. La mente en la imagen horrorizada de su madre pidiéndole que se marchara. El gesto estúpido en el rostro del individuo que tiempo después entendió que era un violador. En ese momento se le unió la escena de Cris y el vigilante.

Los pasos y la musiquilla más cerca.

Apretó todo lo que pudo las manos alrededor de la culata. Cuando intuyó que ya había llegado a la segunda planta se asomó.

“Ahí está”

Evaristo hurgaba en el bolsillo buscando las llaves sin dejar de silbar. Toñín inspiró profundamente, descendió varios escalones aguantando la respiración, cuando el individuo empujó la hoja de la puerta se abalanzó sobre él haciéndole rodar por el sucio suelo del pequeño vestíbulo.

—Pero qué cojones...— giró sobre sí mismo— ¿quién coño eres?— la nebulosa en la que cada mañana se envolvía al salir del trabajo con sus varias copas de sol y sombra le había impedido vislumbrar el arma que portaba con firmeza el chico que le miraba con los ojos inyectados en odio.

—Por mi madre— disparó un primer tiro que acertó en un muslo.

—¡Joder! ¿Qué hostias haces, chaval?— exclamó retorciéndose de dolor con las manos agarradas a la pierna.

—Les disparasteis cinco veces a cada uno. A mi madre y a mi padre.

—Yo, no… fue mi hermano.

—Tú violaste a mi madre, hijo de puta.

Otro disparo en el otro muslo.

—¿Dónde está tu hermano?

—Trabajando en la obra…— la voz partía a trompicones— vendrá por la noche.

—Vivís los tres juntos.

—Sí, cabronazo.

Toñín apuntó su Star S9 apretó el gatillo.

Nada.

Volvió a apretar. El mismo resultado.

Evaristo sacó fuerzas de donde no las tenía para ponerse en pie. Apoyado en la pared se acercó hasta el chico.

—Dame esa pistola.

Toñín miraba con horror el arma. Algo la bloqueaba.

Bajó la vista para extraer el cargador y cambiarlo por el que llevaba en la chaqueta. Fue un error.

El puñetazo junto al oído lo lanzó contra la puerta. Del impulso al girar el brazo Evaristo cayó al suelo. Toñín se incorporó aturdido, buscó la pistola, al ver que el asesino de sus padres se intentaba incorporar le dio una patada justo en el sitio en el que minutos antes había acertado con una bala.

Cantero giró sobre sí mismo maldiciendo y jurando que se iba a arrepentir.

Él no lo podía saber pero eso no iba a ocurrir.

Toñín se hizo con la pistola, se acercó a Evaristo y sin mediar palabra alguna disparó tres veces. En total cinco tiros, los mismos que usaron para matar a sus padres, cinco por cabeza. Permaneció aún varios minutos en la casa recuperándose de la impresión. Recogió los casquillos y se marchó.

33

Maite estaba animada, las últimas clases del taller le habían servido para encontrar la motivación que creyó si no perdida, sí oculta en algún remoto lugar de sus sueños. Había dejado pasar dos años hasta hallar el empuje necesario. No podía ser de otra manera. Por su culpa había muerto una persona inocente.

Su hermana. Su reflejo en el espejo.

Sí, una hermana que apareció en su vida como de la nada. Un día como otro cualquiera en la Facultad de Derecho, estaba terminando segundo curso. Regresaba a su coche, cuando se disponía a abrir la puerta vio un reflejo en el cristal que la hundió sin contemplaciones buceando en sus pesadillas más dolorosas.

Quiso volverse para comprobar que todo era fruto de su imaginación, pero el esfuerzo quedó en el intento. Cuando abrió los ojos los volvió a cerrar, los volvió a abrir y de nuevo a cerrar. Cada vez más rápido, cada vez con más fuerza. Así varias veces hasta comprender que no se trata de una variación del sueño que le acompañaba desde muy pequeña. Su reflejo, aquella imagen que siempre achacó a un cristal, a un espejo, se encontraba frente a ella, con un pañuelo húmedo entres las manos.

—Tranquila, sólo te has desmayado. Déjame que te ayude a levantarte.

Maite no daba crédito, obedeció en silencio sin dejar de mirar a la mujer que era idéntica a ella. Sí, distinto peinado, ambas con vaqueros y blusa de diferente color, pero la misma sonrisa, el mismo hoyuelo. Una, aún intentando superar la impresión. La otra, sonriente, como si no le hubiera sorprendido su parecido o no fuese la primera vez que la veía.

—Soy tu hermana gemela, Adriana, nos separaron a los tres años.

Maite arrugó el entrecejo.

—¿Mi hermana…?— su voz apenas un susurro. Se sacudió la blusa y buscó los ojos de la chica— siempre pensé que eras un reflejo.

—¿Un reflejo?

—Sí, un reflejo que aparecía en mis sueños— quedó en silencio unos segundos— y también había un chico.

—Quizá fuese, Felipe, nuestro hermano, no he podido encontrarle.

—¿Felipe…?— Maite llevó una mano a la cabeza. Le dolía.

—Te has dado un buen golpe.

—Sí, eso parece.

Adriana le ofreció su pañuelo.

—¿No tenéis en esta facultad un centro de socorro o algo parecido? Lo digo para que te echen un vistazo a la herida.

—No, no, está bien— abrió de nuevo la puerta del coche.

—No tendrás pensado irte. Con lo que me ha costado encontrarte.

Maite giró sobre sí misma, aún estaba aturdida.

Aceptó la propuesta de Adriana y se encaminaron al centro de socorro. Media hora más tarde, con la herida limpia y un ibuprofeno en su organismo comenzó a sentirse mejor.

—¿Puedo invitarte a comer?

El rostro de la chica del reflejo se iluminó.

—Pensaba proponértelo yo, pero no sabía si andabas de exámenes.

—Alguno me queda, pero no todos los días una conoce a su hermana gemela. Ahora entiendo por qué alguna vez en clase me dicen que me han visto por el puerto o de compras— sonrió abiertamente— les decía que no era yo, que no había estado ahí. Que sepas que me hiciste quedar muy mal, por lo visto me saludaban y no les hacía ni puñetero caso.

Las dos hermanas estallaron en sonoras carcajadas.

—A mí no me ha pasado porque he vivido los últimos años en Londres pero ya verás cómo me ocurrirá igual.

—¿Tus padres siguen allí?

—Sí, he venido sola, necesitaba un cambio de aires y vivir un poco mi vida.

Fueron a un restaurante italiano. Allí comenzaron a conocerse. Entre ellas nació una sintonía que con el paso de los días convirtió su relación en algo más que las hermanas que eran.

Adriana le habló de la carrera que estaba estudiando, periodismo, e igual que ella, estaba finalizando el segundo curso. Le apasionaba lo que intuía cómo sería su profesión.

—Gracias a mi carrera te he encontrado.

—¿Pero cómo? Me tienes intrigada.

—Fue coincidencia. Me dio por investigar al famoso *Vengador* ¿has oído

hablar de él? Imagino que sí porque ha salido en todas las noticias.

—Sí, claro, imposible no hacerlo— dijo esbozando una extraña mueca.

—No pretendo saber quién es, lo único que buscaba era comprender por qué lo hace. Comencé con los hermanos Rosales— ante el gesto de extrañeza de Maite añadió: — sí los que aparecieron en el pozo de una nave.

—Ah, sí, sí.

Adriana bebió un sorbo de vino. Se encontraba feliz como hacía tiempo que no estaba.

—Como te decía, fue una simple coincidencia. Me enteré de que esos hermanos estuvieron en el centro de día de Barreda y en el que se llamaba La Esperanza. Supuse que al haberles machacado las pelotas— soltó un par de suaves carcajadas— sería por algún motivo sexual. A través de un buen amigo del periódico *El Mundo* di con…

—¿Buen amigo?

—Sí, muy buen amigo— convino sonriente— me facilitó las fotografías de los expedientes de los chicos y chicas de esos centros y te vi.

—¿Me viste?

Adriana asintió.

—Sí, era yo mirando a la cámara. Ponía que te llamas Cristina Expósito. El apellido que le ponen a los que no tienen familia o no se la conoce.

—Ya.

—Fui a ese centro, a La Esperanza, y hablé con doña Herminia, le dije que buscaba a una amiga de la infancia.

Maite cerró los puños como gesto reflejo que no pasó desapercibido para su hermana, pero optó por no decir nada.

—Me dijo que vino una familia a recogerte. Una buena familia, añadió. No quiso decirme quiénes eran ni dónde podía encontrarte —otro sorbo, tras limpiarse los labios con la servilleta, continuó— por lo visto, era parte del acuerdo, tus padres adoptivos no querían que nadie te pudiera buscar.

Maite no sabía cómo tomarse la conversación que estaban manteniendo, pero no podía evitar sentir un intenso malestar.

—No sería cosa de ellos, si es que realmente lo del acuerdo es cierto. Es ella, la directora la que no quiere que nadie sepa dónde van los internos.

Adriana ladeó el rostro y fijó su mirada en su hermana.

—Vaya, ¿y eso? ¿Por qué crees que actúa así?

Maite calló unos instantes. Tenía la sensación de estar iniciando un camino en el que no habría marcha atrás.

“¿Me puedo fiar de ti?”

En lugar de responder a la pregunta le habló de ella, de su vida, de los novios de su madre, de cómo mató al último de ellos siendo una niña, al menos al último que conoció.

Los ojos de Adriana se inundaron. Dejó una mano sobre la de Maite y con la otra se limpiaba las lágrimas sin el menor éxito.

—Perdona, sé que no necesitas mi tristeza pero no puedo ni imaginar por lo que has debido pasar— miró en torno. Los ocupantes de las mesas más cercanas lanzaban miradas furtivas en su dirección— ¿te importa que paseemos un rato? Necesito tomar el aire.

—Yo también lo necesito, tengo la sensación de que estamos rodeados de cotillas— elevó ligeramente el tono de voz— como si su propia conversación no les fuera suficiente.

—No es una sensación— convino.

Caminaron por el Paseo Marítimo agarradas del brazo, en silencio, con las miradas perdidas más allá del horizonte. Habían estado casi veinte años separadas, pero habían bastado unas pocas horas para que se estableciera entre ellas una empatía propia de gemelos univitelinos.

—No le des vueltas, Adriana. Ya pasó.

—Lo sé, como también sé que le voy a dar muchas vueltas a todo lo que me has contado— se detuvo y cogió las manos de su hermana— tengo la sensación de que nos conocemos de siempre, como si no hubiesen transcurrido tantos años.

—Me pasa lo mismo, pero no quiero que te involucres emocionalmente con lo que te he contado. Tú no tienes la culpa de nada ¿lo entiendes?

Adriana agachó la cabeza.

—¿Lo entiendes?— insistió Maite.

—Sí, entiendo lo que me dices, pero hay una cosa cierta, si tú hubieses sido la que nuestra madre biológica entregó, yo hubiera pasado por lo mismo. Sus novios, sus abusos y seguro que hubiese reaccionado como tú. No tengo nada que reprocharte, al revés.

Maite se abrazó a su hermana. Al separarse cortó el paso a unas traicioneras lágrimas que resbalaban por el rostro de Adriana.

—No llores, todo está bien.

—Es que me cuesta no imaginar tu dolor, tu pena, en aquella maldita casa.

Cuando se despidieron hasta el día siguiente acordaron no decir a nadie, ni siquiera a sus familias adoptivas, que se habían encontrado. Los motivos que las

llevaron a asumir esta decisión fueron varios. Maite expuso que posiblemente su adopción no fuese legal, que su madre la habría entregado a cambio de dinero.

—Después de lo que te hizo, no me extrañaría.

—Lo único que conseguiríamos es meter a tus padres en problemas.

Siendo importante lo planteado por la futura abogada, nadie mejor que ella para permanecer en el anonimato.

—No quiero que nadie me siga el rastro. He utilizado varios nombres, y seguro que de alguna manera podrían llegar hasta el asqueroso novio de nuestra madre y…

—Tranquila, no diremos nada ¿te apetece que nos veamos mañana? Si no puedes…no pasa nada.

—Me encantaría, Adriana. Por cierto, me estabas contando cómo me encontraste. Si doña Herminia te dijo que me fui con una buena familia, ¿qué has hecho para aparecer junto a mi coche en la universidad?

Adriana llevó un mechón de pelo tras la oreja.

—Lo que te decía, suerte. Pensé que si te había adoptado una familia pudiente, estudiarías. Si seguíais en Santander sólo tendría que dedicarme a repasar las fotos de los expedientes académicos de la Universidad de Cantabria, de CESINE y de los demás centros de estudios. Y gracias a Dios te encontré.

—A Dios y a ti, veo que serás una periodista a la que no se le escapará nada.

—Uf, aún queda mucho.

Tumbadas en la cama, con la vista en la lámpara del techo y la cabeza en los recientes recuerdos, las hermanas, cada cual en su casa, hacía un somero repaso de las últimas horas compartidas.

Ambas iniciaron el repaso, sonrientes.

Ambas lo finalizaron con el rostro sombrío.

Adriana, porque desde que escuchó el tipo de vida que había sufrido su hermana gemela hasta los catorce años no pudo evitar sentir lo que posiblemente ella sintió. Si no era lo mismo, se acercaría bastante. Le invadía una rabia enorme por los que fueron novios de su madre biológica, por ella. Por las otras familias de acogida que tuvo y los abusos que sufrió.

—Si los tuviera aquí ahora mismo los mataría…— susurró antes de quedar profundamente dormida.

Maite, porque había sentido el odio en los ojos de su hermana y no quería involucrarla. No le había hablado con detalle del camionero, ni de su mujer, ni de Toñín y el vigilante, ni de Susa y los hermanos Rosales. Ni por supuesto de su

reciente hallazgo; el lugar de trabajo de Ezequiel Gómez, el que fuera vigilante de La Esperanza que abusó de Susa en compañía de los hermanos. Él tendría que saber qué pasó con su amiga. Lo encontraría en el turno de noche de una empresa de importación/exportación como conserje en el polígono industrial, una nave pegada a un laboratorio farmacéutico.

No, no le había confesado nada de esto porque era como desenmascarar al *Vengador*, y aún quedaban cosas por hacer. Algo muy dentro de ella le decía que podía fiarse por completo de Adriana. No dudaba de su intuición, lo que no tenía tan claro es si podía fiarse de ella misma. No quería ni siquiera imaginarse que una vez confesado todo lo que había sufrido y vengado a lo largo de su vida, su hermana pusiera el grito en el cielo.

No, mejor no pensar en ello.

34

Eran poco más de las nueve de la mañana, las luces de las farolas de las calles de Santander permanecían encendidas, como las de las casas. El cielo se mostraba alfombrado de espesas capas de nubes que variaban del tono gris oscuro al más negro. Desde primeras horas de la madrugada un persistente aguacero, acompañado de su particular sinfonía de truenos y rayos, descargaba todo su caudal sobre la ciudad.

Doña Herminia corrió las cortinas, bajo la espesa manta de agua se podían distinguir las huellas de la última búsqueda de cuerpos en el campo anexo al Hostal El Camino. De las dos excavadoras iniciales, permanecía una, y de los diez operarios, cuatro.

Todo lo había hecho por el centro y por el bien de los niños. Sabía que había varios cuerpos enterrados de internos, el del vigilante César Hernández, el de una chica y otro de un desconocido del que no quiso averiguar su identidad. Desconocía qué hacían ahí los otros cadáveres de mujeres, aunque no le resultaba complicado imaginarse quién podría ser el responsable.

Una de las obligaciones que se auto impuso fue evitar cualquier tipo de escándalo en torno a La Esperanza. Si alguno interno fallecía, lo enterraba al otro lado del muro. Si alguna chiquilla se quedaba embarazada, se la separaba del grupo y su hijo se entregaba en adopción a cambio de una prestación económica por las gestiones, no sin antes asegurarla que había nacido muerto.

“Todo por su bien, el del bebé y el del centro”

El teléfono sobre la mesilla comenzó a sonar.

Suspiró con la mirada en el viejo aparato, apretó los labios y tres pasos después se hacía con el auricular.

—Doña Herminia, los dos policías preguntan por usted.

—Dígales que ahora voy a la sala.

La policía otra vez, nadie mejor que ellos para entender todo lo que había

hecho durante estos años. Se había ocupado y preocupado de que muchos niños, repudiados por la hipócrita sociedad en la que vivimos, encontraran un hogar en el que sentirse queridos. Aún sí, los había que se escapaban, terminaban Dios sabe dónde unos, y en un centro de internamiento otros.

Aguantó su mirada a la imagen que le devolvía el espejo mientras se ajustaba con firmeza el moño.

—¿Qué problema hay porque cobrara algo de dinero por mis servicios? ¿Lo he robado a alguien? ¡No!— se sacudió unas motas invisibles de su impoluto vestido oscuro y se dispuso a abandonar la habitación.

“Vivo en una sociedad de desagradecidos”

Mientras recorría los no más de diez metros que le separaban del ascensor recuerda la noche en la que sorprendió a uno de los vigilantes de noche al otro lado del muro. César llevaba pocas semanas trabajando en La Esperanza, desconocía una de las costumbres de la directora; salir antes de acostarse a dar un paseo alrededor del centro.

Una tenue luz a no más de cincuenta metros captó su atención.

Extrañada por el lugar del que parecía provenir avanzó con cautela dispuesta a descubrir a algunos internos que posiblemente se habrían escapado de sus habitaciones para fumar un cigarrillo.

—O vaya Dios a saber qué.

Conforme se acercaba, una sombra se recortaba a lo lejos. Un ruido seco y rasgado acompañaba sus pasos y los cada vez más crecientes latidos de su corazón. Se detuvo tras un árbol y asomó la cabeza. No le separaban más de diez metros de la oscura figura y de sus movimientos. A su derecha y un par de pasos más adelante otro árbol le podía servir de cobijo.

La figura detuvo sus movimientos y con ellos el ruido seco y rasgado. Vio como se agachaba y tiraba de algo. Volvió a detenerse, mirar en torno, y encender un pitillo.

“¿César?”

La directora aguantó la respiración mientras recorría con suma cautela los dos metros que le distanciaban del siguiente escondite y se asomó. Su último empleado estaba arrastrando lo que parecía ser un cuerpo.

“Está cavando una tumba”

Por su cabeza pasaron todo tipo de reacciones con un nexo en común, en todas ellas resultaba innegociable que se moviera del lugar en el que se encontraba. Nada de correr, ni de gritar, y menos aún de llamar su atención.

“Si ha cavado una puede cavar dos”

“O tres…”

Las reacciones que le proponía su asustado instinto iban desde avisar a la policía, a sus propios compañeros o mantener silencio. Las primeras implicaban someter al centro a lo que más odiada; un escándalo bien sonado.

Optó por la tercera.

Se consideraba discreta pero no falta de luces. A la tarde siguiente, cuando el vigilante comenzaba su turno lo llamó a su despacho.

Fue directa al grano.

—Podemos ayudarnos el uno al otro o bien puede usted acabar en la cárcel para el resto de sus días.

—No sé de qué habla.

Para solventar sus dudas, doña Herminia le relató lo que había presenciado la noche anterior con todo detalle. Le propuso dejar las cosas como estaban siempre y cuando hiciera lo mismo para beneficio del centro. El acuerdo fue rápido, lo único que le imploró es que las próximas veces fuera más cuidadoso.

Ese cuerpo no había sido encontrado hasta el momento.

La Guardia Civil buscaba en otras ubicaciones.

Entró en la sala con la mejor cara que pudo disponer de su amplio repertorio para visitas no deseadas y de complicada resolución.

—Buenos días, inspector, subinspectora, por decir algo, porque está cayendo el juicio final ¿han tenido un buen trayecto?

—Buenos días, doña Herminia— respondió Diego. María le dedicó un ligero movimiento de cabeza— Sí, sin contratiempos.

—Parece que estamos condenados a vernos. Imagino por lo que vienen, pero no sé qué más les puedo decir.

—Yo sin embargo— Pinta tomó la palabra— creo que le puedo ayudar en ese sentido.

Un pinchazo en el centro del pecho advirtió a la directora que la sutil frase de la subinspectora escondía una acusación complicada de rebatir.

—Usted dirá. ¿Nos sentamos?— señaló el lugar en el que se encontraba su butaca preferida.

—La suponemos al tanto del resultado de los últimos trabajos realizados en lo que usted llama el campo.

La mujer mayor observaba a Pinta sin pestañear.

—Los cuerpos de dos niñas y de una mujer— María abrió su libreta, deslizó el separador y leyó— Ángeles Carrión, la mujer, prostituta. Mercedes Turul y

Ana Rosa Puente, dos niñas que fueron internas de La Esperanza.

—Si usted lo dice, no recuerdo el nombre de todos ellos.

—No es necesario, disponemos de copia de sus fichas.

—¿Consta en ellas una denuncia por mi parte?

—Sí, consta una denuncia en la comisaria por desaparición.

Doña Herminia era consciente de que su pose no aguantaría mucho más pero debería continuar hasta ver qué sabían.

—¿Y bien?

—Las tres murieron estranguladas, como las dos mujeres anteriores y uno de los chicos internos.

—Lo lamento por todos ellos, pero no sé cómo puedo serles de utilidad.

—La considero una mujer inteligente, doña Herminia— intervino Diego al que el recuerdo de Toñín ejercía sobre él un efecto de imán pegado a la silla que le dificultaba expresar lo que pensaba— son varios los cuerpos de internos encontrados junto al centro. No concuerda su fuga con su aparición. No es que los hayamos encontrado muertos, si no que estaban enterrados y esto supone la implicación de terceros.

“No saben nada”

—En los tugurios de la zona han reconocido a César Hernández, en ocasiones iba acompañado de otro individuo, un tal Ezequiel Gómez, que fue la última víctima del que llaman *El Vengador*. A ambos se les vio en compañía de las dos primeras mujeres enterradas aquí. ¿Sabría usted decirnos si le resulta familiar ese nombre?

La directora sintió como si un enorme puño le aferrara con saña el estómago.

—No recuerdo ningún Ezequiel como empleado de La Esperanza, subinspectora. Pero si quiere mirar en las fichas.

—Lo haré, pero algo me dice que no habrá ninguna con ese nombre ¿me equivoco?

—No lo sé, como le digo, no lo recuerdo.

María cruzó las piernas. Llevaba un órdago escondido, si la directora lo veía la investigación sufriría un duro golpe.

—Hemos encontrado varias familias que nos han asegurado que adoptaron niños y niñas en este centro y están dispuestas a declararlo ante el juez— soltó de improviso.

El semblante de la directora luchaba por encajar el golpe bajo que la niñata policía le acababa de asestar. La había subestimado al pensar que el interrogatorio se enfocaría en la identidad de unos cuerpos que no tenía por qué

conocer, ni saber cómo habían llegado hasta allí. Si la cosa se complicaba bastaba con señalar a César Hernández como autor de todos los posibles asesinatos.

—Efectivamente, su jefe aquí presente— miró a un afectado Diego— se benefició de mis gestiones y…

—No, doña Herminia— el inspector saltó como si de repente le quemara la silla— yo no me beneficié de sus gestiones, fue a través de los Servicios Sociales. Las familias a las que mi compañera se refiere afirman que pagaron por los niños pensando que todo era legal y…

—¡¿Legal?!— la directora apoyó con fuerza las manos en los reposabrazos de la butaca y se incorporó sobre las muñecas. Su mirada encendida clavada en el inspector— ¡Pagaban porque querían tener un niño en su casa! ¡Pagaban para que yo pudiera seguir manteniendo el centro abierto y sacar a los críos de las calles, muchos de ellos pequeños delincuentes!— de pronto su cuerpo se relajó. Ladeó el rostro y su semblante ofreció una sonrisa torcida— Este mundo está lleno de hipocresía, inspector.

María estaba a punto de saltar sobre la mujer y ahogarla con sus propias manos, pero al menos el órdago había funcionado.

—Creo que no termina usted de entender lo que le estamos diciendo. Esos chicos y chicas de los que hablamos no constan en ninguna ficha, ni existe un albarán de entrega a sus padres adoptivos, como sí lo hay de otros. ¿Por qué destruyó las fichas? ¿Ha hecho lo mismo con otros niños desaparecidos o fugados? ¡¿Eh?!— la subinspectora sintió la mano de su compañero tirando del bajo de su chaqueta.

—Pregúnteles a ellos, subinspectora. Que le digan por qué no existen esas fichas. ¿Quizá pagaron para que el rastro de sus hijos adoptivos se borrara para siempre? Unos niños con nombre y apellidos nuevos sin historial delictivo. Pregúnteles.

—Lo haré, no lo dude. Por cierto ¿De qué conoce al inspector Demetrio Trémez?— el cambio brusco de tema pretendía coger desprevenida a la directora.

La mujer se retrepó en su asiento.

—¿A quién dice?— llevó dos dedos a la barbilla, la mirada posada sobre la mesa, simulando que se esforzaba en recordar— ¿Está segura de que lo conozco?

María juntó las rodillas y se acercó al borde de la butaca.

—Eso dice él, nos ha comentado cosas muy interesantes de cuando llevó la

investigación del fallecimiento de los hermanos Rosales. ¿Los recuerda?— sin aguardar respuesta Pinta continuó: —Juan y Alberto Rosales estuvieron aquí varios meses, después fueron enviados al centro de Barreda.

Un fino velo de preocupación cubrió el rostro de doña Herminia. Por supuesto que se acordaba, por su culpa, Susa Leal acabó esa noche bajo tierra. No quedaba otra salida que continuar manteniéndose en la ignorancia.

—Como ya le dicho en sucesivas ocasiones, subinspectora, no recuerdo a todos y cada uno de los que han pasado por aquí.

—Le hablaba del inspector Trémez, asiduo a su centro.

La directora consultó su reloj de muñeca y a continuación el de la pared.

—Recuerdo un inspector pero si le viera en estos momentos no le reconocería. ¿Algo más? Tengo cosas que hacer.

—No pararé hasta que dé usted con su huesos en la cárcel, señora.

—Es parte de su trabajo, pero si tengo que hablar, lo haré de todos los internos y sus actuaciones en La Esperanza— sus ojos fríos se desviaron buscando los de Diego.

—¿Me está amenazando?

—Nada más lejos de mi intención, inspector. Los tentáculos de una vieja como yo no van más allá de este lugar y ya ni eso— de repente sus modales recordaban a los de una mujer mayor, bondadosa— sólo le digo que si quieren saberlo todo, lo sabrán.

Olivares se puso en pie.

—Seguiremos investigando hasta el final, doña Herminia. Si tiene que salir a la luz el suceso que atribuye a mi hijo, saldrá. Llegado el momento ante los tribunales veremos quién es capaz de presentar más pruebas que sustenten su teoría.

—¿No me cree?

—Conforme la voy conociendo, mi confianza en su palabra se va disipando. A parte de mi hijo, el vigilante y usted ¿Quién más sabe lo que pasó aquella noche?

De nuevo el rostro de la directora se endureció.

—¿Quizá, Ezequiel Gómez, ya fallecido?— propuso Diego.

Doña Herminia tenía la mirada clavada en Olivares. Un mirada helada, despojada de sentimientos.

—¿Y la niña? ¿Sabe usted dónde está esa niña? ¿También se fugó? O es una de las que han aparecido enterradas.

—No estoy sola defendiendo mi testimonio. Se olvida usted de mi ayudante,

la fiel…

Los dos compañeros se miraron.

—¿Quién, dice usted?

La directora fue consciente de que la habían pillado con la guardia baja. Acababa de cometer un error mayúsculo. Valentina era capaz de soltar todo lo que sabía y complicar las cosas.

Su semblante formó una mueca melancólica.

—Doña Valentina, una de las profesoras, pero la pobre no se encuentra muy bien. Nunca tuvo buena memoria, pero era una mujer eficiente en su trabajo y sobre todo leal a esta magnífica institución. Se encuentra internada en una residencia para mayores.

—¿Ella o usted vieron a Toñín golpear al vigilante?

La directora guardó silencio unos segundos. Esa misma pregunta se la iban a formular a Valentina.

—Por supuesto— mintió.

—¿En qué residencia está?

Una vez en el interior del BMW X6 a salvo del aguacero que comenzaba a remitir, Diego arrancó el coche, se sentía con ganas de conducir.

—Lo de las familias que iban a testificar ha estado muy bien. Lástima que no tengamos ninguna— dijo mientras ponía rumbo a la residencia.

—Espero que las encontremos, estoy convencida que existen.

—Sí, y yo.

—Esa mujer esconde algo mucho más grave de lo que pensaba en un principio. Adopciones ilegales, asesinatos encubiertos— observó el perfil de Diego— no lo decía por Toñín.

—Lo sé, te pido por favor que no te veas en la necesidad de pedir perdón cada vez que su nombre salga a colación ¿de acuerdo?

—Perdona…yo…

—¿De acuerdo?— insistió.

—Sí, de acuerdo.

Los negros nubarrones suavizaban su tonalidad conforme el vehículo en el que viajaban los dos policías se alejaba del núcleo urbano. Los goterones se intercalaban con lluvia fina. La subinspectora llevó la vista al encapotado cielo.

Sonrió.

—Una vez más mi padre va a acertar.

—¿No me digas que hoy también se ha atrevido a pronosticar que levantaría

el tiempo?

—Sí, me ha dicho con su voz grave y cargada de razones. Hija, parece que *surea*, y con viento del sur ya sabes que aquí no llueve.

Un intercambio de risas y frases sobre la personalidad del progenitor de la subinspectora relajaron la tensión que se había apoderado de los dos policías en el Hostal El Camino.

—Dime una cosa, Diego. ¿Por qué has permitido que doña Herminia avise a su fiel servidora?— las dos últimas palabras partieron de su boca con cierta ironía— sé que no se te ha escapado.

—No creo que nos arriesguemos mucho si la dejamos hacer. Si la tal Valentina es como asegura no será complicado que nos diga lo que queremos saber.

—La llamada de doña Herminia le habrá puesto nerviosa.

—En ello confío.

No se equivocaban.

Valentina colgó teléfono con el rostro desencajado. La llamada de Herminia la había sumido en un estado de nervios difícil de disimular. Jamás pensó que la policía fuese a llamar a su puerta. No había hecho nada malo, siempre se comportó con dignidad, a favor de los intereses de los chicos y de la institución sin olvidarse de las familias desesperadas por adoptar un chiquillo.

Las palabras de la que fuera su directora golpeaban con saña en su conciencia:

—Recuerda decir con seguridad que vimos como Toñín golpeaba varias veces con el azadón al vigilante. Si te preguntan cómo se llamaba la niña di que no te acuerdas, que estará en las fichas o mejor aún, que me lo pregunten a mí ¿Has entendido, Valentina?

—Sí…— balbuceo mientras deslizaba la palma de la mano sobre su cara.

—No sabes nada, ni recuerdas nada. ¿De acuerdo?

—Sí…

—Procura que nadie de la residencia te vea asustada ahora mientras llegan.

“Es fácil decirlo”

—Cuando se vayan, llámame.

—De acuerdo, Herminia.

Al colgar el teléfono sintió que le fallaban las piernas. Tomó asiento, con la

cabeza gacha miraba sin ver el suelo.

—¿Estás bien, Valentina?— quiso saber una celadora.

—¿Eh? Sí, sí, sólo un poco de cansancio.

La celadora señaló el teléfono.

—¿Malas noticias?

La fiel servidora siguió la indicación de su antigua jefa. Intentó esbozar una sonrisa.

—Oh, No, no es nada, será mi tensión.

El intercomunicador de la celadora comenzó a sonar.

—Sí, está aquí, junto al teléfono. Ahora mismo se lo digo— respondió con la vista en el cansado rostro de la interna.

—¿Me llaman?

—Sí, tienes visita. Deja que te ayude— pidió mientras la cogía por la cintura — una pareja pregunta por ti. Están en recepción.

—¿Una pareja?

—Sí, ¿quizá algún familiar?

Agarrada del brazo de la celadora Valentina sentía que su pulso brincaba desbocado. Se esforzaba por cumplir el mandato de doña Herminia, que le imploraba que actuara normal, sin temores.

—No lo creo, me hubieran avisado.

—Quizá se trata de una sorpresa— señaló con una amplia sonrisa en su rostro mientras le daba dos suaves palmadas en la mano que se agarraba a su brazo.

“Eso no lo puedo negar”

Cinco minutos más tarde accedían al vestíbulo.

—Míralos, ahí están. Qué buena planta tienen. ¿Los conoces?

—No los recuerdo, quizá algún sobrino.

La celadora saludó a Diego y a María.

—Si quieren sentarse ahí, señaló un tresillo a su izquierda.

Diego escudriñó la estancia con la mirada.

—¿Para hablar en privado?

—En ese caso les acompaño a la sala que está vacía ahora— consultó su reloj — en una hora comenzará a llenarse.

—Gracias.

Una vez acomodados, María tomó la palabra.

—Doña Valentina, acabamos de visitar a doña Herminia. Ella nos ha enviado, nos dijo que le iba a avisar de nuestra llegada— mintió— No sé si hemos venido

demasiado rápido o ha podido hablar con ella.

—Sí, me lo ha dicho.

“Qué distintas son”

La subinspectora dedicó los primeros minutos a poner al día a Valentina de los últimos acontecimientos relacionados con la institución que tanto amaba. El rostro de la mujer sufría constantes cambios, su tono palidecía por momentos, tanto, que los dos policías pensaron que se podría desmayar ahí mismo.

—Estaba usted al tanto de las adopciones ¿verdad?

—Bueno, no formaba parte de mi actividad. Yo me dedicaba a vigilar a los internos, a veces se comportaban como pequeños diablillos.

—Pero sabe que algunos chicos y chicas eran adoptados.

—Claro, los que tenían más suerte. Las familias se iban felices y ellos también— su mirada se cubrió de un fino velo húmedo— a veces regresaban. Tenían una edad complicada.

—¿Qué sabe usted de los cuerpos que han aparecido en el jardín?

Valentina negaba con la cabeza.

—Yo, no…no sé nada. Esas mujeres no serían de La Esperanza. Los chiquillos… pobres.

—Doña Herminia nos ha dicho que cuando llegaron al sótano, Toñín estaba golpeando con un azadón al vigilante. ¿Usted vio como lo mataba?

La mujer miró a un lado y a otro, como buscando ayuda. No se encontraba nada bien. Comenzaba a faltarle el aire.

—Señora, nada tenemos contra usted. No es sospechosa de nada. Sólo estamos investigando a César Hernández, el vigilante, ¿se acuerda de él?

Asintió aparentemente más relajada.

—Creemos que es el culpable de las muertes de las mujeres— cambió de tema para suavizar la tensión.

—¿Sí? ¿Sabe qué le digo? Que no me extraña, no me gustaba nada ese hombre, ni varios de sus compañeros.

—¿No le extrañó que muriese de ese modo?

—No…—calló unos segundos—… pobre chiquilla.

—Doña Valentina— Diego tomó la palabra— necesitamos encontrar a la niña para poder cerrar el caso y para ello es necesario que sepamos su nombre ¿lo recuerda usted? Tómese su tiempo.

La mujer se hizo con un arrugado pañuelo de papel del bolso y deslizó un extremo por los ojos. Llevó su mirada cansada y acongojada de un policía al otro. En su reciente recuerdo la conversación con Herminia.

Asintió.
—Cris.
—¿Vio a Toñín golpear al vigilante?
—No.

35

Marcelo Torquemada necesitaba salir a la calle, tomar aire fresco y fumarse al menos un par de pitillos seguidos. Acababa de hablar por teléfono con la voz distorsionada por segunda vez en los últimos tres días.

—O me toma en serio o encontraré otro colega suyo que lo haga. Le volveré a llamar.

Permaneció unos instantes con el teléfono en la mano y la mirada en ningún punto en concreto. Lo que le pedía la maldita voz no se podía llevar a cabo sin más. No porque se tratara de algo complicado, bastaba con elaborar un artículo acorde con la información que se estaba publicando, sino porque podría considerarse como una intromisión en una investigación policial en curso. Una investigación que era de dominio público y que la revelación que se le pedía que ofreciera podría afectar al estado de ánimo de sus lectores.

Guardó silencio respecto a la primera llamada, nada dijo a su jefe ni menos aún al director del *Diario Montañés*. Su olfato de periodista le indicaba que no debía soltar la mano de la fuente que le ofrecía la jugosa información, el mismo olfato que le aconsejaba que se guardara las espaldas.

—¿Te pasa algo, Torque? Ni que hayas visto un fantasma— dijo un compañero cruzando a su lado.

El periodista salió a la calle confiando en regresar con una respuesta.

Con el primer cigarrillo consumido encendió el siguiente. Poco a poco iba tomando algunas decisiones. La más trascendente, por desgracia, no le correspondía a él; dar el visto el bueno o no a la publicación del artículo que ya tenía en mente. Su apuesta sería por seguir adelante.

Apuró un par de intensas caladas.

Asintió mientras tiraba la colilla al suelo y la aplastaba con aplomo.

Hablaría con su jefe directo y ambos lo comentarían con el director.

Sí, ya estaba decidido y eso le hacía sentirse bien, muy bien.

Me encontraba mucho mejor. Podía caminar distancias más largas sin tener que detenerme debido a las miles de agujas que se me clavaban en las costillas. El codo mejoraba, pero seguía llevando el brazo en cabestrillo la mayor parte del día. Bajé a la calle a tomar mis añorados bocartes y echar de menos la compañía de mi buen amigo Freddy. Le veía en todos los sitios por los que paseaba, su mirada, pidiéndome otro pescadito tumbado a mi lado. Su lengua colgando a un lado mientras regresábamos a casa, deseando saciar la sed. Su curiosidad con los nuevos amigos que hacía en el parque o por la calle, su alegría al encontrar alguno conocido.

De momento no le buscaría sustituto.

Llevaba el periódico bajo el brazo que dejé sobre la mesa. Me acomodé y lancé la mirada al inmenso mar azul. Tan azul como el cielo, ausente de nubes en esos momentos. Por la izquierda se aproximaban, amenazantes, nubarrones con aspecto de descargar una buena cantidad de litros de agua.

Mi móvil emitió el sonido de un *sms*.

Sonreí, no podía ser nadie más que Nerea, aún manejaba un móvil sin *whatsapp,* regalo de su madre. Disfruté de unos maravillosos días en su compañía, más o menos como me había imaginado que serían. Recuerdo el primer beso, el mismo día que llegó y…

Un nuevo *sms.*

“Impaciente”

Miré la pantalla. Mi sonrisa se borró al instante.

No, no era de ella.

“*Si no quieres que te pase lo mismo que a tu querido Freddy, mantén la boca callada hijo de puta*”

“*No habrá más avisos*”

Buena manera de comenzar el viernes. Dos amenazas seguidas.

—Sus bocartes y su blanco, señor.

—Gracias.

Desplegué el periódico y casi me caigo al suelo de la impresión.

“¿Si el Vengador no hubiese muerto? ¿Si fueran más de uno? Sería una forma sugerente de dar sentido a lo que nuestros lectores se plantean. Si murió o bien estamos ante un perfecto imitador, o se trata de un compañero o compañera del original”

No leí más, apuré los últimos bocartes, no era cuestión de dejarlos en el plato y cogí un taxi.

—A la Jefatura Superior de Policía en la Avenida del Deporte número cuatro, por favor.

Por el camino me vi tentado de llamar a Marcos Alegre y compartir con él lo que me disponía a hacer, pero evité caer en la tentación por falta de intimidad en la llamada.

Entré en la comisaría sintiendo mis manos húmedas. Las dudas ante lo que iba a hacer me atormentaban. Suspiré profundamente al poner el primer pie en el interior. La amable sonrisa de una mujer policía en la recepción ejerció como un bálsamo en mi ánimo.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, eh… la verdad no sé por dónde empezar. Tengo dos asuntos que tratar y…— me estaba comportando como un idiota, cerca estaba de tartamudear.

—¿Uno de ellos tiene que ver con…?— señaló mi brazo en cabestrillo.

—Sí, me dieron una paliza en mi casa, mataron a mi perro, le dije a sus compañeros de quién sospechaba y concluyeron, después de interrogarles, que no habían sido ellos.

La policía me observaba con atención.

—Esto pasó hace un mes, aproximadamente— me hice con el móvil y le mostré el *sms*.

—¿Freddy?

—Sí, mi perro, un labrador negro. Nadie tiene que saber cómo se llama, sólo la mujer que compartió piso conmigo y su novio que no se iba de casa.

—Son sorprendentes los dos *sms*. ¿El otro asunto?

—Tiene que ver con *El Vengador* y la noticia que publica hoy *El Diario Montañés*.

La mujer frunció los labios y asintió.

—¿Me dice su nombre, por favor?

—Jaime Valdés, apenas llevo medio año en Santander.

—Señor Valdés, si es tan amable rellene esta hoja con sus datos de contacto y siéntese ahí, ahora mismo le aviso. ¿Puede escribir?

—Sí, sí, no hay problema.

—Ahora vengo.

Susurré un lacónico, gracias, que no sé si llegó hasta sus oídos. La vi alejarse a paso rápido mientras tomaba asiento. Me daba la sensación de estar siendo observado por numerosos pares de ojos pero la realidad era que nadie me prestaba la más mínima atención.

Diez minutos más tarde me avisaban.

—Por aquí, señor.

En el interior de la sala me aguardaban dos hombres y una mujer.

El individuo del mostacho, que sabía perfectamente quién era, me ofreció su mano.

—Soy el comisario Redondo. Ella es la subinspectora Pinta y él el inspector Olivares.

Los saludé con torpeza, me encontraba fuera de lugar. No sabía si decir, encantado, o limitarme con asentir mientras estrechaba sus manos. Era la primera vez que me veía ante una situación como esa.

—Siéntese, por favor— el comisario me señaló una silla frente a él.

—Nos dice la oficial Paula que desea comentarnos dos temas. ¿Guardan relación entre ellos?

“Directo al grano”

Me vino a la mente una de las conversaciones mantenidas con Marcos en su visita durante las pasadas Navidades. La posibilidad de que Mena pudiera tener algo ver con *El Vengador*, ya que ella podía acceder a los resúmenes que hago del taller cada día al regresar a casa. Había pensado en cambiar de costumbre y anotarlos en una carpeta pero para poder averiguar si ella o su novio guardaban alguna relación era necesario que continuara con la misma rutina.

—No sabría decirle si existe una relación directa. Es posible.

—Bien, comencemos. Acabo de leer la denuncia interpuesta por usted por asalto con violencia en su casa.

—Así es. Hace no más de un par de horas he recibido estos dos *sms*— le mostré el teléfono— Freddy era el nombre de mi perro y nadie excepto la persona que creo está detrás de todo esto y su novio, conocen.

El comisario entregó mi teléfono al inspector que tras leer los mensajes hizo lo propio con la subinspectora.

—No sé si recordará el momento, comisario, creo que sería el día dos o tres de enero. Usted y el inspector caminaban por el Paseo de Pereda camino del Club Náutico— juraría que el rostro de Redondo se endureció durante unas décimas de segundo— Freddy se acercó a usted, yo estaba con un amigo mío, los dos llevamos el mismo peinado— pasé mi mano por mi despejada cabeza— usted acarició al perro.

El comisario me observó durante unos instantes. Su semblante se había relajado. Esbozó una suave sonrisa.

—Sí, lo recuerdo. ¿Es el perro que mataron en su casa?

—Sí.

Su mostacho se movió como si se balanceara.

—Lo lamento de veras, era un perro precioso, lo comenté con el inspector.

—Me acuerdo, comisario.

—Investigaremos de nuevo a esta mujer— señaló la pantalla del móvil que me devolvió.

—Se lo agradezco.

—Bien, háblenos del *Vengador*.

Tomé aire, apoyé el brazo en cabestrillo sobre la mesa y comencé.

Me dejaron hablar durante media hora sin apenas interrumpirme excepto por algún dato referido a los alumnos. Hablé de cómo se iniciaron mis sospechas con la propuesta de los mensajes a la policía, a la prensa y asistir incrédulo a su manifestación en la vida real. Pero lo que colmó el vaso de las dudas fue proponer que *E*l *Vengador* fuesen más de uno o que hubiese fallecido. Que el auténtico *Vengador* no fuese la chica que murió junto al conserje.

—Sé que después de terminar con su última víctima dejó de actuar durante algo más de dos años, es perfectamente comprensible que se relacionara el fin de los asesinatos con su fallecimiento— me froté la cara como innegable gesto nervioso— pero no es más que pura ficción, solo pretendo que mis alumnos dejen volar su imaginación a la hora de elaborar la trama de su novela, pero esto…—señalé el periódico— y que salga publicado a los pocos días… Demasiada coincidencia ¿No les parece?

Vi como los tres policías intercambiabas sus miradas. Me embargó una sensación de estar cometiendo el mayor error de mi vida al haberme presentado en la comisaría con una historia como esa.

“No me creen”

—¿Sospecha usted de alguien?— quiso saber la subinspectora. Su pregunta me cogió desprevenido.

—Bueno, no tengo pruebas para señalar a nadie. En el taller se apuntaron seis mujeres y dos hombres. Si alguno de ellos o de mi entorno tuviera relación con *El Vengador* y se tratara de una chica, podría tener dos sospechosas. Si fuera un hombre, quizá apuntaría a uno. Como ven no es de mucha utilidad, pero no me gustaría nombrar a nadie sin tener la certeza de estar señalando al culpable.

—Lo entendemos, señor Valdés— la subinspectora llevó la vista a sus notas — decía usted que la que fue su compañera de piso tiene acceso a su ordenador.

—No es que tenga acceso, sino que es informática y me lo limpió de virus. Según un amigo mío puede estar al tanto, como los alumnos, de todo lo que

damos en el taller, porque tengo la costumbre de escribir en *Word* lo que hemos dado en cada clase.

Un cuarto de hora más tarde me hallaba de nuevo en la calle con la promesa por parte del comisario de que mantendrían la confidencialidad de lo que habíamos hablado, y que no caía en saco rato mi denuncia. Hablarían con Mena en los próximos días.

Levanté la vista. Los nubarrones que se aproximaban mientras degustaba los bocartes estaban tomando posesión del cielo. Comenzaron a caer sin previo aviso chuzos de punta, como decía mi padre.

—¡Taxi!

Olivares quedó con la mirada fija en la puerta por la que había salido segundos antes el profesor de novelas. Pinta repasaba sus notas, Redondo se había asomado a la ventana siguiendo con la mirada los pasos de Valdés rumbo a la Avenida del Deporte.

Comenzó a jarrear.

—¿Y bien? ¿Qué opinan?

El inspector cruzó los brazos y negó repetidamente con la cabeza.

—Si no fuera porque es real, pensaría que se trata de una broma— separó los brazos y miró al comisario— ¿Cuándo se ha visto que dos personas denuncien un hecho señalándose mutuamente? No creo equivocarme que el supuesto sospechosos masculino al que aludía el profesor sería nuestro policía local, si estoy en lo cierto y Paco Calatayud estuviese relacionado con *El Vengador* ¿a cuento de qué viene a levantar la liebre?

—Quizá haya intuido que el profesor puede sospechar de él y ha querido adelantarse.

Diego se incorporó. No le gustaba nada el derrotero que estaba tomando la investigación. Demasiados frentes abiertos, muchos sospechosos si no directamente relacionados con el asesino, sí que de alguna manera guardan relación con parte de los hechos.

—Otra posibilidad es que Calatayud tenga razón— expuso María.

—No olviden que también podría ser que ambos estuvieran equivocados— intervino Redondo camino de la puerta— lo que sí merece atención es que lo hablado en ese taller haya sucedido en la realidad. Continúen con la investigación y no pierdan de vista al profesor.

—Sí, jefe.

Cuando el comisario abandonó la sala, Pinta levantó la vista de sus notas.

—¿No se decía que éramos pocos y parió la burra?

—La abuela, parió la abuela.

María dio un par de sonoras palmadas.

—¿La abuela? ¿Seguro?— estalló en incontrolables risas— No me digas eso que siempre he dicho la burra. Ains… mi pobre abuela…

Llegué a casa y me senté frente al ordenador. Mis dudas crecían conforme se sucedían los minutos de mi salida de la comisaría.

"¿A qué coño he ido?"

Escondí la cabeza entre las manos. Era sencillo dejar rienda suelta a mi imaginación y ver a la policía investigando a mis alumnos como si fueran criminales. No me podía olvidar de Mena y su novio. Son los primeros en mi corta lista de sospechosos, si es que estoy en lo cierto. De lo que no me cabe la menor duda es que ella o el tal Néstor son los que me han enviado los *sms*, seguramente desde un teléfono de prepago.

De pronto, levanté la cabeza.

Una idea se abría paso.

—Espero que no, pero…

Para comenzar me voy a ubicar en el punto de vista de los investigadores, algo que siempre debo hacer en cada novela con cada personaje. Lo primero que les debe llamar la atención es la súbita aparición de un individuo que ha llegado a Santander coincidiendo con la primera comunicación del *Vengador* con la propia policía, tras dos años de silencio, enviando la foto del vigilante César Hernández. Que se presenta en la comisaría con una historia que aparentemente no tiene ni pies ni cabeza, en la que basándose en unas supuestas coincidencias pone el foco de la identidad del asesino entre sus alumnos o una ex compañera de piso.

¿Qué pensarían los Olivares y Pinta de mi libro? La respuesta es de cajón, me había convertido en sospechoso, si no en el principal, sí en uno de ellos, si es que tenían alguno señalado. Algo que dudo.

Sin embargo, tras asimilar el mazazo inicial que me ha supuesto plantearme haber sido tan imbécil de grabar mi nombre en su investigación, entiendo que cuento con alguna posibilidad de que estos temores sean infundados. Me extrañó que no me pidieran datos de la escuela ni de los asistentes al taller. Posiblemente querría decir que mi historia no les había impresionado lo suficiente.

Sentí cierto grado de relajación en mi cuerpo.

No duró mucho, sólo los breves segundos que tardé en comprender que creyeran o no mi historia, no cambiaban las cosas. Mi intuición me susurraba en ambos oídos sin descanso que no estoy equivocado y desde un minuto atrás me aconsejaba encarecidamente que me pusiera en marcha, que tomara la delantera.

¿Pero, cómo?

Crucé las manos tras la nuca y esbocé una amplia sonrisa.

No me quedaba otra opción que tratar la realidad como si fuera parte de la ficción. El profesor del taller debería ponerse a investigar desde este preciso momento.

“Lo que me faltaba…”

No era lo que más me apetecía pero no me quedaban más posibilidades, no quería que la policía me sorprendiera en algún momento o quién sabe, quizá el propio *Vengador*. Plantearme esta posibilidad, por mínima que fuera, me provocó una repentina punzada de ansiedad.

Lo primero era eliminar definitivamente como sospechosos a todos los alumnos que pudiera.

“No, no, antes hay algo que tengo que hacer con más urgencia”

Me acerqué a la nevera y me hice con una Coca Cola, no soy un gran aficionado pero de vez en cuando disfruto con una bien fría. Regresé junto al ordenador, tomé asiento y permanecí con la mirada en el vaso repleto de hielos, observando el chisporrotear de las burbujas, y la mente en el pasado reciente.

—Cómo te echo de menos Freddy. Sé que te gustaría que compartiera mi vida con otro peludo como tú, pero aún no estoy preparado.

Cada vez que rememoraba su imagen tumbado en el suelo, con medio cuerpo en el pasillo, sentía como una rabia incontrolable se apoderaba de mí. En momentos como esos, escasos gracias a Dios, parece que se dan las circunstancias en las que uno admite que pierde el control y si a esta pérdida se añade la presencia de Mena o de Néstor frente a mí, las consecuencias pasarían inevitablemente por un nueva visita al hospital o mi ingreso en la cárcel por haberme cobrado la venganza que mi dolido *yo* me pedía a gritos.

Di un par de tragos y cogí el teléfono.

—Marcos ¿cómo te pillo?

—Bien, Jaime, acabo de hacer un alto de tanto teclear ¿qué me cuentas?

Le puse al día de lo único que desconocía, mi reciente visita a la comisaria. Sobre lo demás, mis sospechas, las coincidencias y las actuaciones del asesino, estaba perfectamente informado. Le llamé con la clara intención de abusar de sus

magníficas dotes de investigador. Dotes que demuestra en cada una de sus novelas.

—No te siento muy satisfecho con el resultado— me dijo cuando finalicé mi exposición— vaya por delante que, en mi opinión, lo que has hecho no sé si denominarlo como lo correcto pero sí lo que tocaba hacer.

—No lo tengo tan claro.

—Imagínate por un instante que la policía acaba deteniendo a alguno de tus alumnos o que se descubre que uno de ellos es *El Vengador* o está relacionado con ella. ¿Cómo te quedarías por no haberles avisado?

Me tomé unos largos segundos antes de contestar.

—Te agradezco los ánimos, pero en estos momentos no puedo eliminar de mi conciencia haber señalado a los alumnos, haberlos puesto en el punto de mira de una investigación policial.

—A todos no, hablabas de dos mujeres y un hombre. Imagino que una de ellas es Mena.

—De alumnas dos, pero con muchas dudas, Mena sería tercera.

Di otro trago.

—Quiero que me hagas un favor.

—Lo que esté en mi mano, Jaime.

—Ayúdame a investigar, no es que pretenda hacer el trabajo de la policía, no sería capaz. A lo único que aspiro es a eliminar mis sospechas sobre todos los alumnos. Si de alguno es imposible hacerlo, estar prevenido, porque si realmente alguien relacionado con el asesino asiste a mis clases, estoy en peligro. ¿Puedo contar contigo?— solté todo de corrido, casi sin respirar, como si temiera echarme atrás.

—Por supuesto, pensé que no me lo ibas a pedir.

36

Toñín llegó a su casa con el rostro desencajado y lo que parecía ser un fuerte ataque de fiebre, a lo que había que añadir el impacto del puño de Evaristo Carnero junto al oído. Llevaba la pistola en el bolsillo de la chaqueta, los casquillos los había repartido entre varias papeleras.

Entró en la vivienda confiando en que su padre no hubiera regresado antes de tiempo de la comisaría por algún imprevisto. Guardó la pistola en su lugar correspondiente hasta que decidiera qué hacer con los otros dos de la banda de asesinos. Entró en el baño y se dio una ducha rápida.

“Me encuentro muy mal”

Se vistió de nuevo y se encaminó a clase. Llegaría un poco tarde pero contaba con la excusa de la fiebre que, sin saber el motivo, se había instalado en su cuerpo.

“Con un poco de suerte me mandan a casa”

Así fue, una hora más tarde entra de nuevo en la vivienda dispuesto a meterse en la cama. Sabía que su padre llamaría en unos minutos, cogió el inalámbrico del salón y lo dejó junto a la mesilla de su dormitorio.

El teléfono no tardó en sonar.

—Papá…

Diego le había insistido en que no se viera obligado a llamarle así, si no se sentía cómodo, que su objetivo no era, ni sería jamás, ocupar el lugar de sus padres. Sólo pretendía ofrecerle una vida que le habían arrebatado de la forma más cruel. Precisamente por este motivo, por dejarle total libertad para que se dirigiera a él como deseara, cuando lo llamaba papá sentía como una maravillosa sensación se apoderaba de su cuerpo.

—¿Cómo estás?

Cada vez que un alumno era enviado a su casa la dirección del colegio se ponía en contacto con sus padres.

—Bien, si no es nada, me han dado una aspirina infantil.

—¿Tienes fiebre?

—Creo que me está bajando— mintió.

—¿Te has metido en la cama?

—Sí.

—Le diré a Camila que te lleve algo de comer. ¿Su puré de zanahorias y puerros?

—¡Sí!

Toñín jamás en su vida se había sentido mínimamente atraído con cualquier alimento que pudiera ser catalogado como verdura o pariente lejano. Hasta que un buen día probó una cucharada de un puré naranja en casa de su vecina, Camila.

—¡Hala! Pero qué bueno está ¿qué es?

Con la excusa de haber escuchado un ruido de la olla en la cocina, Camila abandonó el comedor. No regresó hasta que Toñín no terminó el puré.

—¿Te ha gustado?

—Mucho ¿De qué era?

La vecina se secó las manos en un trapo que siempre llevaba colgado en un extremo del vestido y tomó asiento.

—¿Y si no te gustan los ingredientes? ¿Qué harás?

El chico quedó un rato en silencio, pensando la respuesta.

Asintió.

—Bueno, pues tendría que reconocer que me gustan— apuntó nada convencido temiendo no ser capaz de mantener su palabra.

—El color naranja es por la zanahoria. Ese sabor de fondo es el puerro y la calabaza. También lleva patatas.

—¿Verduras?— su rostro formó una mueca de asco.

—Las verduras son muchas y variadas, Toñín, no tienen por qué gustarte todas, pero que la zanahoria, la calabaza y el puerro te gusten dice muy buenas cosas de ti.

—¿Sí? ¿El qué?

—Que tienes muy buen gusto y que no eres el típico chiquillo tontorrón que dice que no, no y no, sin haberlo probado.

Diego no perdía detalle de los profundos cambios del semblante de su hijo.

—Vale, me ha gustado mucho— reconoció.

Desde ese día se había vuelto un asiduo del puré naranja.

—Si le da tiempo a prepararlo te lo llevará, seguro. Ya sabes como es.

—Vale. ¿Oye?

—Sí, dime.

—¿Has cogido algún malo, hoy?

—Sí, hace un rato.

—¿Qué hicieron?

—Dos ladronzuelos. Tengo que dejarte, intentaré llegar antes de lo habitual ¿de acuerdo?

—Vale, pero no te preocupes, papá.

Diego se quedó con la mirada en el teléfono.

“Papá…”

Sí, tenía que reconocer que se derretía por dentro cuando Toñín le llamaba así. Le hacía sentirse diferente, más seguro en su relación, como si estuviera haciendo las cosas bien.

No le había dicho la verdad con los ladronzuelos. Unos minutos antes de llamarle habían recibido un aviso de un fallecido por disparos en su propia casa. Las primeras conclusiones apuntaban a un posible ajuste cuentas, le aseguraron nada más poner un pie en el interior de la vivienda.

—¿Sabemos de quién se trata?

El oficial de policía pasó un par de hojas de su pequeña libreta.

—A ver… el fiambre se llama Evaristo Cantero, inspector.

Diego recibió la noticia como un puñetazo en pleno flexo solar. Los nombres de los tres presuntos asesinos de los padres de Toñín los tenía grabados a fuego en su conciencia.

—¿Está seguro?

—Sí, inspector. Esto pone en las tarjetas y el DNI, las fotos coinciden. Mire — le ofreció la cartera del difunto.

Diego se separó unos metros con la excusa de buscar más luz junto a una ventana del salón. Repasó una y otra vez la documentación. No había duda.

—No hay casquillos, inspector. Se los llevaron— con una mano enguantada elevó una pinza en el aire que sujetaba un bala— es curioso, es de una Star S9 del corto.

—¿Está seguro?— repitió consciente de lo absurdo de su pregunta.

—Sí, compruébelo— le ofreció la bala— es una antigua arma utilizada por la policía de la época de Franco y por el ejército.

El recientemente ascendido a inspector, Diego Olivares, no necesitaba explicaciones, él tenía en su casa una Star S9 c de su abuelo. Un arma que le regaló su padre y que jamás se usó más allá de unas prácticas de tiro cuando era

un adolescente obsesionado por las armas.

“¿Jamás?”

Seguro que se trataba de otra coincidencia de las muchas que acompañaban la reaparición del *Vengador*. Devolvió la bala al compañero de la Científica y fijó su mirada en el cadáver. Dos impactos en los muslos como si hubieran querido hacerle hablar.

“O que sufriera antes de morir”

“¿Una Star S9c…?”

Debería haber muchas armas como esa aún circulando por ahí. Trazó una equis mental a la absurda posibilidad de que ese arma…

—No, no, imposible…

—¿Qué es imposible, inspector?

Olivares se giró rápido. El rostro del comisario Redondo le observaba con atención. Unas voces airadas que precedían de la primera planta del edificio le permitieron ahorrarse la respuesta.

—¿Qué sucede?— quiso saber Fausto asomando la cabeza por la puerta de la vivienda.

—Viene una pareja, comisario. Dicen que son la mujer del fallecido y su hermano.

—¡¿Fallecido?!— una voz grave de hombre enfurecido llegó con claridad hasta los policías.

La voz y un forcejeo.

Redondo negó con la cabeza, miró a Olivares y elevó los hombros. Aún había mucho trabajo que hacer con algunos de los oficiales. ¿En qué cabeza cabe decir a voz en grito, delante de dos personas que se presentan como familiares que presumiblemente no deben saber qué ha sucedido, que ha fallecido el ocupante de la vivienda?

Olivares cogió del brazo al comisario y con un leve gesto de barbilla le pidió que le siguiera. Mientras, el forcejeo aumentaba en intensidad.

—El fallecido es uno de los sospechosos del asesinato de los padres de Toñín. Los que suben son los otros dos, el hermano y la mujer.

—Entiendo. Seguimos sin obtener nada que los implique.

—Así es, jefe.

—¡¡Toto!!— un agudo alarido de mujer se coló como un fino cuchillo en los oídos de los que se hallaban en la segunda planta— ¡¡Toto!!

—¡Suéltenla, cojones!

El inspector respondió a la muda pregunta del comisario.

—Toto es al que Toñín se refería como el hombre de la mano peluda y el anillo gordo en un dedo.

—Ya.

Diego llegó a su casa un poco antes de lo habitual, como le había prometido a su hijo. Camila se encontraba en la cocina preparando la cena.

—No tenías que molestarte. Hoy pensaba venir antes.

—Lo sé, Diego, pero en tu trabajo lo que piensas es una cosa y lo que puedes hacer, otra.

—Gracias.

—Está en su habitación, la fiebre le ha bajado bastante pero ya sabes que por la tarde-noche vuelve a subir— quitó una cazuela del fuego y levantó la tapa.

—Qué bien huele, Camila. Tu puré de zanahorias le… mejor dicho, nos vuelve locos.

—Dímelo a mí que he tenido que hacer más. No ha dejado nada en la comida — exclamó con su habitual amplia sonrisa. Cogió una bandeja dispuesta a preparar la cena de Toñín.

—No, no, ya me encargo yo. De verdad. Vuelve a casa que tu marido me va a odiar, si es que no lo hace ya.

—Sabes que no, todo lo contario ¿de verdad no te hace falta que me quede? Por lo menos mientras te das una ducha y…

—No, de verdad, me ducharé después, antes de acostarme.

—De acuerdo. Ah se me olvidaba, tu hijo dice que se ha dado con la puerta del baño, tenía la oreja roja— estampó dos besos a Diego. Tras prometer que regresaría para el desayuno del niño se despidió hasta la mañana siguiente.

“No hay dinero que pague el cariño que siempre nos ha tenido esta mujer a mi familia”

Se quitó la chaqueta y entró en su despacho. Guardó su HK USP Compact reglamentaria en el cajón de la mesa. Llevó la vista al altillo. Se hizo con la caja que contenía el expediente de los sospechosos de la muerte de los padres de Toñín, localizó la ficha de Evaristo Cantero y escribió; fallecido. Cerró la caja y la depositó en su lugar. Si saber por qué, o quizá sí que lo sabía pero le costaba reconocerlo, se hizo con la caja de madera que guardaba las demás armas. Sintiendo un ligero temblor la dejó sobre la mesa. Buscó la llave en el fondo de cajón y la introdujo en la cerradura. Antes de girarla frotó con fuerza su rostro y suspiró.

“Tiene que estar, tiene que estar…”

Levantó la tapa.

A un lado, las tres pistolas que esperaba encontrar bien sujetas en sus hormas brillaron al reflejo de la luz. Al otro, una caja que debería contener el arma de su abuelo.

“Vamos, vamos…”

Levantó el extremo de la tapa con cautela, con suma cautela, como si temiera que lo que ocultaba se pudiera abalanzar sobre él. Agachó la cabeza para asomarse a la estrecha abertura que sus inseguros dedos habían generado al desplazar mínimamente la tapa.

“¡Por Dios, ábrela de una vez!”

Obedeció a su instinto.

Suspiró profundamente y sonrió.

La Star S9 c ocupaba su sitio correspondiente.

—Soy idiota…— cerró la caja de madera y devolvió todo a su sitio.

Algo en su interior le decía que comprobase el cargador, las balas…

Pero no escuchó. No quería saber. Mejor así.

Regresó a la cocina.

Cinco minutos más tarde entraba en la habitación de su hijo con la bandeja de la cena. Lo vio asomado a la ventana, envuelto en una manta.

—Hola, Toñín, ¿cómo te encuentras? Ven, vuelve a la cama, no te vayas a enfriar.

—Bien, mejor que esta mañana.

Diego dudaba entre dejar la bandeja con sus patas instaladas, sobre la cama, o quitárselas y que cenase en la mesa.

—¿Dónde prefieres?

No había nada mejor que comer en la cama, aunque le molestaban las migas que caían en las sábanas, por más que las sacudiera siempre quedaban.

Sin responder dio un salto y se metió en la cama.

—De acuerdo. Me ha dicho Camila que no has dejado nada de puré en la comida.

Toñín negaba con la cabeza mientras introducía una cucharada en la boca, luego otra.

—Tranquilo, hijo, come despacio que nadie te lo va a quitar.

El chico forzó una sonrisa sin dejar de tragar.

—Me ha dicho también que te has dado con la puerta— se echó hacia delante buscado la oreja del chico.

—Bueno, la verdad es que me he caído, no me ha dado tiempo a sacar las

manos de los bolsillos y me he dado una buena chufa.

—¿Duele?

—Ya no…—murmuró mientras introducía otra cucharada en la boca.

—Despacio.

Diego disfrutaba como jamás pensó que algún día haría con escenas como esa. Gozaba viéndole feliz, inocente, saliendo de la amarga experiencia vivida con sus padres. Mientras le observaba, la escena de Evaristo Cantero muerto en su casa se desplegaba en sus recuerdos.

"¿Se lo debería contar?"

No supo qué responder a su propia pregunta. Seguramente se enteraría por la televisión, pero si no mostraban ninguna fotografía no lo relacionaría con sus padres y si lo hacía se vería obligado a hacerle entender que a pesar de que le hubiese reconocido no existían pruebas de su estancia en la casa. No basta con señalar a alguien en concreto, hay que demostrar su autoría fuera de toda duda. Lo peor de todo era saber que Toñín llevaría razón, lo pudo confirmar una vez más esa misma mañana cuando el hermano de Evaristo, Toto, entró en la casa, su mano peluda y el enorme anillo lo delataban.

Tras despedirse de su hijo hasta la mañana siguiente y dejar para otro momento la decisión de compartir o no la muerte de uno de los asesinos de sus padres se sirvió la cena, llevó la bandeja al salón y se dispuso a zapear un poco con el mando de la televisión.

A la mañana siguiente, Toñín se encontraba muy bien, pero no fue del todo sincero con Diego.

—¿Cómo estás?

—Bueno, mejor— en su cabeza se había forjado una idea durante la noche que debía llevar a cabo cuanto antes.

—Me alegro. Como es sábado pensaba que te acercaras a Santander y comiéramos juntos pero…

—¡Vale!

—No te veo muy mal ¿eh?— dijo Diego mostrando una media sonrisa mientras se echaba sobre su hijo y lo cubría de cosquillas.

Las contagiosas carcajadas del pequeño hicieron mella en el ánimo de su padre y se unió a ellas.

Cuando Diego se marchó, Toñín sonreía. Su plan inicial pasaba por hacerse el malo, cuando se quedara solo ir a Santander y ver a Cris. Había decidido que tenía algo que contarle, pero el planazo de su padre le había facilitado las cosas.

En ocasiones, el universo echa una mano.

El teléfono de su casa comenzó a sonar.

Corrió escaleras abajo hasta el vestíbulo.

—¿Sí?

—¿Toñín? Que soy yo, Cris.

—¡Hola!

—No me has llamado— su voz trasmitía una leve decepción.

—Es que he estado malo.

—Ah, bueno, si es por eso, vale, ¿ya estás bien?

—Sí, y voy a ir a Santander, he quedado con mi padre a la hora de comer ¿Nos podemos ver un rato?

—Pues claro, un rato sí, pero tengo que pedir permiso.

—Vale, ¿dónde la otra vez, en el parque ese a las 11?

—Vale.

En el cuerpo de Toñín no quedaba ni rastro de la fiebre, ni del malestar del día anterior. En cuanto Camila se marchó después del desayuno, salió feliz rumbo a la parada del autobús.

Feliz no describiría con certeza su estado de ánimo.

Cierto que quedar con su mejor amiga le hacía sentir un extraño hormigueo en el estómago y unas ganas incontrolables de sonreír y saltar, pero en su interior se castigaba por haber hecho algo imperdonable.

Llegó unos minutos antes de la hora acordada, junto a él había dejado un ejemplar del *Diario Montañés*, era la única forma que se le había ocurrido de subsanar de alguna manera su olvido.

—Hola.

Toñín se giró sobresaltado.

—¡Qué susto! Pensé que vendrías por ahí— dijo con el brazo extendido.

—Es que me han acercado mis padres— Cris llevó la vista al diario— ¿lees el periódico? —preguntó visiblemente sorprendida mientras tomaba asiento a su lado.

—¿Eh? No, que va, es muy aburrido, pero hoy sí.

Cris lo cogió y leyó uno de los titulares de la portada, negó con la cabeza.

—¿Es por alguna noticia de estas?

—Sí, esa de ahí…— señaló la fotografía del rostro de un individuo acompañada de otra que recogía el momento en que era trasladado en camilla de

un portal con el cuerpo cubierto con algo que parecía una tela brillante.

Cris abrió el periódico por la página en la que se desarrollaba la noticia y leyó.

Cuando lleva la mitad del artículo, Toñín decidió darle una pista.

—Es uno de los que te hablé, fue el que violó a mi madre— escupió con rabia cada sílaba.

La chica levantó la vista del periódico. Sus ojos mostraban un brillo helado, impropio de los ojos de una niña próxima a cumplir los dieciséis. Helado y envuelto en la misma rabia que mostraban los de Toñín.

—Tú…—señaló la fotografía.

Su mejor amigo asintió.

Nadie habló durante el siguiente minuto, ni al otro. La joven pareja se miraba fijamente. Cris dejó su mano sobre la de él ofreciéndole su apoyo incondicional.

—¿Cómo te sientes?

—Me alegro por mi madre, pero tengo una rabia dentro que no veas… ¡me olvidé la cámara! ¿Te puedes creer?

El rostro de Cris se iluminó, soltó un par de carcajadas mientras llevaba una mano a la boca. Toñín la imitó. Ambos rieron y rieron soltando toda la adrenalina y la tensión acumulada en sus jóvenes cuerpos.

Reían como niños.

Odiaban como adultos.

Cris separó la hoja en la que aparecía la fotografía de Evaristo Cantero, dobló los extremos hasta dejar la imagen en medio. Con los labios apretados y un gesto de profunda concentración rasgaba el papel con la uña. Sólo restaba recortar la fotografía tirando de la hoja por los cuatro bordes rasgados. De su pequeño bolso sacó un rotulador.

—Toma, no es lo mismo que con tu cámara pero te puede valer.

Toñín cogió el rotulador y sobre el cuello del individuo que miraba a la cámara con suficiencia escribió; culpable.

—¿Aún tienes la del capullo del vigilante?

—Pues claro.

—¿Te importaría guardarla con ella?— le ofreció el recorte de periódico.

—Si tú quieres— abrió una libreta e introdujo la foto en el interior— oye Toñín, que tengo tu Polaroid.

—¿Sí? no sé por qué pensé que te la habrían quitado.

—Que se les ocurra.

De nuevo las risas descontroladas se apoderaron de ellos.

—Tengo algo que enseñarte— dijo Cris con el rostro serio. Una vez más en su semblante destacaban unos ojos fríos. Metió la mano en el bolso y sacó una instantánea hecha con la cámara que le dio Toñín cuando el vigilante abusaba de ella.

—Mira.

El chico cogió la foto.

Un rostro desfigurado de un hombre con un cartel sobre el pecho.

—Fue el que me hizo de todo en el camión…— deslizó sus manos sobre el rostro cortando el paso a un fino reguero de lágrimas.

—¿Pero, cuándo…? No ha salido en la tele y aquí no viene nada.

—No lo habrán encontrado, después de sacarle la foto lo tiré al mar por el acantilado.

—¿Acantilado?

—Sí, por el Mirador de la Corneja, cerca de tu casa.

Toñín la miró fijamente.

Poco a poco fue reduciendo el espacio que quedaba entre sus rostros hasta que sus labios se rozaron, fue como un chispazo. El chico se retiró al instante.

—Perdona, yo no…

—¿No? Pues me ha gustado.

—¿Sí?

—Sí, ¿me das otro?

Antes de despedirse, Cris le habló de cómo encontró a José Ganzán, que prefería que le llamaran Pepe. Fue realmente sencillo, sólo tuvo que esperarle dónde solía aparcar, cerca de su casa en Cabezón de la Sal. Había estado allí alguna vez con las que entonces eran sus hermanas de acogida y se acordaba del lugar.

Se había ataviado para la ocasión con una peluca de las muchas que tenía su madre y una camiseta ajustada bajo una blusa que se quitó en el baño de una cafetería y guardó en el bolso. Era consciente que estaba desarrollada para su edad y que los hombres la miraban de arriba abajo. Unas miradas que no le gustaban en absoluto…:

—Vaya camión chulo que tiene, señor.

Pepe Ganzán se detuvo, giró sobe sí mismo y vio a una más que atractiva jovencita que más que mirar admiraba su camión, que era lo mismo que si el objetivo fuese él.

—¿Te gusta?— metió la tripa sin éxito alguno mientras introducía la camisa en el pantalón.

—Sí, mucho, nunca he subido en ninguno.

Pepe deslizó su lasciva mirada por cada curva de la chica, por delante y por detrás aprovechando que recorría el camión de un lado a otro.

“No puedo dejar escapar esta oportunidad. Me lo está pidiendo a gritos”

—¿Quieres dar una vuelta?

—¿Ahora?— Cris esculpió en su rostro la mejor expresión de asombro que supo poner.

—Sí, claro, tengo un par de horas libres— mintió, Ana ya le esperaba con la mesa puesta.

La chica miró al camionero con un dedo entre los labios, como si realmente estuviera estudiando la proposición. Era el mismo tipo asqueroso que recordaba, lo mejor es que no parecía que la hubiese reconocido.

—Me gustaría ver algo de la costa. Siempre he estado en Cáceres y acabo de llegar.

Ganzán miró alrededor.

Su rostro tornó preocupado.

—¿Están tus padres aquí?

—¿Mis padres?— simuló un par de nerviosas carcajadas— mi madre estará tirándose a su último novio y mi padre ni lo sé, ni me importa. Estoy de vacaciones, le mostró la Polaroid colgada al cuello, tengo quince días y he venido a conocer el mar.

—¿De vacaciones?

—Sí, de trabajo ¿qué edad se cree que tengo? Ya cumplí los dieciocho.

“Si tú lo dices”

Pepe agitó las manos en el aire, una boba sonrisa se dibujó en su semblante.

—¿Vamos?

Cris giró sobre sí misma, como si llegado el momento de subir al camión le hiciese dudar.

—Me gustaría, pero no le conozco de nada y…

—Cuando demos una vuelta ya me conocerás. Te prometo llevarte a un sitio desde el que verás el mar mires donde mires.

Cris ladeó el rostro con un gesto estudiado ante el espejo.

—¿Me puedo fiar de usted?

—Por supuesto, pero subes con una condición.

—¿Cuál?

—No me llames señor, sino Pepe.

—De acuerdo.

—Vámonos, deja que te ayude.

Cris introdujo un pie en el primer hueco que vio para meterlo y sintió las manos de Pepe en el culo empujándola.

—Un poco más, agárrate ahí arriba.

Poco faltó para haberle dado una patada en su estúpida cara. El tiempo que tardó Ganzán el rodear el camión lo empleó en sacar del bolso el espray anti violadores y guardarlo en el bolsillo de su pantalón.

Durante los primeros minutos transitaron en silencio. Ella, esforzándose en parecer extasiada con el paisaje y con cada ocasión que el mar se dejaba ver por el horizonte. Él, acariciando con la mirada las piernas y el pecho de su acompañante.

—¿A dónde vamos?

—Te voy a enseñar las mejores vistas, en cinco minutos llegamos al Mirador de la Corneja y luego si quieres ver un rompeolas nos acercamos a Comillas.

—¿Rompeolas?

—Sí, ahora la mar esta alta y chocan contra el puerto.

—Suena divertido.

Cris analizaba mentalmente un plan dedicado a la que estaba convencida sería su siguiente víctima. El Mirador de la Corneja, junto a la Ermita de Nuestra Señora del Remedio, lo conocía bien, sus padres le habían llevado en varias ocasiones, en otras tantas a Comillas, conocía el Capricho de Gaudí, el Palacio del Marqués y también el rompeolas al que se refería el camionero. Haciendo una composición rápida de ambos sitios entendió que el mirador sería el lugar ideal si encontraban un sitio donde dejar el camión y si el restaurante estaba cerrado.

Salió de dudas rápidamente.

—Conozco un sitio para poder aparcar, los últimos metros los haremos a pie, la carretera no llega hasta el borde— apuntó jocoso.

“Además el restaurante está cerrado en esta época”

Ganzán detuvo el camión en el punto indicado. Realizaron el resto del trayecto a pie. Cris, delante, en su papel de mostrar su tremenda impresión por lo que se mostraba ante sus ojos. Algo sencillo de realizar porque cada vez que se exponía a esas vistas no podía evitar emocionarse. Pepe, detrás, sin perder detalle del trasero que pensaba disfrutar en unos minutos.

“Esta no se me escapa”

Llegaron junto al mirador.

—¿Qué? ¿Te gusta?

La chica asintió, llevó su mirada al horizonte recorriéndolo de derecha a izquierda, mientras sus dedos agarraban con fuera el espray. De pronto sintió la mano del camionero en su hombro.

—Es espectacular— dijo Ganzán, dejó partir su vena poética y añadió:— como tú.

Cris giró la cabeza, el rostro que más odiaba del mundo en esos instantes le observaba a escasos centímetros de su cara. Un rostro abúlico rodeando una sonrisa porcina.

Quedaba un último esfuerzo.

—Gracias…— susurró coqueta mirando los labios del hombre.

Pepe creyó entender el mensaje. Se acercó un poco mientras su mano se aferraba al trasero de la chica.

Cris suspiró hondo. Había llegado el momento de todo o nada.

“¡Ahora!”

Con un gesto veloz sacó la mano del bolsillo y roció con el espray los ojos de su sorprendido violador.

Ganzán llevó las manos a la cara y comenzó a gritar. Cris aprovechaba cada ocasión en la que abría mínimamente un ojo para volver a descargar el espray y su rabia sobre él.

—¿No me recuerdas hijo de puta? ¡¿Eh?!— ladró en su oreja— ¿no recuerdas a una niña de doce años que se escapó de casa del cabrón de tu hermano y que recogiste en tu maldito camión?

Pepe intentó abrir un ojo.

Cris lo aprovechó soltando otra descarga.

—Una niña a la que dejaste tirada en la carretera ¿Sigues sin acordarte? ¡¿Eh?!

—¿Tú? No puede ser— soltó entre balbuceos.

Cris se acercó a él.

Fue un error. Su único error.

Ganzán soltó un puñetazo al aire que se estrelló en su rostro, pillándola desprevenida y lanzándola un par de metros atrás.

—Te he dado, ¿eh? ¿Ya no dices nada, maldita zorra?— no dejaba de frotarse los ojos mientras intentaba abrirlos, pero no era capaz. Se dejó caer de rodillas, buscaba a tientas el cuerpo de la chica que debía estar sin sentido junto a él.

Sí, estaba junto a él, pero no sin sentido.

Lo pudo comprobar cuando escuchó el impacto seco en su cabeza de una pesada piedra y el crujir de su cráneo.

Después todo se volvió oscuro.

Para siempre.

Cris sacó de su bolso el papel que llevaba preparado. Lo desdobló, en su interior había pegado letra a letra con recortes de revistas; *culpable*. Lo colocó sobre el pecho de su víctima y sacó un par de fotos. Dejó pasar unos minutos para recuperarse y tras devolver el pequeño cartel al bolso, arrastró el cuerpo de Ganzán hasta el borde del acantilado.

—Un poco más…— susurró ante el último esfuerzo— Ya…

No dedicó la más mínima atención al vuelo sin retorno de su violador. Su mirada buscó el horizonte, a lo lejos las olas rompían lanzando al aire chorros de espuma. Tanto a derecha como a izquierda la escarpada costa zigzagueaba en un recorrido interminable hasta donde la vista alcanzaba. Por un lado, todo era mar, por otro, todo verde.

A sus pies, a su izquierda, las olas rompían con furia contra las rocosas paredes de la costa trepando sobre ellas, amenazantes.

—Pero qué bonito… tengo que venir con Toñín.

37

Habían transcurrido varias semanas envueltas en una alarmante calma. *El Vengador* no había vuelto a dar señales de vida, nada de notas, ni de muertes, al menos públicamente. La pregunta que todos se hacían en la comisaría era la misma ¿ha terminado su venganza? con similar respuesta; silencio.

Un par de días atrás habían recibido las fotografías que científica hizo en el escenario del crimen de Valladolid junto con un desarrollado informe de lo acontecido. Se tomaron su tiempo hasta no disponer de las posibles respuestas que sus colegas de Santander les pudieran plantear.

María llevaba esos mismos días sin levantar la cabeza de las fotografías y del informe, convencida que en ellos deberían hallar alguna respuesta o si no un indicio, una pista que les indicara un hilo del que poder tirar hasta deshacer el nudo de la maldita madeja.

—Este *Vengador* es otra mujer…— soltó con una de las fotografías ampliadas en la mano. Le gustaba disponer de una copia en papel a parte de las que se guardaban en el ordenador.

—¿Segura?— quiso saber Diego.

—Juraría que sí. Para asegurarme del todo sólo necesito que me respondan a una pregunta.

El inspector rodeó la mesa y se situó junto a su compañera que mantenía la vista fija en la instantánea.

—¿Qué te responda quién a qué?

María tomó aire, se maldecía por no haberse dado cuenta antes del detalle.

—Creo que hemos dejado pasar por alto un dato que podría ser importante, Diego.

—Suéltalo ya.

María situó cuatro fotografías, una junta a otra, sobre la mesa.

—Mira, esta es una de las dos que envió la asesina y…

—¿Asesina? Eso es que estás segura del todo.

La subinspectora asintió. Su semblante seguía concentrado.

—A ver qué te parece. Sigo— cogió la foto y señaló con el dedo— Esto de aquí es un vestido y esto un sujetador ¿no?— una pregunta que no aguardaba respuesta— pues en esta otra foto no aparecen.

Diego miró a su compañera y luego las fotografías.

—En las de Científica tampoco salen, mira— señaló el espejo del armario que reflejaba la silla en la que, sobre el respaldo colgaban un vestido y un sujetador, en algunas de las fotografías.

Diego cogió la foto y se incorporó. A paso lento, sin desviar la mirada del espejo del armario se situó junto a uno de los ventanales de la sala. No es que necesitara más luz, gozaba de una excelente vista, pretendía asegurarse que lo que su compañera identificaba como un vestido, por tanto, ropa de mujer, era realmente eso sin lugar a dudas.

Sí, a él también se lo parecía, pero si ella insistiera en que se trataba de un simple trozo de tela tampoco lo hubiese dudado.

—¿No te lo parece? No te veo nada convencido.

El inspector regresó junto a Pinta.

—No estoy muy puesto en ropa femenina.

—Ya…— María esbozó una mueca pícara.

—De verdad. Lo que quiero decir es que efectivamente esto de aquí tiene la pinta de ser un sujetador y lo que está debajo un vestido o una tela.

La subinspectora no lo podía creer.

—¿Un tela, sin más?— de nuevo situó el dedo sobre la imagen— esta línea que brilla qué crees que es.

—No sabría decirte.

—Es una cremallera, diría que es un vestido de abertura lateral.

Olivares regresó a su sitio.

—Recapitulemos. ¿Cuál era esa pregunta que alguien te tiene que responder?

—Quiero saber si la pareja de Segismundo Ganzán reconoce el vestido y el sujetador. Si lo hace, mi teoría se desvanece.

—Eso querría decir que el asesino por algún motivo lo quitaría de la silla.

—Si fuera así, debería de aparecer en el suelo ¿no crees? No me lo imagino llevándoselo a su casa.

—Tiene todo el sentido— dijo mientras de levantaba— vamos a hablar con el jefe.

Diez minutos más tarde el comisario descolgaba el auricular para comunicar con su colega de Valladolid.

—No creo que a la pareja de la víctima le haga mucha gracia identificar una ropa femenina en el dormitorio.

—Lo imagino, jefe— apuntó la subinspectora— con mayor motivo al confirmar que la muerte no fue obra de un loco sicópata, si no de una mujer con ánimo de venganza con la que él estaba dispuesto a tener sexo.

—Pero no queda otra, Pinta. Si confirma su teoría habremos dado un paso, no sé si definitivo pero sin duda hacia delante.

Redondo levantó la mano pidiendo silencio.

—Sí, ¿Ramírez? Necesito que le preguntéis a la pareja de la víctima si reconoce el vestido y el sujetador de la foto como suyo.

—¿De qué foto hablas, Redondo?

—Te la acabo de enviar a tu correo, he señalado con un círculo en rojo el reflejo del espejo del cristal donde se aprecia con claridad lo que te comento.

—¿Reflejo? No recuerdo ningún espejo.

—Seguro que ahora lo recordarás.

—Dame un segundo que abro el correo.

Fausto tapó el altavoz del teléfono con la mano.

Se echó hacia delante hablando en tono quedo.

—A algunos les ha llegado muy tarde tanta tecnología.

María esbozó una amplia sonrisa, su mente decía otra cosa.

“¡Mira quién fue a hablar!”

—Lo tengo.

Redondo volvió a pedir silencio.

—Sí, Ramírez.

—Ya veo lo que me dices. En unas fotos aparece y en otras no ¿crees que es de la asesina?

—Si no pertenece a la pareja de la víctima, no veo otra explicación.

—Me pongo con ello.

No fue hasta última hora de la mañana cuando les llegó la confirmación. La pareja de Segis no reconocía como suyas las prendas colgadas sobre el respaldo de la silla.

—Este *Vengador* también es una mujer— dijo María— una mujer llena de odio y venganza. Lo que me pregunto es si se trata de un asunto personal, que haya experimentado en su propia carne, o estamos ante una represalia por lo que haya hecho a otras personas.

—No olvidemos que podría tratarse de la misma mujer.

—¿El mismo *Vengador*? Eso era lo que insinuó en su clase el profesor Valdés y que luego publicó *El Diario Montañés*. Si fuese así ¿quién narices era la chica de la cara destrozada que apareció junto al conserje?

—No se la pudo identificar, excepto calcular que contaba con unos veintidós años.

María no lo tenía nada claro.

—Lo sé, pero la Guardia Civil encontró a su lado la Polaroid con la que se hicieron las fotografías que nos enviaba. Esa cámara sólo la podía tener alguien que estuvo presente en todos los crímenes.

—Efectivamente.

—Esto implicaría que la mujer fallecida era *El Vengador*.

—O quizá no estaba sola, lo que nos lleva de nuevo a las propuestas del profesor y de Torquemada.

Diego se frotó el rostro. Muchas horas trabajadas en los últimos días sin apenas descanso.

—No olvides que lo único que tenemos para concluir que la fallecida es *El Vengador* es la Polaroid, nada más. Pensemos… ¿Quién podría estar presente en todos los asesinatos y tener un odio exacerbado a las víctimas?

La pareja de policías guardó silencio unos eternos minutos hasta que María lo rompió.

—¡La hija de Segis y Candela! La que está desaparecida. ¿Podría ser una de las alumnas del profesor?

El inspector miró a su compañera como si viera un fantasma. La conclusión le había cogido totalmente desprevenido, no porque pareciera del todo descabellada, no podía negar que contaba con argumentos para sostenerse por sí misma, sino porque no se le había pasado por la cabeza contemplar a la hija desaparecida de las dos víctimas como su propio verdugo.

—¿Por qué me miras así? ¿Te parece una estupidez? Cumple con todo lo que nos planteamos.

—No, no, perdona— se puso en pie— ¿te traigo un café?

—Sí, gracias.

La subinspectora se enfocó de nuevo en sus notas.

Leyó mentalmente.

Amelia Ganzán vivía con sus padres cuando estos y su hermano abusaban de ella y de su hermana pequeña. Candela, la madre, sabía lo que sucedía y nunca hizo nada por evitarlo. Tenía la motivación suficiente, contaba con la oportunidad…

Llevó el Bic a la boca.

La puerta de la sala se abrió dando paso a Olivares portando sendos cafés en las manos.

—Aquí tienes.

—Gracias— dio un pequeño sorbo mientras aguardaba a que su compañero respondiera a la pregunta que le había formulado antes de que huyera con la excusa de los cafés.

Como si leyera los pensamientos de Pinta, el inspector levantó las palmas de las manos a modo de disculpa.

—Sí, sí, no se me ha olvidado— tomó asiento— sólo necesitaba un momento para darle una vuelta a tu propuesta.

—Lo de los cafés no ha sido mala idea, lo necesitaba— aseguró mientras daba otro sorbo— me caigo de sueño.

—Si quieres lo dejamos para mañana.

—De acuerdo, pero antes respóndeme. ¿Te parece una estupidez lo que he dicho? Por la cara que pusiste diría que no has escuchado nada tan tonto en tu vida.

—Todo lo contrario, me ha sorprendido. No se me había ocurrido pensar en esa chica en esos términos— apuró un par de sorbos.

—Tiene la motivación y la oportunidad, creo que podría…

—Cierto, estoy totalmente de acuerdo— calló unos segundos antes de añadir: —me pregunto, por qué esperar tanto tiempo para terminar con su padre. Si fuese ella me la podría imaginar matándolo sin más, no atándole a la cama, desnudándose.

—Recuerda que el padre ya lo hizo con ella…

—Sí, lo sé y ¿qué me dices de la relación que debería haber tenido con los hermanos Rosales? ¿Con el vigilante?

—Ya. Si no fuese sólo una persona *El Vengador*…— de nuevo la capucha del Bic en la boca, la mirada en sus notas.

—Tiene que ser una persona relacionada con esta chica, con su familia, que haya pasado por un centro de acogida, que…

María enlazó con la exposición de su compañero.

—…que estuviera cerca del vigilante, de los hermanos Rosales ¿piensas en la misma que yo?

—La niña que adoptaron.

—¡Sí!— la súbita emoción de la subinspectora se desvaneció conforme llegó — Si estamos en lo cierto ¿dónde encaja en todo esto Jaime Valdés? ¿Cómo es

posible que esté al tanto de lo que iba a hacer la asesina?— un último trago al amargo café— lo único que se me ocurre es que de algún modo el escritor guarde alguna relación con la niña adoptada— María llevó la mano a la boca cortando un bostezo— perdona, estoy agotada.

—Y yo.

No eran los únicos que habían llegado a una conclusión similar pero con un recorrido bien distinto.

Quince minutos más tarde Diego entraba en su casa. Del salón se hizo con un par de paquetes de embutido, una bolsa de colines camperos y se preparó un ron negro con Coca-Cola. Una vez en el salón se dejó caer sobre la butaca. Abrió uno de los paquetes, cogió un par de lonchas de pavo y las llevó a la boca. Su estómago le pedía con insistencia algún tipo de comida más elaborada, bastaba con un entrecot o incluso una sencilla pasta. Le gustaba la cocina pero llevaba unas semanas que no atendía a los requerimientos de su estómago como merecía. Una aparente desgana culinaria se había apoderado de él, síntoma claro, que no se negaba a reconocer, de que algo sucedía en su cerebro. Algo que le dificultaba conciliar el sueño un par de horas seguidas y que no podría solucionar hasta que no pusiera fin de una vez por todas al maldito caso.

Apuró un largo trago.

“Puede que ni así, quizá la resolución sea peor”

Sabía que a veces vivir en la ignorancia es lo mejor para la salud.

La conclusión a la que había llegado con su compañera, la que apuntaba a la niña adoptada, abría una serie de puertas que no sabía si llegado el momento contaría con el valor necesario para cruzar.

“Si esa niña adoptada es la misma a la que Toñín defendió de ser violada, querría decir que mi hijo tenía una relación directa con ella, una relación de gratitud, sin duda, de amistad. ¿Habrá seguido con los años? Si esa niña se convirtió en *El Vengador*…”

De pronto abrió los ojos como platos.

—La foto al vigilante…—murmuró asustado por la inminente conclusión— no la pudo hacer ella, sino Toñín— se incorporó de un salto— ¡Era un foto hecha con un Polaroid! ¡Por Dios!

No sabía muy bien qué podía significar, su hijo murió y *El Vengador* continuó actuando.

Volvió a tomar asiento, su cabeza no paró de dar vueltas al asunto buscando alguna forma de borrar a Toñín de cualquier implicación hasta que con el tercer

cubalibre se quedó profundamente dormido.

38

Marcos y yo llevábamos todo el fin de semana investigando lo que había acontecido desde que tuve la peregrina idea de soltar en el taller posibles rumbos que podría tomar la historia real del caso del *Vengador* en un *Vengador* de ficción.

La buena noticia es que disfrutábamos de varias semanas de tregua. La prensa guardaba silencio en cuanto a titulares escabrosos, no así en relación a la propia investigación de Marcelo Torquemada.

—Este individuo está dando palos de ciego— murmuró mi amigo.

Levanté la vista de la documentación que tenía entre manos y froté junto a los lacrimales.

—¿A qué refieres?

—No es más que una sensación, parece como si continuara recibiendo órdenes que le indicaran qué pasos debe seguir— señaló varios recortes de titulares del *Diario Montañés* desperdigados sobre la mesa— en todos sus artículos habla de fuentes cercanas a la investigación o de una información recibida por otra fuente distinta que no denomina cercana a los investigadores. Pero no veo por ningún lado que haya llevado a cabo sus propias indagaciones hasta ayer mismo.

Llevé la vista al titular que me señalaba.

Leí:

—¿*Fue El Vengador un interno de La Esperanza?, ¿o se trata de un familiar llevando a cabo un macabro ajuste de cuentas*?

—¿Entiendes lo que te quiero decir?

El gesto de no comprender nada debió parecerle suficiente.

—A ver, es muy posible que esté viendo cosas que nada signifiquen y la realidad…

—No, no, cuéntame esas cosas que te llaman la atención, me interesan.

Nos hallábamos en el salón de mi casa, las ventanas abiertas, una suave brisa

meciendo los visillos y a lo lejos ese relajante susurro del suave oleaje del mar.

Cogí un taco de queso y un colín de pan dispuesto a escuchar lo que tuviera que decir. Si tuviese que destacar algo en Marcos sería su fina intuición, sobre todo cuando ha analizado datos, revisado todo tipo de informes, visionado películas, videos. Cierto que no íbamos sobrados de información. Toda la que disponíamos se hallaba en internet al alcance de todo aquel que tuviese interés.

Marcos apuró un sorbo de su cerveza favorita, Alhambra.

—Si yo fuera periodista, o mejor dicho, si debiera investigar al supuesto *Vengador*, habría…

—¿Dices lo de supuesto porque te refieres a la persona que ha enviado la fotografía del vigilante y asesinado al hombre de Valladolid?

—Exacto, pero añádele tus diferentes ideas en la relación a que no se trate sólo de una persona, o sean más de uno o incluso la mejor; que no fuese la chica encontrada muerta junto al conserje.

—No fueron sólo mis ideas, a Torquemada también se le ocurrieron.

—Ahí quiero llegar. No se le ocurrieron, se las indicaron, como hicieron con las notas, con las excavaciones. Le están utilizando de altavoz.

Me miró con medio rostro contraído.

Negó levemente.

—No me extraña que te pudieras haber convertido en un objetivo de la policía cuando les confesaste tus temores.

Me quedé con un taco de queso a medio camino entre el plato y mi boca.

No dije nada.

—Tiene su lógica. Llegas con una historia que ha salido en los medios y les das una explicación de cómo pudo haber llegado la información a Torquemada que imagino se mantendrá enrocado en su fuente.

El taco terminó al fin su recorrido, lo saboreaba en mi boca mientras mi cabeza daba vueltas a lo que exponía mi amigo. No se trataba de una deducción nueva para mí, al menos no del todo. Se me había pasado por la cabeza pero no me permití desarrollar el argumento, no dejaba de ser absurdo ¿o no?

—Prefiero que sigas con Torquemada— propuse— no me siento cómodo viéndome como sospechoso de la policía en un asunto tan turbio como este. No quiero decir que no lleves razón, al revés, es lo que más me aterra, imaginar que es perfectamente factible.

—Sigamos— Alegre apuró un largo trago— esta sí que es una buena, buena cerveza. A lo que iba. No veo en ninguna de sus crónicas que haya hablado con el policía que llevó la investigación…—se hizo con su libreta de notas—

Demetrio Trémez, se supone que es la persona que más debería saber del *Vengador*, el que podría aportar algo de luz a los sucesos actuales. Tampoco ha conseguido hablar con ningún trabajador de La Esperanza de aquella época, no me refiero a la directora que es la que está más en el foco de atención.

—Comprendo lo que quieres decir, lleva una investigación dirigida— dejé mi vista unos segundos en ningún lugar en concreto.

—¿Qué piensas?

—Vuelvo a lo que me decías de la policía y yo, pero desde otra perspectiva.

—Bien, cuéntame.

—Si lo que publica este periodista en sus artículos son indicaciones de alguien, que tú y yo sabemos que no se trata de mí, pero que podría ser cercano a mí.

—Tú y yo sabemos que tampoco se trata de mí— convino sonriente.

Asentí.

—Si tengo algo que ver con todo esto, si soy el inicio de la información— bebí un trago de cerveza, sentía la garganta cada vez más seca y no era por hablar— decía que si parte de mí, el círculo de posibles sospechosos se reduce. Sólo he comentado esto contigo y mis alumnos.

—Sin olvidarnos de tu querida inquilina y su novio.

Sentí cierto escalofrío por el cuerpo al recrear la imagen de Mena y Néstor.

—Sí, sin olvidarnos de ellos.

—Por tu cara sospecho que no has terminado, que hay algo más.

—Si el contacto del actual *Vengador* se halla entre los que acabamos de nombrar, estamos ante alguien que tiene que ver con el vigilante dado por desparecido en el 2008, hace diez años, y suponemos que la aparición de su cadáver indica que andaba metido en algo que le llevó a la muerte en La Esperanza y, seguimos conjeturando, si dicho contacto es alguien que estuvo interno en el centro, si…

Miré a Marcos a los ojos.

Continué:

—…si quitamos esos diez años a los nombrados, a los asistentes al taller y a Mena y su novio, nos tendría que dar alguien que en el 2008 tuviera la edad de estar en el Centro de Socorro Juvenil La Esperanza— expulsé sílaba a sílaba el nombre del centro mientras mi cabeza buscaba los resultados de lo que acababa de decir.

—Tendrían que ser menores de dieciséis años.

—Sí y mujer porque apostamos que se trata de una venganza con

connotaciones sexuales, pero ampliemos un poco el abanico y permitamos que el actual asesino sea un hombre.

—De acuerdo.

Cogí la carpeta donde tengo anotadas las edades, profesiones y algunos datos de de los alumnos. Me hice con un bolígrafo y escribí los nombres que cumplían el requisito de la edad.

Leí:

—Marta, publicista, tiene veintiséis años, en el 2008, quince. Lali, trabaja en el Banco de Santander, veinticuatro años, trece en el 2008. Maite, abogada, veinticinco años, catorce en el 2008. Mena, tiene veinticuatro, como Lali— levanté la vista— tenemos que considerar año arriba o abajo a todas ellas, por el mes de cumpleaños, por eso he restado once.

—Son cuatro en total.

—¿Algún sospechoso?

—Miré el listado— negué— Goyo, el comercial, tiene cuarenta años. Veintinueve en aquella época, estaría más relacionado como un *Vengador* por lo que otros hubieran hecho y Paco Calatayud, el Policía Local, tiene treinta años, diecinueve entonces…

—¿Qué sucede?

—No sé, es el que más ha cambiado desde comenzó el taller, tengo la sensación de que sospecha de mí, seguro que es absurdo, pero…

—Demasiado mayor para haber estado en el centro ¿no?

—Sí, pero pudo estar antes y…

—Te conozco lo suficiente para saber que no te convence.

—De quedarme con algún sospechoso sería con ellas. Lali habla como si su familia fuera de aquí de toda la vida, no me da el perfil. Marta y Maite no comparten apenas anécdotas ni datos de su pasado. Queda Mena, ¿qué decir de ella?

Me levanté, estiré el cuerpo y de repente me sentí tremendamente cansado.

Cansado y asustado.

Me giré buscando el motivo de mi repentino susto.

Uno de los cristales del salón había estallado en mil pedazos al impactar una piedra de considerable tamaño que cayó a los pies de Marcos.

Durante unos eternos segundos no movimos ni un músculo, esperando que siguieran otras piedras o que sucediera cualquier otra cosa. Marcos apagó la luz y se acercó a la ventana.

—Hay alguien ahí abajo mirando hacia aquí.

Me acerqué.

—Puede ser cualquier curioso, no creo que si ha sido el que ha tirado la piedra se quede ahí como un pasmarote, mirando.

—Hay gente para todo, este tipo de individuos pueden tener una frialdad a prueba de cualquier acontecimiento, como bien sabes.

Pasé la mano por la cabeza y encendí la luz.

—¿Pero a qué coño viene esto?

Mi mirada en el suelo saltando entre los infinitos trozos de cristales de todos los tamaños. Junto al sofá que ocupaba Marcos, la piedra. La cogí con una mano, apenas no podía abarcarla. Le di la vuelta.

—Mira…— deslicé lo que parecía ser un celo que la rodeaba, en el interior un papel— una nota, esto sí que parece de una novela, no pensé que sucediera en la vida real— dije mientras le mostraba el trozo de papel.

—¿Qué dice?

—Si sigues así serás el siguiente…— me estremecí. Tuve que sentarme. Jamás en mi vida me había encontrado ante una situación similar. Soy un simple escritor cuyo objetivo al trabajar es lograr que los lectores disfruten con mis libros, que al terminarlos se queden con una buena sensación. Si a demás los recomiendan, objetivo superado.

—Tranquilo, Jaime. Voy a llamar a la policía.

Levanté la cabeza, Marcos me observaba aguardando una respuesta a su oculta pregunta. No llamaría si yo le pedía que no lo hiciera.

—¿Servirá de algo o al final me incriminará?

—Confío en que sirva para que crean lo que les has contado.

—De acuerdo, llámales— me eché hacia delante y cogí mi móvil— déjalo, ya lo hago yo.

Con el teléfono en la mano una preguntaba golpeaba en mis dudas.

—¿Qué quieren decir con la nota? ¿Si sigo con qué? Si se trata de Mena imagino que la policía habrá vuelto a interrogarla, estará cabreada— miré de nuevo el texto— lo que dice del siguiente, si se refiere a Freddy, puedo ser yo, pero si es alguno de nuestros otros sospechosos…

Aún tardé unos minutos en comunicar con la policía. Ni Marcos ni yo nos vimos con ganas de desarrollar la segunda posibilidad. Sí, para suavizar el nerviosismo que se había apoderado de mí, podríamos probar argumentos motivadores que alejaran de nuestros pensamientos que el puñetero *Vengador* me pudiera tener en su punto de mira.

—Jaime…— dijo al fin mi amigo.

Le dediqué una mirada cargada de incomprensión.

—¿Vas a pasar al ordenador las conclusiones que acabas de escribir en esa hoja?

—¿La de los posibles sospechosos?

Asintió mientras daba un trago a la cerveza.

—Es lo que suelo hacer.

—Lo sé, por eso mismo te lo comento. Si damos por hecho que Mena tiene acceso remoto a tu ordenador…

—Entiendo, señalarla como sospechosa a ella o a su novio no es buena idea.

—No sé si tendrán algo que ver, pero si fuera ella estoy convencido que no lo hace sola.

—Tiene sentido. Podrían haber coincidido perfectamente en centros de acogida, pero algo me dice que no pueden ser ellos, Marcos, reconozco que no pondría la mano en el fuego, pero…

—Te propongo una cosa, vamos a buscar antecedentes, no me refiero policiales, si no a todo tipo de información que podamos encontrar de Marta, Maite y Lali, permíteme que añada a Mena.

—De acuerdo.

—Alguna de ellas debería aparecer incompleta.

—Sí…— me sentía ausente, como desmotivado— sobre lo que has dicho del ordenador, mejor dejarlo en el papel.

—Ha llegado el momento de hablar con la policía.

Cogí el móvil y marqué el número de la Jefatura. Pedí que me pasaran con el inspector Olivares o la subinspectora Pinta. Tenía la esperanza de que este suceso no les hiciera pensar que yo había lanzado la piedra contra mi propia casa.

Tuve suerte y la subinspectora se hallaba en la comisaría. Media hora más tarde llamaban a la puerta.

—Subinspectora…— dije extendiendo mi mano— Inspector…— saludé a Olivares— Muchas gracias por venir.

—No tiene que darlas, señor Valdés, es nuestro trabajo— expuso Pinta.

—Es la puerta del fondo a la derecha, en el salón. Me acompaña un buen amigo, Marcos Alegre— dije señalando pasillo arriba, pero los dos policías no avanzaban.

—Disculpe, ¿fue aquí dónde le atacaron?

—Sí, inspector.

—Le importaría decirnos lo que recuerde. Sé que ya hizo su declaración a

nuestros compañeros, y que le aseguro hemos leído con interés, pero nos gustaría escucharlo de usted directamente.

—Sí, sí, por supuesto.

Durante unos veinte minutos hablamos de mi entrada en la casa aquel maldito día. De la extraña sensación que me embargó al poner un pie en el vestíbulo al no ver venir a Freddy corriendo a mi encuentro. De su cuerpo peludo tumbado en el suelo, mitad en el salón, mitad en el pasillo.

—¿Le golpearon por detrás?

Cerré los ojos intentando recuperar la escena con el mayor detalle.

—Recibí un primer puñetazo en el costado, sí, juraría que vino de atrás.

Ambos policías miraron en torno. Como si buscaran el posible lugar en el que mi agresor podría haber estado escondido aguardando mi llegada.

—Luego me taparon la cabeza.

—De acuerdo, ¿pasamos al salón?

La subinspectora fue la primera en acceder, tras las presentaciones de rigor fuimos directamente al relato de lo acontecido con la piedra y la nota que llevaba pegada.

Marcos y yo permanecimos en silencio mientras les vimos asomarse al ventanal, mirar de un lado a otro del salón. Olivares bajó a la calle situándose bajo la ventana, con la clara intención de corroborar nuestra historia. Una cosa estaba clara, los cristales estaban dentro de la casa, señal inequívoca de que algo los golpeó desde el exterior. Si se tratara de una ventana de las habituales que se abren hacia dentro, girando por bisagras situadas en el extremo, se podría plantear la posibilidad de que yo mismo pudiera haber abierto la ventana, cogido una piedra, golpearla y los cristales caería igualmente dentro. Dentro, sí, pero no en el lugar en el que se encontraban.

Este no era el caso.

—¿Tiene idea de a qué se pueden referir?— Olivares señaló la nota.

Era el momento de la temida pregunta, sería más exacto decir, de la temida respuesta que debería dar.

—¿Podemos hablar con confianza?— solicité.

Pinta y Olivares se miraron como si mi pregunta les hubiera cogido desprevenidos.

—Por supuesto.

—Por favor, siéntense— señalé el sofá de tres plazas— ¿les puedo ofrecer algo de beber?

—No, gracias— respondieron al unísono.

Me senté en una butaca, Marcos hizo lo propio en la otra.

—Les aseguro que yo no he lanzado la piedra contra el cristal, ni él tampoco — miré a mi amigo.

—Me alegra saberlo— dijo el inspector— no dejaba de ser una posibilidad que teníamos que considerar.

—Lo entiendo, es su trabajo, pero a lo de hablar en confianza no me refiero a eso precisamente.

—Usted dirá.

Me aclaré la garganta. Lo que iba a compartir podría servir para que me eliminaran de su lista de sospechosos o para que rodearan mi nombre y apellidos con un grueso trazo de rojo fosforito, y lo que era peor, que incluyeran a Marcos como colaborador.

—En primer lugar reconozco que estoy llevando a cabo mi propia investigación. Sí, sé que los profesionales son ustedes, pero no me puedo quedar de brazos cruzados con lo que está sucediendo a mi alrededor.

—Puede ser peligroso— apuntó la subinspectora.

—Lo sé, han matado a mi perro, he recibido una buena paliza y nos han podido descalabrar hace un momento a cualquiera de los dos.

—¿A pesar de todo quiere seguir?

—No me queda otra. Sé que con la historia que les conté en comisaría aquel día puedo ser señalado como sospechoso. Marcos me ha dicho esta misma tarde que si él estuviera en el lugar de ustedes hubiera pensado del mismo modo.

—Da por hecho que hemos…

Levanté la palma de la mano.

—No, no, inspector. Jamás se me ocurría dar por hecho nada concerniente a su trabajo. A pesar de ser un escritor que algunos de sus libros se les puede catalogar como novela negra o policíaca, son sólo historias de ficción, y las posibles investigaciones que me invento nada quieren enseñar a los profesionales, son sólo invenciones— callé unos segundos, me embargaba la sensación de no haber encarrilado nada bien la conversación— como le dije al principio hablaré con confianza, comprendo que la de ustedes con nosotros debe ser limitada porque su trabajo así lo requiere.

—Así es.

—Dicho esto, parto de la base de que mi visita a la comisaría me puso en el punto de mira.

—Iba hablarnos de esa investigación— terció la subinspectora.

—Sí, por supuesto— señalé a mi amigo— es un grandísimos investigador,

como analista de todo tipo de datos no he conocido a nadie con un olfato tan agudo— sonreí— cuento con la mejor compañía.

Marcos carraspeó.

—Falta añadir que se trata de investigaciones históricas, sobre hechos acontecidos en el pasado o búsqueda de información para la trama de una novela. Nunca he investigado sucesos reales, ni pretendo hacerlo.

Me pareció percibir que los semblantes de los policías se relajaban, quizá se tratara de una impresión mía que achaco a sus iniciales rostros serios, profesionales, desde que pusieron un pie en la casa.

—Pero ahora han decidido dar un paso adelante.

—No exactamente, inspector. Me veo en una situación, no voy a decir que complicada, pero si estresante, me refiero al taller de novela que imparto. Hace varias semanas que no tratamos el tema del *Vengador*, no es fácil porque mis alumnos aluden a él constantemente.

—Aun así ustedes tienen una teoría.

—Sería demasiado ambicioso denominarlo teoría, pero sí que hemos iniciado un camino que nos lleve a comprender por qué cuando he hecho una propuesta en clase ha tenido su correspondencia en la vida real.

—¿Sospecha de alumnos concretos?

Asentí y bajé la vista a la mesa unos instantes.

—No le voy a dar nombres porque sería señalar a inocentes. Sin duda no todos son culpables. Lo que sí le puedo comentar, por eso hablaba anteriormente de la confianza, es lo que nos ha llevado a anotar el nombre de posibles implicados.

María llevó la vista a mis hojas sobre la mesa, la primera de ellas tenía anotadas los nombres de Lali, Marta, Maite y Mena. Sentí un agudo cosquilleo, nuestras miradas se cruzaron.

—Díganos— enfocó sus finos ojos en los míos.

Estaba convencido que iba a hacerme algún comentario sobre la hoja o exigir que se la diera si no quería verme acusado de obstrucción a la justicia en una investigación en curso. O cualquier otra excusa que me aconsejara entregarle mis apuntes. Extrañamente no hizo nada. Desconozco si es capaz de leer al revés, podría estar entrenada. Quizá por ello sacó una libreta de un bolsillo de su chaqueta y comenzó a escribir.

Durante los siguientes minutos expusimos la teoría que acabamos de desarrollar esta misma tarde. Nuestra creencia de que tras *El Vengador* se esconde una mujer. Que tenía que estar relacionada ya en el 2008 con la familia

Ganzán, después, con el vigilante de La Esperanza.

Hablamos de la edad que podría tener entonces y la que podría contar ahora. No pensaba aportar nada más, lo expuesto superaba con mucho mi intención inicial.

—¿Volvieron a investigar a Mena y a Néstor?— pregunté con una doble intención; desviar la conversación y averiguar qué les había dicho.

—Sí— Olivares tomó la palabra— Se reafirma en que usted la echó de casa sin justificación alguna, volvió a lamentar la muerte de su perro a quién cuidaba y quería como si fuera suyo y asegura que ni ella ni su pareja se han vuelto a poner en contacto con usted, ni lo han intentado.

Me estaba esforzando por controlar la diarrea verbal que amenazaba con brotar de mi garganta escupiendo lo que me provocaban las absurdas respuestas de Mena, pero conseguí dominarme.

—Disculpe— Marcos también portaba su propia libreta— no sé si ha sido olvido o efectivamente fue lo que sucedió— llevó la vista a sus anotaciones— decía usted que la antigua inquilina de esta vivienda, Mena, lamentaba la muerte de Freddy, ¿no?

—Así es.

—¿No dijo nada de lamentar la paliza que recibió Jaime? ¿Ningún comentario?

El rostro de Olivares dibujó una tenue sonrisa ladeada.

—No, ninguna mención.

Miré a mi amigo, había pasado por alto ese detalle en lo expuesto por el inspector. No sé si a ellos les indicaba algo, pero a mí, sí, y mucho, además. En mi opinión, demostraba mi certeza de que ella y Néstor eran los culpables de la paliza que recibí y por tanto del asesinato de Freddy. Aguardé unos segundos confiando en que continuaran con la conversación, pero ni Olivares ni Marcos parecían tener el más mínimo interés en tirar del hilo.

Al menos no de ese hilo.

—En la nota pegada en la piedra se dice "*Si sigues así serás el siguiente*"— apuntó mi amigo— Nos estábamos preguntando antes de que vinieran ustedes, de qué puede ser el siguiente —me miró— ¿el siguiente después de Freddy si sigue hablando con ustedes de lo sucedido en esta casa? Si es así, todo apunta en una dirección. ¿O el siguiente entre los asesinatos del *Vengador* porque, quién quiera que sea éste, entienda que Jaime sabe más de lo que dice? También se podría considerar que las dos cuestiones apunten a la misma respuesta.

—Continué, por favor— pidió Olivares.

—Poco más que añadir, inspector, excepto que si como señaló el periodista del *Diario Montañés*, y días antes propuso Jaime en clase como pura ficción, *El Vengador* podría ser más de una persona…

Ahí lo dejó.

—Comprendo lo que quiere decir, señor Alegre, no deja de ser una interesante línea de investigación— dijo el inspector poniéndose en pie— comprenderán que a pesar de que usted haya pedido confianza— me miró— nuestra investigación no puede ni debe ser compartida con nadie ajeno a la misma.

—Por supuesto— pude haber respondido esto como haberme metido en un intercambio de opiniones al respecto.

—Lo comprendemos, inspector. Nuestra intención no va más allá de querer ayudar y sobre todo de saber a qué nos enfrentamos— intervino Marcos.

—Le dejo mi tarjeta por si necesita o quiere comentarme algo sobre el caso.

—Gracias.

Una vez en la puerta de la calle, la subinspectora se giró.

—No olviden que todo esto no es la trama de una novela de ficción, aquí los muertos y las palizas, como usted bien sabe, señor Valdés, son reales. Tengan cuidado.

—Sí, sí, lo sé, lo tendremos.

39

Toñín se había levantado algo más animado que los últimos días. No sólo porque fuera sábado ni porque hubiese quedado con su padre en Santander para comer, sino porque volvería a ver a Cris. Habían vuelto a quedar en el mismo sitio, en el mismo Parque de la Marga.

Sí, más animado pero seguía abrumado por la misma preocupación que le perseguía desde que dejó la pistola en su lugar dentro de su propia caja. Recuerda que esa noche escuchó a Diego entrar en su despacho y trastear con lo que podrían ser las cajas que guardaba en el altillo.

Una duda le atormentaba.

En cuanto saliera esa mañana de casa debería haberlo solucionado.

Llegó a su encuentro con su mejor amiga a la hora convenida.

—¿Cómo estás?

—Yo bien ¿y tú?

—Bien.

—¿Has visto?— consultó su reloj de muñeca— llego diez minutos tarde. Mi madre dice que una chica debe hacerse esperar diez minutos por el chico que le gusta

—Vaya— Toñín se rascó la nuca.

—Estaba allí— señaló un banco al otro lado— te he visto llegar y he estado esperando a…

—Eso es que te gusto.

—Y yo a ti.

Los dos amigos aguantaron sus miradas unos instantes.

—¿Estás bien, Toñín?

—Sí, bueno, no sé, es por la pistola, espero que mi padre no la busque.

—¿La has escondido?

—No…— tenía la mirada en las piedrecillas del suelo, ladeó el rostro y miró a su mejor amiga— ¿sabes? No me ha dicho nada, y yo sé que sigue

investigando, como sabes descubrí la carpeta con todo su trabajo. La verdad es que la televisión no ha hablado mucho del hombre este.

Cris negó con la cabeza.

—Es verdad, pero mucho mejor así. Mi madre dice que seguro que se trataba de un ajuste de cuentas.

—¿Por qué dice eso?

—Porque según ella nadie se mete en casa de nadie, lo mata y se marcha sin robar nada.

Toñín volvió a llevar la mirada a las piedrecillas.

—Vaya, es lista, debí haberme llevado algo. ¡Qué tonto soy!

—No eres tonto, sólo hiciste lo que había que hacer. ¿La pistola?

—La tengo yo, la he vuelto a coger.

—¿Aquí?

—Sí. Es que no sabía qué hacer. No quiero que descubran de alguna forma que la pistola que se utilizó es la que tiene él— llevó la vista lejos del parque— no creo que piense que la tengo yo, lo mejor es que crea que alguien se la ha robado.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—No sé, esconderla por ahí.

De repente la niña abrió los ojos exageradamente.

—Ya sé. Si quieres te la guardo yo. La escondo en mi dormitorio y prometo no tocarla hasta que me la pidas.

—¿Eso harías?

—Claro.

—¿Te la doy ahora?

Ambos miraron de un lado a otro.

—Sí, y la meto en el bolso— Cris llevaba una bolsa vaquera colgada del hombro. Otro rápido vistazo alrededor— ahora, Toñín.

El chico obedeció. Del bolsillo de su chaqueta sacó un plástico que introdujo en el bolso de su amiga.

—En la bolsa está la pistola, otro cargador y balas. Pensé que para que creyera que se la habían robado lo normal era que se llevaran todo.

—Bien pensado. Casi se me olvida, estoy tonta— de nuevo metió la mano en la bolsa vaquera de la que extrajo un periódico doblado varias veces.

—Cabe de todo ahí ¿eh?

Cris miró a su mejor amigo, en su semblante una sonrisa pícara

—Sí, para eso lo llevo— le dio el periódico— Les envié la foto de los

desgraciados de los hermanos Rosales. Es que no los encontraban. Mira.

Toñín cogió el periódico entre sus manos.

Leyó:

"*La policía ha recibido una fotografía que sitúa la extraña desaparición de los hermanos Rosales en el fondo de un pozo abandonado en una nave industrial. Los dos jóvenes, bien conocidos de la policía y de distintos centros de internamiento, fueron localizados gracias a la información que recibieron y…*"

Toñín sonrió.

—¿Lo sabe Raúl?

—No le he dicho nada, pero se lo imaginará en cuanto se entere.

—¿Y la del camionero?

—¿Qué hago con ella?

—Yo creo que es mejor esperar un tiempo.

—Vale.

—¿Oye, por qué no llamamos a Raúl y se lo dices? Quizá se asuste.

Cris soltó un par de sonoras carcajadas.

—¿Raúl? ¿Con lo grande que es? A ese no le asusta nada ni nadie— llevó la mano a la boca— mira, ahí hay una cabina.

—Vamos.

Diez minutos más tarde colgaron el teléfono. Los tres tenían ganas de verse pero habían pensado que lo mejor era que no les vieran juntos. Quedarían más adelante cuando todo hubiese pasado un poco.

Regresaron a su lugar favorito del parque.

—¿Qué vas a hacer con los otros dos?

Toñín frunció los labios.

—No lo sé, la rabia me dice que lo mismo que con el otro, pero no puede ser tan seguido.

—Vale, ya lo planearemos— Cris asintió firmemente convencida.

De pronto el cielo comenzó a cubrirse de negros nubarrones.

—¡Hala! ¡La que va a caer!— sacudió una mano en el aire.

—Sí, vamos allí— señaló unos frondosos árboles.

—¡Corre, Toñín corre!

Los goterones no tuvieron piedad de la joven pareja y los empaparon en el corto recorrido desde el banco hasta que se pusieron a cubierto bajo las ramas de los tupidos árboles.

—¡Estoy calada!— estiraba su camiseta hacia abajo. Su rostro ofrecía la mejor de sus sonrisas— ¡Mírate!

Toñín sólo la miraba a ella.

—Oye.

La niña levantó la vista de la camisa de su mejor amigo.

—¿Qué?

—¿Me das otro?

—¿Otro?—sabía a lo que se refería pero le divertía más hacerse la tonta.

—Sí, otro…otro beso.

—Pues claro, estamos saliendo, ¿o es que no te has enterado?

Toñín regresó a casa mucho más tranquilo. Había comido con Diego, pero nada le confesó de su cita de la mañana. Confiaba en que jamás volviese a mirar en la caja de la pistola y que transcurriera como todos los días. Le gustaba mucho su nueva vida. Su nuevo padre, los compañeros del colegio, pero lo que más le gustaba de todo eran los besos de Cris. Su cumpleaños era en una semana y quería celebrarlo con ella aunque fuese algún día después. Su padre le tenía preparada una sorpresa.

Tumbado en la cama, con las manos tras la nuca miraba al techo, sin verlo. En su lugar el rostro de Cris, su sonrisa, su risa, su forma de echarse el pelo detrás de la oreja.

Sus besos.

Cris llegó a su casa con la carga de la responsabilidad por lo que escondía su bolso. Localizó un lugar en una esquina del altillo de su dormitorio rodeado de cajas perfectamente ordenadas. Una vez escondida la pistola repasó su nueva vida, le encantaban sus nuevos padres, las amigas del colegio, pero había algo que le gustaba mucho más que todo eso, Toñín. Después de cenar, tumbada en la cama con las manos tras la nuca miraba el techo, sin verlo. En su lugar el rostro de Toñín, su gesto tímido, su sonrisa abierta, su forma en que la miraba.

Sus besos.

Sus últimos besos.

Fue apenas unos días después.

—¡Qué desgracia! ¿Te has enterado, Maite?

—No, ¿de qué me tengo que enterar, mamá?

La mujer cogió el mando a distancia, apuntó con firmeza en dirección al enorme televisor y pulsó la tecla del sonido varias veces.

“*…como les hemos venido informando desde primera hora ya podemos confirmarles el nombre del fallecido. Se trata de Antonio Olivares, conocido en*

su entorno como Toñín. Falleció la pasada noche en su casa mientras manipulaba la pistola reglamentaria de su padre…"

Cris permaneció inmóvil mientras escuchaba la noticia, hubiera sido incapaz de mover un solo músculo, ni de vocalizar sílaba alguna.

"No, no es posible, debe ser otro Toñín"

"*…Toñín era hijo adoptivo de Diego Olivares, inspector del grupo de homicidios del departamento de la policía judicial de la Jefatura Superior de Policía de Cantabria. Todo apunta a que el joven de diecisiete años…*"

Cris llevó las manos al rostro, sus hombros comenzaron a agitarse al ritmo de su incontrolado llanto.

—No, Toñín, tú no, tú no…Toñín…— su voz apenas un balbuceo

—Pero, hija ¿qué te pasa?

Cris se incorporó como un resorte y salió del salón.

—Eres tan impresionable…— susurró la mujer a la espalda de su hija adoptiva— eso es lo que me más gusta de ti, tu ternura, tu inocencia. Lo supe nada más mirarte a los ojos en aquel centro de socorro.

Cris no dejó de correr hasta llegar a su habitación, en la segunda planta. De un saltó cayó sobre la cama, escondió la cabeza entre las almohadas y lloró.

Lloró por Toñín, por lo tremendamente injusta que había sido la vida con su mejor amigo convertido en novio, en su primer novio. Lloró por ella, pero sobre todo lloró por los dos. Por lo que pudo haber sido y nunca podrá ser.

"Nunca me sale nada bien"

Su vida idílica se había desmoronado en el mejor momento. Jamás, en sus dieciséis años se había sentido tan feliz, tan contenta.

"Me voy contigo, Toñín"

Sin él a su lado, nada tenía sentido. Nadie con quien compartir sus cosas, sus preocupaciones. Su venganza.

"Nuestra venganza"

Se tumbó de lado y sorbió la nariz.

Todavía quedaban cosas por hacer.

40

Siete noches le había llevado a Maite averiguar las costumbres de Ezequiel Gómez, el vigilante que violó a Susa junto con los hermanos Rosales. Le vio salir cada madrugada a las siete en punto de su puesto de conserje en el polígono industrial, excepto el lunes y el martes, dedujo que serían sus días libres. Dejó pasar otra semana y comenzó de nuevo su vigilancia. La rutina no variaba. A la misma hora abandonaba la nave por la puerta corredera. Unos minutos antes accedía al interior un individuo que debía ser el encargado del primer turno del día.

El de Ezequiel comenzaba a las once de la noche.

Los dos sábados se hizo la encontradiza con el conserje. Cuando lo vio salir le abordó. Los dos mismos sábados le siguió en su coche.

—Uys, perdón— dijo Maite al volver a chocar con él— se le quedó mirando como si se estuviera esforzando en reconocerle— Yo…le conozco ¿verdad?

Ezequiel asistía divertido a la zozobra de la joven. Por supuesto que se conocían, el sábado anterior había sucedido algo parecido. La imagen de la chica se había quedado firmemente grabada en su cabeza. Su media melena rojiza, su ropa ajustada, su boca. Esas gafas redondas que le daban un aire de intelectual que le excitaba hasta límites difíciles de soportar.

—Yo diría que sí, hace una semana exactamente.

Maite llevó los dedos a las gafas.

—No me diga que fue usted con quien choqué y…

—El mismo, pero no me llames de usted que me haces más mayor de lo que soy — convino mostrando una hilera de dientes de color amarillento.

—Le pido…digo, te pido perdón otra vez. No estoy acostumbrada al turno de noche y cuando salgo no sé ni por dónde voy. Si al menos me pudiera tomar un café en el trabajo.

—¿No tienes cafetera?

—No, he pensado traérmela de casa.

Ezequiel vio una oportunidad mostrándose ante sus ojos.

—¿Esta noche trabajas?

—No, tengo libre.

—Pues el próximo día que te apetezca un café, yo te lo ofrezco. Traigo un termo de casa y no vas a probar otro mejor. Pero que no sea ni lunes ni martes que son mis días libres.

—Gracias, lo tendré en cuenta, quizá mañana me pase, tengo que hacer una suplencia, pero no es seguro.

—De acuerdo.

—Me voy a dormir que me caigo de sueño, aún no me acostumbro a este horario.

—Qué suerte, yo aún tengo que ir al hospital de Comillas a ver a mi madre.

"¿Repites todos los sábados?"

—¿Está enferma?— agitó la mano en el aire— perdona, si está en un hospital mi pregunta…

—Lo llaman así pero es una residencia.

—Entiendo. Yo vivo cerca— se acordó del lugar en el que vivía Toñín— en Ruiloba. Te dejo, ya nos veremos.

—Seguro que sí.

Cuando se despidieron, Maite frotó la mano contra en pantalón eliminando cualquier vestigio que hubiese podido dejar en ella el que había abusado de su añorada Susa. Rodeó la nave y se introdujo en el coche. Le vio caminar con aire resuelto. Ezequiel, era bajito y delgado. Cuando lo vio introducirse en un viejo Ford Fiesta arrancó su Nissan y se situó tras él.

El sábado anterior lo siguió hasta Comillas, tal y como le había asegurado se detuvo en el hospital durante una hora y media. La mañana de hoy hizo idéntico recorrido con similar estancia en el interior de la residencia. Un esbozo de plan se iba formando en su cabeza. Repetir lo mismo que hizo con el camionero en el Mirador de la Corneja del Remedio, era una posibilidad, pero algo en su interior le decía que la otra opción que barajó aquel día podría ser la apropiada para alguien como él.

"El rompeolas…"

Al salir del hospital lo siguió hasta la que supuso era su casa en Torrelavega. Regresó a Santander sintiendo la adrenalina fluyendo por su cuerpo. Adrenalina y rabia a partes iguales. Su estómago comenzó a enviarle señales para que le diera algo de comer cuanto antes.

“Al Sardinero”

Aparcó dispuesta a darse un buen desayuno. Imaginaba un vaso enorme repleto de zumo de naranja, un par de cafés, un pincho de tortilla y lo que surgiera. Cuando había dado buena cuenta del zumo, del primer café y con el pincho más cercano a su fin, el móvil comenzó a vibrar.

—Espero no haberte despertado.

—No, Adriana, llevo horas despierta.

—Qué madrugadora.

—No queda otra, son los exámenes— mintió.

—Me preguntaba si te animarías a desayunar conmigo. Me apetece un buen zumo de naranja, un café, un pincho de tortilla y quizá…

—¿Un segundo café?

—¡Sí!

Maite no pudo evitar que una enorme sonrisa se tallara en su rostro.

—Si te das prisa, aún llegas a tiempo, pero no pienso darte de mi pincho.

—¿No me digas que estas desayunando en la calle?

—Sí, donde hacen la mejor tortilla de patatas.

—¿En el Sardinero?

—¡Sí!

Adriana apareció quince minutos más tarde, se cubría la cabeza con un pañuelo y llevaba gafas oscuras. Maite la vio entrar y mirar de un lado a otro sin que reparara en ella. Agitó un brazo en el aire, Adriana no la veía y siguió buscando.

“¿Qué le pasa?”

Su reflejo en el cristal le dio la explicación, no se había despojado de la peluca. Se levantó e hizo un gesto a su hermana con la mano.

—¡Hola! No te había reconocido de con ese color de pelo, te sienta muy bien.

—Tú con el pañuelo y las gafas tampoco lo pones fácil.

—Lo mismo que mi amiga, por favor— dijo a la camarera que pasaba por su lado— lo de las gafas es porque no he pegado ojo, Maite. Me acuerdo mucho de ti, sobre todo de cuando eras pequeña, cuando eras Cris. Me gustaría ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Sí, creo que hay algo que no me cuentas y que te podría ser útil. ¿Sabes? Siempre pensé que debía tener una hermana en algún lugar del mundo. Te sentía, ahora que estamos juntas la sensación es…diferente, más intensa. Creo que has sufrido mucho más de lo que me has contado.

Maite dio un sorbo a su segundo café mientras un reguero de imágenes cruzaba veloz, a modo de interminable bucle, frente a sus recuerdos. Imágenes en las que veía a su madre y a su último novio. A dos de sus padres de acogida entrando en su dormitorio. A Segis y su familia, al camionero, al vigilante, a Susa, Tomasa, Raúl.

Y a Toñín.

Sus ojos comenzaron a anegarse de lágrimas. Desvió la mirada al gran ventanal buscando el Cantábrico, lo único que poseía sobre ella el poder de calmarla. Veía a esa niña, Elena, Manuela, Cris, Maite, llorando por las noches, haciéndose la valiente durante el día. Una niña muerta de miedo, viviendo en una jungla de adultos una vida que no había buscado.

Adriana la dejó llorar, sabía que estaba con sus recuerdos, con sus temores. Le pasaba algo parecido cuando esas imágenes se apoderaban de ella, pero a diferencia de su hermana las que pasaban veloces por su mente estaban borrosas.

—Perdona por el numerito— dijo mientras se secaba las lágrimas.

—No tienes que pedirme perdón. Sólo pretendía ser un apoyo no hacerte sufrir.

—No es tu culpa— miró el mantel— llevas razón, hay cosas, muchas, que no te he contado.

—Lo sé.

—Quizá no te gustará lo que oigas.

—Ponme a prueba, pero te adelanto que sea lo que sea, estoy contigo.

Pasaron el día juntas. Maite con su peluca, Adriana con el pañuelo y las gafas oscuras. Caminaron por el Paseo de Pereda arriba y abajo, una hablando, otra escuchando. Una, soltando todo lo que llevaba guardado en algún recóndito lugar de su cuerpo, como si no fuera con ella, como si estuviera narrando la vida de otra persona. Otra, asintiendo, como si no fuese la primera vez que escuchaba la narración, percibiendo como las borrosas imágenes que la habían perseguido desde que tiene uso de razón tornaban más y más nítidas.

Tomaron asiento frente al mar.

Maite, dispuesta a que saliera todo, sin dejar nada para luego o por miedo a lo que su hermana pudiera sentir. Adriana, convencida de que lo que había pasado su gemela, de alguna manera, también lo había experimentado ella.

—Toñín ha sido lo mejor que me ha pasado nunca.

—No me extraña, debió de ser un chico extraordinario.

—El mejor.

—¿Sabes? También recuerdo a esa mujer mayor que nos hablaba de la lluvia, de que gracias a ella estaba todo tan verde y tan bonito.

—¿Sí?— el semblante de Maite esbozó una sonrisa agradecida. Sentía la complicidad de su hermana como si fuera la suya propia, como si se tratara del propio Toñín.

Quedaron en silencio varios minutos, cogidas de la mano, con la vista recorriendo el horizonte, disfrutando de la calma que a ambas les había generado soltar y escuchar.

Escuchar y soltar.

—Aún no se ha terminado.

—Lo sé.

Maite le habló del tiempo que se tomó desde la muerte de Toñín, sabía que él estaba a su lado, dándole fuerzas, ánimos, que no podía abandonarle dejando todo a medio terminar.

—No fue hasta que me saqué el carnet de conducir cuando decidí que debía continuar. Habían pasado dos años y me sentía preparada. Maite llevó sus recuerdos a San Vicente de la Barquera donde había vivido con Segis, Candela y sus hijos. Sabía que una de las niñas se había suicidado y que el chico se había quedado tonto del golpe que le dio en la cabeza con el rodillo.

—No tenía ningún plan, me quedaba cerca de su casa viéndoles entrar y salir. Me dolía el estomago de la rabia que sentía, Adriana. Hasta que un día la vi salir de paseo, la muy desgraciada estaba contenta. Bajé del coche y la seguí hasta unos bloques de casas bajas, a las afueras de San Vicente, estuvo casi una hora. En ese momento supuse que la atropellaría. Me compré un coche viejo.

—¿Y lo hiciste?

—Sí, pero no murió por el atropello— metió la mano en su bolso, al sacarla portaba una funda delgada que parecía albergar una lima de uñas. Tiró del extremo. Una hoja fina brillaba a los reflejos del sol— esta mujer disfrutaba con las violaciones de su marido y de su hijo a sus hijas.

Maite rememoraba la tarde, casi noche, en la que cambió el coche de su madre por el recién adquirido en un desvencijado taller de Bilbao. Sus recuerdos eran tan reales que apretaba el mango del estilete como si frente a ella estuviera Candela saliendo del mismo bloque de viviendas que visitó los últimos días. Había aparcado unos metros alejada del punto de encuentro…:

—Candela.

La esposa de Segis giró sobre sus pasos.

—¿Sabe tu marido que vienes aquí?

El semblante de la mujer pasó del blanco al color más encendido en apenas unos segundos al no reconocer a la niñata que le hablaba. Avanzó dos seguros pasos en su dirección.

—¿Tú, quién coño eres?

—La que te va a matar esta misma noche.

Candela detuvo el tercer paso que sus piernas se disponían a ejecutar y miró de un lado a otro. La voz de la niñata era demasiado seria como para que se tratase de una broma. De sus ojos fríos emanaba un brillo que envolvía un odio atroz.

—¿Quién…eres?— repitió.

—¿No me reconoces?

Candela negó con la cabeza.

—Hace unos cincos años acogiste a una niña asustada en tu casa. Allí conoció la peor versión de una familia; un padre pederasta, un hijo violador, una madre que consentía y se lo hacía con su hijo.

El semblante de Candela mudaba de nuevo al blanco hueso conforme recordaba a esa niña. Ni siquiera saber que delante de ella se encontraba la que había dejado inútil para siempre a su hijo le motivaba lo suficiente como para contrariarla.

—Manuela… ¿eres tú?

—Deja que te diga algo.

Como respuesta recibió un leve asentimiento de cabeza acompañado de lo que la mujer pensó que era un pellizco en su tripa. Manuela se había echado sobre ella como si fuese a susurrarle algo al oído. El estilete le partió el corazón en dos. La dejó caer al suelo, devolvió el arma con su funda al interior del bolso y recorrió los alrededores con la mirada. Se hallaban a escasos metros de la carretera general. Cogió la Polaroid y sacó un par de fotografías.

—Mierda…

Maite rebuscaba en el bolso el cartel que había confeccionado esa misma tarde con recortes, como el anterior, pero no aparecía.

“Tengo que irme ya”

Empujó el cuerpo sin vida de Candela hasta dejarlo caer sobre la Carretera Nacional 634. Corrió hasta su coche y se puso en marcha. Salió del estrecho camino de acceso a la nacional, las tenues luces de su viejo automóvil no alcanzaban hasta el punto donde sospechaba que se hallaría el cuerpo de Candela. Aceleró cuando ya comenzaba a dudar de su intuición, la vio tumbada

sobre el suelo, pisó a fondo.

—¡Joder!

El cuerpo de la mujer había rodado más de lo que hubiese pensando, solo las piernas se hallaban en el sentido de su marcha. Giraba el volante cuando varias luces aparecieron unos metros a los lejos. Le hubiese gustado asegurarse de que estaba bien muerta o quizá se trataba de darse el gustazo de pasar por encima de ella aunque sólo fuese por las piernas, pero no podía arriesgarse más de lo que ya lo había hecho.

Adriana no perdía detalle de la narración.

—Era un camión enorme, detrás le seguían varios coches.

—Se debió liar una buena.

Maite negó con la cabeza.

—No creas, la encontraron casi un día más tarde en el arcén. El del camión ni debió darse cuenta de que la había atropellado.

—Te olvidaste el cartel, imagino que por eso escribiste con rotulador; *culpable*.

—Sí, pero cómo lo… claro, lo has estado investigado.

Adriana le dedicó una sonrisa mientras deslizaba su mano sobre el rostro de su hermana.

—Vengaste a sus hijas y a ti misma. Nadie hubiese hecho nada por ellas.

—Ya.

—¿Vas a ir a por el padre?

—Sí, pero más adelante.

41

Pinta y Olivares regresaron al BMW X6 sin intercambiar palabra alguna. Ambos habían elevado la vista en dirección a la segunda planta por la que horas antes alguien había lanzado una piedra y acertado en el cristal de una de las ventanas del salón del escritor, que estaba asomado y parecía pendiente de ellos.

—Tengo la sensación de que alguien nos está tomando el pelo— señaló el inspector mientras accedía al todoterreno.

—¿Qué quieres decir?

Diego se ajustó el cinturón, la mirada en el exterior, la mano derecha sujetando la barbilla.

—Parece como si Paco Calatayud, el compañero de la Local, el escritor y su amigo, la directora y su fiel servidora Valentina, y alguien más que seguro se me está olvidando conspiraran para que no cerremos jamás este maldito caso.

María desvió la mirada con todo el disimulo que pudo atisbando el perfil de su compañero. Vio un semblante serio que la impresionó.

—Estas…de coña ¿verdad?

—Sí, perdona, digo no, no estoy de coña. Sé que no se han puesto de acuerdo, pero cada vez que hablamos con cualquiera de ellos me llevo la sensación de que no han sido sinceros, como si temieran contarnos todo lo que saben. ¿No te pasa a ti?

—Sí y no. A ver, si hablamos de la directora por supuesto que sí, está implicada hasta el fondo en lo que sea que esté tapando. Su fiel servidora me pareció incapaz de guardar un secreto— puso el intermitente a la derecha— ¿un café?

—Me vendrá bien.

Mientras aparcaba continuó hablando:

—Los dos escritores me despistan. Es como si supieran mucho, quizá demasiado, de un caso que no va con ellos— soltó el cinturón y bajó del todoterreno— no quiero pensar que Calatayud esté implicado.

—¿Qué opinas del mensaje de la piedra?

—Pues que la exposición que han hecho tiene toda la lógica, cierto que no aclara nada, al revés. Puede apuntar tanto a su inquilina como al *Vengador*, aunque aún me resisto a creer que esté relacionado con Valdés.

—Quizá lo mejor sea olvidarnos de todos ellos y continuar con la niña adoptada por los Ganzán.

—De todos, no, Diego. Doña Herminia tiene que hablar. Por cierto, no sé qué papel juega el profesor pero lo que sí creo es que está en peligro.

—Sí, yo también.

Tomaron asiento en la terraza de la cafetería. Los días sin apenas conciliar el sueño continuaban pasando factura al inspector.

—¿No duermes bien?

—¿Tanto se me nota?

—No tienes buena cara. Sólo quiero que sepas que aquí me tienes para contarme lo que necesites, desahogarte, lo que sea…

—Lo sé, María. ¿Tomaste nota de los nombres de las alumnas?

—Sí, pensé que había disimulado un poco— apuntó sonriente— como vi que no les pedías una copia de sus indagaciones los anoté.

—Gracias— dijo Olivares al camarero mientras dejaba los cafés sobre la mesa— no me pareció oportuno, de haberlo hecho es como si estuviera apoyando que lleven una investigación paralela, como si les animara a continuar — dio un sorbo— además, sabía que te ocuparías de ello.

Pinta se tomó el último comentario como un halago.

Del bolso extrajo su libreta.

—¿Crees que una de estas chicas es la niña de La Esperanza?

—De ser así, todo comenzaría a encajar. Si pudiéramos localizar a la familia que la adoptó avanzaríamos mucho.

—Creo que podremos averiguar las direcciones de las tres sin problemas ¿luego qué? nadie va a confesar que adoptó a su hija sin papeles legales. ¿No te parece?

María levantó la vista de la libreta al no recibir respuesta.

—¿Diego?

—Sí, sí, te escucho, hay algo que me preocupa de verdad. Algo de lo que ya hablamos días atrás pero que por algún motivo lo hemos abandonado.

—¿Y es?

—El asesino, o asesina, no hace el menor esfuerzo por esconder sus crímenes. Al revés, nos facilita información con las fotografías y además nos

informa de otros asesinatos como los de los niños y las mujeres encontrados en La Esperanza.

—Así es, —intervino la subinspectora— no es que quiera que le cojamos, sino que lo que busca es que sepamos lo que pasaba, ¿pero dónde?, ¿en el centro de socorro?, ¿en algunas familias de acogida?

—Lo que quiero decir, es que seguirá matando hasta que no dé por terminada su labor

—Es posible que nunca lo haga.

—Sí, es posible si asume el papel de vengador y lo lleva al extremo, pero si algún día decide poner fin, nos avisará.

—¿Nos avisará?

—Sí.

—¿Cómo?

Diego entregó un billete de cinco euros al camarero y se puso en pie.

—No lo sé, pero lo hará de tal manera que no nos quede ninguna duda de que ha dado por finalizada su misión.

El teléfono de Pinta comenzó a sonar.

—Gracias, Cruz— dijo al colgar.

—La orden de registro que pidió el jefe para revisar todos los archivos que tenga la directora en su poder ha llegado.

—Bien, te confieso una cosa, ni me acordaba, parece mentira.

Tras recoger la orden de registro llegaron al Hostal El Camino sin contratiempo alguno. El día permanecía cubierto de nubes que abarcaban toda la gama de grises. Nubes que llevaban varios días instaladas en el mismo lugar, sin apariencia de haberse desplazado lo más mínimo.

—Haría falta un poco de viento para que descarguen o se marchen— dijo María mirando al cielo recordando los pronósticos infalibles de su padre.

—Con unos minutos de una buena galerna, todo solucionado.

—Sí, pero sólo unos minutos que a mí me levanta el aire con mucha facilidad.

Las noticias sobre el llamado hostal de los horrores habían perdido intensidad en los medios de comunicación, animando a los clientes a regresar al establecimiento. Varios vehículos se encontraban estacionados flanqueando la entrada a ambos lados.

Doña Herminia se hallaba en su butaca habitual con la no menos habitual

labor entre las manos. De rostro tranquilo, asemejaba a una dulce abuelita aguardando la llegada de sus queridos nietos. Al percibir la entrada de alguien en el salón, levantó la vista del punto, su semblante permaneció invariable.

“Está rara”

La subinspectora esperaba una acogida más distante. Una mira fría, una pose que pretendería mostrar su indignación por una nueva visita. En su lugar se encontraron con un rostro, si no amable, sí confiado, como si no le hubiese sorprendido su llegada.

—Buenos días— dijo Olivares.

—Buenos días, inspector— la directora dejó caer las gafas sobre el pecho— Buenos días, subinspectora.

Pinta esbozó un saludo ininteligible mientras asentía con la cabeza.

—¿Qué les trae de nuevo por aquí? Confío que cuando piensen que necesito un abogado me lo hagan saber— en su rostro una sonrisa torcida bajo una mirada divertida.

—Eso es algo que compete a su propia decisión. Está en su derecho de solicitarlo cuando lo estime oportuno.

—Bien, ¿qué puedo hacer por ustedes?

Diego le entregó la orden de registro.

—¿De qué se trata, inspector?

—Una orden para acceder a toda la documentación que obre en su poder, aquí o en cualquier otro lugar, referente a las identidades de los internos, personal de La Esperanza y las adopciones que hubieran tenido lugar.

Doña Herminia cogió la hoja entre las manos, se ajustó las gafas en el extremo de la nariz y leyó.

—Por favor, siéntense.

—Necesitamos la documentación— apuntó María que comenzaba a cansarse del juego de la mujer.

La directora levantó la mirada en dirección a la impertinente policía. Su cuerpo le pedía ofrecerle la peor de su amplio repertorio de miradas frías unida al más serio de sus semblantes, pero en su lugar, no sin esfuerzo, sonrió y con el brazo estirado señaló su despacho.

—Ya sabe donde es.

Pinta cruzó su mirada con la de su compañero, giró sobre sus talones y se perdió tras la puerta del lugar indicado. Abrió los armarios al tiempo que apretaba los labios y llevaba sus manos a las caderas. Apenas le bastó una rápida ojeada para comprender el motivo del bobo semblante de la directora. De los

archivadores que recordaba sólo quedaban los que se llevaron en la primera visita, ya devueltos tras sus correspondientes copias, y que contenían las fichas de los internos.

“Maldita bruja…”

Tomó asiento en el suelo, abrió otro armario.

Frente a sus ojos no menos de diez archivadores y un par de cajas. Leyó los lomos:

“*Proveedores 1980-90. Proveedores 1991-00…*”

Pasó el índice por el último grupo.

“*Cocina, menús, gastos de mantenimiento 1980-85…*”

Para asegurase de que el texto del lomo coincidía con lo que alberga el interior les echó un rápido vistazo.

“Me cago en ella”

No sabía si le generaba más rabia no encontrar lo que buscaba o enfrentarse al sonriente rostro de la directora en cuanto regresara a la sala. Fuese uno u otro motivo no debía ponérselo fácil mostrando sus sentimientos abiertamente.

Se puso en pie, repasó todos los armarios y cajones del despacho con idéntico resultado. Abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Inspector, por favor.

María no pudo evitar deslizar la mirada por los ojos de doña Herminia. Los clavó en ellos apenas unas décimas de segundo, lo suficiente para que supiera que ella no estaba jugando, que iba en serio. Lo que recibió fue una muestra más de la tranquilidad que se había apoderado de la anciana.

—Pensaba venir si no me llegas a llamar. Está muy extraña, como si de repente todo lo sucedido no fuese con ella ¿Qué sucede?

—No me sorprende. No queda nada— señaló los armarios abiertos— lo único que he encontrado son los archivadores que nos llevamos y esto– le mostró un fino cuadernillo con las fichas de los empleados— como va con anillas no habrá forma de averiguar si se ha deshecho de algún expediente.

Diego se mantuvo en silencio durante un largo minuto mirando a un lado y a otro, posiblemente no con el ánimo de toparse con algo que a su compañera se le hubiera escapado, si no con hallar ese punto de control necesario tras comprender que la directora se estaba riendo de ellos en su propia cara.

La pareja de policías regresó al salón.

—¿Dónde está el material que falta de su despacho?— quiso saber Olivares.

La directora repitió los mismos gestos pausados que cuando hicieron acto de presencia minutos antes; levantó la cabeza de la labor, dejó caer las gafas sobre

el pecho y ofreció un semblante entre bondadoso y divertido.

—¿Material, dice, inspector?

—Sí, todo lo referente a los internos, empleados, y sobre todo a las adopciones y desapariciones no denunciadas.

—Ha pasado mucho tiempo, quizá haya tirado algunas cajas. Apenas tengo espacio para mí en este hostal— se frotó los lacrimales— cada vez se me cansa más la vista con la labor. Sobre lo que dice de las desapariciones no denunciadas no sé a qué se refiere, algunos chicos se marchaban por su cuenta.

Diego redujo la distancia que les separaba de la mesa redonda. Apoyó las manos sobre el mantel que la cubría e incrustó los ojos en los de la mujer que le observaba divertida con el efecto que había generado el plan ideado la semana anterior.

—Le recuerdo que obstruir a la justicia está penado, señora. Voy a encontrar lo que busco.

—Hágalo, inspector, y si quiere, convocamos a los medios y les decimos lo que hizo su hijo y que yo…

—Lo haremos, cuente con ello.

El amable semblante de la directora se desvaneció, no contaba con esa reacción.

Permaneció con la mirada fija en las espaldas de los policías mientras abandonaban el salón. Era consciente de que su vida comenzaba a desmoronarse poco a poco, y que en cualquier instante podría sobrevenir su derrumbe total. Esa rueda de prensa con la que había amenazado al inspector se podría volver contra ella. Estaba convencida que su órdago no iba a ser visto.

“¿Necesito un abogado?”

Negó con la cabeza.

—Para qué, no tengo nada que perder. A mis años las expectativas son escasas— sonrió— además, no tienen nada contra mí, si lo tuvieran ya lo habrían puesto sobre la mesa.

“Qué previsibles son”

Se había reprendido por arriesgarse tanto y no haber trasladado antes los expedientes del despacho. Cierto que no hubiera sido buena idea que hubieran desaparecido a los pocos días de su primera visita, pero había dejado pasar demasiado tiempo. Sabía que algún día aparecerían con esa orden.

María abandonó la sala con el archivador que albergaba los datos correspondientes a los antiguos trabajadores de La Esperanza. Al menos las

fichas de aquellos que la directora no hubiese hecho desaparecer. Diego se encaminó hacia la recepción.

—Disculpe, la última vez que vinimos usted y su marido nos preguntaron si iba a ver más excavaciones alrededor de su hostal.

—Sí, sí, inspector ¿por qué lo dice? ¿Van a volver a excavar? El negocio está al límite— señaló visiblemente preocupada.

—De momento, no. Le puedo asegurar que no depende de nosotros.

—Lo imagino, pero si usted me dice que no, ojalá siga así ya para siempre.

Olivares asintió, se echó hacia delante y habló en tono confidencial.

Llevó el pulgar sobre el hombro señalando en dirección a la puerta de la sala.

—Por lo menos parece que se termina su vinculación con lo que queda del centro de socorro.

La recepcionista puso cara de no entender nada.

—Doña Herminia nos ha dicho que ya se ha llevado unas cajas, imagino que habrá comenzado la mudanza de sus cosas.

El rostro de la mujer resplandeció unos segundos al contemplar la posibilidad de lo que apuntaba el inspector.

—Bueno, a nosotros no nos ha dado problemas pero es cierto que ese centro sí, y muchos. Ojalá se tratara de una mudanza, pero eran solo unas cajas con documentación.

—Por algo se empieza ¿No cree? Va llevando sus pertenencias a su casa y…

—¿A su casa? No, inspector, a la residencia de doña Valentina.

A Diego le entraron las prisas por abandonar el hostal.

—Bueno, confiemos que no tarde en completar la mudanza.

—Gracias, inspector.

Los dos policías regresaron al BMW X6 sin intercambiar palabra. Habían visto asomada a una de las ventanas del salón a la directora. Deberían esperar hasta que se encontraran en la A8. Antes de dirigirse a la residencia lo más sensato era confirmar que su orden de registro valdría para doña Valentina y si no redactar otra.

—Me ha gustado eso, compañero.

—Ha sido cuestión de suerte. La mujer necesitaba hablar con alguien, no lo deben estar pasando nada bien.

—Lo imagino, abrir un establecimiento y que te cuelguen el cartelito del hostal de los horrores no facilita las cosas— miró a su compañero que en esta ocasión conducía el coche— ¿no se va a cavar más?

—En los próximos días no lo creo, pero es muy posible que con el tiempo algún juez mande levantar todo el perímetro.

Cuando Diego y María abandonaban el hostal, una mujer elegante, ataviada con una peluca rubia descendía de un Nissan. Esperó a que los policías se fueran, había llegado el momento que tanto tiempo había estado esperando. La confesión de los hermanos Rosales apuntaba a ella, como la de Ezequiel Gómez. No tenía por qué dudar de su palabra. Los tres habían dicho lo mismo en diferentes circunstancias.

Unos, en la nave donde perdieron la vida.

“Cerca estuve de morir allí”

El otro, en su última noche con vida.

Una noche de agrio recuerdo para Maite

Una noche por la que pagarían todos.

En su cabeza se reproducían las últimas horas de la vida del conserje del polígono industrial.

42

Las dos hermanas se pusieron de nuevo en camino. La futura periodista conmovida por el relato que escuchaba de boca de su gemela. No por la suerte que corrieron sus víctimas si no por todo lo que había pasado una chiquilla en su vida y tener el valor de devolver el daño sufrido.

—Me dijiste que los hermanos Rosales no lo hicieron solos, que había un tal Ezequiel con ellos.

—No se te escapa una ¿eh? Vas a ser una periodista de miedo— afirmó convencida.

—A ver, no es fácil, pero por mí no va a quedar.

—No lo dudo, Adriana, no lo dudo— guardó silencio unos instantes antes de responder— no quiero que te involucres en algo que no tiene vuelta atrás.

—Quiero ayudarte, Maite. Es más, necesito ayudarte.

Adriana extendió los brazos y se abrazó a su hermana. Fue un abrazo largo, de corazón con corazón, sentido y cómplice.

—De acuerdo— susurró Maite en su oído.

Mientras caminaban por el Sardinero, la futura abogada le habló de lo que hasta el momento consideraba un endeble plan. Cierto que lo había localizado y establecido contacto un par de veces, que sabía lo que hacía los sábados por la mañana y el lugar en el que residía en Torrelavega.

—No es fácil hacerlo en el rompeolas de Comillas, nos pueden ver. Un sábado a medio día no es el mejor momento.

—En vez de hacerte la encontradiza en el hospital podrías quedar en el mismo rompeolas.

—Así no nos ven llegar juntos. Bien pensado.

Le habló sobre la siguiente madrugada y la posibilidad de tomar un café en la nave donde trabaja Ezequiel.

—Para que se acuerde de mí.

—Por lo que me has contado no creo que te olvide. No podemos negar que

gustamos a los chicos.

—Ya sabes que mi experiencia en ese sentido es bastante…

Adriana la cogió de la mano.

—Perdona, no he estado nada afortunada con el comentario, lo siento de verdad.

—No, tranquila, si llevas razón.

Esa madrugada puso en marcha lo que ya sentía como el principio de su plan y el fin de Ezequiel. En su casa se sirvió de una excusa recurrente y de buen resultado; una cena que seguramente se alargaría, para no conducir de noche dormiría en casa de una compañera de clase.

Eran las tres de la mañana cuando llamó con los nudillos a la puerta. No se escuchaba ningún ruido proveniente del interior de la nave. Volvió a llamar, con el mismo resultado.

“Lo intento una vez más”

No pasaba por su imaginación que alguien la viese a esas horas frente al lugar en el que trabajaba un conserje que en siete días estaría donde merece. Cuando pensaba abandonar, la puerta comenzó a abrirse. El rostro de un soñoliento Ezequiel apareció conforme se deslizaba el portón.

“¡Estaba durmiendo!”

—Perdona, no sé si te molesto…

—Pasa, pasa, estaba completando unos albaranes y no me he dado cuenta de que llamaban a la puerta. Hay un timbre ahí— señaló un punto oscuro.

—No quería despertar a los vecinos.

—Pocos vecinos hay por aquí. Estoy yo y un par de naves más, pero no te quedes ahí, pasa.

Ezequiel se disculpó para ir al baño, necesitaba echarse agua y despojarse de esa cara de sueño profundo que seguramente debería tener.

“Este *pibón* no se me escapa, si ha venido por algo será…”

El bolso de Maite escondía el estilete que no pensaba utilizar esa noche, el bolsillo del pantalón el espray anti violadores. Su único objetivo era que cuando la volviese a ver no tuviera la menor duda de que se trataba de ella.

—No tengo mucho tiempo, pero me parecía mal no aceptar tu invitación.

—Me alegro de que te hayas animado— apuntó mientras cogía el termo y un par de vasos de plástico.

Maite podía identificar sin problemas el tipo de mirada que le dedicaba el

conserje. Una mirada que no por repetida y vengada, le afectaba menos. No sin esfuerzo logró reprimir el asco y el odio a partes iguales que se cocía en su interior en esos momentos.

—Gracias— dijo cogiendo el vaso. Dio un sorbo corto— llevas razón, está muy rico.

—¿Dónde trabajas?

—Bueno, la verdad es que se trata de un trabajo temporal en el laboratorio del final de la calle.

—Sé donde es pero no conozco a nadie.

—Tampoco te pierdes nada— le dedicó una mueca cómplice— ¿llevas aquí mucho tiempo? Es un poco solitario ¿no?

—Estoy acostumbrado, siempre he trabajado de vigilante por las noches.

“Lo sé”

—Quería preguntarte algo, me dijiste que ibas a Comillas ¿verdad?

—Sí, los sábados por la mañana, al hospital.

—Me han dicho que hay un rompeolas en el puerto.

Ezequiel se sirvió otro café, sentía como su ego crecía sin parar. Jamás se había visto en una situación parecida en su poco más de medio siglo de vida. Una chica tan atractiva tomando café con él en su lugar de trabajo, y solos. Si le había sucedido algo similar fue con mujeres que tenían un interés concreto, que desaparecía cuando conseguían los papeles para permanecer en España o bien pagando por la compañía. Lo que sí tenía claro es que esa chica no buscaba nada de él.

“Parece ingenua, como a mí me gustan”

—Si te apetece conocerlo te lo puedo enseñar. Las olas chocan con fuerza en la pared y te pueden calar si no estás espabilado. A mí no me cogen, las conozco bien— una sonrisa torcida se talló en su rostro— sólo a turistas y a los malditos veraneantes.

—Suena muy divertido eso de evitar que te mojen.

Los ojos del conserje se clavaron en el pecho de su invitada. Imaginarla con la blusa empapada, marcando los…

“Tranquilo”

—¿Quieres otro café?

—No, gracias— consultó su reloj— tengo que volver, no vaya a ser que llame mi jefa para ver si estoy.

El rabioso deseo de Ezequiel le empujaba a retenerla por el brazo y pedirle que se quedara, que no se iba a arrepentir.

“¡No la cagues!”

—¿Entonces, quieres que nos veamos el sábado?

—De acuerdo, ¿habrá que dormir antes, no? ¿o vamos del tirón?

—Mejor del tirón, ya dormimos después.

Maite se ajustó la chaqueta y se encaminó hacia la puerta, la mano en el bolsillo del pantalón asiendo el espray.

—Hasta luego.

Ezequiel se elevó sobre las puntas de los zapatos intentando ponerse a la altura de ella.

—¿Qué haces?

—¿No me das un par de besos de despedida?

Maite le propinó un suave empujón.

—Anda, no quieras todo el mismo el día.

Cuando salió a la calle se encaminó a paso rápido hasta su coche, aparcado a un par de naves de distancia, con una decisión tomada; nada de rompeolas. Lo haría aquí mismo, en su propio lugar de trabajo.

Había tomado nota de lo que albergaba la nave. Máquinas para cortar barras de hierro alineadas en un extremo por distintos tamaños, pesas típicas de gimnasio y un par de aparatos elevadores al fondo como los de cualquier taller de coches. Varios despachos y una doble puerta en el otro extremo, que posiblemente conectara con la nave contigua.

Pasó la semana más nerviosa de lo habitual en situaciones similares, no sólo bastaría con vengar la violación de Susa sino que necesitaba hacerle hablar de lo que sucedió después. La duda sobre el paradero de su amiga le atormentaba. Había pensado avisar a Raúl, pero la última vez que se vieron advirtió en él un gran cambio, se había echado novia, era muy feliz en la granja con su nueva familia y así debía continuar.

“Toñín…”

El dolor de su muerte no lo mitigaba el parsimonioso caminar del tiempo, habían trascurrido ya dos años desde el accidente. Sí, un accidente, aunque los había que aseguraban que fue un suicidio debido a la vida que había llevado, le pudo la presión.

“Imbéciles”

Nadie conocía a Toñín como ella. Tenían muchas cosas por hacer, además se habían hecho novios y eso no es como para romperlo sin más. No, él no se había suicidado, seguramente, tal y como decía la policía no se había percatado de que

había una bala en la recámara y apretó el gatillo sin querer.

Maite sabía que su mejor amigo le acompañaba cada día, y lo seguiría haciendo mientras ella quisiera. No iba a abandonar lo que tantas veces habían imaginado que cumplirían. Si la justicia no hacía su trabajo alguien tendrá que hacerlo

¿O no?

La noche del siguiente viernes llegó al fin.

Maite y Adriana pusieron en marcha el plan.

Ezequiel entró a trabajar a su hora habitual de las once de la noche. Se sentía especialmente bien, seguro de sí mismo y sobre todas esas sensaciones destacaba otra; estaba muy excitado. Cuando esa sensación le gobernaba se dejaba llevar por sus impulsos, como ya le había sucedido en más de un ocasión. Unas veces en compañía de César, su compañero de trabajo en La Esperanza, a quien tuvo que enterrar si no quería verse expuesto a las amenazas de la directora con las denuncias que aseguraba haber parado por sus abusos a las internas.

Otras, con las malditas putas que no tienen bastante con cobrar por disfrutar sino que además no son capaces de decir nada agradable. Son como máquinas o puñeteras muñecas.

Sí, estaba muy excitado.

A la mañana siguiente le pondría remedio con el *pibón* con el que había quedado.

Se recostó en la butaca imaginando lo que estaba por venir.
De pronto se incorporó sobresaltado. Miró a un lado y a otro.

“Qué raro”

Le había parecido oír como si…

De nuevo ese ruido.

Con cautela se acercó al lugar de procedencia del suave golpeo; la puerta de la nave. Giró una pequeña portezuela para atisbar el exterior y la vio.

—¿Nos abres?— la tía que había protagonizado sus sueños eróticos durante la última semana se hallaba frente a él sujetando en el aire dos botellas de vino.

—¿Nos?

Maite esbozó una enorme sonrisa.

—Sí, a mi amiga y a mí— miró a su derecha, Ezequiel no podía ver a nadie — pero si te molestamos nos vamos.

“No os vais a ningún lado”

El conserje abrió la puerta.

—Pasad, pasad.

Ezequiel vio a Maite, cerca estuvo de estamparla dos besos de bienvenida pero logró controlarse a tiempo. Tras ella otra chica, con un pañuelo en la cabeza y gafas oscuras. En cuanto las dos se hallaron en el interior realizó un rápido, no por ello falto de detalle, repaso de los cuerpos.

"Buenos culos…"

—¿Qué ha pasado con lo del rompeolas?

Maite le mostró las dos botellas.

—¿Dónde las pongo?

Ezequiel señaló un lugar junto al termo.

—Mi amiga ha traído la ginebra que más nos gusta, la Bombay Sapphire— Adriana le mostró la etiqueta— y una bolsa de hielo.

—¿Te gusta?

Ezequiel no pasaba de la copa de ginebra con un hielo o sola, le valía cualquiera. Conocía la botella que le mostraban porque la había visto en los bares que frecuentaba.

—A quién no le gusta la Bombay esa.

—Sobre lo del rompeolas, no podrá ser, lo siento.

El rostro del conserje se ensombreció.

—Verás, es que me han dicho que la mujer a la que he sustituido estas semanas regresa el lunes y…

—¿Te han despedido?

—Bueno, algo así. He salido con mi amiga a celebrarlo, hemos cenado y le he dicho, ¿por qué no vamos a hacer una visita a mi amigo del turno de noche? Y aquí estamos. Mejor que un rompeolas, ¿no crees?

A Ezequiel le costó arrancar. Su rostro era fiel reflejo de lo que acontecía en su pequeño cuerpo.

—Sí, mucho mejor— dijo al fin.

Adriana dejó la botella y la bolsa que contenía el hielo y varias tónicas sobre la mesa. La Polaroid colgada del hombro.

—Primero un vino ¿os parece?— propuso Maite con su mejor sonrisa— habrá que meter esto en la nevera.

—Sí, sí— Ezequiel se hizo con la bolsa y la guardó en el pequeño frigorífico. Cogió un sacacorchos, abrió una de las botellas y colocó sobre la mesa tres vasos de plástico que rellenó de vino casi hasta el borde. Entregó uno a cada hermana y elevó el suyo en el aire.

—Por una noche…diferente.

—Por esa noche diferente— soltaron al unísono.

Ezequiel lo apuró de un trago, deslizó la manga de la chaqueta por la boca y miró a Maite.

—¿No nos vas a presentar?— con el pulgar señaló en dirección a Adriana que permanecía con el pañuelo y las gafas puestas,

—Claro que sí, pero a su debido tiempo, es una sorpresa, quiero agradecerte lo amable que has sido estos días conmigo y ayer con el café.

—¿Una sorpresa? ¿Acaso la conozco?— quiso saber, su tono dejó transmitir un atisbo de preocupación.

—Te puedo asegurar que no, aunque te lo pueda parecer.

—De acuerdo—rellenó su vaso y bebió un largo trago — poneos cómodas que vengo ahora.

Las dos hermanas asintieron. En el bolso de Maite, el estilete y la pistola eléctrica. En el de Adriana el espray.

—No tardo.

Ellas tampoco pensaban alargar mucho más su estancia en la nave. En cuanto regresara abordarían el asunto que les había llevado hasta allí, después…

Después confiaban en que todo saliera como habían previsto.

Algo falló.

Ezequiel entró en el baño, había llegado el momento de adelantar los preparativos que tenía previstos para la mañana del sábado en el rompeolas de Comillas. Sonrió a la imagen de macho campeón que el espejo le ofrecía mientras sacaba una bolsita del pantalón, por la abertura esparció sobre la tapa del inodoro la cantidad suficiente para tres rayas generosas de coca. Una vez preparadas esnifó una, introdujo de nuevo la mano en el bolsillo opuesto y se hizo con una pastillita azul.

—Así no tendréis queja de la noche— para confirmar el efecto de su chascarrillo observó con detenimiento su reflejo y asintió.

“Te lo mereces”

Apuró la segunda raya y tragó una pastilla.

Con la tercera siguiendo el camino de las otras dos, se permitió un rápido repaso de nuevo frente al espejo y regresó junto a sus compañeras de la noche más loca que se podía imaginar.

“¿Una sorpresa?”

—Bienvenida sea…

Confiado en sí mismo recorrió los no más de veinte metros que le distanciaban de la mesa y las sillas en las que aguardaban las chicas.

—Aquí estoy— dijo mirando a Maite.

—Pensábamos que te habías perdido— respondió su gemela.

Ezequiel volvió el rostro, una vez y otra, a un lado y a otro.

—Pero…

—A ver, chico listo, ¿quién de nosotras es la que tomó café contigo la otra noche?

El conserje no daba crédito, ante sus ojos tenía la mayor fantasía sexual que se había podido imaginar.

—Pues si ella entró con pañuelo y gafas…

—Mucha pista esa. Era yo— mintió Mite para darle mayor verosimilitud a las escena.

—¿Tú?

—Sí, es Adriana, mi hermana gemela.

Los amarillentos dientes del conserje se adueñaron de su escurrida cara. Ya se imaginaba entre sus invitadas disfrutando de una desenfrenada noche. Tan absorto se hallaba recreando lo que intuía le esperaba que su pantalón comenzó a sufrir los efectos de la viagra.

Adriana le ofreció un gin tonic que apuró de un trago.

—Espero que no esté fuerte— dijo con voz melosa— el mío estaba muy bueno.

—No, que va, una ginebra como esta no se puede rechazar.

—Me voy a poner otro, ¿quieres, Maite?

—Claro, a eso hemos venido ¿no? A disfrutar de la noche, pero no me lo llenes demasiado que llevamos mucho tiempo bebiendo y se me empieza a subir.

—Y otro más también para mí— pidió el conserje devolviendo el vaso de plástico.

Ezequiel asistía con el pulso acelerado los movimientos de una de las hermanas, no hubiese sabido asegurar quién era Maite y quién la otra. Sentía como la ansiedad se estaba apoderando de su cuerpo.

—Aquí tienes.

El conserje se hizo con el gin tonic al que dio la misma vida que al anterior; apenas un trago largo.

—Vaya…—Maite bajó la vista— ¿Qué guarda ahí nuestro anfitrión?

Lejos de sentir la más mínima incomodidad, agarró el bulto sobre el pantalón y lo agitó.

—Es vuestra sorpresa, cargada para que las dos la disfrutéis.

—¿Sí? ¿Cómo de cargada?

El rostro de Ezequiel se transformó en una estúpida mueca mientras se desabrochaba los botones del pantalón y bajaba la cremallera.

—¿Vosotras?

Maite le hizo un imperceptible gesto a su hermana. Le pedía que estuviera atenta, que ella se encargaba de manejar la situación. Con pausa fue desabrochando los pequeños botones de su blusa. Levantó la mirada, la boca entreabierta. Soltó el sujetador por delante.

—Te toca…— susurró al conserje.

—¿Quién quiere primero?— propuso con su miembro firmemente cogido.

Adriana se acercó al conserje con el vaso recién rellenado. El espray en el bolsillo de su chaqueta.

—Toma ¿Te parece que empiece yo?

—¿Tú? ¿La más calladita? Me gusta— convino apurando el tercer gin tonic de otro trago.

Las dos hermanas permanecieron en silencio unos segundos observando los gestos de su inminente víctima.

—¿Estaban buenos?

—Mucho, esta ginebra es lo mejor que he tomado nunca.

—Me alegro, pero antes de empezar dime una cosa ¿Eso es lo que le metiste a Susa? ¿Esa cosita?— la voz de Maite en un tono irónico dejaba entrever una seriedad helada.

El conserje detuvo el nervioso movimiento de su mano.

—¿Susa?, ¿qué Susa?

—Los hermanos Rosales nos lo contaron, los conociste en La Esperanza ¿recuerdas? Dónde trabajaste de vigilante.

Ezequiel se retrepó en la silla.

—¿Quiénes sois? ¿Policías?

Maite cruzó las piernas, ofrecía una calma que Ezequiel distaba mucho de sentir. Las tres rayas, el vino y los gin tonic se encontraban en pleno apogeo.

—No, no somos policías. Yo estuve allí, en el centro con trece años y se habló mucho de la muerte de Susa.

—No recuerdo a ninguna Susa.

—Ya ni recuerdas quién es de todas las crías que te tiraste ¿eh?

Por la cabeza de Ezequiel cruzaron veloces los rostros de las no menos de diez internas de las que abusó.

—A ver, para que hagas memoria, fue la niña que violaste con los hermanos Rosales, luego la matasteis— su voz permanecía entre irónica y fría.

El conserje abrió los ojos exageradamente.

—Yo no he matado a nadie, cuando nos fuimos estaba bien, lo juro, sólo nos divertimos un poco y…

El golpe de la pequeña y afilada barra le entró por su derecha. Adriana observaba al conserje caído de espaldas sobre la silla con el odio más exacerbado brillando en su rostro. A pesar del tremendo golpe y la posterior caída la suerte jugó a favor de Ezequiel. A su derecha, protegidas por la escasa iluminación de la nave, había varios juegos de mancuernas, agarró una con firmeza, sentía una mezcla de miedo y rabia apoderándose de su cuerpo. Esperó a que la chica se acercara un poco más, tensó los músculos y descargó la pesa con todas sus fuerzas en el rostro de Adriana que salió despedida hacia atrás sin emitir sonido alguno.

—¡No!— dijo Maite yendo hacia Ezequiel.

El repentino alarido aguijoneó al conserje que estalló su puño en la futura abogada que se abalanzaba sobre él enviándola al suelo tras darse en la cabeza con la esquina de una mesa

—Esto es lo que queréis, ¿eh?, ¡hijas de puta!— estrelló la punta de su bota en el estómago de una inconsciente Adriana.

Llevó sus manos a la cabeza, la sentía a punto de reventar. Sí, era pequeño y delgado pero sabía desenvolverse cuando las cosas se torcían. Miró a una y a otra, las dos parecían dormidas. Cogió a Adriana de la pechera y la tumbó sobre una de las mesas de trabajo. Tiró de su blusa y le arrancó el sujetador.

La estudiante de periodismo despertó, abrió los ojos y vio al conserje que se echaba sobre ella.

—¿No querías ser la primera?

Adriana volvió el rostro un lado buscando a su gemela, La localizó en el suelo. Mientras la mirada cogió con su mano izquierda lo que le pareció un trozo de hierro, echó el brazo hacia un lado y atrás. En cuanto él volviera la cabeza se lo clavaría.

Eso hizo.

Con toda la rabia que se había apoderado de ella al pensar que su hermana podría estar muerta, movió con el mayor impulso que le pudo infringir a su brazo el tubo de hierro firmemente cogido mientras de su garganta partía un grito desgarrador que cogió desprevenido al conserje.

El impacto le dio en pleno cuello al elevar ligeramente la cabeza. Cogió la

mano de la chica y tiró hacia fuera.

—¡Me lo has clavado, hija de puta!— ladró.

Agarró con fuerza el tubo y lo hundió en el rostro de Adriana una vez y otra. Al echar el brazo hacia arriba para coger fuerza se le cayó. Con la respiración agitada y el corazón golpeando desbocado en su pecho, buscó a tientas algo con lo que continuar y encontró una mancuerna que estrelló incontables veces en el rostro de una moribunda Adriana.

Maite despertó aturdida con el alarido de su hermana, le llevó unos pocos segundos comprender dónde se encontraba. Los mismos pocos segundos que transcurrieron desde el desgarrador grito hasta que logró fijar su mirada en los movimientos del conserje que como un autómata subía y bajaba el brazo como si machacara algo.

Se incorporó. Cuando comprendió lo que estaba sucediendo supo que era tarde, muy tarde. Abrió el bolso, se hizo con el estilete y acompañada de un alarido inhumano saltó sobre Ezequiel hundiendo el cuchillo en su cuello. Un codazo la tiró al suelo. Vio al conserje intentando taponar con la mano el chorro de sangre que emanaba de la yugular.

—¡¡¡La has matado, *hijoputa*!!!— Maite se incorporó de un salto con una mancuerna en la mano, no era de más de dos kilos pero suficiente para golpearle con ella y tirarlo al suelo. El primer golpe sonó como si crujiera algo en el interior de la cabeza del hombre que se retorcía de dolor.

Maite sabía que moriría desangrado, pero no estaba por la labor de ofrecerle una muerte dulce. Había sentido odio y furia muchas veces en su vida, pero jamás tan concentrada como en ese instante. Era consciente de que estaba fuera de control. Tomó aire, elevó la mancuerna al cielo y la bajó con todas sus fuerzas precipitándola contra los genitales del conserje. Repitió el golpe una vez más. Los tres siguientes los concentró en la cabeza de Ezequiel con el único fin de que cesaran sus gritos.

Llamaron a la puerta de la nave.

Maite permaneció como una estatua.

—¡Ezequiel, no metas tanto ruido hombre!

La voz del vigilante del polígono se coló en los oídos de la chica como un fino cuchillo. No deseaba matar a nadie que no tuviese que ver con su venganza.

“Vete, vete, vete, por favor”

—Ya sabes lo que pasó la última vez, Ezequiel. ¡Me oyes!

Al fin, se hizo el silencio.

Maite se dejó caer. Sentada en el suelo con la espalda apoyada en una

máquina lloró. La hermana que nunca pensó que tenía y que resultó ser el reflejo que aparecía en sus sueños yacía muerta a un par de metros de distancia por su propia culpa. No tenía que haber permitido que la acompañara.

—Lo siento, Adriana, lo siento, lo siento…yo….

Eran las cuatro de la mañana cuando abandonó la nave llevándose uno de los vasos de vino, otro de gin tonic y una de las botellas. No se esmeró demasiado en borrar sus huellas porque sabía que coincidirían exactamente con la de su hermana al compartir el mismo ADN.

Le dolía el alma dejarla allí, pero no podía hacer otra cosa. La Polaroid permanecía colgada sobre el respaldo de una silla. Hizo un par de fotos del conserje con una hoja sobre el pecho que rezaba; culpable, que no enviaría a la policía como las demás y las guardó en el bolso. La aparición del cuerpo de su hermana serviría para dar por finalizada la venganza.

¿O no?

43

Marcos Alegre había regresado a Madrid no sin antes dejar la investigación que llevábamos entre manos, encaminada. El curso tocaba a su fin, parecía que el asunto del *Vengador* había perdido parte de su importancia en el taller y nos estábamos dedicando a dar forma a las diferentes tramas planteadas por los alumnos.

Algunas cosas no cambiaban.

Una de ellas era la actitud de Paco Calatayud, el Policía Local, quizá fuera más exacto hablar de su semblante. Intervenía poco y parecía alerta, tomando nota de cada cosa que yo decía. Otra, la de Goyo, el comercial. Una tarde de jueves, el último día de la semana de clase, capté lo que supuse el final de una conversación cuando me encaminaba hacia la salida de la escuela. Me acercaba al rellano y de ahí a la salida cuando escuché dos voces que me resultaban familiares. No sé por qué pero me detuve. Quizá sí lo sé y el motivo fuera que se trataba de las dos personas a las que menos les pegaba compartir un minuto fuera del taller, por lo menos a una de ellas.

—El otro día hablando con Paco me dijo que era muy extraño que siempre que el profesor decía algo sobre lo que podría hacer el puñetero *Vengador* en su novela, sucediera en la realidad. Cree que tiene algo que ver con ese asesino ¿lo habías pensado?

Maite ajustó el bolso en su hombro.

—Cuando salgo de aquí me ocupo de otros asuntos, pero ahora que lo dices no deja de ser curioso.

Goyo se la quedó mirando fijamente.

—¿Qué te preocupa?

—No, no es que me preocupe es sólo que me preguntaba si de verdad llevas siempre peluca o sólo lo parece.

Hubo unos segundos de silencio que se me hicieron eternos. Miré a un lado y a otro por si estaba siendo observado. Para disimular fingí hablar por el móvil.

—Te repito lo mismo, Goyo, ¿qué te importa?

—Es sólo curiosidad.

Luego en un tono de voz quedo logré escuchar.

—Si te lo dijera…— dos o tres segundos de silencio— tendría que matarte.

A continuación, el sonido de pasos de tacón rumbo al exterior.

Me asomé.

Maite se alejaba con su andar seguro y natural de cada día. Yo con el teléfono en la oreja. Goyo, inmóvil, mirando la espalda de su compañera mientras creí entender que balbuceaba nada concreto.

—¿Lo ha oído?— me dijo al pasar a su lado.

Levanté la mano a modo de despedida sin desplazar el móvil de mi oído.

Cuando alcancé la calle la abogada había desaparecido. Si no fuese por el asunto que tenía entre manos, su respuesta me hubiese parecido de lo más adecuada y digna de felicitación, sin embargo, al tratarse una de las tres personas objeto de nuestra modesta investigación me heló la sangre. He dicho tres, pero Lali estaba casi descartada. Había incluido a una de las estudiantes de psicología, Fátima, de veintiún años, la mayor de las dos, más que nada por ampliar un poco más el campo de investigación, pero las dos amigas eran demasiado jóvenes para ser consideradas sospechosas.

¿O no?

Todo dependía de si las diferentes hipótesis barajadas eran o no correctas. ¿Habían mentido con su edad? No era un dato que se solicitara como indispensable para apuntarse al taller. Cada alumno dijo la que creyó conveniente. Lo que sí coincidía era la edad que aseguraron tener con los datos que reflejaba su expediente universitario.

Tampoco nada concluyente.

Una chica que ha sabido ocultar su rastro desde pequeña está acostumbrada a esto y a mucho más. Sí, imagino que en este tipo de reserva puede tener cabida, en mayor o menor proporción, el factor suerte. Puede que los Servicios Sociales, saturados de trabajo, hayan traspapelado o aceptado por buenas ciertas versiones que la niña pudo facilitar en un momento dado. O quizá el problema surge porque no supo o no quiso hablar de su pasado.

Todo esto forma parte de mis propias elucubraciones para intentar, al menos, acercarme a comprender lo que pudo pasar por la cabeza de una chiquilla maltratada. No hay duda que las autopsias de los cuerpos de los niños encontrados junto a La Esperanza son reflejo de ese sufrimiento. Me pregunto si *El Vengador* ha enviado más notas para que sigan escavando. Estoy convencido

que no han aparecido todos los cuerpos.

Pensé que hablar con la mujer que nombra la prensa como la antigua directora del centro era la clave que nos podía ayudar a ponerle, si no cara, sí nombre al *Vengador*. La deducción es sencilla, no pretendo recibir mérito alguno por ella, lo más complicado era que me recibiera.

No quiso hacerlo.

Quizá el error fue confesar que soy escritor, pero en mi defensa alego que mi motivación en todo este asunto no es otra que conocer su propia versión de los hechos. La prensa había dado rienda suelta a un juicio paralelo y todo el mundo parecía saber lo que una persona en su posición debería haber hecho. Le dejé un sobre con mi tarjeta y el motivo de mi interés en ella.

No me llamó.

Pasé el agradable recorrido de la escuela a mi casa sin dejar de pensar. Quería soltar todo lo que me preocupaba pero estaba resultando tarea imposible. Quizá unos minutos caminando por el Paseo Pereda me ayudaran a despejarme. ¡Cómo echo de menos a Freddy en estos momentos! Satisfecho con la súbita decisión sólo restaba dejar el maletín en mi casa y regresar a la calle.

—Sigue metiéndote donde no te importa y serás el siguiente— dijo una voz a mi espalda mientras me clavaba su antebrazo en la nuca y me espachurraba contra la puerta de mi apartamento— estás avisado, la próxima vez no seré tan educado. Nada de policía. ¿Has entendido?

Asentí con un gesto.

Lo siguiente fue recibir un impacto seco en el costado y otro en la cabeza.

—¿Voz de hombre? ¿Está seguro?

Al despertarme en el descansillo, según mi reloj habían transcurrido no más de diez minutos, entré en casa y me dirigí al cuarto de baño. La cabeza me dolía horrores, pero gracias a Dios apenas encontré un pequeño rastro de sangre casi seca.

“Nada de policía”

La amenaza se mostró en mis recuerdos como un flash. Me llevó un largo minuto situarla en el contexto correcto. Al hacerlo, extrañamente sentí como se tensaban mis músculos. Regresé al salón, cogí mi móvil y pulsé el nombre del inspector Diego Olivares.

—Sí, una voz de hombre, inspector.

—¿No lo reconoció?

—Creo que hablaba entre dientes, como susurrando. Podría pensar que es Néstor pero no sería justo que lo señalara sin lugar a dudas.

—¿Ha ido al hospital?

—No es necesario. Más allá del susto y las contusiones estoy bien.

—Deme un segundo, señor Valdés.

El inspector quitó el altavoz del teléfono, tapó con la mano la entrada de audio y volvió el rostro hacia su compañera.

—¿Qué opinas?

—En principio parece que todo se complica, o es posible que sea lo contrario, quiero decir que esto nos puede empujar a decidirnos por una línea de investigación u otra.

—¿Crees lo que nos ha contado?

—Dile que venga a poner la denuncia.

—De acuerdo.

Olivares volvió a pulsar el manos libres.

—Disculpe, señor Valdés. ¿Por qué no se pasa por la comisaría, pone la denuncia y hablamos más tranquilamente?

—Ha dicho que nada de policía, si por algún motivo me sigue y ve que dirijo a su encuentro creo que mi vida correrá más peligro aún.

—Nosotros no podemos hacer nada sin la pertinente denuncia.

—Lo sé, inspector. Sólo quería que supieran que quien mató a mi perro, me dio la paliza, tiró la piedra a mi casa y me acaba de dejar sin sentido es o son las mismas personas. Me vigilan ¿lo entiende, verdad?

—Sí, deme un segundo.

Pinta y Olivares hablaron durante un par de minutos. Lo expuesto por el escritor entraba dentro de toda lógica, aunque no conseguían borrarle de la investigación, siempre había algún pequeño detalle que parecía apuntar en su dirección.

—Vamos a hacer una cosa.

No parecía un mal plan. Pondría la denuncia, hablaría con el inspector y la subinspectora y examinarían el golpe de la cabeza para rechazar cualquier tipo de lesión. Quince minutos más tarde una ambulancia venía a recogerme a mi casa.

A la mañana siguiente regresé a mi casa en un taxi con la denuncia puesta, varios puntos de aproximación y la seguridad de que no había nada afectado en mi cabeza con el golpe que recibí.

La conversación que mantuve con Pinta y Olivares fue menos tensa que cuando vinieron a mi casa por el asunto de la piedra y la ventana, al menos, así me lo pareció. Sin embargo, no compartí con ellos el final de la conversación que escuché entre Maite y Goyo. Sí, yo tenía mis propias sospechas que sentía muy próximas a la certeza. Maite o Marta tenían todos los números para estar relacionadas directamente con el que llamaban *El Vengador*. El problema para mí era demostrarlo fuera de toda duda razonable. Si lo hubiese compartido con la policía me hubiese visto a mí mismo señalando, una vez más, a mis alumnas como partícipes en asuntos tan turbios como seis asesinatos.

Hasta ahora.

No, no me correspondía a mí insistir en lo mismo, sino a ellos tomar en serio o no lo ya hablado en más de una ocasión. No regresé tranquilo a mi casa, no después de haber creído vislumbrar en sus miradas que compartían la sensación de peligro que acechaba a mi vida.

Por primera vez en mis casi cincuenta y siete años miraba a un lado y a otro. Revisaba el cerrojo de la puerta varias veces. ¿Qué debo hacer?, ¿renunciar y regresar a Madrid?, ¿hacer como si nada sin volver a mencionar al *Vengador* en clase, ni denunciar cualquier otra agresión que pueda recibir?

Jamás pensé que la tranquila vida que se supone lleva un escritor, sobre todo cuando se halla en pleno descanso entre novela y novela, aunque sea dando un taller, pudiera convertirse sin saber por qué en una peligrosa aventura.

No, no me puedo ir.

No hasta ver de alguna manera vengada la muerte de Freddy. Sé que suena muy novelesco, pero si abandono en estos momentos su muerte no habrá servido para nada. Debo ser fuerte, mirar no sólo de un lado a otro, sino también hacia delante y fingir que nada pasa, que todo está bien, pero sin dejar de investigar. Tengo que dar una vuelta por los domicilios de Maite y Marta, no sé qué debo encontrar, ni siquiera si encontraré algo, pero necesito empaparme un poco más de sus vidas, quizá lo que necesito de verdad es descartarlas para siempre.

No era el único que había tenido esa idea.

Pinta y Olivares habían decidido realizar una visita a los alumnos de Jaime con la excusa de informarse sobre las agresiones sufridas. Su objetivo primordial

eran las alumnas que cumplían con los requisitos para haber sido la niña adoptada por los Ganzán, Manuela.

Habían hablado con Lali y su familia, lo intentaron en casa de Maite pero ella no estaba. En ambas concluyeron la conversación con la misma pregunta.

—¿Les dice algo el nombre de Manuela Expósito?

En ambas ofrecieron idéntica respuesta, jamás habían oído hablar de esa chica. La pregunta que se empeñaba en saltar de sus bocas era saber si había alguna chica adoptada en la familia que en la actualidad contara entre los veintiuno y veinticinco años. Sus libros de familia no recogían ninguna adopción, pero si estaban en la buena pista alguna de las alumnas debería haber sido adoptada. A no ser que sus padres biológicos la hubiesen vuelto a recoger, algo improbable pero no imposible.

La siguiente de la lista era Marta.

—¿Ese de ahí no es Valdés?— María señalaba en dirección a un individuo de cabeza afeitada que caminaba por la acera con un periódico en la mano.

Olivares enfocó sus discretos anteojos en dirección al individuo indicado.

—Sí, ¿qué hará aquí? Lleva una cámara de fotos colgada del cuello.

La pareja de policías permaneció en silencio observando los movimientos del profesor. Le vieron hacer una foto a un lado y a otro como si se tratara de un turista más hasta que tomó asiento en un banco a escasos metros del portal de la vivienda de Marta. No era el primer día que merodeaba por la zona, ya había visitado los exteriores de los domicilios de Maite, Lali y Fátima, sin un objetivo definido. Le hubiese bastado con asistir a alguna escena familiar que le aportara algún dato, desconocido hasta el momento, que le sirviera para tachar de su lista a sus alumnas.

—¿Está acosando?

—No lo creo, María, piensa que por la tarde la verá en clase. Creo, que como nos ha dicho, continúa con su propia investigación y a falta de encontrar una excusa para preguntar por ella permanece a la espera.

—Vamos— Olivares apagó el contacto y abandonó el BMW.

Cruzaron la calle para abordar al escritor por el lado opuesto al que habían aparcado. De pronto lo vieron levantarse y caminar en su dirección sin que aparentemente se percatara de su presencia.

—Señor Valdés…

La voz de Pinta le cogió de sorpresa. Jaime levantó la cabeza, contrariado.

—Disculpe, iba distraído, casi chocamos.

María iba a preguntar qué hacía en esa zona de la ciudad tan alejada de su

casa, pero ante el leve contacto de la mano de su compañero en el antebrazo lo dejó pasar.

—Que tengan un buen día— dijo Valdés despidiéndose.

—Igualmente.

Le vieron alejarse con paso nervioso.

—Mira…— la subinspectora había girado el rostro— por ahí viene Marta.

—Eso ha sido lo que le ha hecho alejarse de improviso. No contaría con su presencia a estas horas— consultó el reloj— supuso que a las doce y media debería encontrarse en su lugar de trabajo.

—¿Por qué no le has querido preguntar qué hacía aquí?

—Para no ponerle más nervioso de lo que está, se hubiera visto obligado a mentir y eso no se le da nada bien. Lo que no entiendo es por qué esa obsesión por investigar a sus alumnas ¿No era de hombre la voz que le amenazó?

—Sí…—murmuró María mientras pasaba varias hojas de su libreta— los padres del tal Néstor viven a dos manzanas de aquí.

Ese dato lo desconocía Jaime.

No, el escritor no actuaba por un motivo concreto. Sus sospechas se centraban básicamente en tres, Maite, Marta, de sus alumnas y Mena. Si tuviera que seleccionar a dos de ellas, hubiese apostado por Maite y Mena acompañada de Néstor.

No andaba desencaminado.

Este dato lo desconocían los policías.

44

La abogada contaba con una ventaja que en esos momentos desconocía. Al ver salir a los policías encargados de la investigación sobre *El Vengador* del Hostal El Camino, su antiguo y odiado Centro de Socorro Juvenil La Esperanza, pensó que quizá llegaba tarde. Quería confirmar que la versión de los hermanos Rosales y de Ezequiel Gómez, que afirmaban que cuando dejaron a Susa estaba con vida era cierta, de ser así, restaba averiguar cómo llegó su cuerpo al jardín.

Tan importante como esto era descubrir el motivo del cambio de trabajo de Ezequiel. ¿Habría sido expulsado? No le parecía un castigo acorde con la gravedad de los hechos. Si los hermanos y el vigilante violaron a Susa y la directora lo sabía ¿por qué no lo denunció?, ¿y si la asesinaron?

Negó con la cabeza.

No se le ocurría ningún motivo por el que doña Herminia pudiera haber pasado por alto hechos tan graves como esos. Sí, sabía que entregaba en adopción a niños, tal y como le confesaron sus padres, cobraba por ello una buena suma, si el resultado de la convivencia era el esperado. Quizá por ello solía decir a los internos, con la mejor y más firme de sus sonrisas cuando se disponía a despedirse de ellos:

—Pórtate bien, no quiero volverte a ver por aquí. Empiezas una nueva vida que no debes desaprovechar, muchos de tus compañeros nunca tendrán una oportunidad como la tuya. ¿Lo has entendido?

—Sí.

Si regresaban antes de seis meses dejaba de cobrar una buena parte de lo acordado. A partir de ese tiempo consideraba que era cuestión de los nuevos padres y su educación. Eso sucedió con Tomasa y con Raúl, al que al fin pudo colocar en la granja.

Maite dudaba si debía presentarse a la directora como Cris o ir directamente al grano con las declaraciones de los hermanos Rosales y la grabación de la confesión del conserje que aún guardaba en el móvil. Era consciente que se

jugaba todo a una carta. Tenía que conseguir que confesara o se sincerase con ella o si no debería responder ante la policía cuando hiciera llegar la grabación a Marcelo Torquemada.

De pronto una idea comenzó tomar forma en su cabeza.

Ataviada para la ocasión con una peluca rubia, bajó del coche, abrió el maletero y se hizo con una pequeña bolsa de deporte a modo de equipaje. Entró en el hostal y tras echar un rápido vistazo al vestíbulo, sin poder evitar que el doloroso pasado la golpeara, se encaminó hacia la recepción.

—Hola ¿Tiene alguna habitación libre?

La pregunta fue como una deliciosa melodía en los oídos de la dueña del establecimiento. Cerca estuvo de confesar que sólo contaban con una ocupación pero se abstuvo de hacerlo.

—Sí, tenemos en el segundo y en el tercer piso.

—¿Con baño?

—Por supuesto, con baño.

—Me la quedo— afirmó Maite.

Diez minutos más tarde entraba en la habitación en la que pensaba pasar el fin de semana. Antes de nada debería regresar a casa, hablar con su madre, hacerse con una pequeña maleta y volver. Era consciente de que había dado por hecho la presencia de doña Herminia en el establecimiento, así se lo había confirmado Torquemada en varias de sus conversaciones. Le había prometido una exclusiva que le encumbraría en lo más alto del periodismo, lo tenía comiendo de la mano.

Regresó a media tarde y se dio un baño, la conversación con su madre la puso en estado de alerta. La policía había estado haciendo preguntas sobre su profesor del taller y por una chiquilla llamada Manuela.

—Es por lo que me contaste de la agresión sufrida por el escritor, pobre, qué vándalos. Querían saber si habías visto a alguien sospechoso en la escuela o si podías aportarles alguna información. Ya les dije que no, que yo lo sabría porque me lo habrías contado ¿verdad, hija?— soltó de corrido, sin aguardar respuesta concluyó— ante de irse, la mujer preguntó si habíamos tenido alguna vez relación con una niña llamada Manuela.

—Claro, pobre Jaime, mamá. Qué raro lo de Manuela ¿no te parece?

—Sí, pero eran una pareja muy maja, se les veía muy compenetrados.

La madre no le dijo nada del interés de la policía por saber si había alguna chica adoptada en la familia. Ese tema era del pasado y estaba más que enterrado.

Maite repasaba la reciente conversación. Según la policía estaban preguntando a todos los alumnos. Entendió que se trataba de una excusa para echar un vistazo a su casa sin necesidad de una orden de registro. La pregunta sobre Manuela fue lo que la puso sobre aviso.

"¿Se están acercando? ¿Pero, cómo?"

—Tendré que darme prisa en poner punto y final.

Un destello iluminó la respuesta que buscaba.

En ese destelló brillaba con luz propia Jaime Valdés, y sus comentarios cuando defendió que *El Vengador* tendría que ser una mujer. Su idea, dicha como sin darle la menor importancia, sobre si podría seguir vivo, y, por si fuera poco, su propuesta que apuntaba a que debería haber una relación entre *El Vengador* y La Esperanza.

—Ahora la policía añade mi nombre, Manuela, pero no Cris— dejó su mente en blanco unos segundos antes de concluir— no saben nada de mi paso por La Esperanza…de momento.

Metida en el baño sentía el mismo cosquilleo que cuando unas horas antes hablaba con su madre. Procuró no darle muchas más vueltas, excepto resaltar lo obvio; tendría que darse prisa.

Bajó a cenar.

Sentada en una mesa, una mujer que frisaría los ochenta años, hacía punto mientras aguardaba la llegada de la cena. Cuando Maite entró, la anciana volvió el rostro. Se saludaron con un leve movimiento de cabeza. El corazón de la futura abogada comenzó a galopar desbocado, los rostros de Toñín, Susa, Tomasa, Raúl y de tantos otros desfilaron veloces por sus recuerdos.

Confiaba que la peluca y el paso de los años constituyeran el disfraz perfecto para poder desenvolverse con total facilidad durante el fin de semana. De vez en cuando lanzaba furtivas miradas en dirección a doña Herminia que parecía no haberle dedicado más atención que el tímido saludo inicial.

"Vamos bien"

Habían pasado no más de seis meses desde que envió la primera nota a la policía indicándoles que cavaran en las inmediaciones de La Esperanza. Sabía, gracias a las indicaciones de Ezequiel, que encontrarían el cuerpo que él mismo había enterrado, del mal nacido del vigilante que la violó y que Toñín terminó con su puñetera vida.

Bajó la vista al puré de verduras. En el último minuto la directora le había sorprendido dos veces observándola, pero no apreció ningún signo de que hubiese sido reconocida. A partir de ese momento se obligó a no volver el rostro

y fijar su atención en la revista que había cogido de recepción.

Lo acontecido en la nave con el conserje la había acompañado, continuaba haciéndolo, cada día con sus noches desde que abandonó el lugar ya de madrugada. Se reprochaba no haber previsto la reacción de Adriana, adelantándose a lo hablado. Tenían el espray y la pistola eléctrica, más que suficiente para inmovilizarle y conseguir que les contara todo lo que querían saber. No es lo único que le quita el sueño, la congoja de los padres de su gemela al considerarla desaparecida la atormentaba. Recuerda con dolor cuando llamó a la madre de Adriana haciéndose pasar con ella diciendo que se marchaba unos días a Lisboa con un chico que había conocido y del que ya les hablaría. Era consciente de que no se trataba de una idea brillante, pero que equiparan a Adriana con *El Vengador* podría resultar aún peor.

“No podía hacer otra cosa”

Su rostro estaba totalmente desfigurado, sería imposible identificarla si no fuera por sus huellas dactilares, o ADN, confiaba en que no estuviera en la base datos coordinada por la Secretaría de Estado para la Seguridad. Como abogada, sabía que existe una Base de Datos Nacional de Perfiles de ADN.

Dos años han transcurrido desde aquella fatídica noche, aún quedan cosas por hacer. Una de ellas, con el rango de imprescindible, es elaborar un plan, bastaría una simple idea, que condujera a los padres de su hermana hasta su cuerpo que la policía enterró en el cementerio.

Sabía cómo hacerlo. Se lo debía.

Sólo necesitaba que aguantaran un poco más.

—Delicioso puré— la voz de la mujer a su espalda la sobresaltó— disculpe, no he querido asustarla.

Maite se giró.

En sus planes no estaba haber iniciado la conversación con la directora de esa manera en la que no llevara el control.

—Sí, muy bueno, veo que cocinan muy bien aquí.

—Sí, Felisa tiene una mano extraordinaria para la cocina— convino doña Herminia. Sus ojos parecían escudriñar el rostro de Maite como si buscara algo oculto. No dejaba de ser su forma natural de actuar ante cualquiera.

Maite dudaba si la estaba reconociendo.

—Veo que es usted asidua al hostal— apuntó mientras deslizaba la servilleta por los labios.

—Más que eso— cruzó por detrás de la abogada— no la molesto más, cene tranquila, si va estar unos días hospedada ya tendremos ocasión de charlar.

—Encantada— cerca estuvo de decir que sí, que le encantaría, o que se sentara con ella. Pero no sabía si por la sorpresa que le había generado que se dirigiera a ella o porque una vocecilla le insistía en que lo dejara estar, que lo normal es que una joven como ella no tuviera necesidad de conversación con una mujer mayor, no añadió nada más.

Regresó a la habitación y se tumbó en la cama. Todavía sentía el temblor en piernas y manos y se maldecía por ello. Reconoció en la mirada de doña Herminia la misma altanería y suficiencia que recordaba, su sola presencia te hacía parecer insignificante, como un mosquito al que pudiera aplastar sin miramientos.

No, no es que Maite se hubiese sentido así en el comedor, no era ella, era Cris la que cenaba mientras la directora hablaba. El miedo de la niña había aflorado como si el tiempo se hubiese detenido. La misma impresión, idéntica sensación de impotencia que cuando entró en el sótano y mandó que se llevaran a Toñín, tomando el mando de la situación como si lo sucedido entre el vigilante y ella no fuera más allá que una incómoda molestia por un chocolate derramado.

—Toma, vístete.

Fueron las primeras palabras que salieron de sus fruncidos labios cuando se incorporó del suelo donde acababa de ser violada, le sonaron igual que las que le dedicó en la cena:

—Delicioso puré.

El mismo tono falto de emoción, la misma ausencia de empatía. No le interesaba saber si la chica que cenaba en el hostal le gustaba o no dicho puré, su intención no iba más allá que asegurar que a ella le había resultado delicioso. El mismo gesto seco en su rostro que cuando le entregó la ropa y ordenó que se vistiera, poco faltó para que la reprendiese por estar desnuda en el sótano.

“No te vas a salir con la tuya…”

Apagó la luz y dejó salir a la niña asustada que había permanecido escondida durante tiempo en su interior. Lloró por Elena, por Manuela, por Cris, por Maite y por Adriana, la hermana que tuvo y que apenas pudo disfrutar. Necesitaba desahogarse todo lo que pudiese, controlar a Cris y sus emociones cuando se hallara ante doña Herminia.

No fue fácil conciliar el sueño, no en las primeras horas, pero cuando lo consiguió durmió profundamente, tanto, que al despertarse se sintió otra. Sí, Cris, Manuela, Elena, todas eran parte de ella, pero Maite había tomado el mando emocional de la situación.

Saltó de la cama y se fue a la ducha. Era sábado y contaba con dos días para lograr su objetivo. Repasando las anteriores actuaciones, como así le gustaba referirse a ellas, del *Vengador,* no recordaba que le hubiera sucedido lo mismo que la noche anterior con la directora. Ni al enfrentar al camionero salió Cris, ni con Candela, ni con Segis, era Maite la que actuaba, sí, en defensa de la niña.

Abandonó la habitación segura de lo que tenía que hacer. Posiblemente no fuese fácil, pero lo conseguiría. Todo el mundo debía conocer quién era en realidad esa mujer que incluso podía parecer una ancianita dulce. Cuando puso el pie en el vestíbulo llegaron hasta ella varias voces femeninas.

"¿Están discutiendo?"

Si no discutían airadamente sí que resultaba indudable que se trataba de un intercambio de pareceres. Una de ellas era sin duda, doña Herminia. La otra…

Se asomó.

Era la recepcionista.

—Te repito que sólo quiero saber su nombre.

—Que no puedo, Herminia, que me busco un lio.

—Con lo que he hecho por vosotros.

Un hombre alto surgió del interior de la recepción.

—¡¿Por nosotros?!— su voz partió más alto de lo que le hubiera gustado— ¡¿Qué ha hecho por nosotros?!

—No grites, por favor, hay clientes.

El hombre clavó su fría mirada en la directora.

—No viene nadie por culpa de tu maldito centro, ¿a qué esperas para dejarnos en paz?

—Le recuerdo que tenemos un contrato.

Maite escuchó el sonido de pasos que descendían veloces como si saltaran escalones de dos en dos. Subió al descansillo y bajó metiendo todo el ruido posible. Antes de llegar al vestíbulo, una niña que no debía contar más de seis años la adelantó.

—Hola.

—Hola— respondió Maite.

Al momento llegó la voz de la madre.

—¿Cómo te tengo que decir que no se bajan así las escaleras?

La niña se llevó la mano a la boca ahogando unas risitas. Maite le guiñó un ojo y se encaminó al comedor. De camino echó un vistazo a la recepción, sólo estaba la mujer tras el mostrador.

—Buenos días.

—Buenos días, señora ¿va a desayunar?

—Sí, me muero de hambre.

Doña Herminia, al escuchar los pasos que provenían de las escaleras murmuró algo ininteligible, sacudió la mano en el aire y se perdió en el interior del salón, una vez ahí entró en su despacho. Estaba indignada con el matrimonio al que le había vendido el establecimiento.

“Mi centro de socorro, mi vida, yo era la esperanza de tantos…”

Sólo pretendía saber cómo se llamaba la joven que se había registrado la noche anterior y de dónde venía. Enfocó una vez más en sus recuerdos el rostro de la chica. Se consideraba una brillante fisionomista, capaz de situar cualquier rostro en su contexto correspondiente por mucho tiempo que hubiese transcurrido. La imagen de la chica no encajaba con el hostal, demasiada elegancia, a pesar de ir informal.

¿O sí?

¿Esconde algo o me estoy volviendo paranoica?”

Apoyó la barbilla entre las manos y negó levemente.

No podría asegurar que la conociese. De ser así, la lógica le decía que la joven la hubiera reconocido a ella. Los mayores cambian menos con el paso de los años, cierto que se aprecia un envejecimiento pero nada comparado con el cambio de una chiquilla de doce, trece o catorce años, diez años más tarde.

Se incorporó con la intención de acceder al armario que escondía las fichas de internos.

—Cada día soy más tonta, será cosa de la edad— murmuró para sí al recordar que había enviado toda la documentación que guardaba de su etapa como directora de La Esperanza a la residencia en la que se alojaba su fiel Valentina.

De nuevo acomodada en la silla se hizo con la labor dispuesta a relajarse e idear una manera de abordar a la joven. Debería darse prisa, como mucho tendría el fin de semana.

45

María y Diego se hallaban en la sala que mantenían casi como uso exclusivo para el caso del *Vengador*. Necesitaban darle un empujón, el comisario principal a instancias políticas presionaba para que se obtuvieran progresos cuanto antes.

—Ya lo saben— Redondo levantó la mano pidiendo calma— no me miren así, sé lo que lo están pensando y no puedo reprochárselo, pero es como funciona.

—Lo sé, jefe— Diego se incorporó dispuesto a abandonar el despacho para continuar con el trabajo— a veces me pregunto si ellos nunca han estado al frente de una investigación, si han accedido al cargo directamente. Dígales de mi parte que las cosas así no funcionan, por mucho que funcione así. Con permiso — giró sobre sí mismo y salió.

—No se lo tome a mal. No ha querido decir nada en contra del…

—Sé lo que ha querido decir, Pinta— Fausto se atusaba el mostacho— y lleva razón. La diferencia entre su punto de vista y el mío es que yo me encuentro a este lado de la mesa y él al otro.

María asintió, se disponía a salir del despacho tras su compañero cuando el comisario la llamó.

—Pinta…

La subinspectora se detuvo junto a la puerta, la mano sobre el pomo.

—Están haciendo un gran trabajo, sigan así, obtendremos resultados muy pronto, no lo duden.

—Gracias, jefe.

María cerró la puerta, daba gusto trabajar para alguien que te defendía ante los de arriba. Ejercía en ella un plus de motivación que le impulsaba a concentrarse aún más en el trabajo.

—¿Se ha cabreado mucho?

La subinspectora dejó uno de los dos cafés que había cogido por el camino junto a su compañero.

—Sabe que llevas razón, pero su papel es diferente al nuestro.

—Lo sé.

—¿Seguimos?— preguntó al aire mientras abría por enésima vez una de las carpetas del amplio expediente del *Vengador*— una pregunta, ¿por qué no has querido decirle nada al comisario sobre nuestras indagaciones entre los alumnos del taller?

Diego apuró un sorbo del café.

—Porque no le aporta ninguna información que le ayude y estaríamos marcando el camino que estamos siguiendo. Una camino que no está claro ni definido. Cuando consigamos señalar con nitidez a un sospechoso se lo comentamos.

—Lo entiendo, pero habrás querido decir sospechosa— apuntó sonriente.

—Sí, sospechosa. Repasemos lo que hemos sacado en claro de los compañeros de Paco Calatayud— consultó su reloj— debe estar al llegar.

Como si hubiesen estado sincronizados la puerta de la sala se abrió dando paso a la espigada figura del Policía Local.

—Inspector Olivares, subinspectora Pinta…— dijo con el brazo extendido.

—Siéntese, por favor.

El alumno de Jaime tomó asiento, se le veía como si se encontrara fuera de lugar. Más parecía un investigado que un testigo.

—Lo primero agradecerle que se haya acercado hasta la comisaría. No le haremos perder mucho tiempo— Olivares consultó sus notas— no sé si sabe que hemos estado hablando con sus compañeros, con los que hemos podido, aún nos quedan…

—Gregorio Cartero y María Teresa Garzábal.

El de la Local ladeó el rostro como si no reconociese los nombres como compañeros del taller.

—¿No sabe de quién le hablo?

—Sí, sí, es que se presentaron como Goyo y Maite, al principio no los relacioné con los nombres que me decía. Él es comercial, habla demasiado y pretende ser gracioso siempre, pocas veces lo consigue. Creo que no cae muy bien, somos los dos únicos hombres del taller, a excepción del profesor, por supuesto— calló unos segundos y chascó los dedos— recuerdo una vez que para argumentar que el asesino debía ser una mujer se hacía alusión a las mutilaciones genitales de algunas víctimas y Goyo dijo que también podría tratarse de un maricón. El profesor se encaró con él por haber utilizado ese término, le parecía una falta de respeto a los homosexuales. Pero no dejaba de ser una posibilidad

con algo de lógica, ¿no?

—¿Y María Teresa Garzábal?— intervino María, que no estaba dispuesta a entrar en un debate sobre el caso con alguien ajeno al mismo.

—Es abogada, para mi gusto un tanto estirada para ser tan joven. Ella y Marta se las tienen a veces con Goyo.

El inspector bebió del café.

—Disculpe, no le he ofrecido…

—No, no, está bien ¿han encontrado algo sobre Jaime Valdés?— se echó hacia delante, interesado en una respuesta afirmativa.

Esa era la primera pregunta que pensaba formularle Diego, si continuaba manteniendo la misma teoría en la que implicaba a su profesor como el mismo *Vengador* o directamente relacionado con él. Mentalmente agradeció que su colega se hubiera adelantado.

—No sé si sabe que ha sufrido un par de agresiones.

—¿Un par? Sé que estuvo ingresado en el hospital, lo sustituyó una profesora, pero desconocía una posterior agresión.

—¿Se le ocurre cuál puede ser el motivo? ¿Quién pudiera agredirle, lanzar piedras contra su casa y matar a su perro?

El espigado policía se retrepó en el asiento.

Permaneció con la mirada fija en el canto de la mesa buscando una respuesta que pudiera satisfacer al inspector, quizá así podría ser recomendado en un futuro y quién sabe si…

—¿Calatayud?

—Disculpe, estaba pensando. También desconocía lo que me acaba de comentar— negó con la cabeza, estiró sus largas piernas y cruzó los brazos— no sé, pero hay algo que no cuadra.

—¿A qué se refiere?

—Verá, aporta demasiados datos para no estar relacionado con el asesino. ¿Por qué lo hace? Se me ha ocurrido que quizá quiera que lo detengan y de alguna manera ese asesino ha leído en el periódico la información, ha ido a su casa y le ha dado la paliza.

María y Pinta se miraron.

—¿Usted está convencido que el señor Valdés está relacionado con el caso?

—Por supuesto— asintió con vehemencia— de una u otra manera lo está. No se preocupen porque soy sus ojos en cada clase, no le pierdo de vista y anoto cada frase sospechosa que suelta.

—¿Cómo por ejemplo?— quiso saber María.

Paco redujo la distancia que le separaba con la mesa inclinándose hacia delante, como si estuviese cerca de realizar una confidencia.

—El otro día nos insinuó la posibilidad de que *El Vengador* estuviera vivo— esbozó una sonrisa de complacencia— claro, desde el punto de vista de la ficción como siempre dice.

—¿Vivo o viva?

Calatayud borró su extraña mueca y miró a la subinspectora.

—¿Cómo dice?

—Digo que si el señor Valdés se refirió al *Vengador* en masculino o femenino es decir, si recuerda si dijo vivo o viva.

—Ha propuesto los dos escenarios. Asegura que si se tratara de su novela, sería una mujer y que probablemente fueran más de uno. He de reconocer que tiene todo el sentido, lo que me pregunto es si es fruto de la imaginación de un escritor o lo sabe porque está implicado— miró a la subinspectora y a continuación al inspector, añadió en tono quedo— ¿Ustedes, qué opinan?

—La investigación sigue abierta, Calatayud.

El rostro del Policía Local mostró claros signos de decepción, confiaba que hallándose entre colegas comentarían con él los pormenores del caso.

—Entiendo.

María captó la sorpresa del hombre.

—Sabe usted, como nosotros, que está aquí como testigo y debemos tratarlo igual que a sus compañeros de clase.

—Sí, lo comprendo— apuntó aún decepcionado— pero les aseguro una cosa, yo no creo en las coincidencias, no en tantas seguidas.

Cinco minutos más tarde Paco Calatayud abandonaba la Jefatura entre orgulloso y desilusionado. Orgulloso de haber podido aportar su punto de vista en una investigación criminal por primera vez en su carrera y por barajar la posibilidad de que el inspector se diera cuenta de que él había sido el primero en señalar si no al *Vengador* sí a alguien muy próximo. Sin embargo, guardaba un punto de desilusión al no haber recibido un trato diferente al de sus compañeros de clase, seguro que ninguno había aportado tanto a la investigación como él, al fin y al cabo estaban entre policías.

Pinta y Olivares lo hicieron unos pocos minutos después. Su destino: la residencia de la tercera edad en la que residía doña Valentina. Contaban con la autorización correspondiente para registrar todas sus pertenecías.

—¿Qué opinas de nuestro colega?

María conducía el todo terreno por la A8, atenta a la circulación, un fuerte aguacero parecía empeñado en acompañarles durante el trayecto.

—Creo que tiene buenas intenciones, pero le puede el hecho de dar con la resolución del caso más que replantearse sus opciones. Pero, qué…— cerca estuvo la subinspectora de soltar un taco en dirección a un coche que se le había cruzado— me cago en…— apretó los labios, posiblemente contara hasta diez, por lo menos, y añadió— Quiero decir que ha trazado una cruz sobre Valdés con tanta precisión y seguridad que le impide mirar en otra dirección. Con esto no quiero decir que su declaración no aporte resultados interesantes.

—¿Cómo cuáles?

—Los que ya sabemos y que nos ha dicho el propio Valdés. Ambos aseguran que lo propuesto en clase tiene su versión en el mundo real. Quizá el error de Calatayud sea no abrir el abanico y comprender que algún compañero podría haber aprovechado lo propuesto como ficción en las clases para su beneficio personal.

—La chiquilla Manuela encajaría perfectamente.

—Sí, ¿sabes, Diego? No puedo negar que aunque nuestro colega busque un triunfo personal, si yo estuviera en su lugar, seguramente también me hubieran llamado la atención tantas casualidades.

Sí, Diego coincidía con su compañera.

En cuanto la residencia se mostró frente a sus ojos, la escolta, en forma de gruesos goterones, relámpagos y truenos comenzó su retirada dejando poco a poco su lugar a un cielo de impactante azul, despejado casi en su totalidad.

—Justo a tiempo— dijo María— nos hubiéramos empapado sólo con asomar la cabeza. ¡Cómo caía!

Doña Valentina llevaba varias semanas sin desplegar su habitual semblante risueño, algo que tenía preocupadas a las cuidadoras. Lo achacaron a la nueva medicación, pero la verdad era otra bien distinta.

Todo comenzó con la llamada de Herminia en el mismo tono que cuando se encontraban en La Esperanza, advirtiéndole de la más que segura visita de la policía. Después del interrogatorio que sufrió, no de los agentes, si no de la que fuera su directora, que quería saber todo. Todo lo que les había dicho, todo lo que habían preguntado.

—¿Quisieron saber si habíamos visto a Toñín clavando el azadón al señor Hernández?

En cuanto escuchó la pregunta, Valentina supo que había metido la pata, pero en esta ocasión no estaba dispuesta a reconocerlo. Si lo hacía los gritos e insultos de Herminia golpearían su cabeza cada minuto del día, de cada día, de cada semana.

—No…no me dijeron nada ¿pero por qué me iba a hacer una pregunta así? El vigilante lo encontramos con…

—¿Seguro que no te lo han preguntado? ¡No me mientas, Valentina! Esto no es una de tus absurdas fantasías.

Poco después recibió varias cajas que tenía que guardar en el altillo de su dormitorio y que nadie, jamás, debería saber que estaban ahí.

—Nadie, es nadie, Valentina— separó las sílabas de su nombre para darle un mayor énfasis— ¿lo entiendes?

—Sí, Herminia. No voy a decir nada, bastante pasamos ya en su día.

—Recuerda quien te ayuda con tus gastos.

—No se me olvida.

A todo esto había que añadir que acababa de recibir el aviso de una nueva visita. El inspector Olivares y la subinspectora Pinta querían hacerle unas preguntas, sólo la entretendrán unos minutos.

A Valentina le temblaba cada músculo de su cansado cuerpo. Se ajustó el moño en el espejo y bajó. Ahí estaba la pareja de simpáticos policías hablando con Fita, la de recepción, no parecía que pasara nada malo, ella sonreía.

“Todo está bien, seguro que no saben nada de las cajas”

—Por lo visto eres una mujer importante. Quieren que agudices tu memoria sobre unos internos que tuviste en el centro— dijo una sonriente y cotilla Fina a quien Pinta había calado en la primera visita.

Fue sencillo confirmar que efectivamente Valentina había recibido varias cajas que encontraron almacenadas en La Esperanza.

—Doña Valentina…— María le tendió su mano— disculpe que volvamos a molestarla serán sólo unos minutos.

—No se preocupe— cruzó los dedos bajo el pecho y desvió la mirada— ustedes dirán.

—¿Podemos ir a un sitio más discreto?— llevó la vista a la ventana— ha dejado de llover.

—Sí, salgamos, ha quedado muy buen día, quién lo iba a decir hace un rato — acompañó sus palabras con una mueca y se encaminó hacia la puerta de salida.

—Doña Valentina ¿recuerda a una niña de entre doce y catorce años llamada

Manuela?

La mujer desvió la vista al cielo con gesto de profunda concentración.

—¿Manuela…dice usted…?

Seguro que en las fichas de los internos que guardaba en su altillo estaría, pero no podía decirles nada, quizá si conseguía que se fueran, lo podría mirar y cuando lo descubriera hacer como si se hubiera acordado de repente, llamarles y así Herminia no se enfadaría, y…

—¿Doña Valentina?

La mujer frunció los labios y negó.

—Lo siento, mi memoria no es como la de antes.

Diego decidió intervenir.

—¿Sabe quién soy yo, vedad?

La pregunta del inspector la cogió desprevenida. Claro que sabía quién era, Herminia se lo había recordado varias veces desde que la visitaron por primera vez.

—Pues, eh…

—¿Se acuerda de Toñín?

—Eh…sí, Toñín…sí…pobre.

—¿Recuerda la niña que estaba siendo violada por el vigilante? ¡El mismo vigilante que apareció enterrado en el jardín!— el tono del inspector crecía y crecía para desesperación de Valentina, Diego llevó la palma de su mano a la frente. No pensaba pedir perdón, no en ese momento— ¿Recuerda a la niña?

La mujer mayor agachó la cabeza.

—Cris, sí ya se lo dije la otra vez.

—¿Cris?

—Sí, una chiquilla dura pero buena chica.

—¿Recuerda algo de su familia anterior?

—No, ni ella lo recordaba, pobre. La encontraron en la calle, habían abusado de ella y nos la trajeron.

Olivares y Pinta cruzaron sus miradas.

—Sabemos que usted guarda las fichas de doña Herminia. Quiero ver la de esa niña.

Valentina cerca estuvo del desmayo.

“¡Saben que las tengo!”

Su cabeza comenzaba a buscar argumentos que le pudieran servir para salir airosa de la situación Se lo ha tenido que decir Herminia, pero por qué, ella no quería que dijera nada ¿entonces?

—¿Me la enseña?, ¿o nos va a obligar a llamar a nuestros compañeros para que registren la residencia?

Las lágrimas estaban a punto de brotar de los enrojecidos ojos de la mujer.

—Pues no estará, fue adoptada y…

—¿Y…?— Diego se hallaba cada vez más cerca de perder la paciencia.

María cogió a la mujer del brazo.

—Siéntese ahí, por favor— señaló un banco de madera bajo el porche.

—Gracias.

—Nos iba a comentar algo sobre la ficha de Cris.

—Sí, verá, había fichas que se…se tiraban. Los niños eran adoptaos por familias pudientes que no querían que el pasado de sus hijos se relacionara con ningún sitio como La Esperanza. ¿Entiende? Querían darles a esos críos una nueva vida.

—Necesitamos las cajas que le trajeron hace unos días— Diego sacó la orden de registro y se la mostró— ¿Recuerda si Ezequiel Gómez trabajó en el centro de socorro?

Claro que lo recordaba era el que había enterrado a César y a varios más.

—Sí, de vigilante.

Valentina escondió la cabeza entre las manos y comenzó a llorar.

Los móviles de los policías emitieron sendos avisos de recepción de mensajes. El inspector consultó el suyo.

—Vendrán unos compañeros a por las cajas. No hable con nadie de esta conversación, ni con doña Herminia ¿Entendido?

—Sí.

—Ahora tenemos que irnos, pero volveremos pronto. Gracias por su colaboración, señora.

María hizo un gesto a una cuidadora para que atendiera a Valentina.

—¿Qué sucede?— pregunto Pinta una vez en la calle

—Mira tu móvil— dijo Olivares.

La subinspectora se acordó del mensaje recibido.

Leyó:

“*Reunís con el comisario en el Hostal El camino, es muy urgente”*

46

Maite desayunaba en el comedor mientras echaba un vistazo a su teléfono móvil pendiente de las noticias y su correo. Entre su lista de venganza se hallaban varios de los trabajadores de La Esperanza pero decidió seleccionar aquellos que ocuparon cargos de relevancia o hubiesen tenido una relación directa con ella o sus amigos. César y Ezequiel podían pagar por los demás, doña Herminia lo haría en las próximas horas, al menos esa era su intención.

“¿Doña Valentina?”

Recuerda lo borde que se portó cuando la vio el primer día. Sí, era una mujer de aspecto hosco y mal genio pero posiblemente si no mostrara ese lado se la comerían entre todos los internos. La borró de la lista no mucho tiempo atrás, cuando compendió que su único pecado era una falta absoluta de personalidad, toda su vida giraba en torno a la directora, la idolatraba.

Llevó un trozo de bizcocho a la boca.

“¡Qué rico”!

No todos los malos estaban en el lado del poder en el centro de socorro, había muchos chicos y chicas con los que era mejor no chocar. Les daba igual provocar peleas, robar, nada parecía importarles. En su memoria se dibujó el rostro de una joven Tomasa.

Asintió mientras bebía un sorbo de zumo.

“¿Qué habrá sido de ella?”

Terminó de desayunar y salió al jardín.

El cielo estaba salpicado de grupos de nubes como enormes pelotas de algodón. La primavera se dejaba sentir poco a poco en el ambiente. Se disponía a entrar de nuevo en el hostal cuando un hombre mayor cruzó frente a ella. Vestía un mono verde, una gorra por la que escapaban mechones blancos y llevaba un azadón sobre el hombro.

“¿Vicen?”

No lo podía creer, pero tenía que ser él, esa forma de andar delataba a su

querido jardinero. Recuerda con mucho cariño al hombre que se jugó su puesto de trabajo para llevarla a escondidas a un locutorio y poder leer, al fin, los correos de Toñín, y gracias a él pudo hablar con su mejor amigo por teléfono por primera vez.

Maite caminó tras él.

—¿Vicen?

El hombre mayor se detuvo. Volvió el rostro. Un rostro ajado, carente de expresión alguna, ausencia total de felicidad.

—¿Vicen?— repitió mientras se acercaba con cautela, no quería incomodarle — ¿te acuerdas de mí?

El jardinero fijó los ojos en la joven que se acercaba, llevó la mano libre a la gorra y levantó la visera mientras se rascaba la cabeza.

—¿Te acuerdas de una niña triste a la que llevaste a un locutorio y la invitaste a hablar por teléfono con su mejor amigo al que echaba de menos?

—Con Toñín…— al jardinero se le iluminó el rostro.

—Sí.

—Entonces, no puedes ser otra que la pequeña Cris.

—La misma— Maite le dedicó la mejor de sus sonrisas en dura competencia con la que mostraba la desdentada sonrisa de Vicen.

El hombre señaló su cabeza.

—No te conocía así, mucho te ha cambiado el pelo.

—¿Te digo un secreto?

—Sabes que sé guardarlos.

—Es una peluca.

Los ojos del jardinero emitieron un tenue brillo a la vez que se achicaban.

—¿Has visto a doña Herminia?

—Sí, pero no quiero que sepa quién soy, de momento.

El hombre mayor asintió.

Maite se acercó a él, se hallaba frente a una de las escasas personas de su pasado por las que sentía mucho aprecio. Separó los brazos dispuesta a fundirse en un sentido abrazo con Vicen pero al verle fruncir los labios se detuvo a tiempo.

La directora se incorporó de la butaca de su despacho dispuesta bajar al comedor.

“Vamos a ver quién es, estoy segura que ya la he visto antes”

Cruzó frente a la ventana y se detuvo un par de pasos más allá. Algo le llamó la atención. Giró sobre sí misma y regresó junto al ventanal.

—Qué raro…

Vicen parecía charlar amigablemente con la huésped que vino ayer. No tendría nada de raro si no conociera al jardinero, con el que jamás había mantenido más que unas pocas palabras en los más treinta años que llevaba trabajando en La Esperanza, primero, y en el hostal, después. Sabía que tenía familia, poca, en Santander, pero casi nunca salía del almacén donde tenía la habitación en la que vivía, acondicionada por los nuevos propietarios.

Sólo podía haber una explicación que justificara la escena que se desarrollaba frente a sus asombrados ojos. La chica rubia y Vicen se conocían. Por un momento las miradas del jardinero y la suya se cruzaron, duró menos de lo que tarda un pestañeo, pero suficiente para sentirse descubierta.

Se alejó de la ventana y tomó asiento en su mesa habitual de la sala convencida que no tardaría mucho en recibir la visita de la nueva huésped.

No se equivocaba pero la espera fue más larga de lo estimado.

—No te muevas, nos está mirando.

Maite dejó caer de nuevo los brazos a los costados.

—¿Vienes a verla?

—Más o menos, ¿caminamos un rato? Si luego te pregunta le dices que soy una sobrina o algo así.

—No te preocupes por mí, ya no puede hacerme nada, no trabajo para ella sino para los nuevos propietarios que me han puesto una habitación en el almacén. Son buena gente.

—Me alegra saberlo.

La pareja caminó rodeando el establecimiento.

—¿Puedo saber por qué te pones esa peluca si vienes a verla a ella?

Maite se tomó unos segundos en contestar valorando hasta qué punto podía contar con su discreción.

—No quiero que me reconozca y se ponga a la defensiva. Quiero que me diga qué pasó con Susa.

Vicen se detuvo.

—A Susa…a tu amiga, la…la violaron como a otras y yo…— el jardinero llevó la mirada a la punta de sus desgastadas botas— yo sólo soy un viejo cobarde que…

—Lo sé, me lo dijeron los hermanos Rosales y Ezequiel que…— dejó la frase sin terminar, temiendo haber hablado más de la cuenta. Miró al jardinero intentando descubrir algún indicio de peligro— ¿Se metieron contigo, Vicen?

El hombre mayor le habló de las amenazas, puñetazos recibidos, siempre en el cuerpo para no dejar señales evidentes en el rostro. Sabían quiénes eran su sobrino y su novia, la que tenía un locutorio. Su hermana a la que ya habían dado un par de buenos sustos entrando en su casa.

—Siempre fui cobarde…— sus ojos faltos de brillo se cubrieron de un velo acuoso.

—No podías hacer nada. Para mí, Vicen, tú eres de los mejores recuerdos que tengo de mi infancia.

El hombre asintió emocionado.

—¿Te acuerdas de Tomasa?

—Sí, creo que me acuerdo de todos los que han pasado por aquí. Unos eran auténticos gamberros, otros, como tú, a los que la vida no les había dado nunca una puñetera oportunidad. Ella era rebelde, mucho, pero en cuanto te conoció cambió— su semblante mudó a un tono mortecino.

—¿Qué te pasa?

—Si me preguntas por ella es que no lo sabes. Tu amiga murió hace mucho tiempo. Me lo dijo doña Valentina, era una mujer que pretendía ser dura pero tiene un gran corazón. Le entristeció mucho saberlo y más aún que doña Herminia le dijera que era el final que le esperaba, que había chiquillos que nunca aprendían.

Maite escuchó en silencio las palabras de Vicen, sus ojos no se cubrieron de lágrimas. Su rostro se endureció, tanto o más que su rocoso corazón.

—Voy a confesarte una cosa, Vicen. Doña Herminia pagará por todo antes de lo que cree, te lo prometo— dio media vuelta y se alejó rumbo al interior del hostal.

—Dios te proteja, pequeña…— susurró a la espalda de Cris.

No fue hasta media tarde cuando la directora vio regresar a la chica rubia. Maite había pasado la mañana deambulando por Santander, comió en el Sardinero. Pretendía que la directora bajase la guardia, seguramente cuando la vio hablar con Vicen comenzaría a recelar. Sí, sabía que no era buena gente, pero reconocía su fina inteligencia para sobrevivir durante todos estos años. Era fácil imaginar cuál habría sido su sorpresa al ver al introvertido jardinero hablando resueltamente con una desconocida.

“Algo sospecha, seguro”

De pronto, un retazo de una conversación mantenida con su hermana se mostró en sus recuerdos. En ella le comentaba la visita que realizó a La Esperanza, convertida ya en hostal, cuando la estaba buscando, su conversación con la directora.

“Quizá cree que soy Adriana”

Regresó al hostal a media tarde con un par de bolsas entre manos como mudos testigos de lugares visitados durante el día.

—¿De visita por la ciudad?— quiso saber la recepcionista.

—Sí, Santander es un lugar maravilloso, ya me lo habían advertido.

—Sí que lo es, sí. ¿Cenará esta noche con nosotros? Tenemos un pastel de cabracho para chuparse los dedos.

—Una sugerencia muy tentadora, la acepto.

Dejó las bolsas en su habitación y bajó a la sala con un libro entre las manos.

—Buenas tardes— dijo a la mujer mayor enfrascada en su labor.

—Buenas tardes ¿Ha disfrutado del día de compras?

Maite detuvo su caminar, miró a doña Herminia.

—No se sorprenda, no ha comido aquí y la acabo de ver llegar con un par de bolsas en la mano— aseguró mientras devolvía la vista al bordado.

—Es usted muy observadora.

La directora se quitó las gafas y las dejó caer sobre el pecho.

—¿Por qué no me compaña?— señaló un silla junto a la mesa— si prefiere nos podemos acomodar en esas butacas de ahí junto a la chimenea. Durante el invierno es mi lugar favorito.

Maite no se sentía nada cómoda al ver que era su objetivo la que llevaba la iniciativa. Se obligó a permanecer alerta.

—De acuerdo.

—Me decía que soy observadora, ya ve usted que aquí no tiene ningún mérito. Somos pocos.

—Aún así.

—Si de verdad lo fuera, me acordaría en qué momento nos hemos visto antes — soltó sin rodeos. Clavó los ojos en la joven deseando atisbar algún síntoma de sorpresa.

Maite sintió una súbita punzada de ansiedad, pero logró controlar sus emociones.

—De ser así me acordaría. ¿Ha estado usted en Madrid?

—¿Eh? ¿Madrid? Sí, sí, pero hace demasiado tiempo.

—No sé, quizá me confunda ¿dónde cree que nos hemos visto? Es la primera vez que vengo a este hostal. Usted ya sé que no.

Herminia se debatía entre hallarse ante una chica controladora y fría o ante una estúpida sin mayor interés.

—Este lugar fue el Centro de Socorro Juvenil La Esperanza y yo fui su directora durante más de tres décadas— una vez más incrustó su helada mirada en los ojos de la chica buscando algo que la delatara.

“Ahora me toca a mí”

—Lo sé.

En esta ocasión fue doña Herminia la que sintió un frío cosquilleo recorriendo su cuerpo. Le había sorprendido advertir que su amenazante mirada de nada influía en la joven.

—¿Lo sabe? ¿A qué se refiere?

Maite acababa de dar un pequeño rodeo al plan inicialmente diseñado y guardado en la cabeza. Una buena estrategia ha de permitir la inclusión de pequeñas variantes susceptible de ajustar el plan original.

—A que este establecimiento era un centro de socorro y que usted fue su directora.

La aludida se revolvió nerviosa en la silla.

—Vaya, sí que sabe usted cosas.

—No tiene ningún misterio, doña Herminia, sí, sé cómo se llama— le dedicó una sonrisa ladeada— nos conocimos hace más de dos años— mientras gozaba de su cara de sorpresa añadió— ¿puedo invitarla a un café o un té?

—¿Eh? Sí, sí, gracias.

El móvil de Maite comenzó a sonar.

Cogió el teléfono.

—Discúlpeme— dijo mientras se alejaba.

Estuvo un minuto en la línea de visión de la mujer sintiendo sus ojos clavados en la nunca, mientras hacía como si hablara. Nadie llamaba, se trataba de una alarma con el fin de ofrecerle una salida por si la reunión no marchaba por los derroteros esperados.

Regresó junto a la directora.

—Lo siento, tengo que atender un asunto importante. El té tendrá que ser para después de la cena ¿quiere que cenemos juntas?

—Ceno pronto— expuso visiblemente ofendida por un trato al que no estaba acostumbrada.

Maite consultó su reloj.

—¿A las nueve?

—Ocho y media.

—De acuerdo, a las ocho y media.

La llegada de dos grupos de turistas al hostal El Camino con ganas de cenar impidió que Herminia y Maite dispusieran de la intimidad que la primera deseaba. Desde que se habían despedido, menos de un par de horas antes, su cabeza no había dejado de dar vueltas a la joven rubia que se había presentado como Adriana. Con el paso del tiempo se convencía más y más que su llegada no había sido casual.

—Si le parece podemos tomar el té en mi habitación, cuento con algo parecido a una suite, pero mucho más modesta, dispongo de un par de cómodas butacas. Hay demasiado ruido aquí.

—De acuerdo, pero cambio el té por un café.

Quedaron en diez minutos en el dormitorio de doña Herminia. Maite pidió el té y café a la recepcionista más algunas pastas.

—El pastel de cabracho estaba delicioso. No lo había probado antes— mintió.

—Gracias, es una receta de mi abuela.

—Me ha encantado. Quería pedirle un té para doña Herminia y un café para mí. Lo tomaremos en su habitación, dice que hay mucho ruido aquí.

La recepcionista no pudo evitar un gesto de extrañeza.

—Por lo visto le recuerdo a una sobrina.

—Ah, claro, por eso esta mañana quería saber su nombre y de dónde venía.

Maite no dijo nada, suficiente tenía con la indiscreción de la mujer.

—Ya se lo sube el chico.

—¿Puede añadir unas pastas?

—Por supuesto, me atrevería a asegurar que no las habrá comido mejores.

—Después del Pastel de Cabracho no lo dudo.

Mientras subía a la habitación de la directora, Maite repasaba su bolso; la pistola eléctrica, el espray y el estilete que confiaba en no tener que utilizar. No sería buena idea hacerlo porque había sido vista por demasiada gente. En el interior de una cremallera, un sobre que guardaba una carta que constituía el objetivo de su fin de semana en el hostal, sin olvidar el teléfono móvil con la confesión de Ezequiel y una copia de la misma en una pequeña grabadora.

Había decidido hacerse pasar por Adriana para que la directora no apuntara a ella directamente en sus cavilaciones, pero no funcionó, al menos no como

esperaba.

Llamó con los nudillos.

—Pase.

Maite accedió a la amplia habitación. Una cama de matrimonio a la izquierda con un enorme crucifijo sobre el cabecero. Gruesas cortinas en tonos cobrizos. Una alfombra bajo la cama. A la derecha, un aparador sobre el que descansaban varios marcos tan antiguos como las fotos que mostraban. Salpicados por la pared distintos cuadros con motivos religiosos.

Junto a la ventana, doña Herminia sentada en una de las butacas. En los escasos minutos que transcurrieron desde que se despidieron, al salir del comedor, su semblante había sufrido una sustancial transformación. Su pose más erguida, el rostro afectado, los finos labios contraídos.

—Sí que es amplia la habitación— dijo como si no se percatara de los cambios de su anfitriona o le dieran exactamente igual.

—Sí, lo es.

Un tenue repiqueteo en la puerta dio paso al camarero con la taza de té, el café, la tetera y un plato repleto de pastas.

—Gracias, Cristóbal.

—De nada, doña Herminia.

Cuando el chico se fue, Maite tomó asiento.

—Me he permitido pedir unas pastas, dice Felisa que no he tomado otras mejores.

—A ese mujer le gusta en exceso darse bombo— expuso mientras cogía una de las pastas— están buenas pero las he tomado mejores.

La abogada escudriñó el rostro de la directora. Sin un motivo concreto se puso en guardia, sus músculos se tensaron, sentía similares sensaciones a las experimentadas cuando se aproximaba en el camión al Mirador de la Corneja o cuando entró en casa de Segis Ganzán. Con el conserje y los hermanos pasó miedo, en ambas ocasiones todo se descontroló.

No estaba dispuesta a que sucediera algo similar.

Hoy era sábado, su intuición le decía que le sobraba el domingo.

—Vayamos al grano ¿le parece?

—¿Qué quiere decir?

Doña Herminia cruzó las piernas manteniendo la espalda erguida sin apoyarse en el respaldo.

—Le ruego que no me tome por tonta. Las dos sabemos que su visita responde a un interés concreto. Antes me dijo que nos conocimos hace dos años.

Maite asintió.

De momento mantendría como propia la identidad de su hermana.

—Recuérdeme, por favor, cuál fue el motivo de su visita. A mis años hay ciertos detalles que no se retienen si no implican un interés a prueba del paso del tiempo— esbozó una sibilina sonrisa.

—Nos vimos en su despacho, le pregunté por Cristina Expósito, una amiga de la infancia.

La mujer mayor dejó la taza de té sobre el platillo que mantenía en una mano y depositó ambos sobre la mesa. Parecía estar recordando.

—Me dijo que la había recogido una buena familia.

—Sí, así es, pero qué…

—Añadió que no me podía poner en contacto con ella porque no querían ser molestados, habían cerrado todo vínculo con el pasado por el bien de la niña.

Doña Herminia comenzó a relajarse.

—Efectivamente, esa es la condición que nos imponen.

Maite cogió una pasta. No pensaba tocar la taza del café.

La masticó con calma, saboreándola.

—Llevaba razón, Felisa, son las mejores que he tomado— se limpió los labios con una pequeña servilleta que cogió de la bandeja y lo soltó:— mentí.

La mujer mayor casi se atraganta.

—¿Cómo dice?

—Entiendo su turbación— llevó la mano a la rubia peluca y se la quitó. Permaneció con la mirada en la que fuera su directora— ¿me recuerda?

—Pues, sí, creo que sí, pero… ¿por qué la peluca?

—Como le decía, le mentí— ladeó el rostro y sonrió— no sólo una vez.

—Mire jovencita, no tengo tiempo para absurdos misterios— apoyó las manos en los reposabrazos dispuesta a ponerse en pie y dar por finalizada la estúpida velada.

—¡Siéntese!

La firme voz de la joven fue como si hubiese recibido un empujón en el pecho obligándola a tomar asiento de nuevo.

—Decía que la mentí— Maite recuperó su tono normal— no buscaba a una amiga de la infancia, sino a mi hermana. No mentí una sola vez— negó sin dejar de sonreír— porque yo soy la hermana que ella, Adriana, estaba buscando, su hermana gemela.

De nuevo Maite quedó en silencio permitiendo que la mujer asimilara la información que estaba recibiendo.

—Entonces, la encontró…

La abogada se acomodó en el sofá con la espalda apoyada en el respaldo. Cruzó las piernas y metió una mano en el bolso. Vio como la directora desviaba su mirada, quizá esperando a que sacara algo comprometedor. La mano permanecía en el interior, sin moverse. A Maite le bastaba con que elucubrara qué podía haber dentro.

—Sí, nos encontramos y conocimos a Ezequiel Gómez ¿lo recuerda?

Doña Herminia comenzó a sentir un doloroso escalofrío galopando por su cuerpo. Hasta el momento no había logrado comprender el motivo de la visita de esa chica quién quiera que fuese. Lo que sí había comprendido es que se hallaba frente a una mujer segura de sí misma, que le podía meter en problemas.

—¿No? verá, Ezequiel Gómez trabajó a sus órdenes como vigilante en La Esperanza. El mismo que se encargó de enterrar el cadáver de César Gómez porque usted se lo ordenó ¿Ya? ¿Comienza a recordar?

Los recuerdos, escondidos en los más recónditos cajones de su apagada conciencia comenzaron a brotar. Se acordaba como si fuera ayer del entierro del vigilante de noche, una madrugada, del momento en que expulsó a Ezequiel del centro, a pesar de que su complicidad le resultaba muy cómoda, pero se había extralimitado en demasiadas ocasiones.

La mujer asintió, su semblante luchaba denodadamente por impedir que dichos recuerdos y las emociones que los acompañaban aflorasen, mostrando lo que acontecía en su interior.

—¿Se pregunta quién soy?

—Eh…

—Ya se lo he dicho, la hermana de la chica que vino hace dos años preguntado por Cristina Expósito. Le voy a dar una pista que sé que no va a fallar— se echó hacia delante— ¿Recuerda una chiquilla de trece años que estaba siendo violada por el vigilante al que Toñín, gracias a Dios, clavó un azadón?

—¡No!— doña Herminia se dejó caer sobre el respaldo del sofá con los brazos extendidos— no, no puede ser…

—Claro que puede ser. Soy esa niña, Cris.

La directora había encontrado al fin la respuesta que buscaba a la conversación que mantuvieron frente a su habitación el jardinero y la chica rubia.

Como si Maite tuviera acceso a sus pensamientos, expuso:

—Sabe que es cierto, porque Vicen me ha reconocido. ¿Se preguntaba quién

podía ser la chica que hablaba con él en el jardín?, ¿verdad?— en su duro rostro se dibujó una sonrisa helada.

—¿Qué…qué quiere…?— la voz de la mujer mayor apenas un balbuceo.

—Nada complicado, ya lo verá. Quiero que me hable de Susana Leal, antes de nada le hago una advertencia; no me mienta, ¿de acuerdo?

Herminia no recordaba otro momento en su vida, no en las últimas cuatro o cinco décadas, que alguien le hubiera hablado de aquel modo, se veía a ella misma reflejada en Cris.

Asintió con torpeza.

—Los hermanos Rosales me dijeron hace tiempo que violaron a mi amiga Susa en compañía de Ezequiel.

—Sí, es verdad, la pobre no pudo…

—Y que cuando se fueron estaba viva— dijo cortando la intervención de la directora.

—Ellos…

—¡¿Ellos, qué?!— Maite sentía que comenzaba a perder la paciencia, debía controlarse— tengo su confesión, le recuerdo que no es una buena idea mentir.

—No han podido decir que yo…

Maite pulsó el botón de la grabadora y subió el volumen al máximo. Con el brazo extendido lo acercó a doña Herminia. Ambas escucharon con atención:

"—No, no somos policías. Yo estuve allí, en el centro con trece años y se habló mucho de la muerte de Susa.

—No recuerdo a ninguna Susa.

—Ya ni recuerdas quién es de todas las crías que te tiraste ¿eh?

—A ver, para que hagas memoria, fue la niña que violaste con los hermanos Rosales, luego la matasteis

—Yo no he matado a nadie, cuando nos fuimos estaba bien, lo juro, sólo nos divertimos un poco y…"

Maite apagó la grabadora. La aplicación del teléfono estaba grabando desde que entró en la habitación.

—¿Me va a decir cómo acabó el cuerpo de Susa enterrado en el jardín?

—Fue un accidente.

—¿El qué fue un accidente?

Doña Herminia estaba cerca de derrumbarse a pesar de su visible esfuerzo por mantener la compostura con la mayor dignidad posible.

—La muerte de su amiga. Se golpeó la cabeza con el suelo al caer…

Maite aguantaba en silencio las ganas de abalanzarse sobre ella y

estrangularla con sus propias manos.

—¿Al caer de dónde?

—Verá…— se sonó la nariz, quizá por arañar unos segundos— cuando vino a mi despacho estaba histérica, no paraba de gritar, de decir que la habían violado y que iba a ir a la policía, que ya estaba harta de que desparecieran chicos y…

La mirada acuosa de doña Herminia se posó sobre sus manos, su rostro cetrino mostraba lo que la escena que venía continuación significaba para ella en esos momentos.

Su fin.

—¡¿Y?!— la abogada acompañó su exclamación con un golpe seco sobre la mesilla de centro.

La directora dio un respingo.

—Sólo fue un bofetón, sólo uno, cayó al suelo y se golpeó…— señaló la sien.

Maite se puso en pie. No podía aguantar ni medio minuto más en compañía de esa arpía.

—Usted decidió, como siempre, no denunciar a los hermanos Rosales, ni a los vigilantes ¡Sabía que violaban a las chicas y algunos chicos y no hizo nada! ¡Nada!

—Hubiera sido el fin del centro ¿dónde iban a ir los pobres?

—¿Los pobres? No, no— negó con el dedo— por ahí sí que no. Nos conocemos muy bien, vieja bruja— caminó en silencio de un lado a otro rodeando las butacas— ¿Enterró a Susa sin dar parte?

La directora asintió.

—No la oigo

—Sí.

Maite respiró profundamente varias veces y volvió a tomar asiento.

—¿Y con Sergio Jaén? ¿Otro accidente?

—Lo mataron, yo…

—Sí, sí, lo sé— levantó la palma de la mano— usted calló. Sólo le importaba sacar dinero por nosotras ¿eh?

—Nos preocupábamos por los…

—¡Déjese de excusas! El vigilante confesó diez violaciones. ¡Usted lo sabía! ¿Cuántas más hubo? ¡¿Eh?! ¿Cuántos niños y niñas murieron?

—Yo… Era otra época, las cosas funcionaban así. Esos niños no importaban a nadie, la sociedad no los quería, los echaban de sus casas.

—¿Otra época? ¿Hace diez años era otra época? — de pronto Maite creyó entender el sentido de lo que acababa de escuchar— quiere decir que hay niños que permanecen enterrados desde hace décadas…

—No van a encontrar nada más— aseguró convencida.

—¿Ni en el sótano? ¿Qué tal en el almacén?

La directora bajó la vista.

Durante los siguientes minutos nadie habló. Doña Herminia sentía su cuerpo empapado de sudor.

“Seguro que se va, tengo que aguantar un poco más”

—¿Y ahora?

—Vera, ahora voy a decirle a la prensa y a la policía, aportando la grabación de Ezequiel y todo lo que ha dicho usted aquí hoy— le mostró el móvil— lo que ha sido su querido centro

—¡No!— llevó las manos la cara— ¡No me puede hacer eso! ¡Hemos sido las madres que nunca tuvieron, los padres!

—¡Cállese de una puta vez!— de nuevo un golpe seco sobre la mesa— Van a desenterrar todos los cuerpos que aún permanecen bajo tierra, se lo garantizo.

—¿Qué quiere? ¿Dinero? Tengo…—llevó la vista a un cuadro—…una caja fuerte con dos millones de euros.

—¿Dónde?

—Ese cuadro. La combinación es 33-24-8-20

Maite descolgó el cuadro, abrió la caja fuerte y se hizo con el dinero que puso a buen recaudo en su bolso.

—Esto no es suficiente.

—¿Quiere más dinero? Sólo tengo unas joyas que...

—No, sólo su confesión.

La abogada metió la mano en el bolso, sacó el sobre y a continuación la carta del interior.

—Firme y me iré.

Doña Herminia se ajustó las gafas sobre la punta de la nariz y leyó.

—¿La entregará a la policía?

—No— mintió.

—No voy a firmar.

—Está en su derecho. *El Diario Montañés* recibió esta mañana una copia de la confesión de Ezequiel Gómez— continuaba con la mentira, la realidad era que la recibirían en las próximas horas— lo mismo llegará a la policía— introdujo la mano en el bolso y blandió el móvil en el aire—…he grabado todo.

—¡Eres una mal nacida!

—Sí, lo sé, pero no he matado a nadie que no lo mereciera, ni comerciado con la vida de críos. Le digo una cosa, da igual que firme, lo haré yo por usted.

—No será capaz de hacerme esto.

—Le aseguro que sí. Todo ha terminado para usted. Por fin se hará justicia— corrió una cremallera del bolso sacó un pequeño cuentagotas— es cianuro— vertió un buen chorro en el té y otro idéntico en la tetera— le aseguro que el efecto es inmediato. Le ofrezco una salida digna aunque no la merezca.

Maite abandonó el dormitorio y bajó a la recepción.

—Llevaba razón. Las mejores pastas que he tomado.

—Gracias, de verdad. ¿Qué tal con…?

—Una mujer, digamos que con genio. Casi se me olvida, ha insistido en que bajo ningún concepto se la moleste— imitó el rostro seco de la directora.

—Es usted muy divertida.

Se apoyó sobre el mostrador.

—Pasará el domingo arreglando unos asuntos para su marcha.

—¿Se va?— Felisa no puso ocultar un rostro feliz.

—Eso me ha asegurado.

A la mañana siguiente, temprano, la abogada pagó su cuenta. Antes de irse tenía algo que hacer. En cuanto pusiera en conocimiento de Torquemada y de la policía las confesiones de Ezequiel y de doña Herminia, el hostal El Camino habría terminado su corta vida.

—Verá, Felisa, lo que le voy a decir negaré haberlo dicho.

—Me está asustando.

—No es mi intención, se lo prometo. Dentro de pocos días volverán las excavadoras, la policía, la prensa…

La mujer llevó las manos al rostro.

—No…otra vez no, el negocio no aguantará— sus ojos se cubrieron de lágrimas— lo hemos invertido todo aquí.

La abogada metió la mano en el bolso y sacó un sobre abultado.

—No pregunte, sólo cójalo. Con lo que saque por la venta del terreno y estos doscientos cincuenta mil euros, saldrán a delante.

—Pero…

—Recuerde que negaré haber dicho nada y haberle dado nada— dijo vuelta hacia la calle.

Rodeó el hostal por el sentido contrario al lugar en el que se encontraba la habitación de doña Herminia. Confiaba en que hubiera tomado la decisión

correcta. Golpeó con los nudillos en la puerta del almacén.

—Hola Vicen. Es domingo y no sabía si te despertaría o…

—Aquí todos los días son iguales ¿te vas?

Maite asintió.

—Tengo que irme.

—¿Has podido hacer lo que querías?

—Sí, todo ha terminado. Esto en unas horas se llenará de gente— metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre— no preguntes, es para ti. Son doscientos mil euros.

Vicen miró a un lado y a otro.

—No te preocupes, no nos ve.

Ambos se fundieron en un largo y sentido abrazo.

47

Cuando Olivares y Pinta llegaron al hostal El Camino, el comisario Fausto les aguardaba junto a la puerta de entrada. Varios coches de policía y una ambulancia flanqueaban el aparcamiento.

—¿Qué pasará? ¿Más cuerpos?— quiso saber la subinspectora— enterrados no serán, la ambulancia no tendría sentido

—¿Doña Herminia?

Desde que localizaron las cajas que guardaba la fiel Valentina en el altillo de su dormitorio creían que contaban con las pruebas necesarias para dar un empujón definitivo al caso del *Vengador*. A lo que podrían añadir el testimonio de doña Valentina que aseguraba que Ezequiel Gómez había trabajado en La Esperanza como vigilante.

Se sentían más cerca del final.

María aparcó junto al coche de Redondo.

—Jefe, Cruz nos ha enviado un mensaje. Decía que es muy urgente ¿qué sucede?

—Se trata de la directora de La Esperanza, la han encontrado muerta esta mañana. Por lo visto, ayer no salió de la habitación, aunque no era algo tan extraño en domingo.

—¿*El Vengador*?— preguntaron al unísono.

—No lo parece. No ha dejado ninguna fotografía, ni nada escrito en el pecho, todo apunta a que se ha suicidado.

—No me lo trago, jefe— señaló el inspector.

—No tiene sentido— intervino la subinspectora— coincido con él ¿por qué ahora?

Olivares puso los brazos en jarras.

—¿Cómo se ha quitado la vida?

—Con cianuro.

Diego y Pinta se miraron.

—Segismundo Ganzán, aparte de los cortes en el pecho, también tomó cianuro. ¿Cuánto tiempo lleva muerta?

—Nos lo confirmarán con la autopsia, pero según el forense falleció ayer a medio día.

—Pediré una lista de los huéspedes del hostal— dijo Olivares mientras se perdía en el interior.

Felisa se encontraba en un estado de nervios próximo al ataque. Hablaba con su marido sobre el dinero que le entregó Adriana, la huésped rubia que llegó el viernes por la noche. Al principio todo fue una alegría desmedida hasta que apareció el cuerpo de doña Herminia.

—Recuerda lo que dijo, Felisa, que negaría todo ¿no es así?

La mujer subió y bajó la barbilla visiblemente afectada.

—Dejémoslo como está, además ¿tú crees que doña Herminia iba a tener tanto dinero encima?

—¿Y si se lo ha robado?

El hombre posó con cariño sus anchas manos sobre los hombros de su acongojada esposa.

—Piénsalo por un momento, Feli. Si lo hubiera robado, por qué nos lo iba a dar a nosotros, no tiene sentido ¿no crees?

—No, la verdad…

—A nadie le importa lo que esta chica haga con su dinero. Si lleva razón y esto se llena otra vez de excavadoras y policía nos tendremos que ir.

—Lo sé…— dijo mientras llevaba un pañuelo a su escocida nariz.

—Atiende al policía ese que viene, voy a la cocina.

—Vale— se giró en dirección a Diego que avanzaba a buen paso hacia la recepción.

—Buenos días, no sé si me recuerda.

—Sí, inspector, le recuerdo.

Olivares frunció los labios.

—Lamento de verdad que siempre sea en estas circunstancias— dijo sin dejar de observar los ojos llorosos de la recepcionista— Si me lo permite querría hacerle unas preguntas.

Felisa asintió.

—Claro, lo que usted necesite.

—¿Habían observado algo extraño en doña Herminia estos últimos días?

—¿Qué quiere decir?

La pregunta de la mujer le llevó a Diego a contemplar la posibilidad de que no supieran las causas de la muerte de la directora.

No se equivocaba con su suposición.

—Todo apunta a que se ha suicidado.

Felisa abrió los ojos todo lo que daban de sí, llevó la mano a la boca ahogando un grito.

—¿Suicidado? —dejó la vista en el mostrador, la cabeza en el momento que la vio tumbada en la cama— parecía tan dormida, pensamos que era muerte natural.

—¿No hubo nada extraño estos días?

El rostro de la mujer se cubrió de culpa, lo que tenía de buena cocinera le faltaba para saber mentir con seguridad.

—Bueno, discutimos un día, pero de ahí a suicidarse.

—¿Qué pasó?

—Usted sabe que este negocio no aguanta el tipo de prensa que estamos padeciendo, parece que hemos tenido algo que ver con los pobres chiquillos y las mujeres enterradas…

Diego escuchaba atentamente, no creía que el hilo del que habría que tirar partiera de la dueña del establecimiento pero entendió que sería interesante dejarla hablar, quizá había visto u oído algo.

—Se lo dijimos, porque ¿sabe usted? Siento decir esto de una mujer fallecida, pero podía llegar a ser muy arrogante y déspota, a veces… a veces una no se puede aguantar más y lo suelta.

—Fui yo, inspector, el que le dijo a esa mujer lo que pensábamos— la voz grave del marido de Felisa les cogió de improviso— Sólo le pedimos que se fuera, que la prensa venía preguntando por ella constantemente. Incluso vino un escritor— miró a su mujer— ¿te acuerdas, cariño?

Diego sintió como algo se agitaba en su interior.

—¿Un escritor?

—Sí, quería hablar con doña Herminia, pero ella no quiso recibirlo. Me entregó un sobre para ella.

—¿Un individuo con cabeza afeitada y de unos cincuenta y tantos?

—Sí, el mismo— apuntó Felisa— ¿Cree usted que ha tenido algo que ver con…?

Olivares apuntaba en su libreta.

—De momento todo apunta a un suicidio que…

—¡Inspector!

Un oficial de policía accedía al vestíbulo desde las escaleras blandiendo un sobre en el aire.

—Inspector, este sobre estaba sobre la mesa del dormitorio de la difunta— dijo mientras se lo entregaba.

—Gracias.

"*Para el inspector Olivares*"

—Un momento, por favor— dio la vuelta al sobre buscando un remitente; en blanco. Sin dejar de examinarlo se dirigió a la pareja— necesitaría un listado de los clientes que estuvieron ayer en el hostal, mejor dicho, la última semana— pidió con la mirada en el sobre mientras se alejaba unos metros.

—Sí, ahora mismo.

La respuesta de Felisa le llegó como si se encontrara a kilómetros de distancia.

—¿Qué miras con tanto interés?

Olivares levantó la cabeza, su compañera le observaba con curiosidad. Le mostró el sobre.

—Estaba en la habitación de la directora.

—Ya estas tardando en abrirlo, compañero.

Olivares esbozó una sonrisa ladeada.

Con cautela rasgó el sobre por un extremo. Ahuecó el interior y ayudado de un pañuelo extrajo la hoja de papel.

—Está escrita en el ordenador, menos…— giró la hoja— esto de aquí.

Leyó:

"*Yo, Herminia Castañedo Sánchez, directora del Centro de Socorro Juvenil La Esperanza, confieso tener conocimiento de los fallecimientos del vigilante César Hernández, de Susana Leal, Sergio Jaén, y Carmen Expósito, Raquel García, Julia Castillo, Andrés Marín, Celia Expósito, Jacinta Rodrigues, Vanesa Flora.*"

—Parece como si fuese una confesión redactada por alguien que ha dejado espacios para ser rellenados…— murmuró María que leía junto a su compañero.

"*En La Esperanza dimos en adopción internos a cambio de dinero*"

Firmado: Herminia Castañedo"

El inspector dio la vuelta a la hoja:

—Esto está escrito con su propia mano— murmuró.

"*En La Esperanza hicimos el bien a muchos niños a los que la sociedad repudiaba, entregándolos en adopción. Cobramos por ello, digo cobramos*

porque no podría haberlo hecho sola sin la ayuda de dos personas de los Servicios Sociales y un compañero suyo ya retirado, inspector. No me arrepiento de ello, pero sí de lo sucedido en este centro. Hubo violaciones de niñas y niños, por parte de vigilantes. Uno, César Hernández, ya pagó por ello"

Olivares sintió como se le tensaban los músculos por lo que esperaba que viniera a continuación.

"Otro, Ezequiel Gómez, pagó en la nave donde trabajaba, como los hermanos Rosales. Aún falta otro por responder por lo que hizo, Bernardo Timón. Y alguien más, yo.

Debo pagar por haberlo consentido todo por temor al escándalo que se habría generado, por temor a perder mi querido centro de socorro, pero debo dar cuentas al Señor por haber puesto fin a la vida de la joven Susana Leal, no fue algo premeditado, pero soy culpable.

Respecto a las mujeres fallecidas, los culpables ya han pagado; César Hernández y Ezequiel Gómez, dos depredadores sexuales y asesinos sin escrúpulos a quienes no denuncié por miedo.

Inspector Olivares, entre las cajas con los expedientes de los internos y empleados de La Esperanza, que imagino habrá localizado en poder de Valentina, no encontrará ninguna ficha relativa a las adopciones, ni a los vigilantes. Las primeras las destruí por salvaguardar la intimidad de las familias y los niños, las segundas por romper cualquier vínculo de esta gentuza con mi añorada institución.

A continuación le dejo un esbozo de los lugares donde pueden encontrar los cuerpos que aún faltan. No sea muy duro con ese compañero, era un mal policía con muchos vicios.

No busquen a nadie por mi muerte"

Diego leyó la carta una vez más y se la entregó a María. Avanzó unos metros hasta una de las ventanas del vestíbulo que daban al jardín. No se sentía bien consigo mismo al abrigar un intenso alivio por no haber leído nada que implicara a Toñín con la muerte de uno de los vigilantes. Alivio y mala conciencia pugnando por apropiarse de sus emociones.

—Imagino que sé lo que estás pensando, Diego.

La voz de su compañera le sobresaltó.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Quiere que esté en deuda con ella?— soltó

molesto.

—Ha confesado. No le debes nada— María se colocó a su lado frente al ventanal atisbando el exterior— era una mala mujer, pero como he escuchado en alguna ocasión, cuando el final se acerca queremos arreglar lo malo que hayamos hecho y posiblemente ha pensado que esta era un forma de hacerlo.

—Me cago en ella.

—Lo que quiero decirte es que esta arpía no lo ha hecho por ti, ni por Toñín, sino por ella. Me dicen los compañeros que su habitación está llena de motivos religiosos, creo que por eso ha actuado así, una buena acción por otra mala. Te lo repito, no lo ha hecho por ti, Diego, no la debes nada.

El inspector asintió, tomó aire un par de veces.

—Vamos a echar un vistazo al escenario.

—Científica está trabajando en la habitación de la directora.

—Entrégales la carta, quizá encuentren alguna huella de la persona que la escribió.

Al cruzar frente a la recepción Felisa agitó la mano en el aire.

—Inspector, este es el listado de clientes, como verá es una lista reducida.

Diego le echó un vistazo. Varias familias y…

—Adriana Sotillo Del Camino ¿Vino sola?

—Sí, una chica rubia encantadora,

—¿Cuándo se marchó…?— buscó el dato sin esperar respuesta— ayer domingo a primera hora— levantó el rostro del listado y buscó los ojos de Felisa — ¿Sabe si la directora y esta mujer se conocían?

—No sabría decirle, inspector, pero lo que sí le puedo asegurar es que hablaron. Es fácil hacerlo aquí cuando hay poca gente, sobre todo en la hora de la cena o la comida.

—Gracias.

El inspector y la subinspectora subieron por las escaleras rumbo a la habitación de doña Herminia.

La mujer se hallaba tumbada en la cama. Tal y como dijo la recepcionista parecía encontrarse plácidamente dormida.

—Parece que no ha roto un plato en su vida— susurró María

Miraron en torno. Sus compañeros tomaban huellas.

—¿Dónde estaba la carta, oficial?

—Ahí, sobre esa tetera.

El inspector se aproximó al lugar indicado.

—Dos tazas. Hay que averiguar quién estuvo con ella y cuándo.

María echó un vistazo al listado de clientes.

—La única persona que se registró sin acompañante fue Adriana Sotillo Del Camino

Fausto Redondo se asomó desde la puerta.

—Inspector.

—Jefe, parece que la difunta pasó unas horas con alguien antes de morir. Quién quiera que fuese no probó su café, aún está en la taza— señaló la mesilla junto a las butacas.

—Localícenla a ver dónde nos lleva.

Una hora más tarde el comisario y los inspectores abandonaban el hostal. Entre sus notas destacaba el nombre de la mujer que había tomado café el sábado por la noche, más de doce horas antes del momento estimado como hora de la muerte, con doña Herminia. La misma mujer que abandonó el hostal el domingo a primera hora. La información aportada por el forense la descartaba como sospechosa del crimen pero no como la persona que pudo escribir la carta de confesión. Una cuestión tenían clara, no fue imprimida en ninguna de las dos impresoras que había en el hostal.

Cuando se despedían para subir a sus vehículos los móviles del comisario y del inspector comenzaron a sonar. Fausto asentía visiblemente nervioso, lo mismo que Olivares que agitaba los brazos como si no se pudiera creer lo que estaba escuchando.

Un par de ojos llorosos observaban la escena. Llorosos y agradecidos. Vicen sabía que la directora no había tenido el valor de afrontar lo que Cris le hubiera dicho que iba a hacer. La recuerda como una niña valiente, de buen corazón. Seguro que la policía querría hablar con él, actuaria tal y como había venido haciendo en las últimas décadas; mirar para otro lado y no saber nada de lo que acontecía en el interior del hostal. Con el dinero que le había entregado Cris pasaría el resto de los años que le quedaran de vida, descansando.

Al fin.

48

“¿Otra víctima del Vengador?”

“Ha llegado a nuestra redacción la confesión grabada de la que fuera directora del Centro de Socorro Juvenil La Esperanza, doña Herminia Castañedo Sánchez.

A continuación les dejamos un extracto de dicha grabación.

—Sólo fue un bofetón, sólo uno, cayó al suelo y se golpeó.

—Usted decidió, como siempre, no denunciar a los hermanos Rosales, ni a los vigilantes ¡Sabía que violaban a las chicas y algunos chicos y no hizo nada! ¡Nada!

—Hubiera sido el fin del centro ¿dónde iban a ir los pobres?

—¿Los pobres? No, no, por ahí sí que no. Nos conocemos muy bien, vieja bruja. ¿Enterró a Susa sin dar parte?

—No la oigo

—Sí.

—¿Y con Sergio Jaén? ¿Otro accidente?

—Lo mataron, yo…

—Sí, sí, lo sé, usted calló. Sólo le importaba sacar dinero por nosotras ¿eh?

—Nos preocupábamos por los…

—¡Déjese de excusas! El vigilante confesó diez violaciones. ¡Usted lo sabía! ¿Cuántas más hubo? ¡¿Eh?! ¿Cuántos niños y niñas murieron?

—Yo… Era otra época, las cosas funcionaban así. Esos niños no importaban a nadie, la sociedad no los quería, los echaban de sus casas…”

En estos momentos hemos hecho llegar a la Policía y Guardia Civil una copia del material recibido…”

Maite asentía satisfecha ante la noticia recogida por *El Diario Montañés* y firmada por Marcelo Torquemada. Le había dado la exclusiva de la confesión de

doña Herminia a cambio de que la publicara el mismo lunes por la mañana.

—En unos días le haré llegar una grabación de Ezequiel Gómez en la que confiesa la violación de una niña en La Esperanza, en la que participaron los hermanos Rosales.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Se enterará a su debido tiempo.

—Necesito algo que sustente lo que me dice.

—Como quiera, si no lo publica usted, lo harán sus compañeros al día siguiente.

—De acuerdo. ¿Cuándo me llegará esa grabación que dice?

—Cuando concluya mi trabajo.

Maite recuerda la conversación mantenida el mismo domingo por la mañana con el avezado periodista.

“Mi hermana no hubiera dejado escapar una noticia como esta, seguro”

Le había enviado al domicilio particular de Torquemada una copia de la grabación de la confesión de la directora. Estuvo tentada de decirle que el cuerpo sin vida de doña Herminia, casi con toda seguridad, no la veía aguantando lo que le vendría encima, sería encontrado esa misma tarde o a la mañana siguiente, pero conocido el afán de saber más que nadie de los periodistas y en concreto de Torquemada, optó por guardar silencio, era fácil imaginarlo entrando en el hostal exigiendo hablar con doña Herminia.

Sabía que al registrarse con el nombre de su hermana la policía la buscaría, lo único que iban a encontrar es una denuncia por desaparición con más de dos años de antigüedad. También sabía que probablemente la policía dedujera que Adriana era *El Vengador*, contaba con ello, y también con la manera de hacerles ver su error. No pasaba por su cabeza dejar que su hermana pagara por lo que ella había hecho.

“Me ha dado más de dos años de ventaja con su muerte en la nave, es hora de que descanse en paz para siempre”

“Ya falta poco, hermanita”

Su lista de venganza estaba cerca de ser completada

En ocasiones, da la impresión que una mano invisible mueve los hilos de lo que acontece. Circunstancias que un día en particular se dan de forma diferente al resto de los demás días. Nadie tiene la culpa, sólo sucede, como ocurrió este

mismo lunes con el ejemplar del *Diario Montañés* que quedó sepultado bajo varios expedientes sobre el mostrador de recepción de la comisaría.

El comisario y su mejor pareja de policías abandonaban el Hostal El Camino cuando los teléfonos de Redondo y Olivares comenzaron a sonar.

Fausto pidió silencio, llamaba el comisario principal.

—¿Sí, comisario principal?

—Redondo, ¿cómo es posible que no me haya informado de la muerte de la directora del centro de socorro? ¡Me he tenido que enterar por la maldita prensa! ¡Por Dios!

Fausto no daba crédito a lo que escuchaba, miró a Olivares, gesticulaba mientras parecía discutir con quién estuviera al otro lado de su teléfono.

—Pensaba llamarle ahora en cuanto tuviera información que transmitirle. No me explico cómo la prensa ha podido publicar ya lo sucedido.

—¿No ha leído el periódico?

—No, señor, he venido directamente de mi casa cuando han encontrado el cuerpo esta mañana.

—Llámeme en cuanto llegue a su despacho.

María observa a uno y a otro sin entender lo que pasaba, ambos parecían realmente afectados por sus respectivas conversaciones.

—Era Paula, alguien ha dejado un montón de puñeteros expedientes encima de los periódicos y hasta ahora mismo no ha podido ver la noticia que viene en primera página— soltó Olivares.

—¿Noticia, Diego?

—Sí, *El Diario Montañés* ha publicado la confesión de la directora.

—¿Pero…cómo es posible?

Fausto llamó al director del *Diario Montañés* que a su vez le pasó con Marcelo Torquemada para que le solucionara cualquier duda.

—Comisario, será mejor que sea él quien le dé detalles, yo sólo puedo decirle que recibió la llamada de la misma persona diciéndole que contaba con la grabación de la confesión. No podíamos obviarlo.

Cuando Redondo dio por finalizada la conversación con Torquemada las venas de ambas sienes amenazaban con explotar, señal inequívoca de que no le gustaba nada la situación que estaba viviendo por causas ajenas a su capacidad como policía.

—Tenemos en comisaría una copia de la grabación— dijo a Olivares y a Pinta— les espero en mi despacho.

Sin añadir más se introdujo en su coche. María y Diego tras él rumbo a la

Jefatura Superior de Policía de Cantabria.

—No hemos hablado del compañero al que se refiere en la confesión— expuso de repente Pinta— ¿Sospechamos de alguien, verdad?

Olivares asintió, pocas cosas en su labor como policía le afectaban más que ver a un compañero salpicado por hechos que señalan que no llevó la investigación como correspondería debido a sobornos recibidos.

—Dejaremos a Trémez para el comisario.

Cuando entraron en el despacho Redondo les entregó un ejemplar del *Diario Montañés*.

—No se preocupe, jefe, tenemos el nuestro— la subinspectora blandió el periódico en el aire— no me podía aguantar hasta llegar a comisaría.

—Dile lo que piensas— pidió Olivares a su compañera.

—La publicación de esta noticia nos allana el camino.

Fausto se volvió hacia Pinta Lo que para él suponía la alteración total de sus nervios, para ella significaba una buena noticia.

—¿Qué quiere decir?

—La mujer rubia, Adriana, que tomó café con la directora el sábado a última hora es la única persona que ha podido grabar la confesión. Sí, sé que cabría una mínima posibilidad de que alguien se colara de madrugada en su habitación y le hiciera confesar, pero ¿por qué apurar tanto?— María miraba a uno y a otro— sin embargo, esa mujer llegó el viernes por la noche y se fue el domingo a primera hora, vino a lo que vino.

—Localizándola tendremos la respuesta a todas las preguntas— apuntó el inspector.

—No tarden. Pero antes escuchen la grabación que han tenido el detalle de enviarnos— soltó en tono irónico.

“Puñetera prensa”

Al terminar, el inspector tomó la palabra.

—Está claro que la chica conocía a la directora por haber estado interna en La Esperanza— apuntó Diego— cuando asegura que lo único que le interesaba era sacar dinero por ellos, por los internos.

—Localícenla. Tengo que llamar al comisario principal.

Diego y María se encerraron en la sala de trabajo. Hicieron un listado con todos los Sotillo y Sotillo Del Camino que hubiera en España. No fue una tarea fácil pero a última hora de la mañana la subinspectora, que disfrutaba como pocos con esa faceta de la investigación policial contaba con algunos resultados.

—Gracias— dijo y colgó el teléfono. Agitó la mano en el aire reclamando la

atención a su compañero.

—¿Qué tienes?

—Pensé que se trataba de un apellido menos común— bajó la vista a sus notas y leyó— En España, Sotillo es el número 3144 de apellido más común. Hay cerca de 1.490 personas censadas con este nombre como primer apellido, 1510 lo tienen como segundo y 22 en ambos.

—Mejor que si fuera García.

—Sí, sin duda— sin levantar la vista de sus notas añadió:— Si Del Campo fuera todo seguido la lista se reduciría bastante— dijo para sí misma mientras mordisqueaba la capucha del Bic— a ver, tenemos 8700 censados con Del Campo como primer apellido y 8340 como segundo. Ninguno de los dos apellidos es común en Cantabria.

Diego repasa una vez más la noticia que recogía la confesión.

—¿Me escuchas, compañero?

—Sí, por supuesto. Aún no acierto a entender tu alegría hace un momento al colgar el teléfono.

María le dedicó una sonrisa de complacencia.

—Tengo una buena amiga en el rectorado de la universidad. Se me había ocurrido que por la forma de redactar la confesión podía tratarse de una abogada y le he pedido que buque a Adriana Sotillo Del Campo entre los alumnos, por si estudiaba o había estudiado Derecho— su sonrisa se hacía cada vez más grande.

Diego cerró el periódico

—¿Y? Hay que ver cómo te gusta el drama.

—¿Tú crees? No sé de quién lo habré aprendido.

—Suéltalo.

—Pues me acaba de decir que no hay nadie con esos apellidos estudiando, ni que haya obtenido el grado.

—María…

—Pero sí lo ha encontrado en periodismo. Ha hecho una barrida por todos los alumnos de las diferentes universidades. Nuestra mujer misteriosa estudió periodismo en CESINE hasta avanzado el segundo curso.

—¿Lo dejó?

—Sí, sin decir nada.

—¿Tenemos la dirección o el teléfono de su familia?

La subinspectora dio la vuelta al folio.

—Sí, sus padres viven en Londres.

—¿Londres?

—Es la dirección que consta de ellos.

—¿No tenemos la de la chica? Si estudiaba en CESINE tendría que vivir en Santander.

—Aguarda un segundo, me ha dicho que me enviaba un e-mail con la información— pidió mientras entraba en su cuenta de correo— A ver… sí, aquí está.

—De todas formas no creo que tras dos años sigan pagando el alquiler. Hay que llamar a Londres ¿Cómo vas de inglés?

La subinspectora ladeó el rostro de un lado a otro.

—Bueno, me defiendo, pero confío que apellidándose Sotillo Del Campo no sea necesario.

—Ahí has estado bien.

Situaron el teléfono fijo entre ambos y activaron el altavoz. Al quinto tono descolgaron el teléfono.

—Good morning. My name is Diego Olivares. I am inspector of police of Spain. Could I talk to the parents of Adriana Sotillo?

María miró a su compañero, frunció los labios y asintió. Diego movía su mano derecha como si no estuviera muy convencido de lo que había dicho.

—Espero que me haya entendido…—susurró.

—Sí, inspector, le he entendido— dijo una voz de mujer— soy la madre de Adriana ¿saben algo de ella?

—No exactamente, verá, su DNI ha aparecido en un hostal de Santander llamado El Camino, este fin de semana.

Del otro lado llegaba mitigado, como si la mujer tapara el micro, el murmullo de gemidos contendidos.

—No sé qué decirle, denunciamos su desaparición hace casi tres años. Lo último que supimos de ella fue que se iba de viaje con un chico que había conocido— logró decir entre balbuceos.

—Señora, soy la subinspectora María Pinta, sólo serán unas pocas preguntas. ¿Su hija suele llevar el pelo rubio?

—¿Adriana, rubia? No, nunca. ¿Por qué lo dice?

—La persona que entregó su DNI en el hostal era rubia.

—No, ella no…

—¿Es adoptada?— intervino Diego.

Durante un eterno minuto se hizo el silencio al otro lado de la línea. No se había cortado la comunicación, se escuchaba con claridad una respiración entrecortada.

—Sí, la adoptamos con tres años por medio de los Servicio Sociales en Cantabria.

—¿Vivieron aquí, en Cantabria?

—Sí, en Santander unos años, después en La Coruña y desde hace siete en Londres.

—Disculpe, la casa que ella ocupaba, imagino que si era alquilada no la seguirán pagando.

—Sí, inspector, la mantuvimos un año pero no renovamos el contrato.

—¿Cuándo llegó ella a España?

—Con el comienzo del curso, en septiembre de 2014.

—Señora Sotillo ¿nos pondría enviar algunas fotos, las más recientes que tenga de Adriana, por favor?

—Claro, subinspectora.

—Ha sido muy amable, la mantendremos informada. Gracias.

—Por favor comuníquennos todo lo averigüen

—Le doy mi palabra.

Tras facilitar su dirección de email se despidieron.

Como si formara parte de una coreografía ensayada los dos compañeros se frotaron el rostro. La pista que parecía que les allanaba el camino, tal y como había sugerido la subinspectora apenas una hora antes, se desvanecía ante sus ojos.

—No se trata de la niña adoptada por los Ganzán.

—No, es del todo imposible, no estaba aquí, pero…

—¿Pero…?— María aguardaba el fin de la frase de su compañero que permanecía con la mirada en la documentación.

—Pero sí que pudo estar presente en el asesinato de la última víctima atribuida al *Vengador*, la del conserje Ezequiel Gómez. Se encontraba aquí, en Santander.

—Más o menos el tiempo que lleva desaparecida…

Diego se incorporó y se acercó a la ventana. María revisaba sus notas y el expediente del conserje. A ambos les latía el corazón con un ritmo que se aceleraba por momentos. Un ritmo que asemejaba al habitual en momentos en los que se hallaban cerca del fin del caso que llevaran entre manos. Sin embargo, no era posible. Adriana no podía ser la chica muerta encontrada junto a Ezequiel Gómez.

—Ella no puede ser *El Vengador*, Diego, ¿qué se nos escapa?

—Si la puñetera directora no hubiese destruido las fichas de las adopciones…— negó con la cabeza, molesto con su comentario— De nada vale lamentarse. Como bien dices, algo se nos escapa. No podemos cotejar su ADN con el de sus progenitores porque no son sus padres biológicos.

—Pero sí podremos saber si la mujer fallecida es o no Adriana.

Diego regresó a su silla.

—Cierto— apuntó con escasa alegría— ¿imaginas que el resultado coincide? No tendría sentido. Si nos creemos la versión que nos ha contado la madre, no tengo motivos para no hacerlo, su hija no puede estar detrás del *Vengador*. De niña no estuvo en La Esperanza, ni pudo conocer a los hermanos Rosales, ni al camionero, ni a los Ganzán.

—Alguien con su DNI estuvo en el Hostal El Camino, no como turista precisamente, Diego, buscaba a doña Herminia. Sabía que ese establecimiento había sido La Esperanza, llevaba el DNI de Adriana.

—Entonces, si no se trata del *Vengador*, que lo damos por descontado, alguna relación guarda con él, con ella mejor dicho.

—¿Dos chicas unidas por su pasado?

—Sí, algo así.

María quedó un rato como ausente repasando sus notas.

—¿Recuerdas que te comenté que la carta podría ser escrita por un abogado?

—Sí.

—¿Qué tal por un escritor?

—¿A dónde quieres ir a…? ¡Joder! Lo dices por la carta que Jaime Valdés dejó para doña Herminia a los dueños del hostal.

—Sí, tranquilo, no se nos ha olvidado, sólo que todo lleva su proceso.

—Ya. Tengo que llamarle.

49

"Las primeras hipótesis apuntan a que se trata de un suicidio. La policía investiga el paradero de la misteriosa mujer que compartió la cena del pasado sábado con doña Herminia Castañedo y un café, posteriormente, en su propio dormitorio.

Según fuentes de toda solvencia, se ha hallado un sobre en dicho dormitorio que contenía la confesión de la mujer sobre los horribles crímenes y violaciones acaecidos en dicho centro del que era máxima responsable. ¿Existe alguna relación entre la misteriosa mujer y el suicidio de la directora?..."

"*Describen a la chica misteriosa como una joven en torno a los veinticinco años, educada, que se encontraba en Santander de paso. En palabras de los dueños del hostal su relación con la directora fue fruto del empeño de ésta en conocerla, admitió que la joven le recordaba a una sobrina que hacía años que no veía. La policía busca a la mujer para que aporte su testimonio a la investigación… Continuaremos informando de todo lo que…*"

Dejé el periódico sobre la mesa. En mi cabeza aún resonaban las palabras de Maite a Goyo "*si te lo digo tendré que matarte*". El comercial no se había presentado ayer lunes en clase, la abogada tampoco. A esta incómoda sensación se sumaba la negativa de la directora del centro de socorro a recibirme unos pocos días atrás.

"¿Debo poner en conocimiento de la policía la conversación que escuché?"

Dos datos de la noticia que acabo de leer sustentan mi teoría. La persona que estuvo con la directora era una mujer y contaba con unos veinticinco años, a lo que añado, como fruto de mi intuición, la extraña coincidencia de su vista al famoso Centro de Socorro Juvenil La Esperanza, que ya a nadie se le escapa que debería ser considerado como el epicentro de todo. Si no de las víctimas, si al menos del asesino o asesina.

Comienzo a lamentar el día que se me ocurrió aceptar dar el curso y más aún

aprovechar las noticias de la vida real, para incorporarlas al taller. Debí dejar al *Vengador* alejado de mí. Es fácil decir esto ahora, sé que con la información que disponía en aquel momento volvería a actuar del mismo modo.

Necesito moverme, caminar un rato. Disfruto haciéndolo bajo un cielo cubierto de nubes acompañado de una suave y fresca brisa.

Mi cabeza no dejaba de darle vueltas al asunto. La policía no tardará en disponer de un retrato robot, si no lo tiene ya, de la joven rubia. La prensa poco tiempo tardará en publicarla y la televisión en difundirla. Siento una punzada constante de ansiedad. El simple hecho de imaginar que el retrato se parezca a una de mis alumnas o a Mena, me agobia.

En estos momentos si me interrogaran sería incapaz de señalar a una sospechosa sin ningún género de dudas. Cierto, que por la forma en la que se han desarrollado los hechos en los últimos meses, me inclinaría a señalar a Maite en primer lugar, cuenta con la edad y un escondido pasado. Ni Marcos ni yo hemos logrado encontrar la más mínima información acerca de ella anterior a 2009. No tiene que resultar del todo extraño, entraría dentro de toda lógica que en esa época una chiquilla de catorce años no tuviera mucha vida en las redes sociales. Lo que sí puede parecer alejado de las actuales costumbres es que Maite no cuente con ningún perfil en ninguna red social.

Sin embargo, su forma de actuar no la puedo asimilar al carácter que debe gobernar a alguien que es capaz de matar a tanta gente, y con un brutal ensañamiento como el empleado en el asesinato de Segismundo Ganzán. En este perfil me encaja como un guante Mena. No sólo ella, si añado a Néstor, suponen la pareja perfecta para asumir la autoría de los asesinatos. Reconozco que puestos a analizar cada asesinato, uno por uno, su papel de culpables pierde fuerza. Ni Mena ni Néstor fueron internos en La Esperanza, como me aseguró el inspector Olivares la pasada semana. Sé que mi reacción al enterarme no fue la más adecuada:

—Quizá ellos no, pero una buena amiga que hubiese sufrido abusos o una hermana o...

—Todo eso es posible, señor Valdés, lo investigaremos, pero no hay nada que nos lleve en esa dirección.

Recuerdo como la rabia se apoderaba de mí. Sin duda se trataba una rabia absurda, de niño al que le han quitado su juguete favorito. Quizá internamente prefería culpar a Mena que a Maite.

Después de los retazos de la conversación que mantuvieron Maite y Goyo al salir de clase, en la que el comercial le preguntaba acerca de su pelo, si usaba o

no peluca, era fácil imaginarla de rubia.

“Si usara peluca”

Dejé que mi vista se perdiera en el horizonte, gozo viendo las olas romper a los lejos. Respiré profundamente sin dejar de recorrer con la mirada todo el mar que podía alcanzar con la vista.

“Freddy”

Sí, en momentos como este es cuando más me acuerdo de mi buen amigo.

Mi teléfono comenzó a vibrar en el pantalón.

Me sentía torpe mientras introducía la mano en el bolsillo y me hacía con él.

“Inspector Olivares”

“Espero que no me llame como sospechoso, es lo que me faltaba”

Deslicé el dedo por la pantalla y atendí la llamada.

—Buenos días, inspector.

—Buenos días, señor Valdés. Quería informarle que hemos interrogado una vez más a Néstor Vilha. Ha confesado ser el que lanzó la piedra y el que le abordó por la espalda, pero no asume la muerte de su perro, ni los golpes que recibió.

—Miente, inspector. Fueron ellos.

—Tiene prohibido acercarse a usted a menos de doscientos metros.

—Se lo agradezco, pero llegado el caso no creo que le suponga problema alguno reducir esa distancia en su totalidad.

—Confiemos que sí, que le mantenga alejado. Señor Valdés, quería hacerle una pregunta.

“Este es el verdadero motivo de su llamada, ¿no inspector?”

—Sí, por supuesto. Dígame.

—¿Por qué fue al hostal La Esperanza?

La pregunta lanzada como sin darle la mayor importancia, al final de una conversación, me cogió con la guardia baja. Digo guardia, porque he asimilado, desde mi primera conversación con Olivares y Pinta, que con ellos debería permanecer siempre alerta. Sé que no me han quitado el cartel de sospechoso como también sé que mi tardanza en responder no estaba mitigando sus dudas.

—Es el lugar al que parece que todo apunta.

—Sí, lo es ¿había estado antes?

—No, era la primera vez, quise mantener una breve conversación con la que fue directora del centro pero no quiso recibirme.

—¿Puedo preguntarle el motivo de esa conversación que esperaba mantener?

Tragué saliva, nada más lejos de mi intención señalar a Maite o a Mena con motivo de mi visita, que lo eran. Al menos en parte.

—Después de la primera conversación que mantuve con usted y la subinspectora Pinta en comisaría, más las diferentes informaciones que recogían los medios, creí oportuno hablar con la mujer a la que todos se referían. Quería saber su opinión.

—¿Y el sobre?

De nuevo me sentí como cogido en una mentira.

—¿Sobre? ¿A qué sobre se refiere?

—Al que dejó a la recepcionista para entregar a doña Herminia Castañedo.

Respiré profundamente antes de responder.

—Dentro iba mi tarjeta con mi número de teléfono y una breve carta en la que exponía el motivo de mi visita.

—¿Nada más?

—Nada más, inspector ¿Por qué lo pregunta?

Cuando colgué, una oleada de inspiración golpeó con fuerza en mi cabeza. Las noticias decían que se había encontrado una carta con la confesión en la habitación de la directora. Carta que en su mayor parte estaba escrita en un ordenador.

“De nuevo, señalado”

Sentí como si me tiraran del pantalón, bajé la vista. Un perro de raza indefinida, pequeño, de color oscuro se empeñaba en llamar mi atención. Su cola firme se movía como si hubiese encontrado a su mejor amigo. Miré a un lado y a otro buscando a su dueño, esperaba oír en cualquier momento a alguien gritando su nombre. Me incliné y le acaricié entre los ojos, en el lomo. Cuando lo hacía detenía sus nerviosos movimientos y me miraba, como pidiendo más. No podía evitar que la imagen de Freddy sobrevolara entre mis recuerdos.

Me puse de nuevo en camino dispuesto a continuar con el tema que se había apoderado de mi día a día. Un tema del que dependía mi futuro a corto plazo y quizá también a largo.

Bajé el rostro.

Mi pequeño amigo caminaba a mi lado. Dos perros nos adelantaron, se quedó mirándolos, comenzó a agitar el rabo con vehemencia y partió tras ellos.

“Quizá haya reconocido a sus amigos”

Regresé con mis pensamientos camino de casa. Se acercaba la hora de comer

antes de volver al taller. No me resultaba nada complicado imaginarme a Néstor tras su último interrogatorio. Su odio hacia mí habría aumentado, lo cual me sumía en un estado de intranquilidad que me generaba, a partes iguales, rabia y miedo.

El título de una famosa película de Almodóvar explicaba a la perfección mis sentimientos:

¿Qué he hecho yo para merecer esto?

Un tipo nada recomendable me la tiene jurada, inducido también por su querida novia, sin que yo haya hecho nada contra ellos. La policía cree que cuenta con argumentos para sospechar de una posible implicación mía con el asesino mediático del momento. No creo que sea el único señalado, pero me basta con estar en su listado por largo que fuera, aunque lo presumo muy corto.

Lo mejor de todo es que la semana siguiente, el curso, mi primer taller, intuyo que el último, llega a su fin. Los alumnos me presentarán sus trabajos en los próximos días; una novela corta. Tengo que reconocer que lo poco que he leído de ellos hasta ahora me ha sorprendido. Excepto Goyo y Rosa, que sigue empeñada en llevar a la banca rota al marido, los demás están más que capacitados para escribir su primera novela. Goyo tiene imaginación, su dificultad radica en plasmarla en una trama. Disfruta más con la crítica a las propuestas de sus compañeros que en elaborar su propia historia. No deja de ser una salida profesional o un entretenimiento personal.

Maite había dedicado la tarde del lunes a completar el trabajo de fin de curso al que no había consagrado ni un minuto en los últimos días, y a preparar lo que iba a suponer tachar los últimos nombres de su lista de venganza.

Toto Cantero y Venancia Bras.

Un sentido homenaje al que siempre sería su mejor amigo, Toñín.

En un lugar de su cabeza se hallaba el rostro de su compañero de clase, Goyo. No tenía nada personal contra él, excepto que era un personaje que no sabe estar, que mete la pata con demasiada asiduidad, faltón, machista y que juzga, o lo intenta, las vidas de los demás sin que nadie le haya solicitado su opinión.

Su interés acerca de si llevaba o no peluca le sigue generando cierta incomodidad. Han pasado unos días y la abogada no termina de hacerse una composición de lugar.

“¿Sabe que llevo peluca?”

No dejaba de ser extraño que fuese precisamente un hombre el primero que le haya mostrado sus dudas. Analizó su imagen en el espejo en reiteradas ocasiones, el pelo natural, parecía eso, natural, una melena real, con un peinado diametralmente opuesto al que llevó al hostal.

Tampoco entendía por qué se dirigía a ella cada vez que planteaban la posibilidad de que *El Vengador* fuera una mujer de su edad, más o menos la misma que Marta y Lali. Sin embargo, su breve conversación con Goyo tuvo un momento destacado cuando le confesó que Paco, el Policía Local, pensaba que Jaime tenía una relación directa con *El Vengador*. No dejaba de ser curioso, porque ella estaba cada vez más convencida que el profesor, de sospechar de alguien de su clase, sospecharía de ella.

Terminó de comer. Se despidió de su madre y regresó a su habitación para dar una rápida lectura a su esbozo de novela.

“Tiene su gracia esto de ser el que dirige el cotarro entre los personajes.”

Algo que en la vida real le quitaba el sueño. Se preguntaba si debía actuar de algún modo contra Goyo y el profesor o dejar las cosas como estaban, aunque sólo se tratara de darles un susto. Con Jaime no valdrían medias tintas, si se enfrentaba a él, o lo amenazaba, le estaba gritando en su propia cara que llevaba razón en sus sospechas. Con su compañero, si había tenido la poca delicadeza de compartir con ella lo que Paco pensaba de Jaime, seguramente le habría hecho lo mismo con él exponiendo sus dudas sobre ella y su peluca.

Se metió en el coche dispuesta a ir a clase. Antes de arrancar se ajustó la peluca, sin olvidarse de su juego de cejas del mismo color. Tras aprobar el resultado ante el pequeño espejo de cortesía se puso en camino. Sus dudas tendrían que esperar, antes que nada debería cerrar la lista de venganza, ni Goyo ni Jaime pertenecían a ella. Si algún día se viera obligada a actuar contra ellos sería por una mera cuestión de supervivencia.

50

A través de sus colegas de Londres, la policía había recibido un par de cepillos de pelo, otros dos de dientes, ropa interior e hilo dental . No era mucho para el tiempo transcurrido, pero era lo único con lo que contaban. Las esperanzas se encontraban casi en su totalidad depositadas en los pelos que pudieran encontrar en los cepillos.

—Algo es algo, Olivares. Nos vale un pelo con su raíz, si está en uno de los cepillos Científica nos dará lo que buscamos— consultó su reloj— confío que a media tarde tengan en su poder el ADN del cuerpo de la chica, en estos momentos deben estar exhumando el cadáver.

—Eso espero, comisario— dijo el inspector— no tenemos mucho más.

Dos golpes cortos y secos en la puerta precedieron a la entrada de María Pinta.

—¿Han terminado, subinspectora?

—Sí, jefe— dijo mientras le entregaba un par de hojas.

—No la veo muy contenta.

Diego recogía una copia que le ofrecía su compañera.

María tomó asiento.

—La mujer no para de decir que es muy mala para recordar un rostro con detalle, que si la volviera a ver seguro que la reconocería pero describirla es muy complicado.

—Lo es, María— murmuró Diego— lo es.

—Podría ser cualquiera, que sea rubia no nos dice gran cosa, porque podría tratarse de una peluca. Lo que sí recuerda es que las cejas eran rubias, porque si no le hubiera llamado la atención. Por lo visto tiene una amiga que se tiñe el pelo de rubio y las cejas no y le queda muy raro.

—¿Pedimos que la publiquen, jefe?— quiso saber el inspector.

Redondo llevó ambas manos al mostacho. Desde que echó el primer vistazo al retrato robot se estaba planteando la misma cuestión.

—Si la publicamos tendremos miles de llamadas de gente que dirán que la conoce de toda la vida y, por supuesto, que la acaban de ver— dejó caer la vista una vez más sobre el dibujo— si lleva peluca, posiblemente su aspecto real diste mucho de este— dio dos toques con el índice sobre la hoja— pero por otro lado quizá no sea la primera vez que se pone esta peluca y alguien la reconozca.

—Es posible que no obtengamos muchas pistas entre la gente pero le aseguro que cuando ella se reconozca, y lo hará por poco que se parezca, actuará en consecuencia.

—¿Te refieres a su lista de venganza?

—Sí, también— afirmó Olivares— desconocemos si ha terminado con esa lista a la que te refieres, o si algún día terminará, pero cabe la posibilidad de que haya puesto fin a todo.

—En ese caso puede huir.

—Exacto— Diego se volvió hacia su compañera y añadió ante la atenta mirada del comisario— tenemos cuatro sospechosos. La feliz pareja que amarga la vida al escritor, el propio escritor y una alumna de la que no se sabe nada desde antes del 2009. Sus padres adoptivos cuentan con los papeles en regla, como si se tratara de una adopción legal al nacer.

—A esto se debió referir la directora en su confesión cuando dijo que contó con la ayuda de los Servicios Sociales, que por cierto, estarán de los nervios.

—No les queda otra, Pinta. Continúe, Olivares.

—La duda que tenemos, que nos bloquea en muchos momentos la investigación, es tener la seguridad de que *El Vengador* no ha sido siempre una única persona. Podría tratarse de dos chicas, o una pareja. Aquí el perfil que mejor cuadra es el de la pareja acosadora.

—Sí, el profesor y Maite, a no ser que sean unos extraordinarios actores no les veo.

—Eso es, compañera, de ahí la sensación de que se nos está escapando algo que está ante nuestras narices. Por eso digo que si ella se ve en los medios actuará de alguna forma, si desaparece, es como si nos dijera; soy yo.

—Entonces la publicamos y permanecemos atentos. No puedo poner a las sospechosas bajo vigilancia pero sí que las patrullas circulen frente a sus domicilios y lugares de trabajo.

El retrato robot ocupaba la portada del Diario Montañés y de los de alcance nacional. Sobre la imagen un texto.

“¿*Conoce a la misteriosa mujer*?”

Como se temía el comisario comenzaron a recibir cientos de llamadas desde primera hora de la mañana, no sólo de Cantabria si no de puntos tan distantes como Almería y Castellón.

Felisa observaba la fotografía junto a su esposo acodados en el mostrador de recepción. Habían tomado la decisión de cerrar el negocio pero aguardarían a que, tal y como les aseguró Adriana, la policía, los periodistas, los curiosos y las excavadoras tomaran posesión del jardín.

—¿Así la recuerdas?

—Bueno, lo cierto es que no se parece mucho ¿verdad? El pelo era como más…

—¿Corto?

—Sí, y los ojos…

—¿Menos rasgados?

El hombre cogió a su mujer por la cintura y la atrajo hacia él.

—Es difícil describir a alguien, ¿eh?

Felisa esbozó una sonrisa afectada mientras deslizaba el dedo índice por el cuello de la camisa de su marido.

—Llevabas razón, se ha portado muy bien con nosotros y además la policía dijo que se trataba de un suicidio. Te digo una cosa, si después de lo que ha confesado doña Herminia, Adriana la hubiese matado yo podría entender que…

—Chist, calla.

Maite se hallaba frente a la vivienda de Toto Cantero y Venancia Bras. Le había visto salir a él pero no a ella. Había comenzado la vigilancia de los que confiaba fuesen los últimos de su lista de venganza.

Llevó la vista a su derecha. Un kiosco de periódicos atrajo su atención. Le vendría bien echar un vistazo a la prensa para alargar la espera un poco más. En cuanto las portadas de los periódicos se hicieron visibles, sintió un cierto picor por todo el cuerpo.

—*El Diario Montañés*, por favor.

—Aquí tiene.

Maite regresó a su puesto de vigilancia.

Sólo un cierto picor, porque contaba con que la policía hiciera su trabajo y realizara un retrato robot de la chica rubia del hostal, pero no tenía tan claro si

Felisa iba poner todo de su parte para dejar patente sus dotes de observación.

Sintió como se relajaba con cada nueva mirada que echaba a la imagen.

“No me reconozco”

Sin embargo, la publicación del retrato robot, a pesar de que no existiera un gran parecido entre ella y la imagen, indicaba que la policía estaba tras su pista. Hubiera dado todo por saber si su compañero del taller, Paco, había compartido sus sospechas con los investigadores. Si había tenido la poca profesionalidad de hacerlo con un compañero de clase al que apenas conoce, es posible que hubiese acudido a la comisaría o cuando menos a sus superiores.

Si fuese así, las sospechas recaerían sobre Jaime.

La aparición de su objetivo saliendo del portal cortó en seco sus deducciones.

—Ahí vas…

Siguió sus pasos con la mirada en el corto trayecto que realizó hasta la panadería y regresar de nuevo al portal. Tomó nota de la hora.

“Las 12,30h”

Unos minutos más tarde de las 14,00h apareció Toto Cantero por un extremo de la calle. Maite se incorporó, con el periódico bajo el brazo y las manos buscando algo en el bolso chocó con el hombre.

—Disculpe, iba distraída. No encuentro las llaves.

El individuo acusó el encontronazo, clavó sus ojos en la estúpida mujer, que no miraba por dónde iba, dispuesto a escupir cualquier improperio cuando unos ojos negros se fijaron en los suyos. La mirada y las disculpas ejercieron como un potente bálsamo.

Esbozó una boba sonrisa y continuó caminando volviendo la vista atrás. Maite había conseguido su objetivo, confirmar que se trataba del mismo individuo. Las manos peludas y un enrome anillo le delataban.

“Estamos cerca, Toñín”

Regresó las siguientes mañanas de la semana para confirmar que la mujer salía de la casa entre las 12,15h y 12,45h a la panadería, sólo una vez fue al mercado, y el hombre entraba en el portal siempre antes de las 14,15h.

El momento se aproximaba, el día elegido sería después de finalizar el taller. Desconocía si se iba a ver obligada a huir, debería ser lo suficientemente inteligente como para conseguir que la policía cerrara el caso del *Vengador* y ella permaneciera libre.

Me había levantado con dolor de cabeza y congestión. Confiaba en haberlo

cogido a tiempo y que no me durase más de un par de días. Pasé la mañana y parte de la tarde, hasta que llegó la hora de salir, entre medicamentos que aseguraban que me lo cortarían de raíz.

De camino al taller compraría el periódico en el pequeño local de prensa situado en la misma calle.

—Me llevo *El Diario Montañés*— dije mientras entregaba a la dependienta 1,50€.

—Gracias, señor.

Salí a la calle. Una mano en el maletín, la otra sosteniendo el periódico con la intención de leer la portada antes de acceder a la escuela.

"¿*Conoce a la misteriosa mujer*?"

Me detuve escudriñando la foto de la rubia que se suponía había estado con la directora el fin de semana que puso fin a su vida. No me recordaba a nadie en concreto, excepto por…

—Esos ojos, si no fueran tan…

—Buenas tardes, Jaime.

Volví el rostro como si me hubieran sorprendido haciendo algo que no debiera.

—Hola, Maite ¿cómo estás?

"Esos ojos…"

Vi que llevaba la vista al periódico.

—¿La misteriosa mujer?— soltó sin darle la menor importancia.

—¿Eh? Sí, sí, eso dicen. Es la que estuvo en ese hostal con la directora del centro de socorro— apunté nervioso, sin querer me vi observando su pelo, deteniéndome más tiempo del necesario.

—¿Tengo algo?— quiso saber mientras llevaba la mano a la cabeza

—No, no disculpa. Es que llevo todo el día con medicación para el catarro que he cogido y estoy algo descentrado. ¿Entramos?

—Sí, traigo el trabajo bastante avanzado.

—Me alegra saberlo. Confío que el taller te haya aportado algo— solté. Un segundo después estaba arrepentido de mi estúpida frase.

—Mucho, Jaime, mucho. Ha sido de una enseñanza constante.

La dejé pasar. No sabía cómo tomarme sus palabras. Si permito que mi susceptibilidad, excesivamente desarrollada en las últimas semanas, se haga cargo, la conclusión alcanzada sería que se trataba de una indirecta. Quizá sería más exacto llamarlo directa. Si atiendo a mis sospechas, el taller le ha servido a Maite para dar pasos en su actividad como vengadora.

Sé que pensar de este modo de alguien que conoces, aunque sólo sea de unos pocos meses, no es agradable y puede que ni siquiera sea justo. *El Vengador*, es un hombre o mujer del que hablan los medios, alguien ajeno a mi vida, un ser irreal que jamás se cruzará en el camino del alguien como yo. Esto sólo ocurre en las películas.

Lo sé. Ojalá sea así.

Al menos en unos pocos días dejaremos de vernos, lo que implica ahorrarme las tonterías que he soltado en clase.

—¡No cerréis!

Maite y yo nos detuvimos.

Un individuo corría hacia nosotros maletín en mano. Su traje arrugado por el paso de los años, la camisa a rayas de colores que luchaban con el fucsia y lunares verdes de la corbata indicaban que no podía ser otro que Goyo.

No pude evitar sentir cierta relajación al comprobar que mis absurdos temores de esta misma mañana no tenían fundamento.

—Gracias.

—Buenas tardes, Goyo— dije permitiéndole el paso.

—Creí que no llegaba.

Confiaba en pasar una tarde tranquila comentando los trabajos que hubieran traído los más avanzados. Pero no fue posible, no al menos durante la primera hora.

—¿Habéis visto la foto de la tía que fue al hostal?

Lali negó con la cabeza.

—No he tenido tiempo de nada ¿por qué?

Goyo miró a Maite. Lo supe, no porque hubiera seguido su mirada, me bastó con intuirlo. La abogada está a mi derecha, el comercial delante de mí y a la izquierda. Su mirada en diagonal buscando a su compañera. Algo debió ver en esos ojos que optó por cambiar de conversación.

—Porque imagino que la policía habrá recibido montones de llamadas diciendo que la conocen.

Lali se volvió como si le hubieran tirado del pelo.

—¿No me digas que la conoces?

—¿Yo? No, que va, tiene una cara muy común.

Se hizo el silencio en la clase durante unos segundos.

—¿En tu trama quién sería esa misteriosa mujer, Jaime?

La pregunta de Paco me cogió desprevenido. Llevaba varias semanas sin dirigirse a mí y apenas participaba, llegué a confiar en que se diera de baja, pero

seguramente su profesión se lo impedía.

—No sabría decirte. Hace días que no sigo las publicaciones— miré el periódico— hoy lo he comprado y he visto la fotografía a la que se refiere Goyo. Admito que no sé qué relación pude tener con *El Vengador*.

—Nadie lo sabemos, me refería en tu trama.

Pocas veces en mi vida me he sentido tan incómodo ante la presencia de alguien. De no mantener una relación de profesor y alumno le hubiera preguntado qué era lo que quería de mí, y si era algo personal.

—No sé si en mi trama hubiese llevado a un personaje a ese hostal— la respuesta pareció decepcionarle— pero de haberlo hecho, se trataría de alguien conocido de la directora o bien representa a ese conocido.

Goyo se me quedó mirando unos instantes.

A media clase me entregó su trabajo, se despidió esa misma tarde. Por motivos laborales no podría asistir los pocos días que restaban para finalizar el curso. Creí comprender lo que le afectaba en cada clase cuando leí su novela corta. Un profesor de lengua utiliza sus clases como tapadera de su verdadera actividad de asesino en serie, en la que le acompaña una chica recién licenciada. Uno de sus alumnos pone en conocimiento de la policía sus sospechas, tras las iniciales dudas, al final el profesor es detenido.

Su forma de plantear la trama no era muy clara. Quizá debido a que según fue avanzando el curso sus personajes comenzaron a tomar vida propia, pero si como decía antes, dejo en manos de mi susceptibilidad la interpretación del trabajo del Policía Local, no me queda otra opción que concluir que ha puesto en conocimiento de la policía sus sospechas.

Iba entendiendo lo que el inspector Olivares y la subinspectora Pinta podían haber pensado cuando un colega suyo les informa de una historia sobre alguien, y ese alguien aparece con otra similar.

“¿Quién me mandaría hablar del puñetero *Vengador* en clase?”

51

El teléfono de Redondo comenzó a sonar.

—Comisario, le llama el inspector Cortina, de Científica.

—Gracias, Cruz, páseme.

—Comisario Redondo, le acabo de enviar el informe a su despacho. Quería adelantarle que del cepillo que nos enviaron hemos podido utilizar varios pelos con folículo piloso adjunto, con la raíz, y extraer ADN de la propietaria y compararlo con el de la mujer encontrada en la nave del polígono industrial.

—¿Coincide?

—Sí, comisario. El cadáver corresponde a Adriana Sotillo Del Campo.

—¿Sin lugar a dudas?

—Como sabe, siempre se deja un mínimo porcentaje a lo inesperado, a las dudas, pero no mayor de un uno por ciento.

—Gracias, Cortina, espero la llegada de su informe.

Apenas tuvo que esperar unos minutos cuando Cruz entró en el despacho portando el informe esperado y flanqueando el paso a Olivares y Pinta.

—Sentémonos ahí— Fausto rodeó su mesa y tomó asiento en una de las sillas de la mesa de reuniones.

—¿Lo ha leído?— María señalaba la carpeta que Cruz acababa de entregar al comisario.

—No, pero me ha llamado Cortina.

—¿Coinciden?

—Sí, en un 99%.

Redondo abrió la carpeta y echó un rápido vistazo a las conclusiones. Durante un par de minutos nadie habló. Posiblemente cada cual buscaba encontrar su propia interpretación sobre lo que significaba el informe de Científica.

—Me alegro por la familia, por fin pueden enterrar a su hija, pero no sé si el precio de saber que es la persona que siempre se ha considerado que estaba

detrás del *Vengador*, valdrá la pena.

Una vez más el comisario se tomó unos segundos atusándose el bigote.

—¿Han podido hablar con sus padres?

—Sí, jefe, aseguran que si nadie les asegurara que la chica del retrato robot podría ser su hija no la habrían reconocido.

Fausto frunció su espeso entrecejo.

—¿Me está diciendo, Olivares, que la han reconocido?

—No exactamente. Al pedirles que la observaran bien, la madre ha terminado por decir que tenía un aire— sobre la mesa dejó el retrato robot y una de las fotos que les envió la familia de Adriana— no se puede asegurar que sean la misma persona, pero puestos a querer ver similitudes las podemos encontrar.

—Ya— cerró el informe y lo empujó al centro de la mesa— repasemos lo que significa la identificación del cadáver de la señorita Sotillo.

—No aclara mucho, mejor dicho, lo complica todo más— María chupaba la capucha de su nuevo Bic— esta chica no puede ser la que asesinó al camionero, Segismundo Ganzán, a su mujer, ni a los Rosales, porque estaba en Londres. Creemos que el doble crimen de los hermanos no pudo hacerlo una persona sola.

—Podría haberse encontrado en el momento equivocado en el lugar equivocado— intervino Diego— tampoco tiene sentido su presencia en la nave del polígono. Menos, con un individuo que fue vigilante en La Esperanza. Lo que nos lleva a una conclusión que podía explicar parte del caso.

Fausto asintió.

—Que *El Vengador* está vivo.

—Así es, jefe.

—Está vivo y llevando a cabo su lista de venganza— apuntó María pensando en voz alta con la vista en sus notas— pero no explica por qué Adriana Sotillo terminó muerta en esa nave. ¿Es coincidencia que esté en ese lugar con un antiguo vigilante de La Esperanza? No, jefe, de alguna manera, esa chica y el centro de socorro están relacionados.

—Con todo lo sucedido en los últimos días, nos hemos dejado pendiente hablar con María Teresa Garzábal, la alumna del taller de Valdés que llaman Maite. Es la que más podría encajar en el perfil en cuanto a su pasado, junto con Mena, pero no tenemos ninguna prueba.

—Si es ella y la ponen sobre aviso, podría huir— dijo el comisario.

—Por eso mismo, jefe, pero no podernos quedarnos de brazos cruzados. ¿Se va a hacer pública la identificación del cuerpo de la chica?

—Es una posibilidad que no descarto.

María se ajustó su alta coleta antes de tomar la palabra.

—Si se dice que se trata del *Vengador*, la persona que está actuando es posible que se relaje o se cabree, dependerá de cómo se tome la noticia. Si lo hacemos así la familia recibirá un duro golpe, que no merecen porque sabemos que no se trata del famoso asesino.

—Filtraremos la información. Sólo diremos que ya se sabe la identidad del cadáver de la nave, pero que no se hará público hasta comunicarlo a la familia.

—¿Puede esperar unos días antes de hablar con Londres?

—Sí, Científica se ha dado mucha prisa y podemos retrasar la publicación de las conclusiones ¿por qué lo dice?

—Creo que tendremos noticias pronto.

El inspector no se equivocaba.

Maite se acercó al portal en cuanto Venancia Bras salió rumbo a la panadería. Subió a la tercera planta para aguardar su momento en el descansillo. En su bolso, la pistola eléctrica, el espray y el homenaje a Toñín; la misma pistola que su mejor amigo utilizó cuando se vengó de Evaristo Cantero, marido de la que sería su siguiente víctima.

Estaba nerviosa, muy nerviosa. Su relación con las armas era casi nula. Había estado ensayando en su habitación el momento que se aproximaba. Pretendía trasladar soltura en su manejo y que los exacerbados nervios no la delatasen.

Los pasos de alguien subiendo las escaleras pusieron en tensión sus músculos. Se asomó por la barandilla.

“Ahí viene”

La pistola eléctrica en el bolsillo de la chaqueta firmemente sujeta. La Star S9 corto en el bolso. La primera opción fue amenazarla con ella pero no quería que se revolviera y tuviese que solventar a golpes la contienda. El volumen de Venancia no lo aconsejaba. Tendría que darse prisa.

Se la dio.

En cuanto la mujer introdujo la llave en la cerradura, Maite aguardó a que saltara el resbalón de la puerta y se lanzó sobre ella asentándola varias descargas en la espalda. La mujer cayó al suelo en el pequeño vestíbulo de la casa. La abogada cerró la puerta y sacó un par de cuerdas del bolso que utilizó para atar manos y pies.

Cambió la pistola eléctrica por la de balas y respiró profundamente. Había dejado a Venancia en el salón, tumbada en el suelo, amordazada y sin sentido.

—Toñín, necesito que me des ánimos. Sabes que las pistolas me ponen nerviosa pero no quiero fallar, te mereces que tus padres y tú descanséis en paz.

Una serie de inconexos gruñidos cortaron su particular rezo. Venancia abrió los ojos como si le fueran a estallar de un momento a otro y comenzó a agitar furiosamente brazos y piernas.

—Parece que la señora se ha despertado— dijo mirándola fijamente— sólo te lo voy a decir una vez, si no te estás quieta te daré otra descarga.

La mujer incrementó sus nerviosos y asustados movimientos.

Maite cumplió su amenaza.

Cuando Venancia volvió a abrir los ojos parecía haber comprendido la situación.

—Eso está mejor. Imagino que te preguntas quién soy ¿verdad?

La mujer asintió.

—Soy la mejor amiga de un chico, al que…—apretó los labios y añadió con rabia contenida— tú, el *hijoputa* de tu marido y tu cuñado dejasteis huérfano.

La mujer frunció las cejas.

—¡Ah! ¿No recuerdas? Verás, entrasteis en su casa, tu marido violó a su madre y tú fuiste a buscarle por la casa. Él sí te vio pero tú a Toñín, no. Antes de marcharos los matasteis a tiros ¿vas haciendo memoria?

Venancia abrió los ojos exageradamente mientras negaba con la cabeza.

—Tienes derecho a saber que mi amigo mató al *hijoputa* de tu marido hace unos años. He venido a terminar su venganza. Tranquila, me iré en…—consultó su reloj—media hora más o menos, lo que tarde en venir tu querido Toto ¿Ahora te lo haces con él, eh?

Maite se esforzaba en aparentar una tranquilidad que distaba mucho de sentir.

Había sido sincera cuando dijo que iba a terminar pronto. Nada de alargarlo como la pasada Nochebuena con Segis.

“Las 14.05h”

Su corazón comenzó a golpear aún con más fuerza en el pecho.

“Tranquila”

Creyó escuchar en su interior la voz de Toñín.

Sonrió.

“Contigo a mi lado es mucho más fácil”

Ruido de llaves en la puerta de entrada.

—¡Venan, querida! ¿Dónde estás? Hoy te voy a dar lo tuyo…

Venancia vuelve a agitarse en el suelo, una vez más.

Maite le apunta con el arma y la mujer detiene sus incontrolados

movimientos. La puerta comienza a girar y la enorme humanidad de Toto aparece bajo el umbral absorto en su móvil.

—Venan…

Levanta la cabeza y ve a su cuñada que le mira con ojos desencajados, la cabeza señalando a su captora.

—Pero, qué cojones…—siguió la dirección de las indicaciones de la mujer de su hermano— ¡¿quién coño eres tú?!— exclamó mientras se abalanzaba sobre la abogada.

Maite no contaba con esa reacción.

“Mejor, así no tengo dudas”

Disparó una vez, dos.

Toto giró sobre sí mismo como si de repente se dispusiera a interpretar un extraño paso de baile. Una bala le entró por el pecho, cerca del corazón, la otra impactó en la tripa, la que seguramente terminaría con su vida, no de forma inminente.

—¿Qué coño quieres, zorra?— masculló desde el suelo.

—Calla la puta boca, Toto de mierda— escupió cerca del hombretón.

Demasiado cerca.

El puñetazo la cogió desprevenida lanzándola contra la pared y cayendo al suelo sin sentido. Venancia agitaba su voluminoso cuerpo de un lado a otro con rabia, lo único que conseguía era que sus ataduras se ajustaran con más fuerza a sus muñecas y tobillos. Toto, tumbado en el suelo, con la cabeza en la pared pretendía incorporarse. Tras muchos intentos logró rodar sobre un costado y reptar. El dolor y la pérdida de sangre le nublaban la vista, pero no iba a parar hasta llegar hasta la zorra que le había metido dos balazos.

—Te vas a enterar, hija de puta…—escupió entre dientes sin dejar de arrastrarse.

Cuando se encontraba a la distancia suficiente de Maite para cogerla por el pie, la agarró y tiró justo en el mismo momento en que la abogada abría los ojos y comprendía dónde se encontraba. Bajó la vista a lo que fuera que le atenazaba el tobillo, al ver la babosa sonrisa de Toto le descargó el tacón del otro zapato en pleno rostro. De un salto se incorporó. Miró en torno buscando la pistola.

“Ahí está”

De dos rápidas zancadas se hizo con ella. Antes de poner fin a su estancia en ese piso quería que Toto supiera por qué iba a morir.

—Deja de gritar como una cría histérica y escucha.

—Llama a una ambulancia…— dijo mientras llevaba sus manos a la tripa.

Maite se pasó el dorso de la mano por el labio partido.

“Tengo que poner fin a esto ya”

—Al lugar al que vas a ir no te hará falta una ambulancia.

El rostro de Toto esbozó una mueca torcida.

—Como le decía a la zorra de tu cuñada, vosotros tres matasteis a los padres de mi mejor amigo en su casa ¿recuerdas? A ella le ha costado, pero no es de extrañar, de donde no hay no se puede sacar ¿no dicen eso?

—Explícate de una puta vez…

—Parece que tú también sufres de mala memoria. Tu hermano, no sé si tú lo imitaste, en estos momentos me da igual, violó a la madre, les disteis una paliza y después los acribillasteis a balazos ¿Ya, valiente?

Toto se la quedó mirando unos instantes, parecía como si realmente estuviera recordando.

—¿Tú mataste a mi hermano?

—No, fue mi amigo, Toñín, que falleció hace unos años. Me ha encargado que termine lo que empezó y que os diga que tu hermano y él os esperan con los brazos abiertos.

El Vengador levantó la Star S9 c y apuntó a la cabeza del hombre de la mano peluda y el anillo gordo que tanto había impactado a Toñín.

52

Se me había ocurrido la peregrina idea de poner una pequeña trampa a Mena y Néstor. Trampa que he activado y mantenido en secreto desde que unos días atrás finalizó el taller. Suponiendo que Marcos y yo lleváramos razón al considerar que mi antigua inquilina accedía a mi ordenador remotamente, volví a incluir los resúmenes diarios de clase en su carpeta correspondiente con una reflexión en la que me preguntaba si ella y su novio podrían tener un vínculo directo con *El Vengador*, puesto que ambos daban el perfil. Para darle un poco más de credibilidad añadí que había puesto en manos de la policía mis sospechas.

Sólo tocaba esperar.

A veces me pregunto a qué narices estoy jugando y por qué no dejo en manos de los profesionales la investigación. Lo único que he conseguido hasta el momento es que me señalen como posible implicado y me soliciten amablemente que no abandone la ciudad en los próximos días.

Al menos estaba ocupado leyendo los trabajos de los alumnos mientras pasan las horas. Ocupado y muy preocupado. El repaso a la novela corta de Paco Calatayud no dejaba duda alguna de lo que yo intuía en sus miradas y su actitud durante las últimas semanas. Su visión particular del taller en la que el individuo que lo impartía no era otro que el asesino buscado por la policía y posteriormente detenido gracias al inteligente proceder de uno de los alumnos me había afectado más de lo que en un principio quise reconocer. Si doy por hecho que el Policía Local ha compartido sus sospechas con Pinta y Olivares, me pregunto cómo habrán reaccionado.

De lo único que puedo estar seguro es que no tardaré en averiguarlo.

Me encontraba prisionero de mi propia trampa sin posibilidad de escape. Salir a la calle se había convertido en un acto heroico, me sentía vigilado, seguido, sé que lo más probable es que se trate de una paranoilla mía.

¿O no?

Acabo de regresar del mercado y me he vuelto a encontrar con el encantador perrillo en el Paseo de Pereda. Sigue solo, quizá buscando una familia que lo acoja.

Me embarga la extraña necesidad de dejar por escrito mis sensaciones. Soy consciente que si Mena y su pareja están relacionados con los sucesos, haberles informado de mis sospechas y su puesta en conocimiento de la policía me augura una corta estancia entre los vivos. No se me ocurría otra forma de provocar que los acontecimientos se precipitaran.

El ascensor se ha detenido en la planta.

Escucho pasos quedos.

Mi teléfono comienza a vibrar sobre la mesa.

“Inspector Olivares”

Diego y María analizaban los siguientes pasos a dar. La decisión de no ir a casa de Maite para no ponerla sobre aviso les había dejado con la sensación de estar perdiendo el tiempo, algo que en esos momentos no les sobraba.

—Necesitamos una foto de la niña que adoptaron los Ganzán. No se me ocurre cómo podríamos conseguirla. Su ficha no está en el archivador de La Esperanza.

—¿En qué estás pensando?

—No sé, Diego. Como hemos dicho en varias ocasiones, demasiadas ya para mi gusto, algo se nos está escapando. Tengo la desagradable sensación de que la resolución del caso es más sencilla de lo que parece, sólo tenemos que dar con ese dato.

—¿Crees que la foto de esa niña…— dio la vuelta a la hoja que sostenía—… Cris Expósito nos dará la respuesta?

La subinspectora negó con la cabeza y frotó su rostro con las manos.

—No me hagas caso, Diego. No sé…

El inspector se puso en pie.

—Llevas razón en lo que dices, esa niña es la clave de todo pero parece que se la ha tragado la tierra, no se sabe nada desde…

De repente los dos compañeros se quedaron en silencio mirándose el uno al otro. Ambos asintieron.

—Desde que Toñín…

—Sí, Diego, después la adoptaron, ponle que fuese un año o dos más tarde. ¿Ves dónde quiero llegar o es una estupidez?

—Sí no se sabe nada de ella desde entonces y han transcurrido más o menos los mismos años que Maite Garzábal lleva siendo Maite Garzábal.

—¿Será ella Cris Expósito?— preguntó al aire Pinta.

El inspector cogió la foto de Adriana.

—¿Qué piensas, compañero?

—Verás…que no salga de aquí, negaré haber hecho una propuesta como esta — sonrió a su compañera señalando la fotografía— su madre nos dijo que tenía un aire.

—Sí y lo tiene, sobre todo por los ojos.

—Sin embargo, sabemos que no puede ser Adriana Sotillo, y no la podemos publicar como persona desaparecida porque está en el anatómico forense hasta que sus padres digan qué quieren hacer con su cuerpo.

—Cuando los pobres se enteren— María repitió su habitual gesto de concentración con la capucha del Bic entre los dientes— siguiendo con ese punto de partida, si tienen un aire…Bueno, quiero decir que si resumimos en una frase lo que pensamos sobre *El Vengador* desde comenzó con su venganza hasta hoy…

—Sí…

—…que si creemos que son dos personas, y si estas dos personas tienen un aire…

—Es posible que todo sea una locura y este caso termine con nosotros pero vamos a hacer esa llamada. ¿Es lo que quieres, no?

María asintió.

Diego pidió hablar con la señora Sotillo en Londres, pero le cortaron antes de terminar de presentarse.

—Soy la madre de Adriana, inspector, le he reconocido. ¿Tiene alguna noticia sobre nuestra hija?— su voz partió envuelta en una dolorosa ansiedad.

—En breve, unos días a lo sumo, le podré informar al respecto. El motivo de esta llamada, señora, es preguntarle si cuando adoptaron a Adriana usted recuerda si tenía alguna hermana.

Durante unos largos segundos no se escuchaba nada al otro lado de la línea más allá de una respiración agitada.

—¿Una hermana? Ahora que lo dice creo que sí, la madre biológica no podía mantener a sus hijos y por eso daba a Adriana en adopción.

María escribía con rapidez en una hoja, al terminar señaló el texto con vehemencia.

Diego leyó en voz alta.

—¿Gemelas?

—No se lo puedo asegurar inspector, nadie nos habló de ello. ¿Lo dice por el retrato robot y las fotos que les he enviado?

—Disculpe que no pueda hablar de una investigación en curso, le ruego que nos deje unos días más y prometo comunicar con usted.

Un intenso suspiro al otro lado del teléfono.

—Llevamos casi tres años esperando noticias, podremos aguantar unos días más.

—Gracias, señora.

La subinspectora repasaba a toda velocidad sus notas.

—Eso lo explicaría todo, al menos en teoría, Diego. Lo que no quiere decir que sea realmente lo que está pasando.

—Sí. Se me ocurre una idea— cogió su chaqueta— ¿me acompañas a hacer el ridículo?

—¿Dónde lo quieres hacer?

—Vamos a ver a Jaime Valdés.

—¿Con la foto de Adriana Sotillo?

—Sí.

—A ver, Diego, no la puede reconocer, pero… si hay una hermana por ahí, y…— María ladeó el rostro— me muero de ganas por comprobarlo ¡Vamos!— exclamó saliendo la primera de la sala.

Con la subinspectora al volante llegaron hasta las proximidades de la casa de Jaime Valdés sin cruzar palabra alguna. La hipótesis de las dos hermanas la llevaban cogida con alfileres, tan endeble era que prefirieron no someterla durante el trayecto a desalentadores argumentos que la invalidaran. Pero la subinspectora no se pudo aguantar. En cuando detuvo el BMW X6 y bajó del coche expuso su primera duda.

Y la segunda, y…

—Me pregunto que si es cierto que son hermanas y Adriana no vino de Londres hasta septiembre de 2014, según nos dijo su madre, y además desconocía que tuviese una hermana ¿cómo se encontraron? ¿Qué hacía en la nave? ¿Quién de las dos mató a Segismundo Ganzán, y…?— soltó de sopetón.

—Respira, María, vayamos poco a poco.

Subieron a la segunda planta y pulsaron el timbre seguido de un suave repiqueteo con los nudillos.

Aguardaron un minuto sin obtener respuesta.

La subinspectora pegó la oreja a la puerta mientras el inspector llamaba al

escritor con el móvil.

—Está sonando dentro…— susurró Pinta aún con la oreja en la puerta— parece que viene, oigo pasos, bueno, eso creo.

Dejaron transcurrir unos interminables segundos antes de volver a insistir. De pronto, un grito ahogado seguido de un golpe seco. Diego pulsó el timbre con ímpetu y golpeó la puerta.

—Hay que entrar…

Los dos policías sacaron las armas. Olivares golpeó la puerta con el pie pero no obtuvo el resultado buscado. Otro intento. Nada.

—Ponte detrás de mí…— susurró mientras apuntaba con el arma.

Dos tiros hicieron saltar el pomo por los aires. Lentamente empujó la puerta.

—¡Policía! ¡Vamos a entrar!

Con el pie desplazaba la puerta hasta que algo la detuvo. Diego señaló al suelo. El cuerpo de Valdés bloqueaba el paso.

—¡Policía, salgan con las manos en alto! ¡Hemos pedido refuerzos, no compliquen las cosas!— mintió.

Silencio.

Silencio y algo más…respiraciones agitadas.

—¡No disparen!— exclamó una voz de hombre.

María y Pinta reconocen la voz. Sujetan con más fuerza sus armas.

—Ya salimos.

No había duda.

La puerta comienza a abrirse lentamente. Alguien desplaza el cuerpo de Jaime a un lado. La subinspectora tantea con la mano la pared y enciende la luz. Ambos con sus armas apuntando al frente.

—¡Al suelo!— gritó Diego.

—¡¿No habéis oído?! ¡Al suelo!

Mena y Néstor obedecieron sin poder disimular el intercambio de reproches en sus miradas.

La frágil hipótesis de los policías debería esperar a que el escritor recobrase el conocimiento.

Una hora más tarde despiden a la ambulancia. Dos coches patrulla se llevan a los detenidos.

–¿Os habéis enterado?— quiso saber el subinspector Pella.

—Nos lo vas a decir ¿no?

—Cómo eres, compañera. Han encontrado dos fiambres en un piso acribillados a balazos.

—¿Un ajuste de cuentas?

—Es posible, Pinta, pero lo curioso del caso es que los han asesinado con una de las viejas pistolas que llevaba la policía de Franco y el ejército de esa época. Parece el mismo arma empleado en un asesinato de hace unos años, según me han dicho ha sido en el mismo piso.

Diego sintió como le flaqueaban las piernas.

—¿Cuándo ha ocurrido?— con la pregunta pretendía disimular su congoja más que un interés real por la repuesta.

—Según Científica ha debido ser ayer a medio día, nadie lo ha descubierto hasta hoy. El hombre no se presentó por la tarde a trabajar, ni esta mañana.

El inspector Olivares necesitaba salir de allí cuanto antes.

—Gracias, Pella— dijo mientras le hacía un gesto a María para que le acompañase.

—¿Qué sucede?

—Nada, que no me encuentro bien, es como si el estómago tuviera de repente vida propia y…

—Tranquilo ¿te dejo en casa? Yo me encargo del informe. Antes de regresar a Comillas pasaré por el hospital para ver si Valdés nos saca de dudas, ¿te parece?

Olivares asintió.

—Mejor vamos a Jefatura y cojo mi coche.

Entrando en al aparcamiento el sonido de recepción de un mensaje se dejó oír en el interior del vehículo.

—Es el mío, María.

El inspector llevó el móvil a la oreja y escuchó.

—"*Diego, perdona que te moleste, soy Camila, tu vecina, han traído un paquete para ti, pone que es de entrega urgente y he pensado que debías saberlo*"

Colgó.

—No tienes buena cara. ¿Malas noticias?

—Mañana te cuento— dijo mientras saltaba del 4x4 y se encaminaba a buen paso hacia su Audi A1.

La subinspectora le observaba con la preocupación reflejada en el rostro.

"¿El estómago? Otra vez piensa en otra excusa mejor, compañero…"

53

El paquete estaba en su casa de Ruiloba, a la que regresaba un par de fines de semana al mes. No dejaba de ser curioso que una vez más se cruzara en su día a día una coincidencia. El arma utilizada en el tiroteo del que les había hablado el subinspector Pella y la llegada de un paquete urgente a Ruiloba, cuando los que le conocen saben que vive en Santander la mayor parte de los días del mes.

Apuró los límites de velocidad al máximo. Todavía resonaba en su cabeza la Star S9 c, había llegado el momento de enfrentarse a sus miedos y acceder a la caja en la que debería continuar guardada.

“Tiene que estar, tiene que estar…”

Golpeó con rabia el volante.

—¡Tiene que estar, joder…!

Cuando aparcó frente a su casa, Camila salió de la suya con el paquete entre las manos.

—Espero no haberte molestado con la llamada.

Diego le dio dos besos.

—Sabes que puedes llamarme cuando quieras— dijo cogiendo el bulto— Gracias.

—¿Te quedas hoy aquí?

—Aún no lo sé, tengo que hacer un informe y según como termine.

—Si te apetecen unos huevos fritos con jamón del bueno para cenar, estás invitado.

—Es muy tentador, pero no puedo asegurártelo.

Entró en la casa, dejó el paquete sobre la mesa redonda del vestíbulo y se encaminó a su despacho. Del altillo se hizo con la caja que contenía las armas y de su interior con la que debería guardar la Star S9 c de su abuelo. La dejó sobre la mesa. Respiró profundamente sintiendo su corazón galopando desbocado.

—Tiene que estar….

Situó las dos manos sobre la tapa y la levantó lentamente, muy lentamente.

No había nada.

—No puede ser…— sintió un golpe seco en el estómago, como la coz de un caballo cabreado— ¡Mierda! Esto me pasa por no haber querido comprobarlo antes ¡Joder!— de un manotazo lanzó la caja por los aires y escondió la cabeza entre las manos.

Los ojos se le cubrieron de lágrimas. Sus sospechas tras el asesinato de Evaristo Cantero dejaban de ser tales. Se dejó llevar y lloró.

Lloró por Toñín, por la rabia que debió almacenar desde aquel maldito día que asesinaron a sus padres enquistada en su cuerpo. Del dolor que debía haber sufrido y él sin darse cuenta. Se secó las lágrimas con las palmas de las manos y sorbió la nariz.

Sí, era policía, le habían preparado para coger a los malos y defender a las personas, pero no podía negar un atisbo de orgullo por el valor demostrado por Toñín al ver que la ley no era capaz de meter entre rejas a los culpables.

—Por mi culpa… si hubiese hecho bien mi trabajo… si lo hubiese hecho bien no se habría visto en la necesidad de tomar partido.

Cruzó los brazos sobre la mesa y escondió la cabeza entre ellos. Cuando abrió los ojos era noche cerrada. Su móvil mostraba varias llamadas perdidas de Camila, dos mensajes de su compañera en los que le decía que no podrían mostrarle la foto de Adriana a Valdés hasta la mañana siguiente y cómo se encontraba.

Llevó la vista al vestíbulo, el paquete parecía resplandecer bajo la luz de la lámpara.

“¿Coincidencias?”

En sus recientes recuerdos destacaba el tiroteo y la entrega del paquete.

“Toñín…”

Armas como la de su abuelo habría bastantes circulando, pero sólo una encajaría con las balas que terminaron con los hermanos Cantero y Venancia Bras. Se incorporó con visible desgana, cogió el paquete y lo dejó sobre la mesa de centro del salón frente a su butaca preferida. Del mueble bar se hizo con un vaso y una botella de Chivas a la que le daba un uso esporádico. De la cocina una cubitera repleta de hielos. Se sirvió una copa y tomó asiento.

Rasgó el envoltorio, del interior extrajo una caja fina de madera oscura.

Al retirar la tapa lo primero que ve le sacude la somnolencia que le atenazaba. Media cuartilla sujeta con celos sobre un envoltorio de papel.

“*Se acabó, inspector, no más muertes*”

Levantó una esquina de la nota, la despegó, algo había detrás.

Una vieja fotografía Polaroid apareció frente a sus ojos.

—Dios mío…

Dos niños cogidos de la mano. Toñín sonreía a la cámara, a su lado una niña de rostro risueño. Dio la vuelta a la foto.

“Cris y yo”

—Cris…

En su cabeza se reproduce la conversación que mantuvo en su día con doña Herminia en la que le relataba cómo Toñín había salvado a una niña de un violador. Observó la instantánea durante diez minutos como si pudiera decirle algo. Luchaba para que sus ojos no se cubrieran de lágrimas otra vez. Bebió un trago y dejó la fotografía sobre la mesa.

Cogió el envoltorio sobre el que había estado pegada la breve nota, al intuir con el tacto lo que escondía su interior tensó los músculos. Con cuidado deshizo el paquete, frente a sus ojos brillaba la Star S9 c. La dejó junto a la imagen de Toñín y Cris.

En un extremo de la caja, la Polaroid que regaló a Toñín, la situó junto a la pistola.

Debajo, dos sobres. Se hizo con el primero, despegó la solapa y con cuidado volcó el contenido sobre la mesa.

”¿Más fotos?”

Sí, fotografías numeradas y una cuartilla con la explicación de cada instantánea.

Dio otro sorbo y se dispuso a enfrentarse a lo que estaba por llegar.

Foto 1. Era un recorte de periódico con la imagen de un hombre tumbado en el suelo con los ojos cerrados. Sobre el pecho, a bolígrafo, un texto; Culpable.

“*Este hombre fue el último novio que conocí de mi madre. No fue el primero que me violó, yo contaba con 10 años cuando perdí la virginidad. Aquel día estaba violando a mi madre y le clavé un cuchillo en el cuello. Yo era Elena.”*

Foto 2. Hecha con una Polaroid. Un hombre tumbado en el suelo de lo que podría ser un camino rural. Un cartel cubriendo su pecho, realizado con recortes de revistas, que rezaba; Culpable.

“*Es José Ganzán, el que llamaban el camionero, como bien sabe. Cuando me escapé de casa de su hermano pasaba con su camión y me dijo que subiera. Ya se puede imaginar lo que sucedió en la cabina*.”

Foto 3. Fotografía hecha con la Polaroid de una mujer tumbada en el arcén. Escrito con rotulador se podía leer; Culpable.

“*Es Candela García la mujer de Segismundo Ganzán, permitía que su marido violara a sus hijas, lo mismo hacía su hijo. Me recordaba tanto a mi madre…. No murió atropellada. Me conocían como Manuela.”*

Foto 4. Una instantánea en la que aparecen los cadáveres de dos chicos con un cartón sobre el pecho; Culpables.

“*Son los hermanos Rosales, Juan y Alberto, para ellos era Cris, sólo me dio tiempo a mutilarle las pelotas a uno. Violaron en compañía del que entonces era vigilante de noche de La Esperanza, Ezequiel Gómez a nuestra buena amiga Susa. La que encontraron ustedes enterrada en el jardín, la conoce como Susana Leal, era una niña dulce que no había hecho mal a nadie. Doña Herminia sabía lo que había pasado, en la grabación que está debajo de estos sobres lo escuchará*”

Diego apuró otro sorbo y rellenó el vaso. Sentía una rabia contenida mezclada con una profunda sensación de impotencia, de no poder hacer nada, ya era tarde.

Demasiado tarde.

Fotos 5 y 6. Las dos hechas con Polaroid. En una aparece un hombre con el rostro desfigurado y una hoja sobre el pecho; Culpable. En la otra se aprecia al fondo una chica tumbada.

“*Este es Ezequiel Gómez en la nave en la que trabajaba de conserje. Su confesión la podrá escuchar a continuación de la de doña Herminia. El cuerpo que aparece en la segunda foto al fondo, detrás del conserje, es el de Adriana Sotillo Del Campo, mi hermana gemela, de la que no tuve noticia hasta unos días antes de vengar a Susa. Dígales a sus padres que ella no es El Vengador, esta foto lo confirma, nadie habría podido hacerla excepto yo, que estaba ahí y terminé con la vida del cabronazo del conserje. A Adriana la mató él mientras yo estaba sin sentido. Nunca me lo podré perdonar, murió por mi culpa*”

Diego dio un sorbo, cogió el móvil y escribió un mensaje a su compañera.

“*No le enseñes la fotografía a Valdés, ya no es necesario. Mañana te cuento todo*”

Otro sorbo y continuó:

Foto 7. Hecha con la Polaroid. Un individuo tumbado en la cama. Las manos atadas al cabecero. Un texto grabado sobre el pecho; Culpable.

“*Es el peor de todos, aunque me niego a hacer una categoría de delitos de violación mejores o peores. Violaba a sus hijas, una no pudo soportarlo más y se suicidó. A mí no me violó porque esperaba al día de mi trece cumpleaños, me*

escapé de su casa antes y di con el camionero. A veces la vida te guarda macabras sorpresas y no sabes por qué. A su hijo le dejé con vida en su habitación de Valladolid a pesar de que abusó de mí con doce años. Con el golpe que le di pagará toda su puñetera vida"

Foto 8. Un recorte del *Diario Montañés* con la imagen de un hombre.

"*Es Evaristo Cantero, el desgraciado que violó a la madre de Toñín, y como sabe, inspector, uno de los que mató a sus padres. Me la dio él*"

El inspector sintió una seca sacudida en su maltrecha conciencia.

Foto 9. Instantánea en la que aparece una mujer tumbada en el suelo. En la fotografía, sobre la frente, un texto; Culpable.

"*Es Venancia Bras, la mujer de Evaristo y luego la amante de Toto. El texto sobre la fotografía está escrito con su propio pintalabios. No dejé el cartel de culpable sobre ella porque no quiero que los periodistas lo relacionen con las demás*"

Foto 10. Un hombre tumbado sobre el suelo. Un texto en la propia foto; Culpable.

"*Como bien sabe, es Toto Cantero, el de las manos peludas y anillo gordo que tanto impactó a Toñín*. Como él no pudo terminar su venganza por el maldito accidente. Lo he hecho yo en su nombre."

Foto 11. Instantánea de una Polaroid. Un hombre tumbado en el suelo. Sobre su pecho un cartel con un texto; Culpable.

"*Como sabe, es César Hernández, del que me salvó Toñín cuando me estaba violando*"

Diego dejó las fotografías a un lado y dio otro sorbo, necesitaba respirar un poco antes de enfrentarse a un sobre dirigido a él. Saber que sus sospechas sobre la autoría de la muerte de Evaristo Cantero eran ciertas no lo hacía más llevadero. Se frotó la cara con saña.

"Vamos allá"

Cogió el sobre y rasgó por un extremo.

Desdobló la hoja y leyó:

"*Deje de atormentarse por la muerte de Toñín, no se suicidó, fue un maldito accidente. Desde que fue a La Esperanza a proponerle que viviese con usted, le convirtió en el chico más feliz del mundo. Estaba muy orgulloso de su padre policía, de la casa de Ruiloba de la que no paraba de hablar, de sus vecinos, especialmente de Camila y su puré de zanahorias y puerros. ¿Recuerda un día*

que Toñín le presentó a una amiga en la puerta de su casa? Usted salía al trabajo. Era yo, Cris, así me presentó pero ahora tengo otro nombre que usted ya conoce. Ese día pude comprobar que era cierto lo del puré.

Toñín le quería como nunca antes quiso a nadie, inspector. Lo admiraba y le estaba tremendamente agradecido. Un chico valiente, dulce, bueno y tierno, de gran corazón, que la vida le empujó a tomar decisiones duras.

Para mí, fue, es, y será mi mejor amigo. Mi primer amor. Nadie ha podido ocupar su lugar en mi corazón, nadie lo conseguirá.

Con esta carta no pretendo justificarnos ante usted, entiendo que nos vea de otra manera. Ni él ni yo nos arrepentimos de lo que hemos hecho, inspector. Lo que si le garantizo que es que todo terminó, no más muertes.

A estas alturas usted ya sabe quién soy. Le confieso una cosa, es posible que cuando lea esta carta haya huido.

O no."

Tras escuchar las grabaciones con las confesiones de doña Herminia y Ezequiel Gómez, rellenó el vaso y cogió las fotografías. Las repasó una a una y volvió a leer la carta. Se puso en pie, sobre el aparador junto a una de las ventanas, dos marcos con las fotos de Toñín y él en El Sardinero y en el Palacio de Sobrellano en Comillas.

—Toñín…

Agachó la cabeza y se dejó llevar.

Esa noche lloró como nunca antes en su vida, excepto el día de la muerte del pequeño. Regresó al sofá y se tumbó, los vapores etílicos comenzaron a hacer su efecto y se quedó dormido. Cuando abrió los ojos el sol entraba por la ventana. Algo le había despertado.

El móvil vibraba sobre la mesa. Miró la pantalla.

"María Pinta"

—¿Diego, estás bien?

—Sí, eh…

—¿Qué sucede?

—¿Puedes venir a mi casa de Ruiloba? Tengo algo que enseñarte.

—Por supuesto, sólo tienes que pedirlo. Por cierto ¿sigues pensando que no es necesario que muestre la foto a Valdés?

—Sí. No hace falta. Adriana y Maite son hermanas gemelas idénticas.

María Pinta colgó el teléfono, con la excusa de ir al hospital a ver al escritor se subió al todoterreno y puso rumbo a Ruiloba. No había pasado buena noche, el rostro de su compañero cuando se despidió de ella no auguraba nada bueno. Verle preocupado le hacía sentirse incómoda e impotente.

"¿Hermanas gemelas idénticas?"

Conforme llegaba a su destino sentía como esa incomodidad se acrecentaba, empujada por una punzante sensación de nerviosismo. Aparcó junto al Audi A1. Respiró con intensidad mientras recorría a buen paso los escasos metros que la separaban de la puerta y llamó al timbre. Lo primero que le impactó fue el aspecto de Diego. Llevaba la misma ropa que el día anterior y despedía un olor a…

Al ver la botella de Chivas sobre la mesa lo comprendió.

—¿No has dormido?

—Algo sí, porque gracias a tu llamada me he despertado.

—Lo siento.

—No, no. Todo lo contrario, te lo agradezco.

María barría con la mirada lo que había diseminado sobre la mesa de centro del salón.

—¿Quieres un café?

—Luego, ahora no puedo esperar más— agitó las manos en el aire y las llevó a las caderas— necesito que me cuentes ya qué es lo que pasa, por favor.

—Me doy una ducha y…

—No, no, Diego, por favor te lo pido.

El inspector recogió el contenido de la caja y lo volvió a colocar en su interior tal y como estaba.

—Siéntate— pidió— ¿recuerdas que ayer recibí una llamada? era Camila, me decía que había llegado un paquete urgente para mí. Unido al tiroteo que nos contó Pella vine aquí corriendo.

—Estabas agobiado.

—Mucho más que eso, María— dijo señalando la caja— está todo como me lo encontré. Si no te importa me gustaría que lo descubrieras del mismo modo que lo hice yo. Cuando termines dime qué quieres hacer y lo haremos.

—Me estás asustando.

—Me voy a dar una ducha y luego preparo café.

Bajo el chorro de agua templada, el inspector repasaba el contendido de la caja. Maite se había confiado en parte a su juicio. Sólo en parte porque ella debía

saber que no había pruebas que la incriminasen, ni a Toñín, más allá de la carta que podría entenderse como una confesión escrita en un ordenador, sin firmar. Lo que tenía más valor eran las grabaciones de la directora y el conserje, junto con la foto de Adriana y su asesino en la nave. Como bien decía Maite, sólo ella pudo hacer esa foto.

Mientras se frotaba la cara continuaba con el repaso a la noche anterior. Ella era consciente de que no había forma de demostrar que Adriana tuviera una hermana gemela. Que no pudo ser *El Vengador* porque estaba en Londres. Tampoco había nada que apuntara a Toñín, nadie, ni doña Herminia en su confesión le señaló como culpable de la muerte del vigilante de noche.

Mientras sale de la ducha, el repaso mental al texto de la carta sobre lo que Toñín pensaba de él se le agarra al corazón. Se emociona con recordarlo.

"¿Orgulloso de mi?"

Negaba con la cabeza, no tenía motivos para estarlo, si hubiera detenido a esos tres hijos de puta, su hijo no habría tenido que…

"Tranquilo, tranquilo…"

Había tomado ya una decisión con el destino de la caja y su contenido. No había marcha atrás. Afrontaría lo que tuviera que venir.

Sí, lo haría por Toñín.

Por Elena, Manuela, Maite, Cris, su mejor amiga.

Afeitado y repuesto de la complicada noche bajó al salón. Se sorprendió al ver que María no estaba en el sofá. Ruido de platos que provenían de la cocina, se asomó. Su compañera colocaba tazas de café en una bandeja. Sin saber por qué se quedó observándola. Vio como agachaba la cabeza y sus hombros se agitaban al compás de incontrolados llantos.

—María…

La subinspectora se volvió, miró a su compañero y corrió a su encuentro. Se abrazó a él con todas sus fuerzas y siguió llorando. Al terminar levantó la cabeza y buscó los ojos afectados del inspector.

—Diego…

—¿Sí?

—Somos policías…

—Lo sé.

—Hay cosas que no podemos permitir.

El inspector asintió.

—Tenemos que ser justos…

—Lo sé, María.

Quedaron en silencio unos segundos.

—¿Qué hacemos con las fotos y la carta?

Pinta arrugó el entrecejo.

—¿Carta? ¿Qué carta? ¿Fotos, qué fotos? Yo sólo he visto una de Toñín con su mejor amiga de la mano.

Epílogo

Me habían dicho que los inspectores me visitaron en el hospital pero que no les habían dejado entrar en la habitación. Cuando dos días más tarde pedí el alta al llegar a mi casa lo primero que hice fue coger el teléfono.

—Señor Valdés, ¿cómo se encuentra?

—Con un fuerte dolor de cabeza, inspector. Le llamaba porque me dijeron que en la tarde de ayer quisieron visitarme y no les dejaron.

—Sí— mintió a medias al aceptar el plural de la visita— no se preocupe, Mena y Néstor no le molestarán más.

Tardé unos segundos en comprender.

—Imagino que aún no le han puesto al corriente. Fueron ellos lo que le golpearon en su casa.

—Sí… recuerdo. Usted me llamó al móvil y me levanté para abrirle la puerta ¿Entonces, está todo aclarado?— quise saber, temiendo la respuesta.

—Ya no hay nada de qué preocuparse.

Dudaba de la manera de tomarme esas palabras.

—¿Puedo regresar a Madrid, inspector?

—Si eso es lo que quiere no hay problema.

—¿*El Vengador*?

—Olvídelo, se terminó.

Cuando colgué el teléfono no me quedé muy cómodo con la respuesta. Bajé a la calle y me hice con un ejemplar del *Diario Montañés*.

Leí el titular de generosa tipografía.

"*No más muertes*"

"*Las confesiones de la que fuera directora del Centro de Socorro Juvenil La Esperanza y de uno de los vigilantes del turno de noche, Ezequiel Gómez, publicadas en exclusiva el día anterior por este periódico, ponen punto y final a las andanzas del célebre Vengador.*

Este periodista ha recibido una información digna de toda confianza en la que se asegura que todo ha terminado y que la mujer fallecida junto al conserje nada tiene que ver con el famoso asesino, se trataba de una víctima más que se encontraba en el momento equivocado en el lugar equivocado. Lo prueba con una fotografía."

Cerré el periódico y adquirí el del día anterior, necesitaba leer las trascripciones de las confesiones que apuntaba en su artículo Torquemada. Al terminar sentí cierto malestar recorriendo mi cuerpo. Caminé un rato por el Paseo de Pereda, quería disfrutar del suave golpeo de la brisa marina en mi rostro.

Pocas cosas me resultan tan agradables como observar el infinito mar y oler la brisa. Me quedé un buen rato con la mente en blanco, disfrutando del paisaje. De pronto sentí algo en mi tobillo. Bajé la vista.

Una enorme sonrisa se apoderó de mi rostro.

—¡Pero, bueno! ¿Tú, otra vez?

El perrillo de raza indefinida meneaba insolente su pequeña cola de un lado a otro.

Puse rodilla en tierra.

—Cuando pase el primero te irás detrás y no querrás saber nada de mí.

Se me quedó mirando como si valorara mis palabras.

La prueba de fuego, en forma de dos preciosos ejemplares de Schnauzer, se acercaba por nuestra izquierda. El perrillo volvió el rostro, echó una rápida ojeada y de nuevo fijó su mirada en mí, como diciendo ¿ahora qué?

—Está bien, me has convencido, pero lo primero será darte un buen baño y llevarte a un veterinario.

Lo cogí en brazos dispuesto a comenzar por lo segundo, le llevaría a la misma clínica veterinaria cerca de mi casa que conocí con Freddy.

—Profesor…

Me detuve en seco. La voz era inconfundible.

—Espero no molestarte— dijo mirando al perrillo.

—No, en absoluto. Acabamos de conocernos y le llevaba al veterinario. La verdad es que ya nos habíamos visto antes— me sentía estúpido con mi nerviosismo.

—Se ve que le gustas— dijo señalándole. Llevó la vista la titular del periódico— ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—Si estuviéramos en el taller y habláramos acerca del final de la trama de tu vengador de ficción ¿qué hubieses propuesto?

No pude evitar sentir un cierto cosquilleo recorriendo mi cuerpo. Miré al Cantábrico y acaricié a mi nuevo amigo. El inspector Olivares me había dicho que todo había terminado, nada que temer.

—Seguramente hubiese apostado a que dejaría de matar porque su venganza habría finalizado y sí, hubiera informado a la prensa de sus intenciones.

—¿Lo detendrían, profesor?

—Como abogada sabes que las pruebas son necesarias para llevar a alguien ante el juez, pero a veces eso no es suficiente, se necesita también algo más.

—¿A qué te refieres?

—Valor, Maite. Valor para no juzgar.

Nos quedamos en silencio unos instantes.

—Gracias, Jaime.

—Gracias a ti, Maite.

—¿Darás otro curso?

Ni yo mismo sabía la respuesta en esos momentos. Me encanta la ciudad, pero debo asimilar las experiencias del último año.

—No lo sé, la verdad.

—Eres un magnífico profesor, has sido una gran inspiración para mí. Confío en volver a verte.

—Tú, una alumna ejemplar. Maite.

De verdad que lo había sido.

“Donde hay poca justicia
es un peligro tener razón”
Francisco de Quevedo y Villegas

Biografía

Nací en Barcelona en 1961. Soy licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas por la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid.

Cuento con dos blog:

Uno, dedicado a todo aquello que tenga que ver con mi trabajo como escritor, las novelas publicadas, eventos:

http://comillas61.wixsite.com/federicocorreagildeb

Otro: "un Poco de Branding es Mucho" sobre marcas comerciales, dedicado a la creación y desarrollo de las mismas. Temas relacionados con la publicidad desde el punto de vista del consumidor o bien desde la propia empresa.

Novelas (negra, suspense, intriga y/o romántica):

1- "**Marea Libro 1 Cuando el corazón late**". *Publicada en 2012.* (Amazon) (Intriga, suspense, romántica)

2- "**Marea Libro 2 No hables con extraños**". *Publicada en 2013.* (Amazon) (Intriga, suspense)

3- "**La casa del lago Patria**". *Publicada en 2014* (Amazon) (negra, espionaje)

4- "**Una Rosa blanca Una rosa negra**" Finalista I Premio La Trama de Novela Negra de Ediciones B (2015) *Publicada en 2015*. (Ediciones B) (Policiaca)

5- "**Murmullos"** *Publicada en 2017* (Amazon) (intriga, suspense, romántica)

6- **"Aunque sea lo último que haga**" publicada en 2017. Es el segundo caso de la comisario Rocío Prados. (El primero fue en **Una Rosa Blanca Una Rosa Negra**) (Amazon) (Policiaca)

7-"**Si te dicen que he muerto**" publicada en 2018 (Amazon) (intriga, suspense, romántica)

8-"**Los Colores de la Inocencia**" publicada en 2018 (Amazon) (Ficción histórica, suspense)

9- "**No olvidaré tu rostro, ni el tuyo, ni el tuyo**…" publicada en 2018 (Amazon) (Policíaca, intriga)

Novelas infantiles

1-"**Pepo y su zapato mágico**" publicada en 2017 (Amazon)

2-**"Esther y su lápiz mágico**" *publicada en 2017* (Amazon)

3- "**Lena y Feíto, el oso mágico más feo del mundo**" publicada en 2018 (Amazon)

Por el momento estas tres novelas infantiles forman lo que he denominado “**colección sacapuntas**”